



IMPRESIONES Y RECUERDOS

IMPRESIONES Y RECUERDOS

DE

JULIO NOMBELA

TOMO CUARTO



MADRID
Casa editorial de "La Última Moda„
Velázquez, 42, hotel.

IMPRENTA PARTICULAR DE
«LA ULTIMA MODA», 1911.



LIBRO SEXTO

1873 á 1876.

I

Cuando adopté la resolución, que deploré más tarde, de tomar parte activa en la política, me hallaba en el mejor período de la vida del hombre; había creado un hogar que alegraban mis hijos, un niño de cinco años y una niña de dos; gran parte de mis aspiraciones se habían realizado; gracias á las novelas por entregas disfrutaba de alguna popularidad y mi labor periodística me había alcanzado la consideración y el aprecio de la mayor parte de los literatos que por entonces figuraban.

Ganaba más que lo que exigían las atenciones de mi familia, y para que ni siquiera el porvenir pudiera inspirarme temores, un tío de mi esposa, médico militar que desde que ingresó en el Cuerpo de Sanidad había residido en la Habana, y que solterón impenitente, al cabo de veinticinco ó trein-

ta años de servicios, cansado y enfermo pidió el retiro, vino á Madrid, vivió en nuestra compañía algún tiempo y confió á su hermana, nuestra querida madre, que los ahorros que había hecho durante su permanencia en Ultramar—no muchos, porque habían salido exclusivamente de su sueldo—depositados en el Banco de España, serían para ella ó lo que es lo mismo, para sus hijos.

No ambicionaba empleos ni honores; no necesitaba favor para que mi padre, después de cuarenta años de cesantía, entrase de nuevo en activo servicio, porque el buen D. Laureano Figuerola le había nombrado auxiliar del Tribunal de Cuentas, y como por otra parte estaba yo resuelto á cumplir fielmente las leyes, de nada podía servirme la influencia política, eficaz siempre para eludirlas.

Conocía á los hombres políticos de todos los colores y matices, sin excluir á los llamados *ojalateros* en el carlismo; estaba persuadido de que nada favorable al país debía esperarse de ellos, y teniendo en cuenta por añadidura mi carácter independiente, puntilloso, quijotesco, el más elemental instinto de conservación debía haberme apartado de las aventuras políticas.

Pero me faltó este instinto, dominado como estaba entonces por una influencia sentimental que se había apoderado de mi espíritu.

Mis buenos y queridos amigos Mena, Landa y Zabalza, según indiqué en uno de los anteriores libros, me proporcionaron frecuentes ocasiones

de tratar en Madrid á algunos navarros y vascongados de los que seguían carreras científicas ó literarias, y aunque por hallarse en el mejor período de la juventud y disfrutar de buena posición podían permitirse algunos devaneos, eran en su mayoría tan morigerados, tan prudentes, tan nobles en sus ideas y en sus actos, tan serios sin que dejase de aparecer la natural alegría en el fondo de su instintiva seriedad, que sentí gran simpatía hacia ellos.

Su jovialidad, en cierto modo austera, me encantaba, y como ninguno de los que fueron mis amigos faltaba á los deberes que impone una moral esencialmente religiosa, como en nuestras conversaciones, aun tratándonos familiarmente, nos guardábamos el respeto cariñoso que obliga á ocultar las flaquezas, la amenidad de nuestro trato no traspasaba nunca los límites de la discreción. Era de suponer, que al ausentarse de su amada tierra para residir en la Villa y Corte, donde los más hermosos sentimientos van quedándose entre las zarzas del camino, habían traído de su hogar el santo recuerdo de una amorosa madre, de unas castas hermanas, algo en fin del saludable aire respirado en el país natal.

Aquel modo de ser me parecía la realización de un deseo, inconsciente pero perseverante en mi ánimo; y cuando Mena, Zabalza y Landa me introdujeron en el círculo de sus paisanos, me encontré en mi elemento.

Ni el tiempo, ni las evoluciones, ni la tendencia

á la unidad de los pueblos para convertirse en grandes potencias, han podido borrar la bien marcada línea divisoria que uniendo á los españoles en el hermoso sentimiento de la patria, separa é individualiza á las caracterizadas regiones de la nación.

Cuanto más conocía los usos, las costumbres y la legislación de las provincias Vascongadas y de Navarra, más me persuadía de que las demás regiones españolas debían participar de aquellos privilegios.

La sana, equitativa y necesaria libertad de que disfrutaban los vasco-navarros, su autonomía económica, el orden y la probidad que reinaban en todas las esferas de su acción, el respeto que guardaban á la autoridad, la sinceridad de sus sentimientos religiosos, tantas y tantas cosas buenas como las que ejecutaban sencilla, natural, ingenuamente, me inspiraron admiración, cariño; fuí entusiasta partidario del sistema foral, un verdadero regionalista, y aunque desde entonces he perdido muchas creencias, he conservado y conservo la de que sólo la perfección bajo todos conceptos de las patrias chicas, puede formar y conservar una perfecta patria grande.

Solía pasar los veranos con mi familia en la montaña de Navarra, en alguna de las playas de Guipúzcoa ó en San Juan de Luz; es decir, en pleno país vascongado. La mayoría de los moradores de la parte española eran carlistas; pero también había entre ellos nobles y honrados liberales

y unos y otros, separados por la política, se unían bajo la bandera que ostentaba el lema *Jaungoicoa eta fueroac:* Dios y fueros.

El amor que todos profesaban á su excepcional régimen de gobierno, me entusiasmaba y me contagiaba.

Hay muchos españoles, por desgracia para ellos y para la patria, que con tal de que el fuego no prenda en su casa, no se preocupan de que arda la ciudad entera. Pero yo que había vivido tres largos años ausente de España, que había podido apreciar desde lejos lo mucho que valía y lo que podían contribuir á su prosperidad los veneros de riqueza que la incuria dejaba en el mayor abandono, creía posible su regeneración, su engrandecimiento, y consideré un deber contribuir en la medida de mis fuerzas à la realización de tan bello ideal.

Poco á poco, por sus pasos contados, de un modo lógico y fatal, fuí penetrando en la enmarañada manigua de la política.

Mal que bien, podía expresar con la pluma mis sentimientos, mis ideas y á la pluma primero y á la acción después, acudí para ayudar á los que deseaban sinceramente librar á España de su completa ruina, ó de lo que aún podía ser más triste y afrentoso: de la intervención y la dominación extranjera.

II

Sin perjuicio de continuar escribiendo novelas

para los editores, porque sólo del trabajo literario vivía, desde 1870 hasta 1874 fundé sucesivamente cinco revistas semanales y un periódico diario, propagando en todas aquellas publicaciones, indirectamente al principio, franca y ostensiblemente después, las ideas que me inspiraba el deseo de contribuir, siquiera fuese en muy modesta esfera, á la regeneración dé España.

En Enero de 1870 emprendimos Juan Cancio Mena y yo la publicación de un semanario ilustrado que se tituló *El País Vasco-Navarro*, consagrado á la propagación y defensa del régimen foral. Colaboraron en él entre otros escritores vascongados, el popular Antonio Trueba, Ricardo Becerro Bengoa, Sabino Goicoechea, Juan Iturralde, Obdulio de Perea, Araquistain, Manteli, Ramón Ortíz de Zárate, Pablo Ilarregui y algunos otros cuyo nombre no viene en este instante á mi memoria.

El País Vasco-Navarro cumplió lo que había ofrecido; pero llegó un momento en que de un modo inderecto atentó el gobierno central á los fueros en el importante capítulo de los impuestos; no bastaba la propaganda pacífica, era preciso luchar en un campo más amplio y resolvimos transformar la revista artísuico-literaria en otra de más acción que se tituló *La Nueva España*, y que al cesar *El País Vasco-Navarro* en Abril de 1871 le reemplazó, viviendo sólo tres meses, porque en el estado de efervescencia en que se hallaban los españoles, las palabras eran estériles: la desespe-

ración imponía actos, sobre todo actos de violencia.

Mientras colaboré en *La Ilustración Española y Americana*, las crónicas que escribí reflejaron el estado de mi ánimo, aunque teniendo en cuenta el carácter de aquella importante revista artístico-literaria, empléé la debida circunspección; pero como me indignaba cuanto veía en la esfera social y política, prescindiendo de todo género de consideraciones, publiqué en forma epistolar una revista de franca y mordaz crítica titulada *La carta blanca.*

En aquel tiempo en que la célebre partida de la Porra era poco menos que una institución, nada más peligroso que decir verdades, porque los valientes á quienes capitaneaba el popular Felipe Ducazcal no se paraban en barras y bastaba ahondar algo en la censura de los actos del gobierno para que fuera derrengado á palos quien se permitiese el más sencillo desahogo, si molestaba á los que movían á su gusto y por cuenta del presupuesto nacional, los brazos armados de cachiporras y en muchas ocasiones de trabucos.

Pero tomé todo género de precauciones para que no repercutieran en mi hogar las consecuencias del quijotismo de mi labor político-literaria, y en los tres meses que duró aquella publicación, los más perspícuos individuos de la partida de la Porra buscaron sin encontrarle al autor de las cartas al *Señor Pueblo soberano*, á *D. Juan Prim*, al *Duque de Aosta*, á *D. Carlos de Borbón*, al *Público*

neutral y á *Un lugareño*, porque el impresor Ginés Hernández y el administrador, mi taquígrafo Gutiérrez, sin que yo me enterase hasta después de algún tiempo, utilizaron sus relaciones con algunos de los cajistas que capitaneaba Ducazcal en calidad de miembros importantes de la partida de la Porra y consiguieron que dejasen en paz al autor de las *cartas blancas*.

Cosa es corriente y en todos los tiempos y en todos los países se repite con frecuencia, que los escritores que censuran y satirizan á los gobiernos tiren la piedra y escondan la mano. Incurrí en esta flaqueza sin darme cuenta de lo punible que es, y cuando por efecto del asesinato del general Prim y de la anarquía honda, aunque al parecer mansa en que quedó el país, cesó la publicación de la *Carta blanca*, me prometí y he cumplido fielmente la promesa, no volver á escribir lo que no pudiera firmar.

En uno de los tomos de mis *Obras literarias* he reproducido las epístolas que aparecieron en la revista de que hablo, porque reflejan con bastante exactitud el aspecto que ofrecía España en aquel agitado período de su historia.

III

Aunque de un modo indirecto, contribuyó la *Carta blanca* á un suceso trágico que voy á referir.

En Marzo de 1870 trasladé mi domicilio desde

la calle de Preciados á la de Serrano: fuí uno de los primeros habitantes del hermoso y saludable barrio con que el célebre banquero Salamanca embelleció é higienizó á la Villa y Corte.

En la época á que aludo ya no era Salamanca propietario de las cómodas y elegantes casas que formaban las dos primeras y las dos últimas manzanas de la acera de la derecha de la espaciosa calle de Serrano. Se arruinó una vez más con aquella empresa, y una sociedad financiera que si no recuerdo mal se denominaba *Crédito Comercial*, sacó de apuros al banquero y adquirió la propiedad de los edificios y de los terrenos del naciente barrio.

Era director de la indicada sociedad financiera un hombre de excepcionales cualidades, que de modesto empleado de Aduanas, después de haber recorrido las repúblicas hispano-americanas como agente general de *La Tutelar*, otra sociedad de crédito muy famosa, volvió á España y llegó á ser un millonario. Aludo á D. Jacinto María Ruiz, posteriormente marqués de Grijalba.

Un antiguo amigo de mi padre y el de más confianza y más intimidad del Duque de la Torre, don Francisco Dumont, que desempeñaba las funciones de Delegado regio cerca del *Crédito comercial*, y á quien he debido muchas y muy cariñosas deferencias, al enterarse de que deseaba habitar en el nuevo barrio, me presentó al Sr. de Ruiz quien me otorgó todo género de facilidades para realizar mi propósito. Como en aquella entrevista pudimos

conocernos y juzgarnos, me ofreció una amistad que fué muy grata para mí, porque tuve ocasión de apreciar su privilegiada inteligencia, su generoso corazón y el entrañable amor que profesaba á su numerosa familia: si no recuerdo mal tenía once ó doce hijos.

Más adelante hablaré extensa y detalladamente de este hombre inolvidable, que tuvo muchos y muy encarnizados enemigos y también muchos y muy entusiastas amigos; porque si para llegar á la fortuna, como sucede á casi todos los que la logran, causó víctimas, dispensó en cambio tantos beneficios á personas que por su auxilio pudieron llegar á ser personajes, que es seguro que en la balanza en que se pesan al final de la vida los pecados y las virtudes, respecto de la suya han pesado las virtudes más que los pecados.

En la época en que fuí uno de los primeros vecinos del barrio de Salamanca, como indiqué al recordar mi última entrevista con Becquer, no había más que un ómnibus para trasladar desde la calle de Serrano hasta la Puerta del Sol y viceversa á los vecinos comodones del barrio. El trayecto á pie desde la Cibeles hasta el ángulo que forman las calles de Alcalá ó de Recoletos con la de Serrano, era peligroso por las noches de Invierno, sobre todo de ocho á doce. Desde las doce en adelante, la gente que salía de los teatros y algunos socios del Casino de Madrid que se daban cita y cruzaban en agradable compañía el desierto paseo de Recoletos, animaban los silen-

ciosos jardinillos, en los que en las horas indicadas se veían sorprendidos los que iban solos y desprevenidos, por hombres de mala catadura que se presentaban como pordioseros suplicando y acababan por exigir la bolsa ó la vida.

Una noche de Abril, lluviosa y fría, á cosa de las nueve y en medio de la más completa soledad, salió á mi encuentro en los jardinillos un hombre y á favor de uno de los faroles próximos pude ver que tenía todo el aspecto de un jugador de oficio, enjuto, demacrado, con un gabán y un sombrero de copa deteriorados.

Si no era un jugador empedernido en el período de una mala racha, me lo figuré y esto me valió, porque al colocarse delante de mí diciéndome con imperioso acento: «Deme usted el dinero que lleve», en vez de amilanarme, aunque el caso no era para menos, porque ni siquiera llevaba un mal bastón, de pronto, sin darme cuenta de lo que hacía, le dije á mi vez también con acento de mal humor. «¡Dinero! Mal puedo dárselo, porque acaban de desplumarme.»

Al oirme, con tono un tanto lastimero añadió: —«¿Juega usted?»—«Sí, señor—contesté—juego y pierdo, que es lo peor».—«Pues se... fastidiará usted»—murmuró, y dando media vuelta me dejó libre el paso.

Al día siguiente compré un revólver y al regresar á mi casa por las noches, en cuanto daba vuelta á la tapia del antiguo cuartel de las Milicias, sustituído actualmente por el chaflán y la verja

del Ministerio de la Guerra, empuñaba el arma dispuesto á defenderme si llegaba el caso.

No tardé en convencerme de que, dadas mi mala vista y mi excesiva impresionabilidad, corría el riesgo de cometer algún error lamentable, y renuncié al revólver, reemplazándole por un bastón con honores de garrote.

Afortunadamente no necesité emplearle como arma ofensiva, porque á pesar de recorrer con frecuencia las soledades de Recoletos, no me ocurrió ningún percance desagradable.

Cuando publiqué la *Carta blanca*, á pesar de su influencia con uno de los porristas, se vió Gutiérrez acechado y seguido por otros miembros de la famosa partida, y me anunció que iba á comprar un revólver para defenderse, si como temía era acometido. Entonces le regalé el mío, que para nada me servía, y que él tampoco tuvo que utilizar para defenderse, pero sí para quitarse la vida un año después.

Bien podría titularse el relato con que voy á terminar esta digresión *Un premio mayor de la Lotería nacional.* Con efecto, á principio del año 1869 un hermano de mi taquígrafo, que desde hacía mucho tiempo desempeñaba el cargo de primer corrector de pruebas de la Imprenta Nacional, compró en la antigua administración de Loterías de la calle del Olivo, dos décimos de un billete, cuyo número había sido durante ocho ó diez años predilecto del periodista Campo y Navas, sin que en todo aquel tiempo saliese premiado.

¡Caprichos de la fortuna! En cuanto el precursor de los *reporters*, ó noticieros para hablar en castellano, resolvió abandonar un número que tan mal se había portado con él, obsequió el despreciado guarismo á su nuevo poseedor con uno de los premios mayores, lo que no dejó de desesperar á Campo y Navas.

Ramón Gutiérrez, que así se llamaba el agraciado con diez mil duros, disfrutó poco tiempo de su buena estrella. Juzgó que invirtiéndolos en títulos de la Deuda podría vivir holgadamente con lo que produjese la renta, abandonó su ocupación habitual, sufrió las consecuencias de la ociosidad, y cinco meses después de haberle favorecido la fortuna, falleció víctima de una pulmonía de las que suele ser tan pródiga la pérfida Primavera madrileña.

En menos de un año pasaron también á mejor vida la madre y una hermana de mi taquígrafo, quien con motivo de estas sensibles pérdidas se vió en posesión de la herencia de su malogrado hermano.

Como observaba una conducta intachable, se limitó á cobrar la renta de los títulos depositados en el Banco de España y con ella, con lo que le producían unas cuantas acciones de la antigua y célebre Compañía de Impresores y Libreros que había adquirido su padre, cajista de los mejores de su tiempo, y con el sueldo que yo le tenía asignado por el servicio taquigráfico que me prestaba, disfrutaba de una desahogada posición, faltán-

dole tiempo y ocasiones de amenguar su capital.

En Septiembre del año 1871 disminuyeron para mí los encargos de los editores, y por consiguiente pudo el taquígrafo disponer de más horas, que desdichadamente para él empleó en hacer la corte á una estanquera muy guapetona, como la que se llevó á París Fernández y González, que durante algunos años tuvo su estanco en la calle de Cádiz.

Eran muchos los parroquianos que á él acudían y que fumaban más de lo regular comprando los cigarros muy al menudeo. Gutiérrez entró un día en el estanco á proveerse de tabaco y él, que en los siete años que hacía que me auxiliaba, se había mostrado indiferente á los encantos del bello sexo, se entusiasmó con la estanquera hasta el punto de que ignorando que estaba casada y separada de su marido, quiso apartarla del doble comercio que ejercía, darla su nombre y crear con ella una familia.

Cuando supo la verdadera situación de aquella mujer, se desesperó; cayó en una profunda melancolía; dejó de ir á mi casa, lo que hacía á diario aunque no tuviéramos tarea pendiente, y causándome extrañeza su conducta, fuí una tarde á visitarle.

Vivía en el número 1 de la calle de Santa Isabel en una casa de huéspedes. La criada, que me conocía, me guió desde luego á su cuarto y sin preguntar si se podía pasar, cosa que olvidan con frecuencia las maritornes, sobre todo las de las

casas de huéspedes baratas, abrió la puerta y me dijo:—«Entre usted, que ahí está», al mismo tiempo que sorprendido Gutiérrez, dejó la pluma con que estaba escribiendo y salió á mi encuentro muy azorado.

Algo noté en su aspecto que me alarmó. Ví sobre la mesa en donde escribía el revólver que le había regalado, y adivinando la situación en que estaba su espíritu y el fatal propósito que abrigaba, mientras que él cerraba la puerta cogí el papel en que estaba escribiendo y ví que era el principio de una carta dirigida al Juez de guardia.

Le exigí una explicación franca y categórica de aquel funesto proyecto que no pudo negar, y abrazándome con efusión y llorando como un niño, me confió la causa de su violenta resolución.

Más de dos horas pasé á su lado haciéndole todo género de reflexiones, y tranquilizado al parecer por mis afectuosas palabras, prometió solemnemente renunciar á su fatal propósito.

Empezaba el mes de Octubre y como en la primera quincena de dicho mes se celebran las fiestas de la Virgen del Pilar en Zaragoza, donde yo tenía buenos amigos, le aconsejé que fuese á pasar uno ó dos meses en la ciudad invicta donde podría distraer su ánimo y olvidar una pasión que, según le hice notar, resultaba ridícula.

El programa se realizó al pié de la letra.

Pasó el mes de Octubre y parte de Noviembre en Zaragoza, desde donde me escribió aseguran-

do que estaba completamente curado; tornó á Madrid, me visitó al día siguiente de su llegada y á pesar del aspecto tranquilo y hasta risueño con que se me presentó, noté en su rostro algo que me alarmó de nuevo.

Me aseguró que había olvidado por completo á la estanquera, nos despedimos afectuosamente, y no volví á verle.

El día 8 de Diciembre por la noche, convaleciente aún de una ligera indisposición que había sufrido, leí en *La Correspondencia* que en la mañana de aquel día se había suicidado en la casa de huéspedes de la calle de Santa Isabel, núm. 1, don J. G., incautándose el Juzgado del arma con que había atentado á su vida y de los papeles, ropas y enseres del finado.

Poco después vino á verme el único amigo íntimo que tenía Gutiérrez, D. Enrique de las Heras, dueño de un antiguo y acreditado almacén de paños de la Plaza Mayor.

Sabiendo cuanto estimaba á Gutiérrez, me refirió lo poco que había podido averiguar acerca del suicidio, y también me confió que en la carta que dirigió al Juez había consignado que era su voluntad que los títulos de la Deuda que poseía pasasen á poder de una prima suya natural de Fuenlabrada, una completa lugareña que mientras vivió la madre de Gutiérrez la asistió y la cuidó. A su amigo Las Heras le dejaba doce acciones de la Compañía de Impresores y libreros, á mí otras seis y su reloj, una saboneta de oro,

con la súplica de que la usara para que me acordase de él con frecuencia.

Su última voluntad se cumplió después de llenarse los indispensables requisitos, y ninguna de cuantas personas le conocían pudo explicarse como poseyendo un capital de diez mil duros, una excelente salud y una profesión que le producía buenos honorarios, había renunciado á vivir, sobre todo hallándose como se hallaba en el mejor período de la vida.

No fué la insensata pasión que he indicado la causa de su muerte, sino el atavismo. Su padre se suicidó también sin una causa, no que justificase porque el suicidio no tiene justificación, sino que explicase su trágico fin.

El dinero de la Lotería fué funesto para aquella familia. La lugareña heredera, después de entrar en posesión de los títulos de la Deuda, no tardó en encontrar un marido que no contentándose con la renta que producía el inesperado capital, vendió de acuerdo con su consorte parte de los valores, pusieron una tienda de muebles y utensilios de menage, les salió mal el negocio, perdieron algunos miles de reales, adquirieron por traspaso un puesto de todo género de comestibles, bebidas y cachivaches en el Puente de Segovia, el marido para aumentar las ganancias se dedicó á matutero, en una de sus correrías le molieron á palos los del resguardo de Consumos, se quebrantó su salud y murió al cabo de dos años de una vida valetudinaria. Su viuda se puso en manos

de un abogado sin pleitos de los que están á lo que sale, y lo único que supe algunos años después acerca de aquella buena mujer, fué que había perdido todo su dinero, no tardando en seguir al sepulcro á su marido.

Así acabó la historia de aquel premio de la Lotería, que desesperó á Campo y Navas porque se le había escapado de las manos.

IV

Otra inesperada dádiva de la voluble Fortuna, también en forma de un premio mayor de la lotería nacional, de resultados no trágicos, pero si lastimosos, me proporcionó dos años después el medio de fundar con otros compañeros de suerte *La Gaceta Popular*, diario que á las pocas semanas de su aparición consiguió llegar á una tirada semejante á las que hacían los dos periódicos más favorecidos en aquel tiempo por el público: *La Correspondencia* y *El Imparcial*.

Tenaz en la realización de mis propósitos, aspiraba á poseer un periódico de gran circulación, independiente de los políticos y los banqueros que por entonces eran los que explotaban la influencia de la prensa. Emplear para hacer el bien el arma que había llegado á ser exclusivamente destinada á causar el mal, era un propósito que me halagaba. Al mismo tiempo buscaba beneficios pecuniarios que me permitieran adquirir una fortuna como la que habían logrado primero San-

tana con *La Correspondencia* y después Gasset con el *Imparcial.*

Hasta entonces, para fundar un periódico no había más que un medio: contar con un político importante que tuviera á su devoción un banquero; pero yo que había visto los efectos de estos maridajes en los periódicos de cuya redacción había formado parte, deseaba apartarme por completo de aquel camino trillado y espigado.

Todo periódico es á la vez un producto intelectual y un producto industrial; exige capital, inteligencia y trabajo; puede proporcionar beneficios ó pérdidas. Fabricar con perfección y economía un artículo de absoluta necesidad moral, intelectual ó física, es emplear con acierto los dos factores del éxito: la inteligencia y el dinero.

Produzcamos—pensaba yo—un artículo de primera necesidad, lo más perfecto y barato que sea posible; procuremos que por su bondad en el fondo y su perfección en la forma adquiera el crédito que alcanza el éxito otorgando al capital invertido una regular ganancia, al mismo tiempo que á la inteligencia creadora la consideración y el aprecio que merecen, y el periódico podrá fundarse sin políticos y sin banqueros que exploten la política en beneficio de sus negocios particulares.

Natural era que el periódico que aspiraba á fundar fuese elemento de paz y de justicia en vez de serlo de discordia y de iniquidad; arma de dos filos, cada cual podía utilizarla en beneficio de su egoismo ó de su altruismo. De todos modos era

un producto industrial, y esto es lo que me interesaba demostrar para encontrar en otras esferas que las de la política y la plutocracia el capital indispensable á la realización de mi proyecto.

Cuando empecé á buscarle ya estaba yo muy identificado con el carlismo, aunque todavía no podía ser considerado como un carlista de acción sino pura y simplemente de afición, y más como inofensivo literato que como sectario.

No recuerdo con qué motivo ni en qué ocasión conocí al tenedor de libros de una de las casas de Comisión más importantes de Madrid en aquel tiempo, la de Aja, que proveía de los artículos especiales de su comercio á la mayor parte de las mercerías ó tiendas de sedas de Madrid.

Era sobre poco más ó menos de mi edad, de clara y viva inteligencia, se llamaba Manuel C. Fraga, era considerado y muy querido por su principal, y gozaba fama de poseer un excelente golpe de vista para los negocios comerciales.

Llano, ingénuo, sincero, más práctico que idealista; es decir, poseyendo á ciencia cierta lo que yo solo vislumbraba y tenía en mi espíritu prendido con alfileres, á las dos ó tres conferencias que celebramos nos persuadimos de que podíamos llegar á entendernos.

La idea de crear un instrumento de publicidad y de propaganda sobre una base industrial, le pareció en cuanto le comuniqué mi proyecto un excelente negocio.

Todavía no se conocían los *trusts* americanos

que se han europeizado. Ni la industria particular ni el gobierno habían transformado aún el antiguo inícuo y odioso feudalismo en la brutal absorción de las pequeñas industrias y de los modestos comercios, para ejercer un tiránico monopolio en los mercados. Solo se conocían en París los grandes almacenes del *Bon marché*, del *Louvre* y de la *Belle jardiniere*. Los reyes del acero, del petróleo y de otros productos de primera necesidad, eran aún nebulosas; y si en Francia, Inglaterra y Alemania los más afamados periódicos eran publicados por compañías financieras ó por comanditas, en España, donde tantas sociedades de crédito se habían fundado y habían desaparecido con los ahorros de los que juzgaban posible que sus capitales produjesen un 10, un 15 y hasta un 20 por 100, no se había pensado que uno ó más periódicos podían ser objeto de una explotación análoga á la de una fábrica, una granja ó una mina.

Como resultado de nuestras conferencias, á fines de 1872 nos asociamos Fraga y yo para fundar un periódico diario de información y las revistas científicas y literarias que juzgásemos oportuno dar á luz, encargándose él de buscar el capital necesario para realizar la empresa y yo de la organización y dirección de las publicaciones.

Tenía Fraga muchos y buenos amigos en el comercio de Madrid, y como nuestro propósito era buscar comanditarios entre personas que no aspirasen más que á obtener, con ciertas segurida-

des para su dinero, la mayor renta posible al mismo tiempo que se daban tono de ser copropietarios de periódicos que podían influir en la opinión pública, habló del asunto á tres hermanos de los cuales dos tenían acreditadas mercerías en Madrid y el menor era viajante de la casa en que Fraga desempeñaba el cargo de tenedor de libros.

El proyecto les agradó, no dudaron de que aunque solo lográsemos igualar á *La Correspondencia*, el negocio era magnífico. Los dos hermanos mayores podían disponer de 60.000 duros. El menor carecía de fortuna; pero como recorría las provincias de España y en todas partes tenía buenos amigos, porque era muy simpático, podía ser útil á la empresa.

Aquel capital nos pareció muy suficiente, porque todavía no se conocían en España las máquinas rotativas y bastaba una de doble reacción para poder tirar 4.000 ejemplares por hora. El máximum de los que en aquellos tiempos colocaban los periódicos de mayor circulación, entre suscripciones y venta no pasaba de 24 á 26.000.

Fraga no tenía duda de que previas las formalidades prescritas por la Ley, los Martínez, que este era el apellido de los dos comerciantes, aportarían el capital para el periódico diario, que era la primera publicación que debíamos emprender, y como yo había oído hablar de las máquinas que empleaban los periódicos ingleses y llegó á mi noticia que había en Londres una importante Casa de co-

misión bajo la razón social de Tovar, Homedes y Compañía, me dirigí á ella preguntando precios de maquinaria.

Mi imaginación, siempre dispuesta á forjarse ilusiones, me prometía una redacción y unos talleres como hasta entonces no se habían conocido en España.

No necesíto añadir que las ilusiones á que aludo se desvanecieron pronto, porque de haber adquirido la maquinaria más precisa, habríamos invertido en ella la mayor parte de los 60 mil duros.

Pero uno de los socios, Manuel Homedes, hacía frecuentes viajes á España, le conocí y aunque no proporcioné utilidades á la Casa de comisión de que formaba parte, simpatizamos y fuimos desde entonces muy amigos.

Manuel Homedes era sobrino del general Cabrera, que le estimaba y le protegía; su consocio Tovar cuyo primer apellido era también Cabrera, desempeñaba cerca del conde de Morella las funciones de secretario auxiliar, porque D. Victor González de la Llana, el verdadero secretario, estaba enfermo. D. Ramón, de quien en aquellos momentos se hablaba mucho, no solo en España sino en Europa y América, les había auxiliado para establecer la Casa de comisión y les favorecía con su influencia y su crédito.

A mis relaciones comerciales con Manuel Homedes debí más tarde conocer al célebre general, captarme su aprecio, su confianza y auxi-

liarle como secretario particular mientras duraron las negociaciones que entabló con él el gobierno de Madrid, para restablecer la paz y reconocer como Rey de España á D. Alfonso XII.

Del mismo modo que la ilusión de poseer maquinaria inglesa, se desvaneció la de contar con los 60 mil duros prometidos. Los poseedores de aquella cantidad encontraron una ocasión de colocarla sobre seguro con un rédito casi usurario, y como era natural y lógico, renunciaron á la eventualidad de enriquecerse como D. Manuel María Santana, prefiriendo el procedimiento algo atenuado del *Shylock* de Shakespeare para llegar á la fortuna.

No por este contratiempo nos desanimamos; nuestro propósito era bueno, podía ser lucrativo y no nos faltarían hombres de inteligencia, de corazón y de dinero que nos ayudasen á realizar nuestro plan.

Fraga lo creía de buena fé y yo participaba de su creencia.

El viajante de comercio era también de nuestra opinión, estaba encariñado con el periódico, y cuando regresaba de sus viajes nos buscaba á Fraga y á mí y nuestra conversación tenía por único asunto el proyecto que acariciábamos.

En uno de esos hermosos días de Otoño que ofrece Madrid á sus habitantes, domingo por más señas, paseábamos los tres amigos de once á doce de la mañana por la calle de Alcalá hablando como es de presumir del para nosotros inagotable

tema, cuando al pasar delante de una administración de Loterías que había entonces en el amplio portal de una casa que fué derribada y sustituída por el actual palacio del Credit Lyonnais, nos dijo el viajante:

—Ahora recuerdo que uno de mis clientes me ha encargado que le compre un billete entero de la Lotería: voy á comprarlo para que no se me olvide.

Entramos con él en la Administración, pidió el billete y la lotera le dió uno con el número 1.110.

—No me gusta ese número—dijo—elíjame usted otro.

—Deme usted dos décimos del que desprecia este buen amigo—exclamé yo.

—Y á mí otro—añadió Fraga.

—Pues yo no he de ser menos; deme usted otro décimo del billete que he despreciado y que se vengará dejándome sin premio.

Le dieron otro billete entero, cada cual de nosotros pagó los décimos que había adquirido, salimos de la tienda, seguimos charlando de lo que constituía nuestra pesadilla, y algunos días después obtuvo el segundo premio el núm. 1.110. Cobré por mis dos décimos 16 mil pesetas, otras 16 mil percibieron mis dos amigos y convinimos en dedicar aquella inesperada fortuna á la fundación del deseado periódico.

Con seis mil y pico de duros juzgamos que podíamos arriesgarnos, y gracias á este regalo de la

Fortuna, nació el 7 de Marzo de 1873 la *Gaceta popular*.

Al trazar el plan de la *Cosa pública*, procuré romper en una buena parte los antiguos moldes del periodismo político. Con la *Gaceta popular* completé mi propósito de ofrecer al público un periódico que pudiera satisfacer sus gustos y sus aspiraciones sin obligar á los lectores á verlo todo negro ó todo de color de rosa.

Mis consocios aceptaron mi plan, formulamos las bases de una sociedad comanditaria, imprimimos los estatutos porque habría de regirse y los títulos de las acciones, formulamos una escritura notarial en toda regla, buscamos una imprenta que dispusiera de una máquina de doble reacción que encontramos en la calle de Leganitos, contratamos la composición y tirada de los ejemplares, é instalamos la redacción y la administración en un piso principal de la calle del Lobo núm. 20. Autorizado para elegir redactores y colaboradores, me esmeré en su elección, y encargamos de la gestión administrativa á D. Jacinto Izquierdo, que ya gozaba fama de conocer á fondo la parte económica de los periódicos.

¡Con que fé, con que entusiasmo poníamos los cimientos del edificio mis consocios y yo!

Algunos días antes de la aparición del primer número, se repartieron en Madrid y se enviaron á las provincias cincuenta mil ejemplares de un prospecto que redacté explicando el plán y las tendencias de la publicación.

«Desde el momento en que las masas han comprendido—decía uno de sus párrafos—que al imponerlas su opinión los publicistas por medio de sonoros artículos de fondo, solo han pensado en sumar su fuerza para basar en ella negocios personales, han deseado noticias sin comentarios; no juicios aderezados al gusto de las pasiones, sino datos sobre los que ejercitar su propio criterio.

»En medio del cuadro terrorífico que ofrece España en la actualidad, aparecen por fortuna tres agentes poderosos del bien: la *virtud*, el *talento*, el *trabajo*, y ellos forman el lema de la bandera que desplegamos, son toda nuestra política.

»Queremos fundar un periódico que sirva de punto de reposo, de campo neutral á los que luchan; un periódico que sea eco de todos los sentimientos nobles y honrados y defensor de todos los intereses legítimos; que no lo vea todo oscuro por ser de oposición, ni todo claro y risueño por ser ministerial; que acepte lo *bueno*, lo *bello*, lo *patriótico, lo util* donde quiera que lo halle; que diga la verdad sin pasión, sin soberbia, con modestia, con educación; pero con dignidad y entereza.

»Las clases que no son políticas no tienen representación en la prensa diaria, en la prensa batalladora: nosotros venimos á dársela. Quien tenga algo bueno, algo patriótico, algo útil que decir al publico; quien tenga que denunciar una injusticia; quien desée que no pase desapercibido un acto de virtud, cualquiera que sea, abiertas hallará las columnas de este diario, que es de TODOS y PARA

TODOS los españoles y aspira á darles voz é influencia.

»Tales son nuestros propósitos; pero como no basta ofrecer, porque se habla y se ofrece con mucha facilidad, fáltanos hacer una declaración, que es garantía del cumplimiento de nuestras ofertas.

»La empresa que publica este periódico carece de compromisos políticos: los individuos que la constituyen no han vivido ni vivirán jamás del presupuesto ni de la política.»

En el prospecto se indicaban las diversas secciones de que debía constar el periódico, introduciendo entre otras novedades la de organizar las noticias, que se publicaban sin orden produciendo confusión y á veces hasta mareo al lector, en grupos especiales con su correspondiente rúbrica: religiosas, políticas, científicas, literarias, de bellas artes, industriales, comerciales, financieras, agrícolas, de artes y oficios, personales, de crímenes y desgracias, etc. Y como la guerra civil estaba entonces en uno de los períodos álgidos, ofrecimos una sección especial que con los títulos de *Noticias de origen liberal* y *Noticias de origen carlista*, despertó curiosidad, interés y demostró la esencial imparcialidad de nuestro diario.

El precio de la suscripción era cuatro reales al mes en Madrid, cinco en provincias, y el de los números sueltos dos cuartos cada uno. Aún no funcionaba el sistema decimal que tanto daño ha hecho al periodismo bajo el punto de vista económico.

Con los dos cuartos por número y los anuncios, podían defenderse las empresas. Desde que se vieron obligadas á fijar el precio de cada ejemplar en cinco céntimos de peseta y á emplear un dineral en informaciones telegráficas, no hay periódico que pueda cubrir gastos sólo con el importe de la venta y de la suscripción, aunque las tiradas como las que se hacen actualmente pasen de 100.000 ejemplares. Si, como me prometo, puedo más adelante dedicar algunos párrafos al periodismo de los tiempos en que escribo estos recuerdos, demostraré la influencia que ha ejercido el llamado *perro chico* en la marcha social y política de nuestro país.

El público acudió á nuestro llamamiento, y del primer número de la *Gaceta popular*, sólo en Madrid y á pesar de no estar organizada la venta, se colocaron más de 4.000 ejemplares.

Desde el primer momento declaramos la guerra á la política. En el artículo en que expliqué con la mayor amplitud el pensamiento de la publicación, aparecieron las siguientes afirmaciones:

«Basta fijar los ojos en la historia contemporánea—decía en uno de los párrafos del artículo que firmé—para volverlos, horrorizados de los estragos que la política ha producido.

»Como un mónstruo insaciable, ha venido y viene devorando todos los elementos de conservación y progreso. La deuda que nos agobia es obra suya. La torre de Babel en que vivimos, obra suya también. Ha explotado todos los sentimien-

tos, ha empleado todas las seducciones, y para lograr sus fines no ha vacilado en sacrificar á todas las clases sociales. De la administración ha hecho un cebo, de la justicia un arma de partido, del orden la máscara hipócrita de la tiranía, de la libertad el derecho á la licencia, del ejército un instrumento de la ambición, del pueblo un juguete de la audacia y la codicia; en una palabra, lo ha falseado todo, lo ha perturbado todo y ha amontonado ruinas sobre ruinas.»

Después de consignar que la más absoluta imparcialidad inspiraría la labor del periódico, anunciaba que cuando surgieran cuestiones de interés general, escritores competentes y de reconocida autoridad las estudiarían, cada cual desde su punto de vista, para ilustrar al público. Dos ó más pareceres distintos en un mismo periódico, era por entonces una novedad que no dejaba de escandalizar á los hipócritas de la política.

Trazaba además el plan que habríamos de seguir en la confección de nuestro diario y designaba á los que debían prestarnos su concurso. Para redactar el primer artículo que debía aparecer con el título de *Actualidades*, alternaríamos José Fernández Bremón y yo. Francisco Muñoz, hábil é irónico periodista, se encargaría de la *Comedia política*, sección en la que sacaría á la vergüenza las debilidades y miserias de los que explotaban la cosa pública; y en calidad de confeccionador ó redactor en jefe como se diría ahora, figuraría Manuel Ossorio y Bernard, que era ya considera-

do como uno de los más laboriosos é inteligentes escritores de aquel tiempo.

El folletón de la primera página publicaría: los lunes *Madrid humorístico* por el inolvidable Manuel Matoses (Corzuelo); los martes *Ecos de Europa;* los miércoles *Revistas bibliográficas* ó de vulgarización científica; los jueves *Cuadros y tipos*, por Miguel Ramos Carrión; los viernes *Revistas de tribunales* del género de las que tan interesantes han sabido hacer los redactores jurídicos de los periódicos modernos; los sábados *Murmuraciones*, artículos de sabrosa y discreta crítica por Ricardo Sepúlveda que tanta y tan merecida celebridad alcanzó en la república de las letras, y los domingos *Revistas de Teatros* por Martín Melgar ó de *Bellas Artes* por Viñas y Deza, seudónimo que acreditó como literato á quien después como jurisconsulto ha convertido su verdadero nombre D. Luis Díaz Cobeña, en una gloria del Foro español.

También colaboraron en la *Gaceta popular* otros escritores que como los citados han conquistado justa fama, entre los que me complazco en citar á Conrado Solsona, Castillo y Soriano, el Dr. Boira, el ingeniero agrícola Alvarez Alvistur y Fernando Santoyo, que inauguró en nuestro periódico las reseñas financieras en forma parecida á la empleada por la prensa de Francia y de Inglaterra.

Con los elementos y condiciones que acabo de indicar, se explica el lisonjero éxito que desde su

aparición sonrió á la *Gaceta popular*, y también se explicaría que me hubieran mirado con malos ojos los propietarios de *La Correspondencia* y de *El Imparcial;* pero esto era de todo punto imposible, porque precisamente lo mejor que tenían Santana y Gasset eran los ojos, dulces, insinuantes, cariñosos.

Quizás no dejarían de pensar que mi periódico podía ser un rival poco temible en el campo político; pero no así en la esfera industrial si se veía favorecido por los que ahora son calificados de *neutros*. De todos modos, fueron los primeros en felicitarme, porque eran buenos y generosos amigos míos. Santana, á quien había prestado servicios desde París como corresponsal, y posteriormente utilizó mi colaboración en *La Correspondencia*, me estimaba, no sin que hubiera algo de protección en su afecto; y Gasset, que á pesar de lo que referían de su genio quisquilloso los que sirvieron á sus órdenes, era un inteligente trabajador que quería á su lado personas laboriosas é inteligentes y en cuyo corazón no había ni una sola gota de hiel, me estimaba más aún que Santana.

En dos ocasiones en que estuvo á punto de batirse, me designó como padrino: la primera en San Juan de Luz cuando por haber publicado *El Imparcial* una noticia calumniosa contra la hija del general carlista D. Hermenegildo Ceballos, un hermano de éste, también militar, le envió sus padrinos para pedirle que la rectificase ó respon-

diese de ella en el campo del honor; pero el lance no se llevó á cabo porque se pudo demostrar al ofendido, que la calumnia era ajena á la redacción del periódico y se había deslizado sin anuencia del director.

La otra vez que le serví de padrino en compañía de Becquer, á quien dicho sea de paso profesaba gran admiración y sincero afecto, fué para pedir explicaciones á D. Antonio Mantilla, propietario de *La Política*, mi antiguo director y también maestro porque fué uno de los mejores periodistas de su tiempo, sobre un suelto que Gasset juzgó ofensivo á su persona.

No hubo tampoco necesidad de ir al terreno. Mantilla que era gran amigo del padre de Gasset, militar de elevada graduación á quien veía diariamente, nos aseguró que ni había sido su ánimo ofender á nuestro apadrinado ni jamás le ofendería, porque le estimaba muy de veras. Nos autorizó á redactar la rectificación, lo que hicimos en el acto y así terminó aquel episodio.

En Madrid nos veíamos poco; pero en San Juan de Luz á donde le agradaba ir con su familia nos reuníamos á menudo, conversábamos con la ingenuidad que era el distintivo del carácter de Gasset; allí veía yo crecer á sus hijos, á quienes adoraba porque era un padrazo, y allí todos cuantos la conocíamos admirábamos, respetábamos y profesábamos sincero afecto á su digna compañera, una de las mujeres de más clara inteligencia y de más equilibrado carácter que he conocido.

Pues bien, y pongo punto á este paréntesis, la *Gaceta popular* cumplió lo que había ofrecido y hubiera podido realizar su propósito, si mis temores ante la eventualidad de verme en un conflicto financiero, no me hubieran obligado á sacrificar el porvenir al presente.

VII

La guerra arreciaba y el presidente de la República, el demócrata Castelar, que era en el fondo de su alma un completo aristócrata, de quien dijo su ingenioso y malogrado correligionario Sánchez Ruano que era republicano porque no podía ser rey; el inconmensurable orador á quien conocí y traté antes de que conquistase la merecida celebridad que alcanzó con el supremo arte de su palabra y á quien ví pocas veces en las épocas de su gran apogeo, porque endiosado como estuvo siempre, no se conformaba con tener solo admiradores, necesitaba idólatras incondicionales y no he rendido jamás esta clase de culto más que á Dios; el gran tribuno, repito, dispuso que los periódicos no publicasen noticias adversas ni favorables de la encarnizada lucha que sostenían liberales y carlistas.

La libertad de imprenta, una de las mayores conquistas de la Revolución de Septiembre, según aseguraban los revolucionarios, quedó suprimida con más perjuicio del gobierno que de sus enemigos; porque lo lógico era suponer que salían

mal las cuentas, puesto que se ocultaban sus resultados.

La radical determinación del Presidente de la República, fué desastrosa para los periódicos. El público ávido de noticias de la guerra, viendo defraudado su natural y legítimo deseo de saber lo que pasaba, renunció á comprar los diarios, sólo quedaron á éstos los suscriptores, y las tiradas, que como dije antes fluctuaban entre 24 y 26.000 ejemplares, se redujeron á 4 ó 5.000.

La Correspondencia y *El Imparcial* pudieron resistir aquel período de segura pérdida. El presupuesto mensual de un periódico de la importancia de los que he citado, no era menor de 50 ó 60.000 reales: el de *La Gaceta popular* oscilaba entre 35 y 40.000, y el capital que nos había ofrecido la lotería se había agotado. Para seguir sembrando hasta que llegase el momento de recoger el fruto, habíamos tenido que asociar á nuestra empresa á Vicente Buj, uno de los más ricos almacenistas de papel que había entonces en Madrid, cuya tienda estaba en Platerías donde los sucesores de aquel buen amigo han continuado y continúan vendiendo papel y objetos de escritorio.

Buj era un joven con quien la naturaleza había sido más madrastra que madre. Era contrahecho; pero tenía talento, gran corazón y estas cualidades que le hacían simpático, neutralizaban el efecto que su aspecto producía.

Una humorada que llevó á cabo dos ó tres años

antes de conocerle yo, le había dado cierta celebridad. Anunció en el *Diario de Avisos*, muy leído en aquel tiempo, que los *jorobados* del género masculino que desearan enterarse de un asunto que podía interesarles, acudieran en un día que señalaba, de once á doce de la mañana al Café de Platerías.

Durante la hora indicada fueron llegando al café más de doscientos jorobados de diversos aspectos, no sin llamar la atención de los transeuntes, de los vecinos del barrio y de los camareros del café. Entre los concurrentes se hallaba Buj. Unos preguntaban á otros el objeto de la cita y todos le ignoraban. El único que lo sabía era de los más tenaces preguntones.

El dueño del café fué quien salió mejor librado de aquella aventura, porque muchos de los concurrentes hicieron gasto; pero todos al cabo de hora y media de esperar, se convencieron de que habían sido víctimas de una broma y fueron desfilando ante el organizador anónimo de aquella exhibición de seres imperfectos.

—He visto que somos muchos—dijo Buj á sus amigos y confidentes—y como lo que abunda no daña, me he consolado. También se habrán consolado mis compañeros de infortunio.

VIII

Entusiasmado con *La Gaceta popular*, para la que nos proveía de papel; no dudando de su com-

pleto éxito, cuando por la resolución draconiana de Castelar resolvimos suspender la publicación del periódico, nos manifestó que aquel estado de cosas no podía subsistir, que á lo sumo duraría la prohibición dos ó tres meses, y que hasta que volviésemos al estado normal nos surtiría de papel, pagándoselo la empresa cuando pudiera, si vivía el periódico, y renunciando por su parte al cobro si era tanta nuestra desgracia que teníamos que matar la publicación.

Los impresores, no menos encariñados con *La Gaceta,* se comprometían á seguir imprimiéndola sin percibir hasta que llegasen tiempos mejores más que lo indispensable para pagar á los operarios.

Los redactores, también generosos, se ofrecieron á seguir trabajando sin cobrar sus respectivos sueldos hasta que nos fuera posible abonárselos.

Mis consocios, más comerciantes que yo, encontraban razonable que aceptásemos aquellas generosas ofertas; pero el déficit mensual sería de 25 á 30.000 reales; si transcurrían dos ó tres meses sin que el gran tribuno se convenciese de que no es posible poner puertas al campo, al cabo de aquel tiempo deberíamos 2 ó 3.000 duros. Mis colegas consideraban como último recurso una quiebra forzosa de buena fé; pero yo que he sentido siempre un santo horror á las deudas de dinero y mayor aún al papel sellado curialesco, preferí como siempre he preferido sacrificar mi interés á la tranquilidad de mi espíritu, y agrade-

ciendo á los que nos auxiliaban sus estimables ofertas, resolví suspender la publicación y gestionar su venta á quien pudiera disponer de capital para arrostrar las contingencias que me intimidaron.

El partido liberal conservador que capitaneaba Cánovas, deseaba un periódico popular, y aquel amigo de quien oportunamente hablé, Ramón Chico de Guzmán, que había favorecido con algunos de sus siempre interesante artículos á mi periódico, se encargó de negociar con el jefe de los conservadores la compra-venta de *La Gaceta popular*.

La proposición fué aceptada en principio, hubo como es natural regateos, y diez ó doce días después de haberse suspendido la publicación del periódico ofreciendo á los suscriptores que reaparecería cuando las circunstancias lo permitiesen, me enteré por una casualidad de que Muñoz, el redactor de *La Comedia política*, y el administrador Izquierdo, quizás sin darse cuenta del abuso de confianza que cometían, después de asegurar que *La Gaceta popular* había cesado para siempre y que estaban autorizados para entregar la lista de las suscripciones al periódico que se comprometiese á servir las que aún no habían terminado, trataron con uno de los más importantes diarios que se publicaban en Madrid, y como consecuencia de este trato se distribuyó una circular anunciándole á los suscriptores y corresponsales de *La Gaceta popular*, y los negociadores entraron á

formar parte respectivamente de la redacción y de la administración del periódico que aceptó su oferta.

No queriendo desacreditar á aquellos desdichados, me limité á anular las negociaciones entabladas con Cánovas por Chico de Guzmán, puesto que lo único que los propietarios de *La Gaceta popular* podíamos vender, era lo que habían regalado con su cuenta y razón los que, como vulgarmente se dice, sabían nadar y guardar la ropa.

No todos los suscriptores se conformaron con el contenido de la consabida circular, y los que se encontraron en este caso fueron servidos por *El Popular*, periódico independiente y más defensor de los trabajadores que de los holgazanes, que fundó y publicó durante muchos años D. Miguel Perillán García.

De esta suerte, ó mejor dicho por esta desventura, acabó aquella al principio tan feliz tentativa periodística, el 31 de Agosto del mismo año en que nació y que debió su origen á la Lotería nacional.

Entre los del oficio adquirí fama de ser un regular organizador de periódicos; pero al mismo tiempo me calificaban de inconstante, veleidoso, voluble y por consiguiente poco temible. Jamás haría fortuna. ¡Así se forman los juicios humanos!

En los 178 números que dió á luz la *Gaceta popular* y deben conservarse en la Biblioteca Nacional, los que se propongan escribir una historia

detallada y concienzuda del periodismo del siglo XIX, podrán examinar la labor que realizamos. Algunas de las innovaciones que ensayé fueron posteriormente aceptadas por los nuevos periodistas que han logrado colocar á la prensa periódica moderna de España á la altura de las mejores de Europa y América, verdaderas enciclopedias y poderosos agentes de propagandas y de publicidad.

IX

Aunque mis consocios, unos por abolengo y otros por considerarle como la única esperanza, se inclinaban al carlismo, ni un solo momento faltamos en la *Gaceta popular* á la imparcialidad que habíamos ofrecido; y eso que al publicar el periódico estaba yo identificado con el partido tradicionalista, y no sólo contribuía á la propaganda artístico-literaria con el semanario *La Margarita*, los Almanaques que confeccioné para Pérez Dubrull el antiguo impresor de *La Esperanza*, los libros *La Bandera Española* y *Dios, Patria y Rey*, que escribí con la colaboración de Juan Cancio Mena, y los *Romanceros* de D. Carlos y de su augusta esposa, sino que tomé parte activa en la conspiración cuando por el incremento que adquirió la guerra fueron recluídos en las Prisiones militares de Madrid los individuos que formaban la Junta Central presidida por D. Candido Nocedal, y quedaron huérfanos de dirección los guerrilleros que dispuestos á emprender la campaña, es-

peraban en ciudades y pueblos del antiguo reino de Valencia y de Castilla la Nueva recursos y órdenes para secundar á sus hermanos del País Vascongado, Cataluña y Aragón.

En el libro *Detrás de las Trincheras* que escribí y publiqué en 1876, referí con la amplitud que el asunto requería, si no la historia detallada, por lo menos cuanto ocurrió en el Cuartel Real y en el campo carlista desde que se consideró como inminente el destronamiento de la reina Isabel, hasta que se malograron los admirables esfuerzos que hizo el Ejército católico-monárquico para elevar al trono de España al que consideraba su rey legítimo.

Habiendo contribuído como contribuí en calidad de secretario particular del general Cabrera á la pacificación del país, me interesaba explicar por qué nacido yo en el seno de una familia liberal había abrazado la causa carlista, y exponer los motivos que me habían impulsado á abandonarla.

La obra á que me refiero, podría llenar cumplidamente mi propósito al escribir el presente libro; pero ocuparía más espacio del que me propongo dedicar á estos recuerdos. Sin embargo, algo he de repetir de lo que en dicha obra consigné; pero será lo más preciso, añadiendo detalles y pormenores curiosos que en estas páginas tienen cabida por derecho propio.

Desde el momento en que admiré y deseé para el resto de España el régimen foral del país vas-

congado, fuí fuerista; y como D. Carlos declaró de un modo categórico que reconocería y respetaría los fueros en toda su integridad, me interesó su triunfo; pero si mostré simpatía por la causa que representaba, no la declaré de un modo ostensible, temeroso de las complicaciones y disgustos que mi resolución podría acarrear á mi familia.

Todo lo he sacrificado durante mi vida á la paz de mi hogar, á la tranquilidad de espíritu de mi cada día más querida compañera, de mis hijos, de todos los seres ligados á mí por los lazos de la sangre y del afecto; y aunque no recataba mis ideas y mis sentimientos, respetaba las opiniones ajenas para que fuesen respetadas las mías.

X

En las Cortes constituyentes alcanzó merecido renombre de orador un canónigo joven, pues contaba de treinta y seis á treinta y ocho años, llamado D. Vicente Manterola. Al discutirse la importante y trascendental cuestión religiosa, contendió con Castelar, y hasta sus adversarios reconocieron su ciencia, su elocuencia, y la energía de sus convicciones, que latía en el fondo de su inagotable bondad.

Llegó al Parlamento con fama de ser un perfecto orador sagrado, adquirida en San Sebastián y en Vitoria donde disfrutaba de gran prestigio por su saber y su virtud.

Hijo único de padres modestísimos y de acriso-

ada honradez, solo se separó de su lado mientras permaneció en el seminario, y al recibir las Sagradas Ordenes, tornó á vivir en su compañía colmándolos de entrañable afecto y de las más exquisitas atenciones. Adoraban en él y eran correspondidos. Primero en San Sebastián y después en Vitoria, tuvieron la inmensa satisfacción de ver que su hijo, admirado, respetado y querido, llegó á obtener la dignidad de canónigo en plena juventud.

Desde que por primera vez ocupó la Cátedra del Espíritu Santo, llamaron la atención de los fieles la elegante sencillez de su fácil, persuasiva é ingenua palabra; el profundo sentimiento religioso que como un puro manantial de fé cristiana y de amor divino aparecía en sus conceptos; su figura esbelta, su rostro de expresión dulce y bondadosa envueltos en un nimbo de misticismo natural, espontáneo, que imponía y atraía al mismo tiempo.

Siempre que predicaba se llenaba el templo de fieles, dándose el caso de que lo mismo las personas cultas que las que carecían de cultura, permanecían mientras hablaba pendiente de su palabra insinuante, que sabía preparar el terreno para que al caer en él la semilla pudiera dar el fruto deseado.

Cualidades análogas desarrolló en el confesonario, y como la austeridad de sus costumbres, el amor y el respeto que le inspiraban sus padres y la caridad que, no su bolsa porque era pobre, sino su corazón y su inteligencia prodigaban á cuantos

podían necesitar consejo, consuelo ó cariño, completaban á aquel eclesiástico, que no por verse celebrado dejaba un solo instante de ser humilde, y en breve ganó la estimación de los que inspirados por la Fé podían comprenderle, y hasta la de los indiferentes y descreídos.

Era sinceramente católico, porque era sinceramente cristiano; creía que aún más que el alimento material era indispensable el espiritual á los seres humanos; y profesando en toda su pureza la doctrina de Jesús, deseaba sembrarla y cultivarla en los corazones como el medio mejor de vencer las contrariedades de la vida, de dar al alma la paz indispensable á la felicidad posible en el mundo, y estos hermosos propósitos le estimularon á desear para España un gobierno que inspirándose en el amor á Dios y el amor á la Patria, pusiera término á la espantosa orgía á que se habían entregado los partidos políticos.

De abolengo carlista, fué uno de los primeros en abrazar la causa que representaba D. Carlos; contra su voluntad, pero obedeciendo la consigna que se dió á los católico-monárquicos, fué elegido diputado por la circunscripción de Guipúzcoa en las Cortes constituyentes y allí, como ya he dicho, adquirió gran notoriedad por la pureza de su doctrina y la elocuencia de su oratoria.

Como los carlistas de raza, pensaba que no era en el Parlamento, teatro de las desdichas de la patria, donde debían librarse batallas, y por eso no quiso ser elegido para las nuevas Cortes que con-

vocó el gobierno del rey democrático D. Amadeo, juzgando que podía prestar mejores servicios en la frontera que en los escaños del Congreso.

Antes de tomar esta resolución fué á Vitoria en busca de sus padres, se trasladó con ellos á San Juan de Luz y permanecía á su lado mientras no le obligaban á ausentarse los trabajos que con gran asiduidad realizaba en las montañas de Guipúzcoa y de Navarra, para allegar los elementos necesarios al triunfo de la fé religiosa y de la fé monárquica.

En el verano de 1869, después de residir algunos días con mi familia en Burguete y Roncesvalles, pasé en San Juan de Luz los meses de Agosto y Septiembre. En esta última población, que por entonces no aspiraba ni con mucho como sucede ahora á igualar á Biarritz, solían reunirse durante la estación estival varias familias navarras, riojanas y madrileñas, unidas todas por los lazos de la amistad, figurando entre las primeras la de mi antiguo y siempre buen amigo Cancio Mena, por cuya mediación conocí personalmente á Manterola.

Desde luego me cautivaron su clara inteligencia, la nobleza de sus sentimientos y la dulzura de su carácter. Se mostró afectuoso y sincero conmigo, convinimos en vernos á menudo, celebramos algunas conferencias que no tardaron en ser íntimas, porque desde el momento en que pude comprender la belleza de su alma, ví en él el confesor ideal que necesitaba mi espíritu para disipar

sus cavilaciones, apaciguar sus rebeldías y convencerme de que el Supremo Creador de todas las cosas era Justicia, Misericordia, Amor, sobre todo Amor, y no como suponían algunos teólogos, particularmente los de levita, un Sér inexorable y terrible.

Cuando pudo penetrar en el fondo de mi alma, la estimó á pesar de sus defectos y desde entonces hasta su prematura y por tantos motivos sensible muerte, fuimos verdaderos amigos: no exageraría si dijera que más que amigos fuimos hermanos.

Ví en él, ampliado y perfeccionado, á aquel humilde y buen abate Poyet de Passy, que con menos inteligencia pero con la misma fé y la misma bondad, fortaleció mis creencias y ahuyentó las dudas que entonces y después én algunos períodos de mi existencia, me han preocupado y mortificado.

Confié á Manterola que sentía viva inclinación hacia la causa del carlismo; no impulsado sólo por mis sentimientos religiosos, porque entonces pensaba como sigo pensando que con todas las formas de gobierno se puede ser creyente, sino porque para gozar de la paz interior es necesario que exista la paz exterior, y estaba plenamente convencido de que careciendo el pueblo español de la educación indispensable para vivir en república, sólo una monarquía cristiana, no representativa y mucho menos parlamentaria, una monarquía que llevase á los municipios anémicos la funesta

exuberancia de vida que había en la capitál, podría trocar el caos que nos envolvía en clara y bienhechora luz.

Abrí para él de par en par mi corazón, y penetrado de mi sinceridad, me exhortó á que le auxiliase en la empresa que por razones análogas á las mías había acometido y estaba decidido á realizar. Pero yo no podía como él sacrificarme en absoluto, porque mi sacrificio entrañaba el de mi esposa y el de mis hijos, que dependían de mí.

Sólo á mis trabajos literarios debía los recursos con que atendía á mis obligaciones: escribía novelas ó estudios históricos para los editores de Madrid y enviaba á mi antiguo amigo Alejandro Chao que había fundado en la Habana un periódico satírico titulado *Juan Palomo*, semblanzas ó bocetos á la pluma como los que publiqué en *La Epoca* y en *Gil Blas*. A la *Familia Cristiana* que editaba Pérez Dubrull destiné mi novela *Mater Dolorosa*, y al cesar la *Gaceta Popular*, utilizando los grabados de la *Ilustración Española y Americana*, fundé auxiliado por los editores Abelardo de Carlos y Jubera, un periódico popular ilustrado que se tituló *El Bazar* y que alcanzó un éxito en extremo lisonjero.

Con los productos de esta labor literaria y los de las comedias *Suegra y abuela* y *Una casa sin comedor* que arreglé del francés y se representaron en el Teatro Español, proporcionando la primera un señalado triunfo á la genial artista Balbina Valverde, pude atender á las necesidades de

mi hogar desde 1869 hasta 1874. Carecía de otros medios de subsistencia, y renunciar á ellos habría sido no solo una locura, sino una iniquidad de mi parte.

Mi principal deber era evitar á mi familia los disgustos que de seguro la proporcionarían las persecuciones de que yo sería objeto, las privaciones á que la condenaría renunciando á un trabajo tranquilo y remunerador, para empeñarme en aventuras que desde luego eran peligrosas y podían ser funestas.

No se me ocultaba que ni los héroes ni los santos se forman con escrúpulos como los que me asaltaban; pero no aspiraba á ser santo ni héroe, y mi colaboración en la empresa en que Manterola lo arriesgaba todo, tenía que limitarse á no salir de lo que la legalidad permitiese.

Comprendió Manterola y hasta aprobó mi resolución; pero juzgó que dentro de la regla de conducta que había adoptado podía hacer algo en pró de las ideas que los dos profesábamos, y me pidió que si para algún caso extraordinario me necesitaba, fuese su colaborador.

XI

Durante el año 1869 circularon profusamente en España varios folletos que realizaron una hábil y completa propaganda en favor de D. Carlos y de la causa que representaba.

Los dos primeros que aparecieron, anónimos

los dos, despertaron entusiasmo en los adictos al carlismo y viva curiosidad en sus adversarios.

En el primero, titulado *España y D. Carlos*, evocaba su autor los más brillantes hechos de la tradición monárquica. En el segundo, que ostentaba el sugestivo título *Dios, Patria y Rey*, se sentaba el principio de que el Rey no era el Estado, como había supuesto Luis XIV de Francia, y se afirmaba que lo primero que necesitaba España era un gobierno esencialmente descentralizador, que reconociese á las provincias y los municipios el derecho de administrar sus bienes por sí mismos. «Independencia é inviolabilidad en la familia—decía.—De la familia debe brotar el municipio, del municipio la provincia y de la provincia el Estado.»

Tal era entonces y presumo que será siempre la aspiración de la genuina España. Además el autor anónimo del folleto proclamaba dentro del debido respeto á la unidad católica, las libertades de enseñanza, de imprenta y de asociación.

¿Qué más podían desear los inteligentes y entusiastas partidarios de la libertad?

Pero aún iba más lejos el autor del opúsculo á que me refiero, haciendo gala de sinceridad.

«El Rey reina y gobierna—decía—¿pero cómo? No somos absolutistas. El Rey gobierna entre dos límites insuperables: por encima de sí tiene la Justicia de Dios, por bajo de sí las libertades, fueros y franquicias inviolables de los pueblos.

»Sabemos y los reyes no ignoran—añadía—que

cuando faltan á la Justicia divina ó atentan á las libertades legítimas de los pueblos, se exponen á perder la corona, si es que con la corona no pierden también la cabeza.»

Y como D. Carlos confirmó estas doctrinas en su primer manifiesto, las clases conservadoras, muchos revolucionarios y toda la masa neutra del país, prestaron gran atención al carlismo.

A los indicados folletos siguieron otros autorizados por firmas importantes: la *Solución española en el Rey y en la Ley*, de D. Juan Antonio Vildósola redactor de *La Esperanza* é hijo político del consecuente D. Pedro de la Hoz; la *Solución lógica en la presente crisis*, de D. Gabino Tejado, inteligente é inquieto ultramontano, y *El Rey de España,* de D. Antonio Aparisi y Guijarro, ultramontano también; pero al mismo tiempo poeta sincero, orador angelicalmente elocuente, simpático hasta para los que suponían saturados de hipocresía á los que por la exagerada ostentación que hacían de su fervor ortodoxo, llamaban unos neo católicos, otros curas de levita y sus más empedernidos enemigos, fariseos.

Gabino Tejado, carlista neófito, sintetizaba sus aspiraciones diciendo: «Necesitamos un rey que reine y gobierne; pero que sepa también que la realeza no es un señorío, sino un ministerio; no una granjería, sino un sacrificio.» A pesar de lo cual, no los antiguos carlistas sino los cortesanos, los palaciegos de D. Carlos y después Nocedal llegaron á afirmar que el joven aspirante al trono

de sus mayores, como Rey era tan infalible como el Papa.

Pero el folleto que verdaderamente entusiasmó á los tradicionalistas y llevó al carlismo mayor número de prosélitos, entre los que me conté, fué el de Aparisi y Guijarro.

Con la ingenuidad que parecía ser el distintivo de su carácter y dando á su narración el aspecto de una confidencia íntima de las impresiones que había recibido al trasladarse á París sin más objeto que el de conocer á D. Carlos, aunque poco después desempeñó cerca de él el cargo de Secretario, pintaba el retrato del monarca á quien reconocía, y acababa con las siguientes magistrales y hábiles pinceladas:

«Si dijera que es un sabio—insinuaba—mentiría; pero observé que su entendimiento es claro y su criterio seguro. Le he oído observaciones que me parecieron, no ya atinadas, sino profundas, y he advertido que cuando delante de él se encarecen altos hechos ó se citan frases sublimes, el hecho y la frase le parecen naturales, como si tuviese el entendimiento y el corazón al nivel de toda grandeza. Consiste el principal atractivo del príncipe, en que une al candor de la juventud cierta reserva más propia de los años maduros y parece hermanar la docilidad que pide consejo con la entereza que afirma resoluciones inquebrantables. Cuando se inclina, digámoslo así, y habla en la expansión de su alma, el joven bueno y candoroso se hace querer; cuando hiergue la

frente y agita la cabeza, resalta el rey é infunde respeto.»

Por el estilo de los que he citado eran los rasgos con que el retratista caracterizaba al original. D. Carlos no ignoraba nada de cuanto un rey necesita saber; para todos los problemas tenía soluciones y no había duda, haría la felicidad, no sólo de sus partidarios, sino hasta la de sus enemigos; en una palabra, la de todos los españoles.

«En resumen—concluía Aparisi y Guijarro su obra maestra de propaganda—he conocido á don Carlos de Borbón y de Este, y siendo hijo del pueblo y amando al pueblo, me felicito al presentar esa bella esperanza á los ojos de ese noble pueblo (el español) á quien se ha engañado miserablemente y hoy más que nunca se le está miserablemente engañando.»

«¿Qué diría hoy si pudiera despertar del eterno sueño en que descansa?—añadía yo en mi obra *Detrás de las trincheras*, después de reproducir las impresiones que había dejado en el ánimo de Aparisi y Guijarro el que consideraba como su Rey.

Con la mejor buena fe, sin duda—y lo digo recordando los móviles que me incitaron á poner en verso la sugestiva prosa de los autores de los folletos—siguieron engañando al pueblo, porque la triste realidad no tardó en demostrar que había mucha distancia de lo vivo á lo pintado.

El curioso lector á quien interesen estos pormenores del carlismo, podrá satisfacer su anhelo en

buena parte, hojeando mi libro antes citado; y con más amplitud y abundancia de datos, leyendo los que publicaron D. Emilio Arjona, penúltimo secretario del Duque de Madrid durante la guerra, titulado *D. Carlos VII* y *D. Ramón Cabrera*, y D. José Indalecio Caso con el título de *La cuestión Cabrera. La bandera carlista* y *Dios, Patria y Rey*, que dieron á luz los editores Labajos y Estrada, serán también útiles al mismo efecto.

Lo que la historia íntima de aquel tiempo refiere también, es que al establecer D. Carlos en París un simulacro de Corte, acudieron á su lado en gran numero los neo-carlistas en su mayoría antiguos isabelino de los que habían tenido por ninfa Egeria á la famosa Sor Patrocinio cuyas virginales camisas, según contaban los palaciegos, contribuían á los felices alumbramientos de la Reina Isabel, y comenzó la lucha sorda entre algunos de los carlistas de abolengo, no menos cortesanos que los recién llegados. A estos últimos, que deseaban á toda costa apoderarse del ánimo del que podía ser rey, les convenía halagarle para llegar al fin á dominarle, y ponían en práctica la clásica fábula de la zorra y el cuervo.

Si no recuerdo mal, fué en el año 1872 cuando tuve ocasión de conocer personalmente á D. Carlos. Había yo preguntado á Manterola qué concepto le merecía, y con la discreción que era una de sus más características cualidades, me manifestó que era un joven muy animoso, entusiasta de sus derechos y poseído de los más vehementes

deseos de ser un buen rey. Hasta entonces sólo le había visto dos ó tres veces y muy de prisa, tanto porque los trabajos que le absorbían le obligaban á permanecer en la frontera vasco-navarra, como porque—palabras textuales—el sol abrasa de cerca y de lejos vivifica.

No fué muy explícito, y aunque hubiera deseado oir de sus labios conceptos que confirmasen ó atenuaran lo que habían escrito los panegiristas, comprendí que mi insistencia podía parecerle impertinente y no insisti.

XII

Antes de mi primera entrevista con D. Carlos ocurrieron sucesos que juzgo oportuno relatar previamente.

Aunque Manterola comprendió y aprobó los motivos que me obligaban á permanecer en la penumbra, no me ocultó que esperaba muy poco de la gestión de la Junta central residente en Madrid de la que formaban parte algunos antiguos carlistas y bastantes de los nuevos que ante los desastrosos resultados de la Revolución triunfante, habían abrazado la causa de D. Carlos llamándose tradicionalistas ó católico-monárquicos.

Por otra parte se renovaban en la nueva Corte de D. Carlos escenas muy parecidas á las que en las Cortes de D. Carlos V y D. Carlos VI habían malogrado los esfuerzos heróicos de los que en los

campos de batalla habían defendido la legitimidad.

En todo tiempo había existido un lamentable antagonismo entre los cortesanos y los hombres de acción. En la época á que se refiere mi relato, parecían ser más gratos que los que habían sacrificado su conveniencia á su lealtad, los antiguos guerrilleros que por haber aceptado el Convenio de Vergara y haber ingresado en el ejército liberal, eran ya brigadieres como Díaz de Rada y Mogrovejo ó generales como Martínez Tenaquero, Ceballos y Arjona.

También eran muy estimados los funcionarios civiles que en vista del giro que tomaban las cosas se pasaban á las filas del carlismo, prodigándose los empleos y concediéndose el grado inmediato á los militares del ejército liberal que ofrecían sus servicios. En el orden político privaban González Bravo, que reconoció como rey á D. Carlos y fué encargado de la dirección del partido, Nocedal y otros muchos moderados y ultramontanos, que ahora se llamarían clericales, como Aparisi y Guijarro y Navarro Villoslada que fueron sucesivamente secretarios del Duque de Madrid. Los nuevos miraban con malos ojos á los viejos, éstos atribuían la inacción á la influencia de aquellos, y como en las anteriores tentativas, surgieron divisiones funestas á la causa.

El general Cabrera que por su historia, su genio organizador, su intuitiva estrategia y su prudente arrojo, al mismo tiempo que por su posición

y su influencia con los hombres políticos y militares más importantes de Europa era un factor indispensable, fué aceptado por los nuevos elementos, porque como vulgarmente se dice, á la fuerza ahorcan; pero con el maquiavélico propósito de inutilizarle.

Como los cortesanos de Carlos V al Cura Merino, cèlebre por sus geniales proezas durante la guerra de la Independencia y por las atrevidas campañas que realizó en la primera guerra civil, los nuevos satélites de Carlos VII, bajo la presión de la gran masa carlista aceptaron la jefatura del conde de Morella; pero por las razones que más adelante expondré, se vió obligado á renunciar primero á la dirección del partido y después al mismo príncipe, que á pesar de las extraordinarias cualidades que le atribuyeron sus panegiristas, no acertó á elegir entre las dos fracciones que le rodeaban, la que podía sentarle en el trono de sus mayores.

Por cierto que merece recordarse aunque motive una nueva digresión, uno de los varios episodios en que el Cura Merino, que no tenía de cura más que las Ordenes que recibió contra su gusto, dijo á los palaciegos en presencia del que consideraban como su Rey, algunas de las verdades que no ocultaba ni al mismo soberano.

Al ver las zalemas y genuflexiones con que los cortesanos adulaban á Carlos V, exclamó ante el adulado y los aduladores: «Dios ha criado al hombre derecho, y el hombre se empeña en tor-

cerse y en encorvarse. Para saludar á una persona, aunque sea superior, basta una modesta inclinación de cabeza que es señal de deferencia y respeto; pero arrastrar los pies y meter con ellos más ruído que mis caballos en la cuadra, y hacer con el cuerpo más gestos y contorsiones que un energúmeno, es muy ridículo é indigno de la misión que ha dado Dios al hombre en este mundo.»

Parece ser que los cortesanos celebraron la gracia y el buen humor de D. Jerónimo Merino con la hiel en el alma y la risa en los labios, y hasta que ponderaron al Rey su gracejo; pero su estancia cerca del soberano les estorbaba y trabajaron para alejarle de aquel simulacro de Corte, quedando ellos dueños del campo.

Respecto del general Cabrera, á quien oí referir la anécdota que acabo de recordar, como veremos á su tiempo el mayor empeño de los nuevos cortesanos fué anularle por completo.

XIII

Cuando después de celebrar varias é interesantes conferencias Manterola y yo nos separamos, él para continuar sus trabajos de organización en la frontera y yo para reanudar en Madrid mis habituales tareas, me insinuó que si, como sospechaba, los individuos de la Junta central eran encarcelados ó se ocultaban al verse perseguidos, sería necesario que los reemplazasen nuevas personas de excepcionales condiciones, y añadió que para

él era indispensable tener en la Villa y Corte una persona de su absoluta confianza con quien poder entenderse.

Esta persona podía ser yo, aunque por las razones que alegué le prestase los servicios que me encargara, si no como correligionario, al menos como amigo particular.

—Tarde ó temprano—me dijo—no tendrá usted más remedio que venir de un modo ostensible á nuestro campo, porque las consecuencias de las premisas que han sentado con su conducta los revolucionarios, á usted y á los que juzguen que sin orden y justicia no se puede vivir, les empujará en busca de la única solución que queda á España, si no resuelve someterse á un protectorado de Europa como prólogo de una invasión. Pero en fin, mientras llega ese momento que espero y deseo, necesito un amigo leal en Madrid.

Ofrecí ser aquel amigo, y entonces añadió que convenía que ideásemos una contraseña para que si me enviaba con un emisario alguna indicación ó documento, tuviera la seguridad de no caer en un lazo.

—Convengamos—prosiguió—en dos palabras que la persona que vaya á ver á usted de mi parte intercale en el saludo que le dirija y así sabrá usted á qué atenerse.

Al oirle resurgió en mí el novelista, y buscando las dos palabras que podían servir de contraseña, le indiqué que si no le parecía mal, quien viniese á mi encuentro en su nombre podía intercalar en

su saludo ó por lo menos en la exposición del objeto de su visita, las palabras *Aníbal* y *Malvavisco.*

En las conspiraciones, por terribles que sean, no falta nunca la nota cómica.

Difícil era, en efecto, que no estando en el secreto se le ocurriera á un agente enemigo emplear aquellas dos palabras.

Quedamos de acuerdo, y transcurrió algún tiempo sin que fuese preciso hacer uso de ellas; pero de vez en cuando nos escribíamos, firmando él sus epístolas con el seudónimo de *Ramón* y yo las mías con el de *Juan Antonio Perales.*

XIV

Ocurrió la aventura que se llama en la historia de aquel período de la campaña carlista *La Escodada.*

Opinaban los cortesanos de D. Carlos que más conveniente que emprender campañas como las iniciadas y terminadas con la sensible muerte del noble y valeroso Balanzátegui y la que dió lugar al convenio de Amorevieta que llevó á cabo el duque de la Torre, sería medio mejor, más rápido y seguro contar con jefes y oficiales del ejército liberal, que veían desaparecer por momentos la disciplina de las filas y temían lo que por desdicha sucedió al fin.

Había por entonces bastantes brigadieres y coroneles que pensaban que el general Cabrera, por su

permanencia en Londres y sus ideas liberales dentro del más completo orden y del principio monárquico á la antigua española, era una garantía y con ella no dudaban en acatar á D. Carlos. Informados de estas buenas disposiciones los consejeros áulicos del monarca, juzgaban que si un pronunciamiento de varios batallones no podía obtenerse fácilmente, para empezar bastaría la adhesión de un coronel. Y esta adhesión pareció segura, cuando él entonces desconocido y después célebre coronel de carabineros Escoda y Canela, tendió no sin habilidad la red á varios de los generales carlistas que esperaban en la frontera el momento de entrar en campaña.

El famoso Escoda trazó su plan de tal modo, que sin el oportuno aviso que un buen amigo dió al por tantos conceptos inolvidable diputado navarro D. Joaquín Ochoa de Olza, y la perspicacia del general Díaz de Rada, él y sus compañeros habrían caído en su poder y sido fusilados.

Recuerdo que el día señalado para el fausto suceso que debía inaugurar una nueva campaña, muchas personas de las que veraneaban en San Juan de Luz fueron á las orillas del Bidasoa á presenciar la sumisión de los carabineros de Escoda. También acudí yo con Vicente La Hoz y Vildósola, y cuando á poca distancia de Behovia esperábamos ver coronarse de voluntarios carlistas las montañas, fraternizando con los liberales, pasó á nuestro lado D. Estanislao Figueras que veraneaba en Hendaya y nos saludó con maliciosa

sonrisa, porque quizás sabía el desenlace que estaba reservado á una esperanza que se fundaba en una verdadera iniquidad.

Quien desee pormenores de aquella aventura puede hallarlos en los libros que antes indiqué y también en la Historia que Pirala escribió de la guerra de 1869 á 1876, continuando la de las dos guerras anteriores, que tan merecida fama le alcanzó y será siempre, al menos por su documentación y su imparcialidad, utilísima á cuantos pretendan conocer á fondo las desastrosas é inútiles luchas entre hermanos que ensangrentaron á España en el pasado siglo.

Por descubrir, algunos minutos antes de que se consumase, la traición de que iban á ser víctimas, pudieron librarse de la muerte aquellos crédulos caudillos y ahorrar una importante cantidad de dinero al no muy floreciente tesoro del carlismo.

Los nefandos tratos se llevaron á cabo con el mayor sigilo: lo único que sabían los carlistas que residían en San Juan de Luz y en otras poblaciones de la frontera, era que de un momento á otro un acontecimiento que se se aguardaba sería la primera etapa para caminar rápida y seguramente al triunfo.

La pérdidá de aquellas ilusiones, no solo afectó á D. Carlos y á los que le rodeaban, principalmente á Arjona su secretario iniciador del contubernio, sino que produjo un doloroso desaliento en los viejos y en los nuevos carlistas.

En aquellos supremos instantes, un hombre que

enterado de lo que se proyectaba auguró lo que fatalmente debía ocurrir, no solo no perdió la serenidad, sino que encontró en su espíritu suficiente energía para levantar el ánimo de los abatidos.

Este hombre fué Manterola. Poniéndose de acuerdo con las Diputaciones á guerra de las provincias Vascongadas y Navarra, con los antiguos generales navarros y vascos y con algunos de los que reingresaron en el partido después de haber servido en el ejército liberal; con una actividad insuperable, con una energía y una perseverancia indómitas, reanimó á los desalentados, allegó recursos, voluntades y contribuyó á la organización de las numerosas y formidables fuerzas del carlismo, iguales ó poco menos á las que con ellas lucharon.

Entre tanto Dorregaray y otros caudillos valencianos, aragoneses y catalanes, trabajaban con el mismo ardor en las comarcas donde gozaban de prestigio, y gracias á la acción de unos y otros, lo que después de la *Escodada* pareció el aniquilamiento de una fuerza, resurgió en Abril de 1872 con más brío y dió grandes probabilidades al triunfo de la causa carlista.

Como no podía menos de suceder, los gobiernos del Rey democrático y los de la República, al mismo tiempo que oponían la fuerza á la fuerza en los campos de batalla, perseguían en las ciudades y en las aldeas no sólo á los conspiradores, sino á los que simpatizaban con ellos. Las primeras víctimas de esta actitud desesperada ape-

nas se efectuó el alzamiento en Abril de 1872, fueron, como antes insinué, las Juntas públicas y secretas que en las capitales de las provincias reclutaban voluntarios, arbitraban recursos y procuraban cumplir las órdenes que llegaban de la frontera.

Las que funcionaban en Madrid, que eran dos: la miitar, secreta, misteriosa, que rubricaba sus comunicaciones con la estampilla *Zumalacárregui* y la que podríamos llamar civil, cuyos individuos eran conocidos, fueron las primeras víctimas de la persecución. Nocedal, el presidente de la última, se oponía con todas las fuerzas de su dialéctica á que las armas resolvieran el problema. El *Virey*, como le llamaban los carlistas de abolengo, absoluto y despótico por naturaleza, tenía en un puño á las juntas provinciales y locales á los guerrilleros y á los periódicos del partido, que no podían permitirse iniciativas ni publicar más noticias que las que obtenían el *execuatur* ó procedían del antiguo miliciano nacional convertido en un Nerón ó poco menos.

Pero los elementos militares del carlismo recibieron orden terminante de verificar el alzamiento; se dió traslado de este acuerdo á Nocedal, y á pesar del deseo de una monarquía absoluta que se apoderó de él á última hora, á pesar de la teoría de la infalibilidad de D. Carlos que proclamó y sostuvo, no contestó con la clásica fórmula de los antiguos Procuradores del reino: *se obedece, pero no se cumple*, dió la callada por respues-

ta y desapareció de la escena escondiéndose con tanta maestría, que nadie supo donde encontrarle para pedirle cuenta de su conducta.

Los que no pudieron, no supieron ó no quisieron imitarle, fueron encerrados en las prisiones militares de San Francisco el Grande, donde tuvieron por compañeros á varios militares sospechosos para el gobierno, que á pesar de ser liberal y democrático, hacía mangas y capirotes de los famosos derechos individuales.

Como no es posible contener el vuelo de la malicia, corrió la voz de que algunos de los individuos de la Junta Central, utilizando esas nefandas amistades particulares que existen entre los adversarios políticos, pidieron que los secuestrasen porque, particularmente á los neo-carlistas que no olvidaban sus antiguos resabios y preferían la intriga á la guerra, la prisión les libraba de compromisos y peligros.

Mientras dura la comedia parlamentaria, todo va bien para los políticos de afición ó de profesión; ante la galería se increpan, se denuestan unos á otros; con la palabra son verdaderos Cides; pero en cuanto el pueblo se amotina ó asoman uniformes del ejército en las puertas que en el Congreso adornan los maceros, las cosas cambian de aspecto. La comedia agrada, el drama atemoriza.

Exacta ó no la versión que he recordado, lo cierto fué que Madrid y las provincias de aquende el Ebro, quedaron sin dirección é incomunicadas con la frontera.

XV

Así las cosas, el día 14 de Mayo de aquel tan agitado año 1872, se presentó en mi casa un joven francés que se llamaba Mr. Renateau, según la tarjeta que hizo que me pasaran manifestando que necesitaba verme.

Después de una breve salutación, en la que del mejor modo que le inspiró su caletre colocó las palabras *Aníbal* y *Malvavisco*, comprendí que era un emisario de Manterola, mi reserva se trocó en confianza y me puse á su disposición.

Según me indicó renunciando al idioma francés, que dicho sea de paso hablaba correctamente, había nacido en España, se llamaba Luis Polo y era sobrino del general del mismo apellido, que sorprendido por las tropas del gobierno al principio de la campaña, fué condenado á muerte, indultado por el Duque de la Torre que en aquel tiempo desempeñaba el alto cargo de presidente del Poder ejecutivo, y deportado á las Marianas.

Mi interlocutor había formado parte del ejército español hasta que el triunfo de la Revolución le llevó al campo carlista, del que procedía toda su familia.

Leal, inteligente, activo y capaz de arrostrar todo género de sacrificios—ésto no me lo dijo él: lo supe más tarde por Manterola—prestaba á D. Carlos, á su secretario Arjona y á los individuos de la Diputación á guerra vasco-navarra los servicios que encomendaban á su pericia y á su fidelidad.

Según me dijo habían transcurrido tres semanas sin que D. Carlos, que permanecía en la frontera recatándose de las autoridades francesas en compañía de su secretario D. Emilio Arjona, ni Manterola que con los Diputados de Navarra y las Provincias Vascongadas ultimaba los preparativos para secundar el levantamiento iniciado en Cataluña por los guerrilleros Castell y Saballs, hubieran tenido noticias de las poblaciones de aquende el Ebro.

Ni Nocedal, ni los individuos de la Junta militar, ni una sola persona de las que en diversos puntos de la Península representaban á D. Carlos, habían enviado la más insignificante comunicación dando cuenta de lo acaecido en sus respectivas demarcaciones ni del paraje en donde se habían refugiado.

En la secretaría del príncipe no se sabía á quien dirigirse con la seguridad de que los que recibieran la visita de un emisario diesen crédito á sus palabras, porque aun los más adictos temían caer en un lazo y las cartas que se habían dirigido á Madrid y á otros puntos, habían quedado sin respuesta, tal vez porque á pesar de lo sagrado de la correspondencia privada, los gobernantes de entonces como los de ahora y los de siempre, secuestraban las cartas.

Manterola recordó entonces la previsora contraseña para entenderse conmigo que conoce el lector, y gracias á ella pudo inspirarme su emisario absoluta confianza.

El principal motivo del viaje de éste á Madrid era saber con exactitud el estado de la insurrección en la parte de España incomunicada con la frontera.

Traía además una carta de D. Emilio Arjona para D. Cándido Nocedal, en la que le pedía en nombre de D. Carlos explicación de la falta de cumplimiento de sus órdenes por parte de los comandantes generales de las provincias de Castilla la Vieja, Aragón, la Mancha, Extremadura y Andalucía.

Por último, debía establecer comunicaciones seguras entre la frontera y Madrid, y con el mejor deseo me presté á ayudarle en tan difícil empresa. Procuré á toda costa hacer llegar á manos del señor Nocedal el documento que emanaba de la secretaría de D. Carlos y redacté una estensa nota de lo que había ocurrido en Madrid y de cuanto sabía respecto de algunas otras provincias.

Era de todo punto necesario reemplazar las Juntas que el gobierno habia inutilizado, y con esta y algunas otras indicaciones, regresó Polo á la frontera.

Al día siguiente de su llegada á Bayona me escribió encareciéndome por orden superior que buscase un jefe militar para que se encargara de promover la insurrección en las provincias que permanecían inactivas.

Difícil era para mí el desempeño de aquel encargo; pero en una de las tiendas de la casa en que yo habitaba tenía una droguería un antiguo

coronel carlista llamado Salvador á quien visitaba con frecuencia, que conocía los escondrijos de algunos jefes militares que se creían más seguros en Madrid que en los puntos de su habitual residencia, y me puso en relaciones con el ya anciano pero vigoroso Palacios, con Marconell y no recuerdo con quiens otros más.

Ninguno de ellos juzgó hallarse en condiciones de aceptar la responsabilidad del cargo que debían desempeñar con arreglo al deseo de D. Carlos, y así se lo comuniqué á Manterola insinuándole que sería más fácil formar una junta secreta con dos personajes civiles que designé, por creer que si se decidían á sacrificar su tranquilidad en aras de la causa, prestarían importantes servicios.

Las cartas de la frontera tardaban en llegar á mis manos, porque unas veces pasaban por Portugal, otras iban primero á alguna población de Bélgica ó de Suiza, y además no venían á mi nombre, sino á los de dos ó tres comerciantes amigos míos que no figuraban como carlistas.

Por uno de estos conductos recibí orden de explorar el ánimo de las dos personas á quienes había propuesto y que fueron el que era entonces Obispo de la Habana y Senador carlista por la provincia de Alava, y el conde de Belascoain.

Apenas recibí la orden de proponerles en nombre de D. Carlos que formasen la Junta secreta que debía reemplazar á las que se habían eclipsado, me encaminé al domicilio del primero, que ha-

bitaba en el piso segundo de la casa núm. 2 de la calle de Cervantes.

Como una de las tareas que emprendí al reunirse las Cortes que convocó el primer gobierno de D. Amadeo, fué escribir para el editor Labajos las biografías de los senadores y diputados carlistas, tuve ocasión de conocer al prelado y de apreciar su clara y bien cultivada inteligencia, su carácter bondadoso sin dejar de ser enérgico y el alto espíritu de justicia que informaba sus actos y sus palabras.

Se llamaba Fray Jacinto Martínez, pertenecía á la Orden religiosa de San Francisco y había sido preconizado Obispo de la Habana en 1865, dignidad que desempeñó hasta su fallecimiento acaecido diez años después.

Me inspiró tanto respeto, tanta veneración y tanta simpatía, que le visité algunas veces y siempre me recibía con afecto.

Recuerdo que antes de asociarme con Fraga para la publicación de *La Gaceta popular*, buscando siempre los medios de fundar un periódico diario en las condiciones del que al fin publiqué, me dirigí muy recomendado á un industrial catalán que había establecido en la Carrera de San Jerónimo una gran sastrería. Celebramos una larga conferencia, le expuse mi plan, me oyó con atención, mi propósito le pareció plausible en el orden moral, de éxito seguro en el orden económico y me anunció que en principio aceptaba el proyecto y que contribuiría á realizarle si á con-

tinuación del título que eligiéramos declarábamos que el periódico se publicaba bajo la advocación de la Purísima Concepción.

Como siempre que he visto mezclar lo divino con lo profano, no pude contenerme y seguro de que malograba las esperanzas que me había hecho concebir mi interlocutor: exclamé:

—Me parece muy bien, sobre todo si se ofrecen á los suscriptores tantos días de indulgencia por un año, tantos por seis meses y tantos por tres. Dispense usted que me retire—añadí—nunca podríamos llegar á entendernos.

Pasado el primer pronto, al que nunca he podido resistir, comprendí lo incorrecto de mis palabras, sentí haberlas proferido y para descargar mi conciencia fuí á ver al Obispo de la Habana y le referí mi aventura.

—Si en la forma ha sido usted duro—me dijo—en el fondo ha sido usted justo. He condenado siempre que se utilicen las ideas, los sentimientos y los símbolos religiosos como elementos ó alicientes de especulaciones mercantiles. Jesucristo arrojó del templo á los falsos mercaderes; pero la raza de ellos no se ha extinguido. Debió usted ser tolerante con ese buen señor, que al proponerle lo que le ha indignado, se olvidó del destino reservado á los periódicos; pero apruebo el sentimiento que ha impulsado á usted á rechazar una proposición, por lo menos inconveniente.

Con aquel motivo hablamos de los explotadores de la religión, oí al Sr. Obispo observaciones y

afirmaciones que me agradaron y se aumentó en mí el respeto y el afecto que le profesaba.

Cuando fuí á informarle de la proposición que por conducto de Manterola le hacía D. Carlos para que formase parte de la nueva Junta secreta, me manifestó que ni por su carácter eclesiáastico ni por el mal estado de su salud, podía aceptar aquel honroso cargo. Pero le indiqué que también había sido designado para formar con él la Junta el Conde de Belascoaín, persona de gran prestigio, de actividad incansable, de clarísima inteligencia y de una insuperable abnegación, quien si aceptaba como era de esperar, de seguro le ahorraría molestias, limitándose á pedirle consejo. Entonces se mostró más propicio y me autorizó para que comunicase á Manterola su aceptación.

Desde la calle de Cervantes á la del Príncipe, núm. 12, donde habitaba en el piso principal de la casa de su propiedad el hijo primogénito del bizarro y desgraciado general León, había corta distancia que salvé en pocos minutos.

Por más que quiero recordar de un modo exacto como entré en relaciones con el Conde de Belascoain no lo consigue mi cansada memoria. Lo que recuerdo bien es que desde nuestra primera entrevista despertó en mí viva simpatía, lo que no extrañará á los supervivientes que le hayan conocido ó hayan oído hablar de sus excepcionales cualidades.

También tuve la suerte de agradarle y como

era franco, ingenuo, vehemente, me tomó afecto, me pidió que le visitase con frecuencia, me introdujo en el seno de su verdaderamente adorable familia, y desde entonces hasta que pasó á mejor vida, existió entre los dos una amistad que tenía mucho de paternal de su parte y mucho de filial de la mía; amistad que después de su fallecimiento conservé con la que fué su santa compañera y con sus hijas, de las que más adelante tendré ocasión de hablar, pues aunque han transcurrido muchos años, todavía los actuales condes de Belascoain, recordando el leal y sincero cariño que profesé á sus padres, son unos de los pocos verdaderos amigos que me quedan.

Siempre entusiasta, siempre solícito á la acción, dispuesto á sacrificar su sosiego y su fortuna, como los sacrificó, por las ideas que bullían en su mente y por los sentimientos que enriquecían y ennoblecían su corazón, cuando al separarme del Obispo de la Habana fuí á enterarle de lo que don Carlos y Manterola deseaban, no vaciló un instante en acatar y muy agradecido la voluntad del que consideraba como su soberano.

Me apresuré á comunicar el feliz éxito de mis gestiones y diez días después por conducto de un comerciante establecido en Madrid, muy estimado y nada sospechoso al Gobierno, porque no constaba en los registros de la policía como afiliado á ningún partido político, llegó á mis manos un abultado sobre que contenía firmados por don Carlos los nombramientos del Obispo de la Haba-

na y del Conde de Belascoain para constituir la Junta central secreta que en adelante debía ejecutar las órdenes que la comunicase la Secretaría del Rey y otro, inesperado, designándome para desempeñar las funciones de secretario de dicha Junta. A estas reales órdenes acompañaba una extensa nota con instrucciones para el mejor éxito de la misión que debía desempeñar aquel nuevo organismo y una estampilla con el nombre de *Recaredo* para autorizar las comunicaciones á los jefes militares, cuyos nombres y residencia se consignaban en la nota. Oportunamente les habían remitido facsímile de la estampilla y el encargo de obedecer las órdenes que se les transmitieran.

XVI

Todo esto, verdadero cuerpo de delito á los ojos del gobierno que representaba la legalidad, estuvo durante algunas horas en poder de un agente de orden público.

En el libro *Detrás de las trincheras* referí aquél episodio, y voy á reproducir aquellas páginas que parecerán arrancadas de una novela.

El comerciante portador de los indicados pecaminosos documentos, al llegar á Madrid en el expreso del Norte, notó que se fijó en él un Inspector de policía que estaba en el andén; pero al apearse del vagón con una maletilla que era todo su equipaje, sin dar importancia á la observación que había hecho, se dirigió á la puerta de salida.

El inspector, que le seguía, se acercó á él, le rogó con muy buenos modos que le oyese unas cuantas palabras... y á continuación reproduzco mi antes citado relato.

—«¿Se llama usted Fulano de Tal? (1)—le preguntó.

—»Sí, señor.

—»¿De dónde viene usted?

—»De Bayona.

—»Pues haga usted el favor de seguirme. Tengo orden del señor gobernador para detenerle.

—»Me tiene sin cuidado. Lléveme usted á donde guste; pero como no soy un malhechor y podría sorprender á los que me conozcan verme acompañado por la autoridad, tomaremos un coche.

»Así lo hicieron, y no tardaron en llegar á una prevención (2).

—»Espere usted aquí—le dijo el inspector—y después iremos al gobierno civil. No extrañe us-

(1) No hay inconveniente en revelar el nombre de aquel caballeroso amigo, que sin interés político ni esperar galardón alguno, sólo por dispensar un favor estuvo á punto de perder su libertad. Se llamaba D. Francisco Iglesias, tenía un acreditado comercio en Madrid y después fué uno de los más importantes comisionistas de Irún. Desde que vino á verme para entregarme los documentos indicados, nos profesamos una sincera amistad que ha durado mientras vivió y que conservo con sus hijos, dignos sucesores de su padre, que no vaciló en exponerse por complacer á una persona á quien estimaba.

(2) Fué la que había en la Plaza de los Ministerios, en el mismo edificio del Senado.

ted que le vigilen, pues hay orden terminante de no perderle de vista.

—»Sea en buen hora; pero supongo que se me permitirá atender á una de las necesidades corporales más apremiantes.

—»No, señor.

—»¿Es posible?

—»Lo que usted oye.

—»Pues amigo, lo siento; pero ante esa dura necesidad no hay consideración que valga, y aquí mismo, en presencia de usted y de todos los guardias...

—»¿Pero es de veras?... ¿No es un pretexto para quedarse á solas?

—»Hombre, usted ve visiones... No he querido contradecirle hasta ahora; pero el gobernador y usted padecen un error.

—»Bueno, pues vaya usted; pero le acompañará un guardia.

—»Que me acompañen todos los que usted quiera.

»El inspector llamó á uno de los guardias de orden público que había en la prevención, le habló al oído y el detenido y él se trasladaron á una habitacion contigua, que no nombro suponiendo que el lector me ayudará á figurarse los detalles de la escena.

»Apenas estuvieron solos el guardia y el viajero, sacando éste rápidamente del bolsillo del pecho de su gabán un abultado sobre:

—»Guardia—dijo á su vigilante—tiene usted en

sus manos su fortuna ó su muerte. Tome usted este sobre, ocúltelo, y si es usted fiel y me lo devuelve luego intacto, ha hecho usted su suerte. Si no, no pasarán veinticuatro horas sin que perezca usted á manos de mis amigos.

—»Pero...—balbuceó el guardia asustado.

—»Silencio...—añadió con tono imperativo su interlocutor— la fortuna ó la muerte.

»El guardia escondió el sobre con su contenido, diciendo á su interlocutor:

—»Esta tarde, de tres á cuatro, le espero á usted en el callejón del Perro.

»Poco después se presentaron los dos al inspector.

»Una hora más tarde fué conducido el preso á la presencia del gobernador (1).

—»Usted—le dijo la primera autoridad de la provincia—ha traído pliegos importantes del partido carlista.

—»Me parece que se equivoca V. E—contestó el interpelado con la mayor tranquilidad.

—»Eso lo veremos.

»Acto continuo dió orden para que fuera escrupulosamente registrada la maleta y la cartera que constituían todo su equipaje.

»No hallando nada en aquellos objetos, se procedió al registro de sus bolsillos, y por último fué desnudado y examinado con gran refinamiento y lujo de detalles.

(1) Era Moreno Benítez.

—»¿Lo ve V. E.?—exclamó con acento de ingenuidad el detenido.

—»Ya veo que ha sido usted más listo que yo; porque no hay duda, usted recibió en Bayona documentos de importancia, y los ha traído á Madrid. Queda usted en libertad, toda vez que no puede probársele el delito que ha cometido.

»Partió el comerciante, no sin temer que el cómplice que se había improvisado faltase á su palabra.

»A la hora señalada acudió al callejón del Perro.

»Poco después se presentó el guardia y le entregó el sobre intacto.»

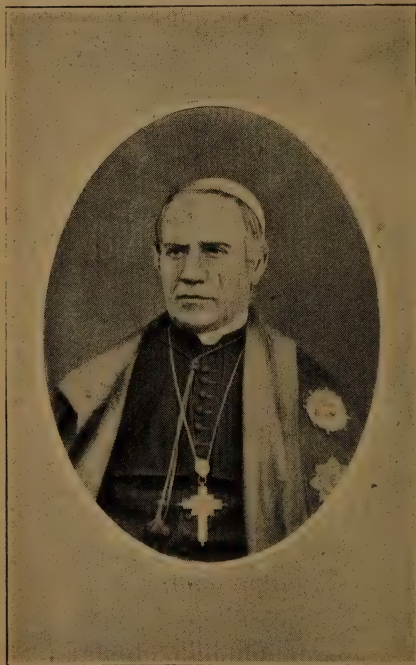
El favor que había dispensado, fué remunerado con dos mil reales que el buen Iglesias le dió de su bolsillo sin querer reintegrarse de aquella suma por más ruegos que le hice.

Según le confió el guardia, en el gobierno se ignoraba á quién debían ser entregados los documentos: sólo había indicios de que la persona que debía recibirlos habitaba en la calle de Serrano. Precisamente el día en que después de su entrevista con el guardia me entregó Iglesias lo que he llamado cuerpo de delito, al acercarme á las vidrieras del balcón de mi despacho observé que por la acera de enfrente paseaba un hombre de aspecto sospechoso, mirando de vez en cuando á la fachada de mi casa.

Aún habitaba yo en el núm. 14, hoy 26, de la citada calle; pero también era vecino mío D. Juan Bautista Topete y me figuré que la curiosidad del

paseante sería motivada más que por mi insignificante persona por la del ilustre marino.

Cuando me anunciaron que un caballero deseaba verme y que no decía su nombre porque era desconocido para mí, temí que fuese el paseante; pero le recibí, y al ver á Iglesias, á quien en efecto ni de vista conocía, respiré: no era el *madgyar*.

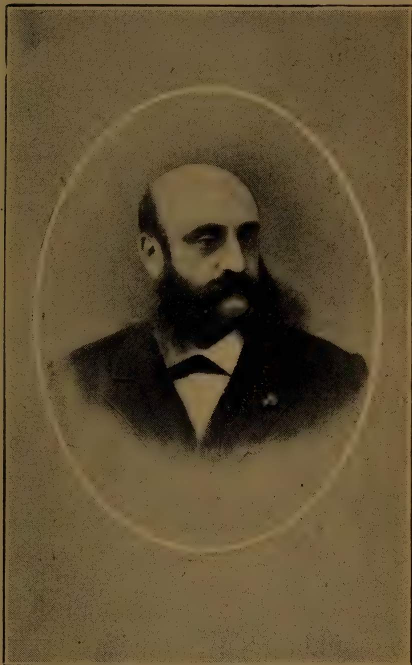


Fray Jacinto Martínez.

Habiendo aceptado el cargo de secretario de la nueva misteriosa Junta, me puse á las órdenes de los dos personajes que la formaban, quienes desde el primer momento me consideraron como un colaborador. La prudencia del señor Obispo templaba la vehemencia del Conde y también la mía;

pero trabajamos de firme para reorganizar los elementos que la persecución del gobierno había dispersado, ya que no destruído.

Casi todas las mañanas nos reuníamos en casa del señor Obispo; como yo, es decir *Juan Antonio Perales*, era el encargado de recibir á los emisarios de las provincias de aquende el Ebro, de lo que me decían daba cuenta á los que consideraba mis jefes y les enteraba de las cartas que por diversos conductos llegaban á mis manos. Se tomaban los acuerdos más oportunos y urgentes y con frecuencia informaba yo á Manterola de lo que resolvíamos ó de los sucesos que llegaban á nuestra noticia, encargándo-



El Conde de Belascoain.

se él de dar traslado á la secretaría de D. Carlos de nuestras comunicaciones.

Nuestra actividad no cesó de auxiliar en lo posible á las fuerzas que luchaban, favoreciéndonos la suerte, porque á pesar del riesgo que corríamos, particularmente yo que era quien con más facilidad podía haber sido descubierto, no sufrimos el menor percance.

Mi insignificancia me fué favorable. ¿Quién iba á imaginar que el modesto novelista podía hacer algo más que escribir romances y artículos litera rios de propaganda platónica é inofensiva?

Y sin embargo, raro era el día en que no conferenciaba con dos ó tres agentes de los jefes militares que pedían con urgencia armas, recursos, instrucciones, ó celebraba entrevistas con alguno de los mismos jefes, hábilmente disfrazados, unas veces en el Retiro, que todavía no se llamaba Parque de Madrid, otras en la Plaza de Oriente ó en el Campo del Moro, que aún no estaba cerrado al público y otras, como me sucedía algunas noches, paseando por los barrios bajos con Marconell ó alguno otro de los cabecillas ó de sus emisarios.

Cuando recuerdo aquella vida agitada y expuesta, me parece mentira haber podido soportarla durante cuatro años antes de tener que sufrir la expatriación y dos después, que no fueron de menos actividad y al mismo tiempo de disgusto y pesadumbre. Necesario es reconocer que he disfrutado de una naturaleza privilegiada, de una

gran resistencia para el trabajo y de una fuerza de voluntad inagotable.

XVII

Un día me sorprendió la visita de una señora que con una joven había llegado por la mañana de Valencia, según me confió. Eran la esposa y la hija de Dorregaray, el jefe de las fuerzas valencianas que se habían sublevado al recibir la orden de D. Carlos y que por haber sido herido de alguna gravedad se vió obligado á retirarse y permanecía oculto atendiendo á su curación.

Me interesaron vivamente por la profunda pena que las afligía, y cuando la señora, joven aún y admirable por su abnegación, me refirió por encargo de su bizarro esposo cuanto había ocurrido desde que salió al campo hasta su forzosa retirada, los propósitos que aspiraba á realizar apenas se restableciese y la falta de recursos que le agobiaba, prometí informar á la Junta y atender en lo posible su deseo.

Así lo hice, fué complacida, la entregué una carta que acordó la Junta remitir á Dorregaray haciendo justicia á su lealtad y á su valor, se fueron consoladas madre é hija y algún tiempo después volvieron á visitarme para entregarme una comunicación oficial dirigida á la Junta por Dorregaray y una afectuosa epístola particular para mí.

Necesitaron pasar algunos días en Madrid hasta que llegasen de la frontera las instrucciones que

se pidieron á la secretaría de D. Carlos, y no mucho después, como consecuencia de las observaciones formuladas por Dorregaray, fué llamado éste al lado del Rey, acudió á pesar de no hallarse completamente restablecido y se encargó como es sabido, descartados los generales Cabrera, Cathelineau y Elío, de la suprema dirección de las fuerzas carlistas que sostenían la campaña. Más adelante hablaré de este suceso con la extensión que merece.

XVIII

Metido á conspirador, vinieron en mi auxilio mis artimañas de novelista, y recordando la organización de algunas de las sociedades secretas que funcionaron por parte de los liberales llamados *negros*, cuando minaban el trono de Fernando VII, me pareció que una adaptación de la famosa del *Triángulo*, podía prestarnos buenos servicios y una relativa impunidad.

El primer *triángulo*, en comunicación directa con la secretaría del Rey, lo formó la Junta de Madrid; es decir, el Obispo de la Habana, el Conde de Belascoain y mi humilde persona. Los demás conspiradores debían ignorar quienes eran los dos primeros ángulos. Para formar el segundo triángulo busqué á dos amigos de mi absoluta confianza, que fueron D. Carlos Castrobeza, perteneciente al Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, y D. Ramón Aranda, sacerdote muy ilustrado,

muy campechano, muy simpático y sobre todo muy carlista, á pesar de lo cual y esto hace su mayor elogio, porque no recataba sus ideas, era ayo y preceptor de los dos hijos varones de mi vecino el insigne Topete.

Cada uno de ellos buscó dos compañeros, y así fueron formándose triángulos sin que ninguno de los que los componían conociese más que á cuatro individuos: los dos del triángulo superior y los dos del inferior. Por este procedimiento, propagado con rapidez en Madrid y extendido á varias provincias, se forjó una extensa cadena en la que los triángulos eran sólidos eslabones y que mientras fué utilizada no se rompió; pero aunque se hubiera roto, sólo habrían sufrido las consecuencias de la ruptura dos de los afiliados á aquella sociedad misteriosa.

Los neófitos juraban fidelidad en manos del que los había elegido; abonaban una cuota para los gastos de la guerra, que de eslabón en eslabón llegaba al primero ó sea á la Junta; por el mismo conducto se comunicaban órdenes, noticias, y hay que reconocer que dió excelentes resultados.

XIX

Como antes indiqué, apenas se alzaron en armas las fuerzas tradicionalistas, suspendí la publicación de *La Margarita*, semanario que fué grato para la augusta Duquesa de Madrid y me proporcionó ocasión de conocer y tratar á algunas

distinguidas señoras de la aristocracia española, que por tradición consideraban á D. Carlos como el legítimo rey de España.

Fué una de ellas la Condesa del Prado, hija de uno de los más bizarros generales de la Guerra de la Independencia. Era una de esas señoras que tienen el privilegio de conservar á pesar de los años los encantos femeniles aumentados con la aureola de la virtud, de la inteligencia y del cariñoso respeto que inspiran. Habitaba el piso bajo de una casa de su propiedad en la calle de Hortaleza, contigua á un solar que había convertido en un precioso jardín. Conservaba una hermosa cabellera que el tiempo había transformado en sedosos copos de nieve, y sus facciones, tersas y sonrosadas, bajo aquel nimbo de blancura la asemejaba á las imágenes bizantinas de la Vírgen. Los sesenta años corridos que contaba, ni habían encorvado su cuerpo ni atentado á su esbeltez. Parecía una mujer en plena juventud, cuya natural belleza aumentaba la excepcional aureola que formaban sus blancos cabellos. Todo en ella era distinguido, selecto, elegante, y al mismo tiempo que sencillo, majestuoso.

Su alma, tan buena que podía calificarse de santa, había sufrido mucho; lo que se explica porque era hija y había sido esposa de militares, casi siempre ausentes del hogar y expuestos á cada instante á los azares de la guerra. Sólo su carácter dulce, bondadoso, resignado y enérgico ante el sufrimiento, había podido con auxilio de un

profundo espíritu religioso, salir triunfante de las penosas pruebas á que había estado sometida.

Vivía sola, cuidada por antiguos y leales servidores; no frecuentaba la sociedad, pero conservaba buenas amigas, á las que recibía con el mayor gusto, y esta distracción, sus devociones, el cuidado de su jardín y el deseo del triunfo de la legitimidad, que para ella representaba la honra y la prosperidad de España, la permitían disfrutar de una vejez sin achaques, tranquila, apacible; en una palabra, feliz.

Poseía una reliquia para ella de gran valor, una espina de la corona del Redentor, y deseó regalársela á doña Margarita. Por entonces, de acuerdo con la augusta princesa, había iniciado el periódico que ostentaba su nombre una suscripción para costear un relicario de plata que guardase la reliquia y ofrecérsela, lo que se efectuó rápida y satisfactoriamente.

La Condesa del Prado tenía siempre su bolsa abierta para aliviar desdichas, y no solo contribuyó á proporcionar recursos á las juntas encargadas de recaudar fondos, sino que socorrió á numerosas familias de voluntarios carlistas. Hacer el bien era su mayor goce.

El periódico *La Margarita*, por iniciativa de la augusta esposa de D. Carlos organizó una rifa con los lotes que envió y los que las suscriptoras se apresuraron á remitir, muchos de ellos de bastante valor.

El producto de la rifa se destinaba á socorrer á

los carlistas heridos y á las familias menesterosas de los que luchaban por el triunfo de la causa.

La augusta Duquesa de Madrid confió la presidencia y dirección de la rifa á la Sra. Condesa de Orgaz, joven y distinguida dama dotada de singular belleza, de privilegiado talento y de una gran delicadeza de sentimientos, cualidades que inspiraban viva simpatía y admiración respetuosa.

A sus órdenes y bajo su amable dirección, organicé los detalles menudos de la rifa, que no pudo celebrarse porque las dos solicitudes, con carácter político la primera, con carácter benéfico la segunda, que se dirigieron al gobierno para que la autorizase fueron denegadas y cuando, como pronto verá el lector, me ví obligado á emigrar, por orden de la augusta Princesa hice entrega de los lotes destinados á la rifa y dí detallada y justificada cuenta de las cantidades invertidas en socorros á la Sra. Condesa de Orgaz. No me bastó haber cumplido aquel deber: dos años después de terminada la guerra, algún vergonzante *ojalatero* intrigó para que un periódico hiciese insinuaciones malévolas contra mí respecto de la rifa, dando á entender que nada se había sabido acerca del paradero de los lotes y de las cantidades producto de los billetes vendidos. No hay honra que se libre de la suspicacia de los miserables calumniadores, y aunque debí despreciar al que quiso ofenderme, escribí á D. Guillermo Estrada, que continuaba desempeñando las funciones de secretario particular de doña Margarita, preguntándole

qué había dispuesto la augusta Princesa respecto de la indicada rifa.

Por hallarse ausente, respondió á mi carta un D. Ramón Esparza, manifestándome en nombre de la Señora, que por su orden «habían sido tras»ladados los lotes á Bayona, donde se efectuó la »rifa y se dió á su producto la inversión á que ha»bía sido destinado al iniciarse el pensamiento.»

Mostré aquel certificado de mi probidad al director del periódico que había tratado de ponerla en duda, me dió todo género de satisfacciones y aquel fué el único conato de desahogo contra mí de los que por entonces no perdonaban á los amigos y auxiliares del general Cabrera.

XX

Tres veces en diversas épocas del año tuve que trasladarme á la frontera para desempeñar las comisiones que me confió la Junta de que formaba parte.

La primera fué para averiguar qué sucedía á D. Carlos, porque después del fracaso de Oroquieta corrió el rumor de que había sido herido, lo que dió pábulo para que los aficionados á exagerar los sucesos afirmasen que había muerto, fundándose unos y otros en que ni aun los carlistas que residían en la frontera sabían qué había sido de su rey y señor. Al mismo tiempo, llevé el penoso y difícil encargo de manifestar al Rey, en nombre de la Junta y de los antiguos jefes carlis-

tas que aún no se habían lanzado á combatir, lo indispensable que era que alejase de su lado á su secretario D. Emilio Arjona.

La segunda vez tuvo por principal objeto mi viaje conferenciar sobre el mismo tema, ya que nada obteníamos del Rey, con el general Elío cuando este antiguo y siempre leal caudillo se encargó de la dirección política y militar de la causa carlista, poco antes de ser llamado Dorregaray á reemplazarle.

El tercer viaje, fué el más penoso para mí por la misión que me confió la Junta de Madrid de acuerdo con los generales que permanecían en la frontera disgustadísimos por la actitud en que contra ellos se había colocado D. Carlos.

Una de estas excursiones, no recuerdo cuál de ellas, la efectué en pleno Invierno y el espectáculo que ofreció á mi vista el país vasco-navarro que recorre el tren, me sorprendió y me admiró. Estaba acostumbrado á ver en Primavera y en Verano aquellos valles enmurallados, aquellas montañas cubiertas de verdura y salpicadas de blancos y apacibles caseríos, pero no envueltas en un grandioso manto de nieve.

La impresión que recibí, me sirvió más tarde para escribir el primer capítulo de mi novela *El Amor propio*, cuando los protagonistas de ella emprenden en lo más crudo del Invierno el viaje de novios, que más propio sería llamar de recién casados.

Ofrecí referir los pormenores de mi primera en-

trevista con D. Carlos, y como después de haber transcurrido tantos años no podrá mi memoria servirme con la fidelidad que me otorgó al relatarla en mi libro *Detrás de las trincheras*, voy á reproducir lo que entonces escribí.

«Partí á desempeñar la delicada misión que me confió la Junta secreta de Madrid—decía yo—ávido de explicarme el silencio de D. Carlos mientras que sus partidarios se veían en Navarra y Cataluña acosados por las fuerzas del gobierno, sin que nadie acudiese en su auxilio.

»Lo mismo en la frontera que en Madrid y en las provincias de aquende el Ebro, se atribuía el descalabro de Oroquieta á la inesperada aparición de D. Carlos, y con este motivo se echaban de menos á su lado hombres de reflexión, de experiencia y de antigua y probada lealtad.

»En una palabra, surgió de nuevo la fatal cuestión de los viejos y los nuevos carlistas.

»Pretendían los primeros, que la política aconsejada por el general Cabrera; es decir, el alejamiento de D. Carlos y la elección de hombres de gran respetabilidad para que le acompañaran y guiaran, era lo único que podía salvar la situación.

»Este era también el dictámen de las personas más autorizadas, que mayores sacrificios habían hecho y hasta de otras muchas que no habiéndose definido aún como carlistas, deseaban coadyuvar al triunfo.

»Opinando del mismo modo, acudí á Bayona,

me hospedé en la fonda de la Bilbaina donde á la sazón habitaban muchos carlistas, y no tardaron en demostrarme, entre otros el vehemente marqués de las Hormazas, lá identidad de miras que existía entre los que desde la frontera presenciaban los sucesos y los que desde los pueblos y las capitales de España representaban á la Junta de Madrid.

»Me valí de los medios que me habían indicado, y á quien busqué para acercarme al Rey fué á Manterola.

»Me habían asegurado que no podría ver á don Carlos, y temiendo que mis esperanzas de observar por mí mismo lo que respecto de sus condiciones me habían contado y había leído, recurrí á un ardid que produjo excelente resultado.

—»Si yo, no por mí sino por lo que represento en este instante, no puedo ser recibido por D. Carlos—dije á Manterola—no dudo de que es cierta la versión que han reproducido los periódicos de España .D. Carlos ha muerto, y comprendo las altísimas razones que aconsejan guardar silencio sobre este triste suceso. Esta misma noche me vuelvo á Madrid.

—»Esta misma noche verá usted á D. Carlos—me contestó—y se convencerá de que los periódicos han mentido á su sabor.

»No fué posible aquella noche; pero en la siguiente á cosa de las nueve acudí á un sitio que me designaron. Poco después llegó un coche, subí á el y no tardé en hallarme al lado del canóni·

go Milla, á quien ya conocía y estimaba, de Manterola y de algunas otras personas importantes del partido, en una de esas magníficas *villas* que de trecho en trecho y rodeadas de jardines y bosques, se hallan en los alredores de Bayona.

»En una sala del piso bajo saludé al general Elío, con quien había conferenciado por la mañana, y ví por primera vez á D. Emilio Arjona.

—»El Señor—me dijo—recibirá á usted el último, porque supone, dada la comisión que usted trae, que necesitará más tiempo para hablarle que los demás amigos que acababan de llegar.

—»Lo celebro—contesté—porque así conversaremos antes usted y yo.

»Acogiéndome con las mayores muestras de deferencia, me condujo á su despacho y pasamos juntos en animada conversación más de una hora.

»Con verdadera lealtad, después de referirle cómo juzgaban la situación las personas que me habían enviado, añadí que á pesar de estimarle, no había vacilado en aceptar la misión de pedir á D. Carlos que le alejase de su lado, porque en aquellos momentos era preciso, para acallar el disgusto general, que la separación se efectuara.

—»Cumpla usted su deber—me dijo.

—»Desearía que asistiese usted á mi conferencia con el Rey—añadí.

—»De ningún modo: estoy tranquilo y comprendo el pesar que tendrá usted; pero en igualdad de circunstancias haría lo le que insinúo.

»Poco después subí al piso principal y no tardé en hallarme delante de D. Carlos.

»Su presencia me agradó desde luego. Todo el mundo sabe que es un hombre de arrogante figu ra, de negros y expresivos ojos.

»La naturalidad, la sencillez y al mismo tiempo la distinción de su trato, fueron para mí un pode-roso auxilio en aquella situación, cuya gravedad no comprendí hasta entonces.

—¿Con que has creído que yo había muerto?—me preguntó.

—»Sí, señor—contesté—Sin una causa de fuerza mayor, no me explicaba que me fuera imposible llegar á la presencia de V. M.

—»Pues ya ves cómo te has engañado

—»¿Y tampoco fué herido V. M., como se ha dicho?

—»Tampoco.

—»Pues me alegro y lo siento—añadí.—La he-rida explicaría el misterio que ha rodeado á V. M. desde el fatal suceso de Oroquieta. De otra manera no era fácil adivinarle.

»Entonces me refirió D. Carlos lo que le sucedió desde el momento en que acompañado de su secretario y de otra persona cuyo nombre no recuer-do, se vió obligado á refugiarse en Francia; y dispensándome una benevolencia que supe agradecer, me confió que en la oscuridad de la noche cayó con su caballo en un barranco, lastimándose un brazo.

»Después de este episodio, que sirvió de preám-

bulo á la conferencia, desempeñé mi cometido.

»Confieso que la impresión que recibí al oirle me dió una idea elevada de su penetración, de su buen juicio y hasta de su talento.

»No hay que olvidar que las indicaciones que le hice eran en nombre de respetables personas y que á ellas se dirigía al hablarme.

»Respecto de su secretario:

»—Hay decidido empeño en que le aleje de mi lado—me dijo—y como carecen de fundamento las acusaciones de que le hacen objeto, basta ese empeño para que le conserve, y te aseguro que le conservaré. Pero, desengáñate—añadió con ingenuidad—no es contra Arjona contra quien se revuelven todos; no es él, es el puesto que ocupa lo que molesta. Cuando estaba á mi lado Aparisi también le calumniaban, y ni Villoslada, ni Samitier, ni ninguno de mis secretarios se ha librado de esa persecución. No y no—exclamó.—Puedes decir que serán inútiles cuantas tentativas se hagan para imponerme voluntades injustificadas.

»—No soy eco, señor, de las hablillas de la frontera—respondí.—Las personas que me envían no acusan al secretario de V. M. Ven sólo que es un jóven que apenas tiene historia en el partido, y lamentan que en vez de un secretario de sus condiciones, no se halle rodeado V. M. de un consejo de personas respetables, de hombres encanecidos en el servicio de la patria; de saber, de prudencia...

»D. Carlos me interrumpió:

»—¡Consejo!—dijo.—Jamás tendré consejo. Estoy acostumbrado á ver que hombres que á solas son capaces de convencerse de un error, reunidos en consejo con otros, sostienen los errores con verdadera terquedad. No daré ningún paso sin consultar aisladamente á cuantas personas ilustradas me sea posible; oiré á unos y á otros y me inspiraré en mi deseo de hacer el bien; pero, reunir consejos, eso, nunca.

»Confieso que esta teoría me pareció producto de una fina observación, y en los labios de un príncipe hasta la hallé admirable.

»—Ahora, señor—proseguí—voy á terminar mi cometido hablando á V. M. de un asunto que, según se asegura aunque no lo creo ni puedo creerlo, es el que más molesta á V. M.

»O ya estaba enterado de mi misión ó la adivinó al oir mi preámbulo. Ello es que con su natural vivacidad exclamó:

»—¿Vas á hablar de Cabrera?

»—Sí, señor.

»—Es inútil... Todo está dicho ya sobre ese asunto.

»A pesar de esta frase concluyente, suplicándole que me permitiera cumplir el encargo que llevaba, accedió á mi ruego.

»Diez ó doce minutos duró mi exposición, y en este tiempo me oyó con mucha calma.

»Cuando terminé:

»—Esta es una de las pocas veces que he oído hablar de ese asunto sin incomodarme—me dijo—

y ya que veo la buena fe que os anima, tanto á los que te envían como á tí, voy á contestarte de una manera que no tiene réplica. Cabrera—añadió—no es ya carlista.

»—No puedo creerlo.

»—Vas á convencerte y á llevar el convencimiento á tus representados.

»Y levantándose sacó de un *secretaire* un papel, me lo dió y me dijo:

»—Lee esa comunicación.

»Era del general francés Cathelineau, del soldado legitimista, del vendeano que había adquirido recientemente gran fama batiendo á los prusianos con sus voluntarios.

»Aquella misma mañana le había conocido yo y me había dicho que, después de recorrer los montes de Navarra, después de haber visto á los voluntarios carlistas, estaba decidido á consagrar su vida á la santa causa que defendían.

»Dos hijos suyos iban á acompañarle en aquella empresa.

»—La fe no tiene patria—me dijo.—Somos católicos y donde quiera que haya que morir por la religión, allí iré y mis hijos irán conmigo.

»Faltando un general en jefe, parecían decididos los carlistas influyentes de la frontera á confiar el mando al soldado francés.

»Acompañado de D. Carlos Calderón había ido á Baden Baden á buscar á Cabrera.

»En el escrito que me permitió leer D. Carlos, decía Cathelineau que antes de entrar en España

y de ponerse al frente de las huestes carlistas, había creído deber presentarse al conde de Morella para pedirle que acudiese á la defensa de los principios de toda su vida y ofrecerse á ser su ayudante.

»A esta súplica y á esta oferta había contestado, según el testimonio de Cathelineau, que no era ni *carlista* ni *católico*.

»—Ya lo ves—añadió D. Carlos cuando terminé la lectura—¿qué puedes alegar ante esa declaración?

»—Que es una gran desgracia—exclamé, quedando abismado en profunda tristeza.

»Algún tiempo después desmintió el conde de Morella de una manera categórica la afirmación del soldado de la fé y de la legitimidad; y es ya cosa probada que á sabiendas ó inconscientemente aumentó con aquel paso más y más las distancias.

»Lo que Cabrera dijo entonces, sintiendo que fuera necesario confiar á un extranjero el mando de los voluntarios españoles, fué que habían jugado muchas veces con él y que por nada del mundo volvería á ser juguete de D. Carlos ni de los carlistas que le aconsejaban.

»Pero yo entonces no conocía al general Cabrera, el general Cathelineau me pareció un verdadero templario, y no tuve más remedio que bajar la cabeza y volver á Madrid á decir á mis amigos:

»—No hay que contar con Cabrera, y por consiguiente tampoco con el triunfo.

»El episodio que he referido es una muestra de cómo ha sido tratada esta trascendental cuestión, y da idea asimismo de cómo sin saberlo conspiraban algunos contra sus propios intereses.

»Me ha servido también para confiar al lector la primera impresión que D. Carlos produjo en mí.

»¿Por qué no confesarlo? Le abandoné lleno de esperanza.

»Tiene algo que á todos los que le ven por vez primera sorprende y cautiva. Su figura, la expresión de sus ojos, la ingenuidad que revelan sus palabras, la sencillez de sus maneras, fascinan. Después me habló de literatura y de arte... algo de la familia y de sus goces... Creí lo que si hubiera sido esencial en él, habría bastado para alcanzar el triunfo ó sucumbir con gloria.»

XXI

Como transcurrió algún tiempo sin que las circunstancias variasen, juzgó el Conde de Belascoain que la Junta de que formaba parte debía solicitar la cooperación del general Elío, á quien podía hablarse con más extensión y mayor apremio que á D. Carlos, de cuya omnímoda confianza gozaba; y para realizar aquel deseo, que pareció muy razonable al Sr. Obispo de la Habana, torné á Bayona á donde llegué en la mañana del tercer Domingo de Agosto, día de San Joaquín, y por lo tanto fiesta onomástica del general.

Ferreres, antiguo militar carlista que al terminar la segunda guerra estableció en Bayona un comercio de tejidos que llegó á ser de los más importantes de la ciudad, hospedaba en su casa á su antiguo jefe y amigo. Le rogué que le anunciase el objeto de mi viaje y le pidiese hora para conversar con él.

Me citó á las seis de la tarde, y cuando llegué me dijo:

—Como hoy es mi santo, mis sobrinas que viven en Biarritz, se han empeñado en que coma con ellas. Abajo espera un coche, montaremos en él, hablaremos por el camino cuanto usted quiera, comeremos con mis sobrinas, pasaremos la velada en su compañía con los amigos que acudirán á saludarme, regresaremos á las once á Bayona, y puesto que dispone usted de poco tiempo, según me ha indicado Ferreres, mañana mismo podrá usted regresar á Madrid.

El programa se realizó de modo satisfactorio en todas sus partes, menos en la principal que para mí dejó bastante que desear.

Sesenta años bien corridos debía contar el general, y no aparecían en su rostro las huellas de la vejez, á no ser en sus cabellos y en sus bigotes grises pero más negros que blancos. Alto, esbelto, erguido, ni grueso ni delgado, de una ecuamidad intelectual y física que inspiraba simpatía y al mismo tiempo respeto, reunía en su conjunto la marcialidad del militar, la distinción del aristócrata y la malicia pseudo ingenua y seductora

de los diplomáticos discípulos del gran Talleyrand, maestro en el arte de esperar los acontecimientos no sin preparlos indirecta y hábilmente á la medida de su deseo.

Parecía sincero, y sin embargo no había medio de saber lo que pensaba y ni siquiera si pensaba ó si lo que acusaba su contínua abstracción era solo pereza.

Había oído ponderar á viejos carlistas la lealtad, el valor y la pericia del general Elío; pero á la vez, hasta sus mismos admiradores le tachaban de frialdad, de indiferencia, de impasibilidad, de fatalismo musulman.

De que estaba curtido en las pequeñeces y flaquezas de la vida política, militar y palaciega, no había duda. Había servido con absoluta fidelidad, eso sí, á Carlos V y á Carlos VI, con quien había sido hecho prisionero después de la intentona de San Carlos de la Rápita y condenado á muerte, salvándose por la renuncia á sus derechos que firmó el Conde de Montemolín. Posteriormente había acudido á auxiliar en su empresa á Carlos VII y ni se había quejado por ser algo preterido al principio, ni se había entusiasmado cuando descartados Cabrera y Cathelineau le fué conferida la dirección política y militar del carlismo.

Con rentas propias, sin grandes necesidades, de un estoicismo que admiraba é irritaba, acogía del mismo modo lo grato y lo desagradable, lo justo y lo arbitrario; en la guerra no se precipitaba, atacaba cuando le convenía atacar y no fiaba nada

á las corazonadas que desconocía. Todo en él era calculado; pero sin sufrir las molestias, las dudas ó los temores de los que hacen cálculos, al menos de un modo aparente.

Estaba persuadido de que lo mismo en el orden moral que en el físico, hay leyes inmutables, ineludibles; de que todo lo que sucedía debía suceder, máxima que aprendí aquella tarde camino de Biarritz, y por nada del mundo alteraba el ritmo que caracterizaba su personalidad.

Cuando en San Carlos de la Rápita cayó prisionero y estuvo á punto de ser fusilado, asombró su serenidad, según oí referir á testigos de aquella dramática situación. ¿Obedecía aquel modo de ser á una estudiada dinámica ó á una ingénita estática? Creo que nadie lo ha sabido á ciencia cierta y yo mucho menos que los que habían tenido con él contínuo trato.

Había oído hablar de su apatía; le conocí personalmente cuando por vez primera fuí á ver á don Carlos limitándome á cambiar con él un respetuoso saludo, y no adquirí los datos que me han servido para trazar su bosquejo, hasta que pasé unas cuantas horas en su amable compañía aquel día de su santo.

Ante su actitud benévola y al parecer expresiva en las generalidades de la conversación; pero sistemáticamente reservada respecto de los asuntos del carlismo, me veía cohibido para hablarle del principal ó mejor dicho del único asunto que me había llevado á su presencia.

—Seguramente—insinuó de pronto—va usted á recordarme cosas lamentables, que debo oir por deferencia á la Junta que le ha enviado á conversar conmigo; pero como eso nos ocuparía poco y nos entristecería mucho, ¿no le parece á usted que debemos aplazar hasta el regreso la parte oficial de nuestra entrevista?

Para corresponder á su finura no podía negarme á su deseo, y durante el viaje hablamos de su excelente salud, del tiempo delicioso que hacía, de las bellezas del paisaje, de mis trabajos literarios en el periódico *La Margarita* de los que le habían enterado sus sobrinas, que se alegrarían de conocerme: de todo lo que puede presumir el lector, menos de lo que en aquellos momentos me interesaba.

Llegamos á Biarritz, me presentó á sus sobrinas anunciando que me había convidado á comer, me recibieron con exquisita amabilidad, nos sentamos á la mesa, la comida fué selecta y muy animada porque el general era ante todo y sobre todo hombre de sociedad, y sus sobrinas, que se hallaban en los comienzos del crepusculo vespertino, eran muy inteligentes, muy discretas y muy bondadosas.

La velada no fué menos agradable; á ruegos del festejado general no se habló de política, y á cosa de las once emprendimos el viaje de vuelta á Bayona, en una de esas apacibles noches de Agosto, sin luna pero profusamente iluminado el cielo por millares de brillantes y temblorosas estrellas.

Previa su venia, desempeñé mi cometido encareciéndole en nombre de la Junta que me enviaba la absoluta necesidad de que cesase la lucha entre los generales y el Rey, sacrificando éste su afecto al Secretario Arjona, única causa de aquella funesta discordia. No habiendo conseguido que Su Majestad accediese á la súplica que por mi mediación le hizo la Junta de Madrid en mi anterior viaje después del fracaso de Oroquieta, acudía al general para que bien informado de cuanto ocurría en las provincias de aquende el Ebro, como seguramente lo estaba de lo que pasaba en la frontera, pusiese pronto y eficaz remedio al conflicto.

Me oyó con la más completa calma, y cuando terminé mi alegato se limitó á decirme:

—Lo que desea la Junta es también mi deseo. Pero los Reyes, como los padres, tienen siempre razón. Quien se rebela contra ellos deja de ser monárquico. Así hemos comprendido siempre la monarquía los carlistas. Como militar, lo primero para mí es la disciplina; como monárquico la obediencia al Rey. Si el que reconozco y acato pide á mi lealtad y á mi experiencia un consejo, se lo daré deseando acertar; pero no puedo aconsejarle que acepte una imposición que es una rebeldía. Que la Junta aconseje á los generales que den ejemplo de sumisión, y D. Carlos, cuyo corazón es bueno y generoso, les abrirá los brazos. De otro modo no cederá. Que no conseguiremos el triunfo. ¡Ay! joven amigo; no el militar ni el político,

sino el hombre cargado de años, asegura á usted que cuando está de Dios que una causa triunfe, triunfa á pesar de las flaquezas y miserias de los hombres. Si no triunfa, al menos los creyentes deben considerar que la Volunlad divina no está de su parte.

No insistí, carecía de autoridad para expresarle lo que en aquel momento pensaba y sentía. Nos despedimos muy afectuosamente, no volví á verle, y en la mañana siguiente emprendí el viaje de regreso.

XXII

Como es de presumir, ni el Sr. Obispo ni el Conde de Belascoain se conformaron con la estoica filosofía del general; pero ¿qué podían hacer más que lamentar aquella obcecación de los que sacrificaba esfuerzos sobrehumanos al amor propio ó á la tranquilidad de su espíritu?

Surgió el propósito de suplicar al Rey que relevase á la Junta de la misión que la había confiado; pero el animoso conde de Belascoain juzgó que esto sería una deserción y se acordó perseverar en las gestiones comenzadas para alcanzar el éxito apetecido.

Entretanto arreciaba la lucha sorda y tenaz entre el secretario del rey y los genuinos elementos de prestigio y de fuerza del carlismo, y llegó un instante en que desde la frontera donde la inteligencia y la fuerza se empleaban en dolorosas

murmuraciones, y desde las comarcas en donde los batallones y las partidas sueltas se movían sin verdadero plan, atacando unas veces, recatándose otras de las tropas que los perseguían, ejecutando actos aislados de heroismo, cansados de pedir instrucciones que no llegaban, enterados de la enemistad latente que he indicado, acudieron en queja á la Junta central esperando que sería oída y atendida, porque ignoraban el mal éxito de sus primeras gestiones.

En vista de aquella unanimidad de deseos, se acordó que volviese yo á Bayona para conferenciar con los generales preteridos y comunicar á D. Carlos el resultado de aquel importante acto.

Emprendí la tercera expedición, y después de oir las quejas de los generales y de saber su firme resolución de retirarse á sus hogares si el Rey no destituía al secretario y prescindiendo de su personal aversión á Cabrera no le llamaba y le confiaba la dirección suprema de la guerra, conferencié extensamente con Arjona y solicité de don Carlos una audiencia que me fué concedida inmediatamente.

Como la primera vez que tuve el honor de ser recibido por el Rey, el resultado de mis gestiones fué más radicalmente negativo, y al regresar á Madrid redacté una estensa comunicación oficial á la Junta refiriendo todos los pormenores de aquella esteril negociación, que el lector á quien interese podrá ver en mi citada obra *Detras de las trincheras.*

La lucha entre los generales disidentes y el Rey y su secretario, prosiguió paralizando y malogrando los esfuerzos que hacía el partido; se cruzaron comunicaciones verdaderamente lamentables; el Rey disolvió la junta militar vasco navarra; ésta apeló á la tradicional fórmula: *se obedece pero no se cumple*; D. Carlos la acusó de sediciosa, y el resultado de aquella deplorable discordia fué que llamase el Rey al general Dorregaray.

Aunque no estaba completamente restablecido de su herida, arrostrando todo género de molestias y peligros, llegó á la frontera vasco navarra, completó la información que desde Madrid le había dirigido la Junta, y en vista de la tenaz y dolorosa lucha que pudo apreciar de cerca, resolvió poner término á aquel conflicto.

Uno de sus primeros actos fué conseguir de don Carlos que separase de su lado á Arjona, como base de la indispensable y salvadora reconciliación; y poco antes de que se realizase aquel suceso tan deseado por todos los leales partidarios del carlismo, me ví sorprendido el día 29 de Octubre de 1872 con la visita de uno de los ayudantes de Dorregaray.

Era portador de una carta confidencial, en la que me anunciaba que había conseguido que el Rey hiciese el sacrificio de separarse de Arjona; que me había propuesto para que le reemplazase en la secretaría que quedaba vacante; que había sido bien acogida la propuesta, y que solo esperaba que aceptase aquel cargo de confianza, lo que

deseaba vivamente, para enviarme el nombramiento.

A mi sorpresa siguió instantáneamente el agradecimiento; pero ni un solo instante vacilé en declinar aquel honroso é inmerecido cargo.

Seguramente influyeron en el ánimo del general las cartas que le había escrito cuando tuvo que retirarse herido del campo de batalla, y también he creído que su excelente esposa y su angelical hija contribuyeron á inspirarle el propósito de confiarme el cargo que me ofrecia.

Sin perder un instante, porque urgía mi respuesta, escribí al general una carta que reproduje en mi tantas veces citado libro, de la que solo insertaré aquí dos ó tres párrafos.

«Comprendo—le decía—que usted, todo corazón, ha obedecido á una corazonada. Por lo mismo después de mostrarme muy agradecido debo decirle la verdad, y la verdad es querido general que el partido tiene muchos hombres que pueden representarle con más títulos que yo cerca del Rey, y por otra parte que quien ha condenado á Arjona por que ha procurado separar al Rey de las glorias y de las soluciones del partido, no puede en condiciones parecidas á las suyas por la edad y los merecimientos, reemplazarle siquiera sea en lo más humilde de sus funciones, sin despertar justa indignación.

»No pase, pues, la oferta de usted más que de un recuerdo amistoso; piense usted en el gran prestigio que hoy más que nunca necesitan las

personas que deben rodear al Rey; intente usted la gloriosa empresa de que renazca la paz en donde solo la discordia ha vivido desde Abril último, y á cambio de la fortuna que sin merecerla me desea usted, yo le deseo la gloria de poder presentar al Rey rodeado de todas las grandes figuras del partido, único medio de que haya fé, recursos, hombres y triunfo.

»Verá usted cómo hago más desde mi oscuro puesto que en donde usted anhela verme: trabajador he sido antes, trabajador soy ahora, trabajador continuaré siendo al día siguiente del triunfo, y créame usted, sin trabajadores que fabriquen los tronos no se sientan en ellos los reyes.»

A mi carta, escrita á escape para que el ayudante de Dorregaray pudiera llevársela sin pèrdida de tiempo, contestó el general estimando las razones que opuse á su deseo y rogándome que le indicase la persona que en mi concepto podría desempeñar la secretaría con la general aprobación del partido.

Aunque no conocía personalmente al joven catedrático de la Universidad de Oviedo y diputado D. Guillermo Estrada, había leído los discursos que pronunció en las Cortes exponiendo en toda su pureza la doctrina del partido católico-monárquico; sabía que á su privilegiada inteligencia, á su vasta ilustración unía virtudes privadas, amor á su familia, un carácter en extremo afable, y como al mismo tiempo que era grato á los carlistas de abolengo gozaba del afecto de los que con

más carácter religioso que político se habían adherido al carlismo después del triunfo de la Revolución, insinué á Dorregaray que podía dirigirse á él, seguro de que su elección sería generalmente aprobada y aplaudida.

Dorregaray aceptó mi indicación; Estrada fué nombrado secretario civil de D. Carlos; Yparraguirre se encargó de la secretaría militar del monarca, y el primero, que se enteró de la parte que había tomado en su elección, me escribió una carta cariñosísima.

XXIII

No por haberse realizado lo que al parecer deseaban los descontentos de la frontera, cesó la lucha entre los viejos y los nuevos, entre los que creían que sin la dirección de Cabrera nada se lograría y los que preferían ser derrotados en sus ambiciones á deber el triunfo al conde de Morella.

Dorregaray hizo cuanto le fué posible para poner término á aquel funesto antagonismo, disolvió las juntas más ó menos rebeldes y la de Madrid fué una de ellas, creó nuevos organismos, entró en Navarra y dió cohesión á las pequeñas partidas preparando el asombroso alzamiento que se efectuó en el país vascongado; pero antes de que el carlismo contase con un ejército formidable en condiciones de luchar con el que sus adversarios le oponían, las disidencias, los odios,

la discordia entre lo que podía calificarse de elemento civil y de elemento militar, pusieron muchas veces en peligro de malograrse los esfuerzos que hacían cuantos esperaban la salvación del triunfo del carlismo.

Disuelta con todo género de salvedades y pronunciamientos favorables la Junta de Madrid, dí tregua á mis tareas; y tristemente impresionado al considerar que ni la repúbllca, á pesar de los esfuerzos de los hombres de valer que la representaban, podía restablecer el orden, ni el carlismo triunfar, porque una y otro tenían en su seno los gérmenes de su destrucción, caí en un profundo desaliento.

Pero mis desmayos han sido siempre de corta duración: al cerrárseme un camino pronto he seguido otro en pós del ideal que me ha dominado; y en aquella ocasión fué poderoso acicate para reanimar mi abatido espíritu el conde de Belascoain, cuyo entusiasmo no decaía un solo instante, obligado á la acción por su temperamento y su optimismo tenaz é impenitente.

El relajamiento de la disciplina en el ejército produjo hondo disgusto en el Cuerpo de Artillería, y con las convenientes precauciones fueron comisionados dos jefes de gran prestigio para informarse amplia y discretamente de las garantías que podía ofrecer el carlismo á los españoles que ante todo y sobre todo deseaban la paz y al mismo tiempo la regeneración del país.

Fué uno de los dos jefes á quienes aludo el enton-

ces coronel D. Tomás Reina, y si no recuerdo mal, su compañero se llamaba Alverico. Conocía yo al primero, porque además de bizarro militar era un distinguido literato, y cuantos le trataron reconocerán como yo entonces reconocía, que á una superior inteligencia, á una excepcional ilustración unía una caballerosidad, una hidalguía, una nobleza insuperables.

Enterado de mis ideas y sentimientos, procuró con gran discreción y á título de curiosidad averiguar por mi conducto hasta qué punto podía darse crédito á las descripciones que en los folletos de que á su tiempo hablé habían hecho de don Carlos sus panegiristas y á las declaraciones contenidas en los regios manifiestos.

Satisfice su deseo como nuestra buena amistad exigía, y antes de separarnos:

—Es una lástima—insinuó—que no sea el general Cabrera quien dirija la política y la campaña del carlismo. Habituado á vivir en Inglaterra, educado en la escuela de aquel país que ha sabido armonizar la libertad con el orden y la justicia consiguiendo el mayor grado de progreso, sería una garantía para una buena parte del ejército español, que ve acercarse la ruina de España sin que puedan evitarla su abnegación y su patriotismo.

—Si se me autorizase á transmitir á las personas más allegadas á D. Carlos—dije yo—la indicación que acaba usted de hacer, es posible que desapareciesen los obstáculos que impiden que el

general Cabrera vuelva á encargarse de la suprema dirección del partido.

—¿Tiene usted inconveniente—me preguntó á su vez—en repetir lo que acaba de manifestarme ante un compañero é íntimo amigo mío?

—De ningún modo.

—No es que crea yo que dude de lo que afirme como resultado de nuestra conversación; pero deseo ponerle en relaciones con usted y ese sería un motivo favorable.

—Haré más si no tiene usted inconveniente en ello: con mucha más autoridad y competencia que yo, podrá el conde de Belascoain satisfacer la patriótica curiosidad de usted y de su compañero y amigo.

Esta insinuación le pareció excelente, y pocos días después celebramos una interesante conferencia en la que el Conde prometió solemnemente hacer cuanto pudiera para conseguir que don Carlos llamase á su lado á Cabrera. Los dos jefes de Artillería indicaron en subjuntivo condicional que si la nueva tentativa que se proponía hacer el Conde tenía el éxito deseado, no tardarían algunos militares en ofrecer sus respetos al general.

El siempre infatigable y entusiasta conde de Belascoain resolvió trasladarse inmediatamente á la frontera y me pidió que le acompañase, para que al mismo tiempo que él negociaba con los generales, emplease yo la influencia que debía proporcionarme mi amistad con Manterola y con el nuevo secretario del Rey.

Estábamos á principios de Julio de 1873, y como había proyectado pasar el verano con mi familia en San Juan de Luz, realicé fácilmente su deseo. Nos dimos cita en Bayona y desde allí nos dirigimos á Toulouse, donde supimos que se hallaba Manterola, que era á quien en primer término juzgamos oportuno enterar de nuestra conferencia con los jefes de Artillería.

Desde luego acogió con entusiasmo la noticia que le comunicamos y regresó con nosotros á Bayona resuelto á obtener la reconciliación entre D. Carlos y Cabrera.

Estrada, á quien entonces conocí personalmente, ofreció poner de su parte cuanto pudiera para conseguir la deseada concordia; pero también perdimos el pleito en última instancia: el Conde fué á reunirse con su familia, y dejando á la mía en San Juan de Luz, me dirigí á París decidido á trocar mi papel de modesto actor por el de espectador triste y resignado.

XXIV

A los dos ó tres días de mi llegada á la capital de Francia, recibí una carta de Manuel Homedes anunciándome que el general Cabrera se hallaba de paso en París é indicándome las señas del hotel en donde se hospedaba.

«Le he hablado algunas veces de usted—me decía su sobrino y mi amigo—y si tiene usted gusto

en ello, visítele seguro de que le recibirá con la mayor complacencia.»

Tenía vivo deseo de conocer personalmente al general y me apresuré á aprovechar aquella oportunidad.

Como dos años después entré á su servicio en calidad de secretario particular y por permanecer gran parte de las mañanas en su compañía y dar con él largos paseos algunas tardes, tuve ocasión de penetrar hasta en lo más íntimo de su alma, mal conocida y mal juzgada no solo por sus enemigos, sino por muchos de sus admiradores, á su tiempo bosquejaré del mejor modo que me sea posible el retrato moral del llamado *Tigre del Maestrazgo* por historiadores y novelistas del pasado siglo.

Ahora solo consignaré la impresión que produjo en mí nuestra primera entrevista.

En cuanto le pasó mi tarjeta un doméstico del hotel en donde se hospedaba, me recibió y su afabilidad y llaneza quitó á aquella visita todo lo que podía tener de cumplido para convertirla en cordial y afectuosa.

Mi imaginación se había figurado al célebre guerrillero, lo mismo en su carácter que en su aspecto, de un modo que contrastó con la realidad.

Aunque me explicaba los horrores que había cometido en la guerra después del inícuo fusilamiento de su madre; cuando leí en la historia de sus hazañas la conducta nada piadosa que observó con los prisioneros que constituían para él una

sociedad agradable en medio de los azares de la guerra, pensé que su corazón debía ser duro y que por consiguiente la expresión de su rostro debía revelar la rudeza y la insensibilidad estrechamente unidas.

Esperaba hallar un hombre corpulento, de facciones enérgicas, de mirada imponente, conservando la aspereza nativa bajo una superficie de austera y forzada elegancia á la inglesa; hombre en fin, de mucha acción, de pocas palabras, pagado de su celebridad y persuadido de la importancia que en aquellos momentos tenía ante los carlistas amigos y adversarios suyos, y también ante los personajes políticos de Europa, porque los periódicos españoles, franceses, italianos y alemanes se ocupaban con frecuencia de sus ideas, de sus palabras y de sus actos.

Mi sorpresa fué grande al encontrarme frente á frente de un hombre sencillo, llano, amable; debía haber sido un buen mozo en toda la extensión de la palabra, puesto que á pesar de sus sesenta y siete ó sesenta y ocho años conservaba la apostura, la marcialidad que caracteriza á los militares de raza aun en la ancianidad.

Sin ser de estatura elevada, era más alto que bajo, bien proporcionado, naturalmente erguido, de facciones que revelaban una gran energía suavizada por una bondad ingénita. Todo en él acusaba una sinceridad que rayaba en franqueza.

Algo quebrantada se hallaba su salud por entonces; pero no por eso dejaba de ser activo, ve-

hemente, inquieto, sobre todo nervioso, muy nervioso.

Agil de cuerpo, sus facciones, sus ojos estaban siempre en plena actividad y cuando hablaba, con rapidez vertiginosa, sus frases recordaban el oleaje del mar. Antes de terminar una oración surgía en sus labios otra; las ideas en alas de su viva imaginación se sucedían, se perseguían, se atropellaban, y de todo aquel modo de ser excepcional, resultaba una genialidad compuesta de nobleza, lealtad, intuición, inteligencia; de un certero golpe de vista y un altruismo que despertaba hacia él curiosidad, simpatía, admiración y respeto.

Cuando recuerde las conversaciones con que amenizábamos nuestros paseos en los momentos de descanso que nos dejaban las negociaciones en favor de la paz y sus alternativas de entusiasmo y desaliento, verá el lector la diferencia que había entre la realidad y los retratos que se han hecho del general, al mismo tiempo que lo exagerado de la leyenda de sus crueldades.

En aquella primera conferencia, en la que como es de presumir le referí las gestiones que había hecho por encargo de la Junta central para obtener de D. Carlos que le llamase de nuevo, me aseguró que la reconciliación tan deseada era de todo punto imposible.

—Los reyes—me dijo—están acostumbrados desde la niñez á ver en torno suyo cortesanos que les envuelven en una atmósfera de lisonja, de adu-

lación, de servilismo, lo que natural y fatalmente les endiosa hasta el punto de llegar á creer que los pueblos son patrimonio suyo, que cuanto hay en el mundo ha sido creado para su satisfacción y regalo, y en este agradable engaño viven figurándose que hasta sus flaquezas y sus injusticias deben ser celebradas y agradecidas por sus vasallos. Por este procedimiento, juzgándose señores llegan á ser esclavos de los que al halagar sus instintos y sus pasiones, tienen secuestrada su voluntad. Quien por su bien se atreve á insinuarles la verdad, aunque haya hecho todo género de sacrificios por ellos, es considerado como un rebelde, y en ciertas ocasiones, como sucede ahora, prefieren sucumbir con los que les adulan, á triunfar con el auxilio de los que respetándolos y amándolos, les recuerdan sus deberes y procuran apartarlos del precipicio á que los conducen los cortesanos.

Como corolario de su afirmación, me refirió que nunca había sido santo de la devoción de doña María Teresa, abuela de D. Carlos, porque aquella buena señora que no había tenido durante su vida más que un deseo, el de ocupar el trono, al quedarse viuda había aspirado á ser por lo menos reina madre, acogiendo cuantos planes de conspiraciones la sometían los caballeros de industria del carlismo, que según el general los hubo siempre y seguían explotando el filón. Incansable en su afán de reinar, aunque fuese en segundo ó tercer término, cuantos elevaban á sus

manos planes, que según sus autores eran infalibles para alcanzar el triunfo, ó solicitaban audiencia con análogos fines, eran enviados á Cabrera para que les oyera, no sin escribirle particularmente encareciéndole que estudiase los proyectos y la comunicase el juicio que formaba de ellos.

Ni una sola vez pudo el general informarla favorablemente, y la augusta señora llegó á creer que no encontraba bueno ningún plan por nó ser de su iniciativa. Aunque le guardaba las mayores consideraciones, en el fondo de su alma sentía aversión hacia él y esta aversión la inculcó á su nieto, que como ella desde sus primeros años no pensó más que en ocupar el trono de sus mayores.

La princesa doña Beatriz, madre de D. Carlos, que adoraba á sus hijos, procuraba por el contrario apartar á su primogénito de las aventuras que habían amargado la vida del bondadoso Carlos V, y de su esposo el conde de Montemolín; pero don Carlos simpatizaba más con los deseos de su abuela que con los de su santa madre, y poco á poco fué desarrollándose en su alma el odio que profesó á Cabrera, encontrando por tanto en su corazón terreno abonado los que le rodearon, cuando al estallar la revolución que destronó á doña Isabel, recabó sus derechos á la corona de España.

Con viva emoción, que se revelaba en sus palabras, me aseguró el general que no habían sido estimados sus sacrificios y que cuanto se hiciera para la deseada reconciliación, sería inútil.

Ante la amable acogida que me dispensó, me atreví á insinuarle que quizás habría evitado la guerra, siempre dolorosa, si hubiera manifestado á los que todo lo esperaban de él la causa de su retraimiento; pero con su natural vehemencia alegó las poderosas razones que le habían obligado á hacer un nuevo sacrificio callando; y cuando al separarnos estreché su mano, oí de sus labios la declaración terminante de que consagraría el resto de su vida á salvar los principios que siempre había profesado y defendido; pero prescindiendo del príncipe que entonces los simbolizaba.

XXV

Permanecí algunos días en París ocupándome en mis asuntos literarios, y al regresar á San Juan de Luz, me detuve en Burdeos, donde en una *villa* de los alrededores de la populosa ciudad meridional residía doña Margarita con sus hijos y sus más antiguos y leales servidores.

Deseando conocerla personalmente y ofrecerla mis respetos, solicité una audiencia que me fué concedida poco después de solicitarla.

La impresión que recibí al hallarme en el seno de la augusta familia, fué para mi un verdadero oasis en medio del desierto en que se había convertido á á mis ojos la política en general y la carlista en particular.

Había tenido ocasión de ver varios retratos fotográficos de doña Margarita; una de las hijas de

D. Vicente de La Hoz había pasado una larga temporada en su compañía y tanto aquella distinguida señorita como la señora Condesa de Orgaz que había permanecido algún tiempo al lado de la augusta princesa, me habían hablado con verdadero entusiasmo de las cualidades y bellezas de su alma. Bajo la influencia de aquellas sinceras descripciones, había yo dado á conocer en el periódico que ostentaba su nombre las prendas que la hacían admirable y hasta adorable. Así es, que no me sorprendió hallar la majestad y la sencillez, la clara inteligencia y la más encantadora ingenuidad, reunidas en la joven Princesa que aparecía á mis ojos con la triple aureola de esposa, madre y reina.

Fácilmente se comprendía que estimaba más los dos primeros títulos que el tercero. La majestad era en ella lo que la corola en la flor, que por hermosos que sean sus pétalos, lo mejor que tiene es el aroma que exhala. El alma, que en los seres humanos es lo que en la flor el aroma, lo que encanta y admira, era en doña Margarita superior á la majestad que la rodeaba como un nimbo.

Bella, porque su espíritu iluminaba sus correctas y expresivas facciones y hasta puede decirse que modelaba su figura, á la vez esbelta y recatada, formaba un conjunto ante todo ideal; con su natural afabilidad, con su voz dulce y esencialmente cariñosa, ponía en acción los más nobles y hermosos sentimientos de cuantos á ella se acerca-

ban y sabían apreciar lo que había en ella de divino en lo humano.

Me recibió doña Margarita en un elegante saloncito, donde á la sazón se hallaba rodeada de sus damas las señoritas de Florez, del marqués de la Romana que si no recuerdo mal desempeñaba un cargo análogo al de Mayordomo Mayor, y de su capellán D. Anselmo Ruíz, un verdadero santo por sus virtudes, y por su carácter en *angélico de Dios*, como diría un aragonés de pura raza.

No hablaré de las bondadosas palabras que dedicó á la revista en que yo había procurado poner de relieve las virtudes y cualidades de su alma privilegiada. Con naturalidad encantadora, me habló de las esperanzas que acariciaba, no por ceñir á sus sienes la corona, sino para contribuir á curar las heridas de la guerra que la afligía, á la pacificación y prosperidad del país y á la felicidad, no solo de los partidarios de su esposo, sino de todos los españoles.

Dispuso que condujeran á su presencia á sus hijas doña Blanca y doña Elvira y á su hijo D. Jaime que podría tener entonces poco más de dos años, para que los conociese, lo que esperaba que me agradaría porque sabía que era yo muy amante de la familia.

Para no abusar de su bondad, intenté varias veces retirarme; pero me retenía y me encantaba con la llaneza y amenidad de su conversación.

En medio de mi satisfacción sentía honda pena al pensar cuán difícil sería que se realizasen sus

nobles esperanzas, y eso que por entonces había vuelto D. Carlos á entrar en España para ponerse al frente del formidable ejército que se había organizado en el país vasco-navarro, y se realizaban combates heróicos como los de San Pedro Abanto y Somorrostro.

XXVI

Torné á Madrid muy descorazonado y viví durante algunos meses completamente apartado de la política.

Pensaba que si los triunfos parciales que alcanzaban el valor y la estrategia de los soldados eran estériles, consistía ésto en la falta de un plan político y de una acertada dirección militar.

Examinando desapasionadamente los elementos de que se componía el partido carlista, aparecían en primer término, los que podían calificarse de legitimistas porque fundaban su adhesión á D. Carlos en la legitimidad de los derechos que representaba.

Lo mismo en la nobleza que en el ejército y en el llamado estado llano, los primeros carlistas, por diferentes causas más ó menos interesadas, al morir Fernando VII desearon que heredase el trono su hermano D. Carlos. Parece ser que el carácter sinceramente bondadoso de este príncipe contrastando con el de su hermano mayor, tan querido por unos españoles como odiado por otros, le había alcanzado sinceras simpatías en

gran parte de la antigua nobleza, en el ejército y entre las mismas clases proletarias. Los que así opinaban, abrazaron desde luego la causa de don Carlos y sacrificaron hacienda y vida con un entusiasmo igual, hay que reconocerlo, al que mostraron cristinos é isabelinos para defender á la infantil princesa que ocupó el trono bajo la Regencia de su madre.

Por aquel tiempo, la unidad católica estaba en su apogeo, y con muy escasas excepciones eran verdaderos creyentes los que peleaban en uno y otro bando. Pero los liberales ó por lo menos los que los dirigían, se habían amamantado en la Revolución francesa, codiciaban para enriquecer al país y abrir las puertas de la nación á los progresos que habían admirado en Francia é Inglaterra durante su forzada emigración, los cuantiosos bienes que las Ordenes religiosas habían adquirido, y el instinto de conservación, mezclando como tantas veces ha sucedido en todos los países y en todas las religiones lo espiritual con lo temporal, prestó al carlismo el valioso concurso del clero regular y secular.

Una parte de la clase media, todavía poco definida, y una gran mayoría del pueblo, que á cambio de servicios y humildad disfrutaba de la protección de la nobleza y de las Comunidades, fueron los principales factores de la primera guerra civil.

Las ideas y los sentimientos se transmitieron de padres á hijos, y pudo con razón considerarse que

el carlismo representaba la tradición española, más la anterior á los Reyes Católicos que la de las dos dinastías que se sucedieron en el trono, y el elemento liberal la aspiración de implantar en España los principios de la Revolución francesa. Pero ambas fuerzas se inspiraban en sus peculiares intereses, por más que la primera se declarase defensora de la Religión y de la Monarquía absoluta, y la segunda invocase la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Ni aquellos ni éstos, habían formulado un plan de gobierno basado en la equidad, la justicia, el desarrollo de la riqueza pública y el bienestar de todas las clases sociales: los directores se limitaban á apoyarse en la famosa Constitución interna (gobierno personal) ó en la Constitución escrita ó sea el sistema representativo, que ha sido y sigue siendo una transformación hipócrita del gobierno personal ó absoluto.

Las masas de uno y otro bando, no sabían á donde las llevaban y mucho menos á donde debían ir. La *Pitita* ó el *Himno de Riego* las electrizaban por ser la expresión de sus más vehementes y puede decirse que ignorados deseos. En cambio los que las capitaneaban, sabían lo que significaba para ellos el triunfo del absolutismo ó el de la libertad. No fué solo Luis XIV quien dijo: «El Estado soy yo». Después, todos los políticos listos, inteligentes y desaprensivos, han repetido la famosa y despectiva frase.

En una palabra, si el liberalismo había llegado

á ser un negocio, el carlismo no pasaba de ser un sentimiento más ó menos egoista. Pero al mismo tiempo era una fuerza, una gran fuerza; bien dirigida, quizás la más potente en España, y era preciso dar á aquella fuerza una idea, en la que seguramente coincidirían gran número de españoles, porque era necesario canalizar bien el brioso torrente, para que fertilizase los dos campos: el carlista y el liberal.

Sin ser yo ni mucho menos lo que se llama un estadista, sin haber estudiado las ciencias políticas y sociales, por intuición ó mejor aún por resabios de novelista que más se inspira en la psicología que en la filosofía, pensaba que un plan teniendo por raíz la más austera moral cristiana y por ramaje y flores los progresos lentamente realizados por la ciencia, podría utilizar y aumentar aquella fuerza que se empleaba en heróicos y á veces salvajes, crueles ó inícuos combates, sin más finalidad que la triste satisfacción de ganar al enemigo algunas posiciones que para nada servían, ni más resultado que cometer fratricidios estériles.

Entreveía como en sueños, adivinaba por intuición algo de lo que me parecía necesario; pero me faltaban no solo la ciencia, sino la experiencia para traer á la realidad mis vagas aspiraciones.

Preguntaba á los más sabios, á los más experimentados, y generalmente me decían: «Eso vendrá después: ahora lo que importa es triunfar.»

Pero yo, modestamente, seguía figurándome que sin sembrar la semilla no era posible obtener planta, flor y fruto.

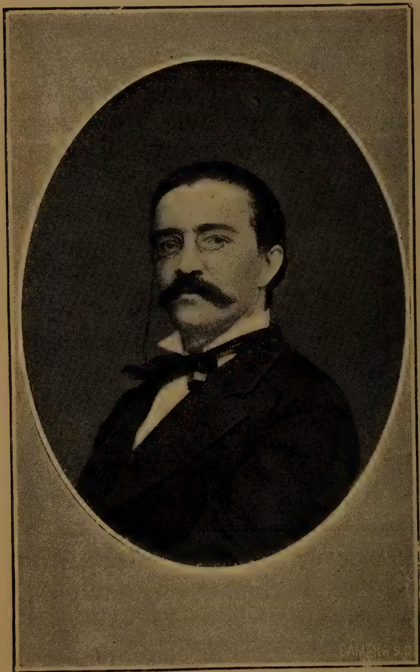
XXVII

En San Juan de Luz conocí á D. José Indalecio Caso, que también veraneaba con su familia en la simpática playa de los Bajos Pirineos. Había adquirido en Madrid alguna notoriedad por haber litigado en un pleito que tuvo mucha resonancia, conocido en los anales de la curia con el nombre de pleito de Fontanellas.

Si no recuerdo mal, el *hereu* de una acaudalada familia catalana había sido secuestrado ó por lo menos desapareció de la casa paterna cuando contaba pocos años, y cuantas pesquisas se hicieron para averiguar su paradero fueron inútiles. Sus hermanos crecieron, las hembras y los varones contrajeron matrimonio, á falta del primer hijo pasó el segundo á ser *hereu*, los padres del llorado vástago fallecieron, la fortuna se repartió con arreglo á la legislación vigente en Cataluña, y cuando menos podía esperarse se presentó en Barcelona un hombre hecho y derecho, declaró que era el Fontanellas que había estado ausente durante tantos años, refirió su historia que no hace al caso y reclamó la parte de los bienes que le correspondía.

Como es de presumir, la inesperada aparición de aquel personaje convirtió en drama la come-

dia vulgar de unas cuantas familias que disfrutan pacíficamente de sus rentas. Desde el primer momento fué calificado de impostor, rechazado, amenazado con los tribunales, y el escándalo que esto produjo fué grande, porque se trataba de personas que figuraban entre las principales de la ciudad condal y de una extraordinaria fortuna.



José Indalecio Caso.

Los periódicos dieron gran publicidad al asunto y se formaron dos bandos: uno de acuerdo con los parientes del que pretendía ser el *hereu* de los Fontanellas y otro favorable al que, en su concepto, reclamaba sus legítimos bienes.

No entro en detalles porque no son pertinentes

y además porque no los recuerdo bien: lo que sí diré es que hubo un pleito ruidoso, luego una causa criminal y que Caso, tomando á su cargo la defensa del reclamante, alcanzó en breve fama de abogado razonador y elocuente, á pesar de lo cual no pudo sacar á flote á su defendido y fué además blanco de los rencores de la familia de aquel desdichado, falso ó verdadero Fontanellas, que procuró desacreditarle acusándole de haber defendido á sabiendas la causa de un impostor.

Caso estaba profundamente convencido de que su apadrinado era el legítimo dueño de la fortuna que sus parientes disfrutaban; y hasta los que se declararon enemigos suyos, reconocieron su talento. Posada Herrera, de quien había sido secretario, ponderaba sus cualidades y le estimaba mucho; pero como después fué director de *La Peninsular*, sociedad de crédito que construía y vendía casas, y que como todas las sociedades de su género tenía su poquito de ropa sucia, aunque ninguna responsabilidad alcanzó á Caso, lo cierto es que los aficionados á murmurar, después de enaltecer las excepcionales prendas del defensor de Fontanellas y del Director de *La Peninsular* añadían, al parecer compungidos, que era lástima que un hombre de tanto valer hubiera adquirido celebridad defendiendo á un impostor y liquidando una sociedad de crédito desacreditada.

Pues bien, como tantos otros hombres amantes del orden y de la justicia, desengañado de la

política revolucionaria, ingresó aunque con ciertas precauciones y salvedades en el partido carlista, y cuando me enteré de que se proponía realizar con la competencia que le daban sus excepcionales estudios, el propósito que yo consideraba indispensable, me puse incondicionalmente á su disposición.

No conocía yo en aquella época los aforismos hijos de un gran talento y de una gran perversidad, que han inmortalizado á Maquiavelo; pero como observé después, coincidí con uno de ellos: el que enseña á los príncipes nuevos que deben rodearse de personas nuevas y establecer en lo posible nuevos usos y costumbres.

La novedad es un factor importantísimo en todo cuanto se relaciona con la vida y muy principalmente con el arte de gobernar á los pueblos. Pedía yo á Caso, como antes había pedido á cuantos confié lo indispensable que me parecía un plan que utilizase las fuerzas en acción, ricas en sentimiento pero pobres de idea, algo nuevo, algo inesperado, algo que sorprendiese y que por apartarse de lo conocido y fracasado, despertase nuevas esperanzas; por supuesto para realizarlas, no para engañar una vez más al pueblo.

Caso que poseía el don de saber escuchar y de pesar y aquilatar hasta lo que formulaba la ignorancia inspirada por la buena fe, á pesar de mi incompetencia y de mi falta de autoridad, me incitaba á que le confiase con la más absoluta franqueza lo que opinaba de su labor, el efecto que

me producían sus innovaciones, partiendo del principio quizás muy razonable, de que un neófito desapasionado, sincero, con alguna imaginación y un vivo deseo de acertar, puede prestar mejor ayuda que un sabio dominado por los prejuicios y las vanidades de que difícilmente logra librarse la sabiduría.

Durante la primera mitad del año 1874 nos reuníamos por las tardes ó por las noches, me leía lo que había escrito por la mañana, admiraba yo su obra, mi facilidad de asimilación me familiarizaba pronto con lo desconocido y justificaba mis elogios á ruego del autor ó explicaba como Dios me daba á entender lo que en mi concepto debía modificarse, ampliarse ó suprimirse. En aquel tiempo estudié mucho, tanto en los libros como en los hombres con quienes procuraba conversar para ensanchar la reducida esfera de mis conocimientos, y á fines de Junio dimos por terminada la tarea, á la que solo contribuí con ligeros toques, más de arte que de ciencia.

Guardamos el mayor secreto y resolvimos no enterar por de pronto más que á Manterola de lo que Caso, en extremo bondadoso, me permitía llamar *nuestro plan*, cuando en realidad era esencial y exclusivamente suyo.

En el libro *Detras de las trincheras* le reproduje, y en él podrá el lector examinarle y juzgarle. Aquí solo diré que en vez de buscar Caso su inspiración en los progresos de las ciencias político sociales, se limitó á evocar los preceptos de la doc-

trina cristiana señalando como Ley fundamental del Estado que aspiraba á organizar, la Ley de Dios, que es la Ley del trabajo.

El trabajo moral, intelectual y material de un pueblo, le sostiene y le engrandece. En la Ley que á practicarle nos obliga, estaban representados los dos principios generadores: *Díos y Patria.* La *Monarquía* debía implantarlos, desarrollarlos y conservarlos.

El rico ó el pobre que no tomase parte en el trabajo nacional ejerciendo profesión, arte ú oficio determinado y lícito, por carecer de motivo que justificase su ociosidad era considerado como vago. No habría por tanto más que trabajadores y vagos, miembros útiles ó perjudiciales; y para conocerlos y diferenciarlos, en el plan á que me refiero cada individuo debía tener en vez de *cédula de vecindad*, *cédula de profesión*, sin la que no le sería posible desempeñar cargos públicos, demandar en juicio, recibir donaciones, legados ó herencias, ni viajar á no ser por tránsitos de justicia.

Ahora bien, en el plan de que deseo dar una ligera idea, se desarrollaban los principios antes indicados: en el *orden material* con la diseminación de la población; en el *moral*, con la destrucción del comercio del vicio; en el *civil*, con la libertad de testar y el abintestato conservador de la familia; en el *social*, con el patronato; en el *económico*, con los impuestos niveladores, y en el *político*, con el trabajo representado por el trabajo.

El planteamiento de estos principios podía realizar, no una reorganización, sino una transformación completa del país; y aunque seguramente, como toda obra humana era susceptible de perfeccionamiento, bien puede asegurarse que aun introduciendo en el plan á que aludo las reformas y las mejoras que aconsejase la práctica, habría realizado por su equidad y su novedad una trascendental revolución, no engendrada por la ambición, el odio y la venganza, sino por el amor y la justicia.

«La revolución política—decía yo en mi citada obra—se ha realizado hace ya mucho tiempo en toda Europa; y tan desacertadamente, que ha ocasionado la serie de desdichas y quejas que constituyen hoy el problema de la cuestión social.

»La enfermedad no es el estado natural. El enfermo sufre, su sufrimiento puede durar más ó menos tiempo; pero al fin y al cabo se cura ó se muere. Si ha de salvarse España de la ruina que la amenaza, si ha de disfrutar algún día de esa paz necesaria al desarrollo de los elementos de vida y prosperidad que encierra en sus entrañas, necesita buscar el remedio, y este remedio sólo puede encontrarlo en la moral del Evangelio ó sea en la libertad, la igualdad y la fraternidad cristianas, que en vano buscan los que tienen por base de sus aspiraciones la incredulidad y el indiferentismo religioso.»

XXVIII

En las postrimerías de la Primavera de 1874 tomó la guerra un aspecto terrible; los combates eran frecuente y encarnizados, los enemigos no se daban cuartel, los puertos del Cantábrico eran bombardeados á menudo; la muerte del Marqués del Duero, general en jefe del ejército republicano acaecida en el campo de batalla, consternó al gobierno, pero aumentó su odio al carlismo; arreció la lucha en Cataluña, el Centro y el País vascongado, se multiplicaron con verdadero ensañamiento las persecuciones de los liberales á los que simpatizaban con la causa de D. Carlos, de éstos á los pacíficos habitantes de las poblaciones en donde dominaban y deseaban, aunque platónicamente, el triunfo del gobierno constituído. Una verdadera y furiosa locura se apoderó de unos y otros. En Madrid, durante la segunda quincena de Julio, rara era la noche en que la policía no tendiese sus redes cogiendo en ellas á cuantos se habían significado como carlistas por actos ó palabras, entre los que figuraban muchos eclesiásticos. El Saladero, que todavía era la cárcel oficial, y las prisiones militares de San Francisco, se abarrotaron de presos. Los que pudieron, se escaparon de Madrid ó se escondieron.

Al día siguiente de una de las noches en que la redada había sido más abundante, recibí una carta de mi siempre buen amigo Pío Gullón, que des-

empeñaba el cargo de subsecretario del Ministerio de Estado. La misiva era muy lacónica: se limitaba á decirme que necesitaba verme con urgencia.

En aquel tiempo, sólo por rara casualidad nos encontrábamos, y me sorprendió su deseo.

Fuí inmediatamente al Ministerio.

—Pero hombre—me dijo abrazándome cordialmente—¿es posible que te hayas afiliado al partido carlista?

Contesté afirmativamente y añadió:

—No lo creería si no lo oyera de tus labios. Pero, en fin, no hay tiempo que perder. No en vano somos verdaderos amigos, y como estoy seguro de que no participas ni del rencor ni de la crueldad de tus nuevos correligionarios, quiero librarte de una desdicha que te amenaza. Es necesario que te alejes inmediatamente de Madrid. He sabido que estás en la lista de los que deben ser encarcelados y haré cuanto me sea posible para retardar ese suceso, que ha de ser doloroso para tu familia y para tí, que tan amante eres de los tuyos; pero debes partir enseguida, hoy mejor que mañana, y cuando hayas pasado la frontera envíame un telegrama para mi tranquilidad.

Agradecí su cariñoso aviso, fuí inmediatamente á ver á Caso, le referí lo que me había indicado Gullón, y como también tenía el tejado de vidrio resolvió emprender el viaje con su esposa y sus hijos sin perder un instante.

Mi situación fué en extremo angustiosa en aquella ocasión, no solo porque carecía de los medios indispensables para resolver económicamente aquel conflicto, sino por el disgusto que necesariamente tenía que causar á mi mujer y á nuestra buena madre.

XXIX

El amable lector de estos *Recuerdos* habrá observado que nada ó muy poco refiero de las interioridades de mi hogar: la felicidad sólo interesa á los que la disfrutan. Los que no han podido ó no han sabido conseguirla, calificándola de pueril y ridícula, ocultan su despecho con esa fórmula. Revelarla, exhibirla, ponderarla, es una falta de piedad para con los que en vez de la santa y bienhechora paz doméstica, cultivan la discordia en el seno de su familia ó carecen de hogar.

No recuerdo quién ha dicho, con gran exactitud, que nada hay más interesante y adorable que la historia de las mujeres que no tienen historia.

Un acto sencillo, una frase que en un momento lleva el corazón á los labios, retratan todo un carácter, condensan toda una vida, y sólo con este laconismo, que encierra un verdadero mundo de lealtad, de abnegación, de amor, de inefable y nunca turbada dicha, es como puedo y debo hablar de la que fué mi buena, santa y amada compañera durante nueve lustros.

Ni un sólo instante, á pesar de las vicisitudes de

mi agitada vida, se alteró la paz que desde el primer momento reinó en nuestro albergue. Las cualidades de mi esposa neutralizaban mis defectos. Era yo impresionable, vehemente y ella reflexiva, serena; veía con la claridad de la razón lo que mi imaginación fantaseaba; supeditaba sus ilusiones, sus deseos, sus esperanzas á lo posible dentro de lo justo, y aun conociendo la endeble base de muchos de mis deseos, de mis esperanzas y de mis ilusiones, jamás me censuraba ni me contradecía. Llamaba mi atención con sencillez, con natural modestia sobre lo que se figuraba que podía suceder; sin insistir en sus temores, porque ella... qué sabía del mundo que apenas había podido conocer, ya que casi al salir de la adolescencia se había unido á mí, abandonando el colegio de París en donde se educaba para convertirse en ama de una casa.

Mis ideas, mis proyectos la parecían bien. Sólo impulsada por un sentimiento de lealtad me confiaba lo que por intuición creía que podía ser perjudicial á nuestro bienestar y rara vez se equivocaba; porque, no hay duda, la mujer que posee una clara inteligencia y en vez de conservarla en el cerebro la alberga en su corazón, posee el inapreciable don de presentir lo que puede alterar la dicha de los seres á quienes ha consagrado su existencia.

Inteligente, instruída, sensible á todo lo bueno, lo bello y lo justo, sabía hacerse querer y respetar de nuestros hijos, de las pocas personas cuyo

trato frecuentábamos y de los domésticos que estaban á nuestro servicio.

Era indulgente con las faltas que no procedían de la voluntad y aun éstas últimas, las perdonaba con una discreción que no ofendía. Difícil era ganar su confianza: la expansión, uno de los defectos que más disgustos me han acarreado, era en ella una reserva que procuraba pasar inadvertida, suavizada por una amable benevolencia.

Este contraste de nuestros respectivos caracteres, no llegó nunca á ser antagonismo por el entrañable cariño que siempre nos profesamos: disculpaba mi impresionabilidad, sintiendo sólo los sinsabores que me proporcionaba, y yo comprendía y estimaba en todo su valor el dominio que tenía sobre sí para no perder la ecuanimidad afable que constituía su carácter.

Confesaré en honra de su inolvidable memoria, que siempre que seguí sus indicaciones, expresadas en sentido dubitativo, condicional, coronó mis propósitos el acierto, lo que no sucedió las pocas veces que desoí sus advertencias; y aún he de decir más en su loor. Cuando á pesar de sus insinuaciones seguía yo mis impulsos y el resultado definitivo la daba la razón, en vez de vanagloriarse de su acierto, de echarme en cara mi torpeza, guardaba piadoso silencio, aminoraba la importancia del fracaso y con su generoso afecto me daba ánimos para acometer nuevas empresas.

No creo haberla dado más que un disgusto durante todo el tiempo en que vivimos el uno para

el otro: éste disgusto fué mi resolución de abrazar como político activo la causa del carlismo. Adivinaba los desengaños, los sinsabores que me esperaban; comprendía que me faltaban las condiciones indispensables para vivir en aquella atmósfera, alegrándose de que careciese de ellas. ¿Para qué necesitaba sacrificar la independencia que me proporcionaban los trabajos literarios, que tan gratos me eran, en aras de un idealismo que nada tenía de ideal?

Predicaba á un convencido; pero aún reconociendo la exactitud de sus prejuicios, una fuerza superior me impulsaba y llegué como ha visto el lector, por una lógica fatal, al momento en que me fué preciso confesar que no tenía más remedio que emprender el viaje á Francia sino quería ser encarcelado y convertirme en víctima propiciatoria, si los azares de la guerra eran contrarios al gobierno.

Pero aquella inesperada confesión, no la impulsó á formular una protesta, ni siquiera una queja. Comprendió el estado de mi ánimo, supo dominarse y aceptó con entereza la lamentable situación en que nos hallábamos.

Ni un solo instante vaciló: yo debía partir inmediatamente á Francia, y ella iría con nuestros hijos y su madre á Zaragoza, donde residía el médico militar retirado nuestro tío, de quien hablé al principio de este libro. Desde allí se dirigiría á la frontera para reunirse conmigo cuando yo lo juzgase oportuno, lo más pronto posible; porque

ella y nuestros hijos debían participar de mi suerte. Ante el peligro que me amenazaba, aceptó el sacrificio con admirable abnegación. Tal es la mujer fuerte.

XXX

Sin pérdida de tiempo comuuiqué á mis consocios en la empresa de la revista semanal *El Bazar*, la necesidad que me obligaba á salir de Madrid, y acordaron proseguir la publicación reservándome mi parte, porque esperaban que no tardaría en regresar desengañado.

La hija mayor de Jubera se había casado hacía poco con el primogénito del ilustre catedrático del Instituto del Noviciado D. Raimundo de Miguel. Este joven é ilustrado doctor que algunos años después, estando viudo, buscó en el suicidio consuelo á sus penas, había fundado un Colegio de segunda enseñanza en una amplia casa de la Plaza del Progreso y se prestó á conservar nuestros muebles y enseres mientras durase nuestra ausencia. Jubera accedió á guardar mis libros y papeles en uno de sus almacenes, y resuelta de este modo la primera parte del problema, acometí la segunda, que consistía en proporcionarme recursos para que mi familia se trasladase á Zaragoza y yo pudiera llegar á la frontera.

Esta segunda parte fué la más lastimosa.

Conservaba yo la propiedad de unas cuantas comedias que se habían representado con buen éxi-

to en el Teatro Español, y en el de Variedades por la empresa de los actores Luján, Vallés y Riquelme. Una de aquellas obras era la titulada *Suegra y Abuela*, que formaba parte del repertorio de la genial Balbina Valverde.

Administraba las obras á que me refiero la casa editorial más importante de aquel tiempo; referí á su propietario el apuro en que me hallaba; le propuse la adquisición de lo que constituía mi escasa y única fortuna; me pidió veinticuatro horas para hacer sus cálculos; volví al día siguiente á saber su *ultimatum*, y ví con verdadera satisfacción que me ofreció por ellas catorce mil reales.

Como esta oferta significaba para mí un inesperado é importante auxilio, la acepté con júbilo y el editor me entregó dos mil reales en metálico y un papel con muchos guarismos.

Todo se paga en este mundo. Aquel papel era la cuenta de los réditos devengados por la deuda que contraje al comprometerme á pagar la cantidad que con ayuda de Puerta Vizcaíno habíamos recibido Becquer, García Luna y yo, por el drama *Esmeralda* que escribimos inspirándonos en la novela de Víctor Hugo *Nuestra Señora de París*.

El lector recordará que por no haber permitido su representación el Censor de teatros, estábamos obligados á devolver á los editores que nos le compraron ó á sus derecho habientes, los cuatro mil reales que nos dieron por él, de los que solo la mitad percibimos. La otra mitad la reco-

gió con sus manos lavadas el amigo y compañero que nos proporcionó la venta.

El editor á quien me refiero adquirió los derechos de los primeros compradores; juzgándome el más solvente de los tres autores del drama y deseando entenderse con uno solo, me eligió y me obligué á pagar la deuda con el producto de las obras que en adelante escribiese para el teatro.

Jamás me apremió aquel amable acreedor; antes por el contrario, esperaba á que mejorasen los tiempos para mí, y la verdad es que llegué á olvidar aquella deuda.

Pero necesitaba emigrar, iba á correr aventuras, y como mi obligación era pagar *con el producto de mis obras teatrales*, nada más natural que hacer una liquidación definitiva.

Las mil pesetas, entregadas á un apacible sueño en la gabeta del editor, habían engordado extraordinariamente convirtiéndose con el interés compuesto en tres mil, que fué lo que en diez y ocho años me costó la tercera parte de las quinientas que percibí en un lejano y mal aventurado día.

XXXI

Aunque no corría inmediato peligro y estaba seguro de que no tardaría mi animosa mujer y mis amados hijos en reunirse conmigo, nuestra separación fué muy penosa.

El 29 de Julio salí en el tren correo de Santan-

der con Caso, su señora y sus cinco hijos; debíamos permanecer algunas horas en la capital montañesa, embarcarnos al anochecer y llegar á Bayona el 31 por la mañana.

Al día siguiente de mi partida, emprendería mi famtlia el viaje á Zaragoza, disponiendo lo necesario para encaminarse á Francia por Canfrac en cuanto recibiera mi aviso.

Como me ha sucedido siempre que he viajado por mar, la travesía desde Santander á Bayona fué en extremo molesta para mí; pero al verme libre de los temores que me inspiraba mi estancia en Madrid, dí por bien empleada la mala noche que me produjo el viaje.

Sin detenerme en Bayona me dirigí á San Juan de Luz, donde hallé á muchos de mis mejores amigos, y entre ellos al Conde de Belascoin que se empeñó en hospedarme en la casa que habitaba con su familia en la *rue de l' Hospice.*

No estaba Manterola en San Juan de Luz. Dominada por el ejército carlista una gran parte del país vascongado, el Cuartel Real pasaba temporadas en Tolosa, en Vergara ó en algunos pueblos de Vizcaya. Por entonces estaba en Lequeitio; pero en Tolosa era en donde se hallaban los ministerios que había creado D. Carlos, y la redacción del *Cuartel Real* que era la *Gaceta Oficial* del carlismo, dirigida por Valentín Gómez.

El general Elío desempeñaba la cartera de la Guerra, el Conde del Pinar la de Gobernación, el Obispo de la Seo de Urgel la de Gracia y Justicia y

no recuerdo cómo se llamaba el de Hacienda ni el de Marina cuya misión no acerté á explicarme.

Era Tolosa una Corte en miniatura, con todas las vanidades y pequeñeces de las Cortes y sin ninguno de sus atractivos.

Mientras que Dorregaray, Ollo, Mendiri, Radíca, Mogrovejo, Díaz de Rada y otros muchos expertos generales, valientes todos, proseguían la heróica campaña con los denodados y sufridos voluntarios; mientras que los artilleros fabricaban proyectiles en Vera y en Azpeitia, los políticos, llamémoslos así, á pesar de no funcionar más que un embrionario y deficiente gobierno, aspiraban á conquistar honores, empleos; á ejercer influencia, y los que penetraban en España desde la frontera y los que desde el Cuartel Real tornaban á San Juan de Luz ó á Bayona sin realizar sus esperanzas ni satisfacer sus pretensiones, hablaban pestes unos de otros: lo veían todo de color de rosa al ir y al volver todo negro.

El Obispo de Urgel, de quien muchos decían que por su carácter irascible más parecía un furibundo guerrillero que un pastor de almas, residía en Vergara, y como dependía de su jurisdicción todo lo eclesiástico, Manterola estaba á su lado ejercitando su inagotable paciencia y templando gaitas, frase vulgar, pero muy expresiva con la que Sagasta y sus herederos han enriquecido el léxico político.

De todo esto me enteraron en la frontera, y poco después pude convencerme de que no eran dema-

siado exageradas aquellas murmuraciones.

La ociosidad es causa de todo lo que pasa, pensaba yo dominado por mi incurable optimismo. El plan de Caso; es decir, nuestro plan, ocupando y preocupando á los descontentos pondrá término á las rencillas y miserias.

Caso juzgó prudente no revelar que formaba parte de nuestro equipaje al salir de Madrid una salvadora panacea, y sólo á duras penas pude obtener su venia para informar someramente á mi íntimo amigo Cancio Mena, con quien debía internarme en España, buscar á Manterola, iniciarle en nuestro secreto y conseguir que tornase con nosotros á la frontera.

De esta excursión, que no dejó de resultar interesante, hablaré á la mayor brevedad. Antes referiré los pormenores de la nueva visita que hice en Salis les Bains á doña Margarita, donde se hallaba con sus hijos y su servidumbre.

Siempre he creído, aleccionado por la experiencia, que la crítica más acertada y perfecta es la que la mujer inteligente y dotada de exquisita sensibilidad formula ante una idea, ante una obra de arte, al acabar de leer un libro ó al terminar la representación de una comedia. Pero esta crítica debe ser consecuencia de la impresión expresada en el acto, improvisada, sin dar tiempo para reflexionar á la que la formula y sin que se aperciba de que se desea saber su parecer, consultarla. En este caso el acierto femenil es seguro, y más enseñan unas cuantas palabras espontáneas res-

pondiendo un estado de ánimo, que todos los preceptistas, por mucha que sea su autoridad, su probidad y su competencia.

Del que ya parecerá al lector famoso plan, la parte que más me preocupaba é interesaba era la que más novedad ofrecía: el *Poder Tutelar*, que debía estar representado por la Reina en el conjunto de poderes llamados á practicar la Ley fundamental del Estado; es decir, la Ley del Trabajo.

Estaba encariñado con las funciones encomendadas á la Real Tutela y deseaba, sin revelar lo que debía permanecer secreto, dar una idea á la augusta Princesa de la misión que en mi concepto debía desempeñar una Reina verdaderamente cristiana.

Como una idea nacida espontáneamente de la conversación, podía ser admitida ó rechazada, según la impresión que produjera.

En la tarde del 7 de Agosto me trasladé desde San Juán de Luz al Puyóo, en hora y media me condujo un carruaje á Salis les Bains donde pasé la noche en un hotel, averigüé las señas de la *villa* en que habitaba doña Margarita, y á cosa de las once envié una esquela á Teresita Florez anunciándola mi llegada y mi deseo de ser recibido por la Señora.

El portador de mi carta me trajo la respuesta: la Reina me esperaba á las doce para almorzar y hablar conmigo de cuanto me interesase.

Acudí agradecido por aquella deferencia, y á

poco de llegar nos sentamos á la mesa, en familia como indicó la Señora, porque cuidados por Teresita Florez tomaron parte en el almuerzo el Príncipe D. Jaime y las Infantitas doña Blanca y doña Elvira. Fueron además comensales el capellán D. Alselmo y Estrada, que al entrar D. Carlos en España había pasado á ser secretario de su augusta esposa.

Tenía doña Margarita el privilegio de inspirar afectuosa confianza por su ingenuo y sencillo carácter, al mismo tiempo que el respeto debido á su alta gerarquía. Fué aquel almuerzo para mí una encantadora escena de familia: una madre, amorosa en el fondo y severa en la forma; unos niños que de vez en cuando invocaban sus fueros infantiles, trocándose en sumisos y juiciosos ante una palabra dicha con dulzura ó una mirada que simulaba una reprimenda; un ambiente de mútua simpatía, de bienestar; una conversación animada, sencilla, cordial, sin pretensiones, sin lisonjas, encontrándose todos los comensales á su gusto. ¡Qué hermoso, qué edificante cuadro!

El capellán, que había bendecido la mesa, terminó con la oración de gracias y los Infantes, saltando y brincando, porque la libertad entusiasma aun á los mismos que con el tiempo están llamados á privar de ella á esos niños grandes que pasan por ser hombres, se fueron al jardín con Teresita Florez y Estrada, no sin que antes besase yo sus manecitas, como era de rúbrica y en aquel momento fué además muy de mi gusto.

—Si al venir á verme te proponías decirme algo de interés para la causa ó para tí—me indicó la Señora—háblame con completa libertad y luego bajaremos al jardín, donde todos los días paso un buen rato con mis hijos después del almuerzo.

—No he traído más propósito—respondí—que ofrecer mis respetos á V. M.; y aunque no dejan de afligirme algunas pequeñeces y miserias que contrastan con la abnegación de los voluntarios que luchan, me preocupa más el porvenir que el presente.

Aproveché entonces la ocasión de realizar mi propósito, y dando por seguro el triunfo, lo que era aún problemático, bosquejé rápida y brevemente la situación del país aniquilado por la guerra, considerando que si el Rey y su gobierno tenían mucho que hacer, más importante me parecía la misión que la Reina debía desempeñar para la reconstitución moral y social de la querida y desdichada patria.

No era nueva para doña Margarita aquella idea: la preocupaba, y si Dios oía sus ruegos, su mayor ventura sería, haciendo todo el bien que pudiera, ganar el amor de los españoles para su esposo y sus hijos.

No deseaba saber más: juzgué desde luego que cuando conociera la misión que se la reservaba en el plan que nos proponíamos someter á don Carlos, sería la primera en aprobarle.

Después de pasar un rato agradable viendo jugar en el jardín á las infantitas y al príncipe,

abandoné aquel interesante y simpático hogar y torné á San Juan de Luz resuelto á ir á buscar á Manterola para informarle del proyecto de Caso y ganar tiempo.

XXXII

El día 12, muy de mañana, emprendimos Mena y yo el viaje en un coche que por Ascain y Sara nos llevó á la frontera navarra. Penetramos en ella por Echalar, nos detuvivos en Zugarramurdi donde el cura párroco muy amigo de mi compañero de excursión, nos obsequió con una excelente comida, por la tarde visitamos las cuevas de las famosas brujas y proseguimos la marcha hasta Urdax, donde debíamos pasar la noche en casa de uno de los más acomodados labradores, carlista acérrimo que había organizado en una iglesia contigua á su vivienda una fábrica de cartuchos que elaboraban numerosas mujeres y jovenzuelos no menos entusiastas que él.

Al anochecer se reunieron en el amplio comedor la esposa, los hijos y los criados varones y hembras de nuestro anfitrión; se rezó el Rosario y después, con arreglo á la antigua costumbre navarra que no me pareció muy equitativa, nos sentamos los varones á la mesa y la esposa, las hijas y algunas de las criadas nos sirvieron la cena. Después cenaron las mujeres.

Como estábamos rendidos por la caminata que habíamos hecho, nos acostamos á cosa de las nue-

ve de la noche y dormí de un tirón más de ocho horas.

Por la mañana observé que debajo del tablado de la cama en que había dormido, había cuatro ó cinco cajones no muy grandes; y cuando pregunté á la moza que nos sirvió el desayuno qué había en aquellas cajas, me contestó con la mayor tranquilidad.

—¿Qué ha de haber? Pólvora. Todos los días traen un buen repuesto, y para que no estorben los cajones, los ponemos debajo de las camas.

Fácilmente adivina el lector el efecto que me produjo aquella noticia dada por la doméstica como la cosa más sencilla y natural del mundo.

Proseguimos el viaje hasta Elizondo, y allí permanecimos dos días muy obsequiados por el boticario, gran amigo de Mena. El veterano general Carasa, á quien conocí entonces, se proponía ir á Deva y como nuestro ánimo era dirigirnos á Vergara, donde nos habían dicho que podríamos encontrar á Manterola, convinimos en continuar la excursión en su grata compañía.

En Elizondo alquilamos caballos de los del país, muy pequeños pero muy fuertes y seguros para caminar por los más ásperos y peligrosos senderos. Un mozo fué con nosotros para cuidar de las cabalgaduras y volver con ellas cuando no las necesitáramos, y á la caída de la tarde nos pusimos en marcha por Irurita, Bertizarana, Narvarte y Santesteban, á donde llegamos á media noche.

Conocía yo aquella parte de la montaña, por-

que cuando pasé el verano de 1866 en Santesteban, la recorrí con mi amigo Zabalza y nuestras respectivas familias, visitando en Irurita y Elizondo á personas que nos habían dejado gratos recuerdos, entre otras las familias de Dolagaray y de Marticorena.

¡Qué aspecto tan distinto tenían en las altas horas de la noche aquellos pintorescos paisajes, aquellos blancos caseríos!

El cielo estaba nublado cuando llegamos á la villa de Santesteban. Dejando á la derecha el paseo de Inzacardi, atravesamos la arteria principal contemplando con pena las casas, silenciosas y cerradas, de mis amigos D. Santiago Olaso, D. Bernardo Goizueta, los tres hermanos Crespo, las familias de Zabalza, Nogueras, Jaén, Urizar, el médico Oroquieta, el organista Ochoa y Angel López, que tan bien nos hospedó; recordando aquellos alegres y apacibles días que pasamos en Santesteban, sentí una profunda tristeza.

En aquella población eran los habitantes en su mayoría liberales, y los que habían podido, habían abandonado sus casas para refugiarse en los hospitalarios pueblos de la frontera. ¡Qué horrible es la guerra! Parece mentira que los cristianos á quienes Jesús dijo ,«amaos los unos á los otros» olviden este hermoso precepto.

Atravesamos rápidamente la ciudad, llegamos á Ezcurra donde pasamos el resto de la noche penetrando al día siguiente en Guipuzcoa, y nos detuvimos dos ó tres horas en Tolosa. Allí había mu-

cha animación, y como Carasa y Mena conocían á casi todos los que bullían en la importante ciudad guipuzcoana, militares y paisanos, me presentaron á varios de ellos, que no volví á ver más en mi vida y entre los que recuerdo á La Calle, Iturmendi, Mugica, Carpintier, Aldaz, que ya se habían distinguido ó se distinguieron después. Todo era allí apretones de manos, abrazos cordiales, esperanzas, temores. No faltó su poquito de murmuración. El hombre es enemigo natural del hombre.

Comimos muy á gusto, saboreando al mismo tiempo que los manjares y el chacoli, las anécdotas de las guerras pasadas que con su amable seriedad refería el buen Carasa, á quien todos querían considerándole como un patriarca, y de nuevo nos pusimos en marcha, llegando á Azpeitia ya de noche.

Poco acostumbrado á viajar á caballo, al apearme de mi minúsculo alazán, no había parte en mi asenderando cuerpo que no me doliera; pero no había más remedio que echárselas de valiente entre los valientes y hacía... de agujetas corazón. Por supuesto que para no desentonar con los demás amigos, lucía yo mi correspondiente boina comprada en Bayona en cuanto llegué á la frontera.

Dormimos perfectamente en la villa natal de San Ignacio, y en cuanto nos desayunamos fuimos á visitar la Maestranza que habían organizado admirablemente los jóvenes y simpáticos artilleros

Rodríguez Vera, García Gutiérrez y Ortigosa, á quienes tampoco he vuelto á ver desde aquel día; pero de quienes siempre he conservado grato recuerdo.

Después de comer nos encaminamos al silencioso, tétrico, imponente y majestuoso monasterio de Loyola, donde acudieron á mi memoria los extraordinarios pormenores de la vida del admirable y terrible santo, que había leido poco antes para escribir la novela *Ignacio de Loyola.*

La intensa y poderosa voluntad del joven gallardo y calavera, casi aniquilado por la metralla en el sitio de Pamplona, pudo entre las ruinas de su cuerpo conservar intacta un alma, que creando una milicia ideal logró con las armas del talento y la perseverancia apoderarse de lo espiritual y temporal del mundo; y el recuerdo de tan maravillosa transformación me interesaba y me fascinaba.

Como siempre he creído que cuanto Dios permite que suceda obedece á un misterioso fin, á un insondable arcano, pensaba yo que aun siendo ciertas las perfidias que se atribuyen á la poderosa Compañía de Jesús, de las que dicho sea en honor de la verdad jamás he sufrido la menor molestia, podía ser considerada como un instrumento providencial, castigo de los malos príncipes, de los potentados enriquecidos á costa de los pobres, de los usurpadores de honras, vidas y haciendas, cuya conciencia aterrada al acercarse la hora suprema de la justicia, espera aligerar el

peso de las culpas tratando de sobornar al juez devolviendo lo mal adquirido.

Ahora bien, si es grande el poderío de los Jesuítas; si la Compañía de que forman parte atesora fabulosas riquezas, como se dice, la verdad es que ni uno solo de sus individuos es poderoso y rico. La voluntad individual, condensada en la colectiva, hace que cada uno sea un átomo y todos juntos la mole inquebrantable. No creo que uno solo de los miembros de ese imperio de los imperios, haya disfrutado un solo instante de felicidad. Son millares de brazos que obedecen á una sola cabeza, á una sola voluntad.

Los amigos de Azpeitia, me refirieron que el día de la fiesta de San Ignacio se llena el templo y que todos los fieles cantan bajo aquellas grandiosas y amedrentadoras bóvedas el penetrante zortzico *Guernicaco arbolá*, lo que produce en todos una inmensa emoción y ofrece un grandioso espectáculo. Mi imaginación evocó aquel hermoso cuadro, me pareció oir las voces femeniles y varoniles en un unísono sublime, me embargó la emoción, asomaron también algunas lágrimas á mis ojos y pensé: «Dios mío, si son un castigo para los malos, ¿por qué no son un premio para los buenos, para los humildes, para los desdichados?»

XXXIII

A media tarde montamos á caballo, por Zumárraga nos dirigimos á Vergara y al bajar la cues-

ta de Descarga, el venerable general Carasa nos refirió con los más minuciosos y todos interesantes detalles la famosa acción que allí se desarrolló durante la primera guerra civil, una de las más brillantes pero dolorosa como todas las luchas entre hermanos.

Era de noche cuando llegamos á Vergara y hasta el día siguiente no pudimos ver á Manterola. Le enteramos de las principales bases del plan que tanto nos preocupaba, y aunque en aquellos días su salud no era buena, se reanimó al oirnos, le pareció de eficaces resultados la idea que nos había estimulado á utilizar la fuerza de las armas carlistas para la reorganización del país, y resolvió trasladarse en nuestra compañía á la frontera, celebrar una entrevista con Caso, leer detenidamente el proyecto y emplear toda su influencia para su pronta adopción, si como suponía por nuestras indicaciones, resolvía el problema político y social que simbolizaba en aquellos momentos el carlismo.

Necesitaba un par de días lo menos para ultimar asuntos urgentes y los aprovechamos Mena y yo en acompañar á Deva al general Carasa y en visitar en Mondragón á la familia de Vicente Oquendo, nuestro buen amigo, á quien había yo conocido en Madrid cuando estudiaba leyes.

Volvimos á Vergara, y nosotros en nuestros caballejos y Manterola en un magnífico caballo y acompañado de un voluntario que resultó haber sido criado de Mena en Pamplona, emprendimos

la marcha. Por Tolosa, en donde pernoctamos, nos dirigimos á Oyarzun á través de la montaña, llegamos al anochecer á la Puntcha, atravesamos en una barca el Bidasoa y terminó nuestro viaje en Hendaya.

La excursión que tan feliz había sido, me permitió conocer más á fondo y admirar con mayor fundamento las comarcas de Guipúzcoa y Navarra que recorrimos, al mismo tiempo que las cualidades de sus moradores, y se arraigó en mi alma el amor que profesaba á los usos, costumbres y leyes de aquel país excepcional.

Telegrafiamos á Caso para que se reuniese con nosotros en Hendaya, acudió á la cita y después de una breve conferencia preliminar leyó el plan. Manterola, sinceramente entusiasmado, ofreció informar inmediatamente á D. Carlos, conseguir que llàmase á su autor sin pérdida de tiempo, y al efecto dispuso partir al día siguiente en busca del Cuartel Real.

Caso, Mena y yo regresamos á San Juan de Luz muy satisfechos del lisonjero éxito de nuestras gestiones, y por mi parte resolví llamar á mi lado á mi familia, porque no podía acostumbrarme á vivir separado de ella.

XXXIV

No tardé en realizar este propósito que era mi constante preocupación, y escribí á Zaragoza disponiendo que mi esposa y mis hijos emprendieran

el viaje por Canfranc, que aunque molesto y hasta peligroso, era el único camino que podían utilizar para trasladarse á Francia.

Entre los buenos amigos que tenía en la capital de Aragón, uno de los que más me estimaban era Calixto Ariño fundador del *Diario de Avisos* de Zaragoza, hombre de gran inteligencia y de gran corazón, que me estaba muy reconocido por que al inaugurar su periódico, que en breve tiempo llegó á ser el más importante de toda la tierra aragonesa, le envié correspondencias primero desde Madrid y luego desde la frontera, con pormenores que no todos podían saber como yo, y según aseguraba con aquella nobleza que le era característica, mis cartas, por supuesto anónimas, habían contribuído al éxito de su publicación.

Acompañó á mi esposa y á mis hijos hasta Huesca en donde había mandado preparar una exquisita comida con la que les obsequió, los recomendó al dueño de la diligencia que debía conducirles hasta Jaca y escribió á uno de sus mejores amigos de Canfranc para que facilitase á los viajeros las caballerías y cuanto necesitasen hasta dejarlos en la frontera.

Dispuesto todo con el mayor esmero para que fuese lo más cómodo posible aquel molesto viaje, en la tarde del 10 de Septiembre me trasladé á Pau y tomé el único asiento que tenía á disposición del público el carricoche que conducía la correspondencia hasta Bedoux.

Era un antiguo *char á banc*; es decir, un ve-

hículo con dos ruedas y una especie de arca en donde se guardaban cartas y periódicos, sirviendo su tapa, cubierta con un deteriorado almohadón de cuero, para asiento del conductor y del viajero. El billete me costó 6 francos y debíamos ponernos en marcha á las doce de la noche.

Cuando llegó el momento de partir, comenzó á caer esa lluvia menuda tan frecuente en el Piri-neo al aproximarse el Otoño y no cesó en toda la noche; pero el mayoral, que se llamaba Huesca, aragonés de origen, hombre de buen carácter y de mejor humor, me aseguró que ingiriendo en el cuerpo algunos tragos del buen vino que reservaban para él en las posadas y ventorros que hallaríamos, el agua no hacía daño, y amenizó la caminata con cuentos y chascarrillos, á los que apenas prestaba yo atención porque solo pensaba on los malos ratos que estarían pasando mis queridos viajeros y en la dicha que me esperaba al abrazarlos, si Dios nos reunía sanos y salvos.

Tres ó cuatro paradas hicimos, no con fonda sino con taberna, y como nunca he podido beber vino más que en las comidas y muy poco, mientras el mayoral echaba sendos tragos bebía yo cerveza y acercaba al fuego que había en los hogares el capote que el bueno de Huesca me prestó al salir de Pau para que la lluvia, que según anunció no cesaría en toda la noche, no calase mis huesos.

El carricoche del correo se detenía en Bedoux; pero desde allí salía poco después un ómnibus

que llegaba hasta Urdox donde aguardaba á los viajeros procedentes de España, que por entonces eran muchos, puesto que interceptada la línea férrea del Norte, no había más remedio para ponerse en comunicación con Europa que embarcarse ó aprovechar el camino de Canfranc, en coche hasta Jaca y en caballerías hasta la Muga ó frontera de Francia.

Por cierto que me entristeció grandemente ver el cambio de aspecto que había entre nuestro territorio y el francés. Hasta donde marca un mojón la línea divisoria, en la parte española solo los amaestrados mulos podían transitar; á cada paso había barrancos, algunos de ellos verdaderos abismos que las diestras cabalgaduras salvaban con el mayor aplomo; el paisaje era abrupto, árido, huraño, y en la parte francesa, es decir á un paso de distancia, comenzaba una hermosa carretera, la tierra aparecía cubierta de yerba tan bien cuidadada que recordaba el césped de los jardines, y las fábricas de curtidos y los caseríos desparramados en aquel agradable paisaje, acusaban un estado de civilización que hubiera deseado ver en mi querida patria.

Dos años después se había terminado una mediana carretera desde la frontera á Jaca, y hoy todo ha cambiado en aquella comarca del alto Aragón, gracias al ferrocarril que cuando esté terminado el túnel de Canfranc, será el camino más cómodo y más corto que enlace á España con Europa.

Desde Bedoux á Urdox fué conmigo en el omnibus un rico ganadero de Canfranc llamado Dionisio Cajal, muy campechano, muy simpático y que según me dijo tenía su poquito de contrabandista, como todos los de aquel país y los de todas las fronteras. No hay ley sin trampa, y lo mejor sería que los pueblos cambiasen sus productos sin esas barreras que se llaman aduanas, productivas para el fisco y funestas para los pueblos, que se duermen sobre sus fáciles laureles cuando la competencia no los despierta ó que explotan los rigores de los aranceles, eludiéndolos.

Como llegué á Urdox á las siete de la mañana y según me dijeron el coche que debía conducir á mi familia desde la frontera tardaría lo menos ocho horas, me alojé en la posada de Vidalet y repuse mis fuerzas entregado á un apacible sueño.

A las tres y media estreché en mis brazos á los seres queridos, que no habían dejado de pasar malos ratos durante el penoso viaje que habían hecho; pero al reunirnos olvidamos todos los contratiempos y molestias.

En el omnibus que por la mañana me había conducido desde Bedoux nos dirigimos á Oloron; allí pasamos la noche, y en la mañana siguiente nos encaminamos á Lacq para tomar el tren que empalmaba en Bayona con el que podía dejarnos en San Juan de Luz.

Antes de emprender el viaje á Urdox alquilé un piso principal amueblado en la Grande Rue, actualmente Rue Gambetta y Mad. Baritó, que

era la dueña de la casa, nos obsequió con una inesperada cena.

XXXV

Realizado mi vehemente deseo de tener á mi lado á mi familia, y confiado en que las esperanzas que Caso, Mena y yo acariciábamos se realizarían pronto, mis tristezas se disiparon y durante un período, no muy largo por desdicha, todo se apareció á mis ojos de color de rosa.

Manterola no tardó en cumplir su promesa. El día 14 de Septiembre recibió Caso un oficio del secretario militar de D. Carlos, encareciéndole que se presentase en el Cuartel Real lo más pronto que le fuera posible, y el día 15 partió en compañía del general Mogrovejo á cumplir la deseada orden.

No repetiré aquí el detallado relato que de las negociaciones á que dió lugar el consabido plan publiqué en mi libro *Detrás de las trincheras.* Sólo diré que D. Carlos bien informado por Manterola del proyecto, cuando Mogrovejo le presentó á Caso, le recibió muy afectuosamente, mostró vivo deseo de conocer la letra del plan ya que su espíritu la había agradado, y el resultado de la lectura fué mucho más satisfactorio de lo que podíamos esperar.

D. Carlos se mostró dispuesto á acometer aquella verdadera revolución, y encargó á Caso que redactara la minuta de un Real decreto consig-

nando las bases del proyecto y anunciando que la nueva organización se implantaría en las regiones dominadas por las huestes carlistas.

El Real decreto aparecería en el *Cuartel Real*, y el monarca encargaría desde luego á Caso la dirección de los trabajos necesarios para llevar á la práctica aquellas teorías que le parecían salvadoras.

Caso declinó la honra que quería dispensarle, alegando que carecía de la autoridad necesaria para llevar á cabo tan importante obra, y designó á Nocedal para que dirigiese la magna empresa, ofreciéndose á ser su más fiel y constante auxiliar.

Pero Nocedal hacía tiempo que había cambiado de apellido: al menos para D. Carlos, se llamaba *Àndana*, porque ni contestaba á las cartas que le enviaba el rey y señor á quien había reconocido, ni daba señales de vida, quizás porque en su calidad de perspícuo astrólogo fijaba sus miradas en Sagunto, por donde al fin y al cabo debía salir el sol... el sol que más calienta.

D. Carlos Calderón, uno de los más simpáticos y más autorizados ayudantes del monarca, Mogrovejo y algunos otros personajes, trataron de disuadir á Caso, juzgando como D. Carlos que el llamado á plantear la transcendental reforma, debía ser su autor. Todo fué inútil, y ante su formal y modesta resistencia, acordó el Rey que volviese á la frontera y empleara todo el tiempo que juzgase necesario para condensar lo más esencial del

plan en los menos párrafos posibles. Al mismo tiempo le encargó que en su nombre escribiese á Nocedal, ordenándole que se presentase en el Cuartel Real, donde era indispensable su presencia.

Caso redactó el Real decreto y esperó en vano la respuesta del *virrey*.

Por aquellos días la camarilla, que no miraba con buenos ojos el ascendiente que adquiría Dorregaray porque era hombre que no se dejaba dominar, puso en juego todos sus recursos para que perdiera la gracia del Rey, y la perdió en efecto, siendo reemplazado por el general Elío. El bizarro general en jefe de los batallones vasconavarros, fué destinado al Centro: unos se alegraron, otros lo sintieron y los cortesanos, como siempre sucede, lograron el triunfo de sus intrigas con detrimento de quien aunque se juzga su señor, en realidad no es más que su esclavo.

Cundía el desaliento, porque mientras los voluntarios se sacrificaban batiéndose y sufriendo todo género de privaciones, continuaba la lucha sorda que sostenían los políticos, ministros ó aspirantes á serlo; y el Rey en tanto, figurándose por la atmósfera de adulación que le rodeaba, que reinaba en efecto, joven, gallardo, con unos ayudantes todos buenos mozos, acostumbrados á la vida alegre de los que parece que solo viven para disfrutar de los placeres de la vida, se mostraba dominado por el poderío de la realeza, de los triunfos personales, y según referían los mismos

palaciegos, los ayudantes y su jefe se preocupaban más de divertirse que de las dos guerras que se hallaban en el período álgido: la de los que se disputaban favores imaginarios y la que sostenían los soldados carlistas.

Referían, envidiosos unos, indignados otros, que las veladas que los privilegiados pasaban sabrosamente, se prolongaban á veces hasta la madrugada, con cuyo motivo los que habían olvidado las penalidades de la existencia arrullados por los deleites que las compensan, pasaban las mañanas en los brazos de un sueño reparador, y los asuntos más urgentes y los emisarios más apurados de tiempo, tenían que aguardar á que el espíritu del deber y el instinto de conservación abrieran los ojos que había cerrado el hada de las voluptuosidades.

Entre tanto, el tremendo cura de Santa Cruz convertía en osario la sima de Igusquiza, lo que me horrorizaba; en los alrededores de Pau, una Princesa rodeada de sus hijos y adorando á su esposo ausente, allegaba recursos para amenguar en lo posible los horrores de la guerra, y las risas de unos y las lágrimas de otros parecían tomar cuerpo y murmurar en augustos oídos, no el augurio de las brujas de Macbet: el *Serás Rey* famoso. Las risas y las lágrimas, por el contrario, parecían decir: «No reinarás», «No reinarás».

XXXVI

Uno de los proyectos que más preocupaban en el Cuartel Real era el de sitiar á Irún, apoderarse de aquella villa liberal, dominar el territorio vasco-navarro que estaba todavía en poder del gobierno y constituir un Estado al que sirviera el Ebro de límite y fuera el Covadonga de la nueva y necesaria reconquista.

Cuando Caso, provisto del Real decreto cuya redacción le había encargado D. Carlos, encontró á la Corte camino de la frontera, donde la artillería debía emplazar en la montaña que domina á Irún las piezas que asolando á la villa habían de facilitar la entrada en ella de los batallones vasco-navarros, ¿quien se acordaba ya del plan?

Caso presentó sus respetos á D. Carlos, se unió á los que le acompañaban entre los que contaba dos ó tres amigos y muchos enemigos, vió varias veces al monarca, siempre rodeado de sus ayudantes ó sus ministros, y ni le preguntó si había tenido carta de Nocedal, ni aludió al Real decreto. Lo único de que le habló fué de la necesidad que había de arbitrar fondos y de lo conveniente que sería que contribuyese á proporcionar cuantos pudiera por medio de sus relaciones.

Pero ni aun esta recomendación la hizo con verdadera seriedad, según me dijo Caso: todo en torno del Rey acusaba animación, broma, alegría.

En tan risueña actitud, caminaba el Cuartel real resuelto á apoderarse de Irún después de un bombardeo. La operación debía inaugurarse el 4 de Noviembre para celebrar la fiesta onomástica de D. Carlos.

En todas las poblaciones fronterizas había cundido la noticia, y como por encanto cesaron las hablillas, las murmuraciones, el malestar; y la alegría y las esperanzas de los que se aprestaban á saludar á cañonazos á los irundarras, contagiaron á los descontentadizos, á los pesimistas, despertando viva curiosidad en cuantos habitaban el país vasco francés.

Aseguraban unos que la cosa iba de veras; que las huestes carlistas dominarían á Irún sin hacer grandes sacrificios; que en cuanto ésto ocurriera, los rendimientos de la Aduana proporcionarían abundantes recursos y que la capital de Guipúzcoa no tardaría en someterse de grado ó por fuerza.

Otros no juzgaban con tanto optimismo el resultado de la proyectada operación, y algunos ponían cátedra de poliorcética para enseñar los medios de obtener un rápido y completo triunfo.

No era el bello sexo el que menos parte tomaba en aquellas animadas discusiones, y cuando se supo que se había establecido un hospital de sangre en Lastaola, que se habían emplazado los cañones con gran acierto y que todo estaba preparado para inaugurar la fiesta de San Carlos con salvas que habían de llevar la consternación y la ruina á la importante y laboriosa villa, se apoderó una

febríl curiosidad de cuantas personas ágiles habitaban en la frontera.

Desde el 3 de Noviembre muy de mañana, hasta que fué preciso levantar el sitio, utilizando todos los medios de locomoción á su alcance, acudieron diariamente á Hendaya, Behobía, la Puntcha, Lastaola, ávidos de asistir al formidable combate que se preparaba.

Fuí uno de tantos, y con Mena y algunos otros amigos no dejé de recorrer los parajes en que podía abarcarse el tristísimo cuadro que ofrecían las huestes carlistas dispuestas á dar el asalto á Irún en el momento oportuno, y los destacamentos de migueletes resueltos á estorbar los designios de los sitiadores.

La carretera que desde Bayona, pasando por Biarritz, Bidart-Guetari, San Juan de Luz y Urugne termina en Behobía, se asemejaba á la calle de Alcalá de Madrid en las tardes de corrida de toros. Por la animación de los rostros, los saludos de los que se conocían y las voces de los mayorales arreando á las bestias, parecía que todos caminaban á una romería, ávidos de gozar.

Al terminar el viaje formaban grupos los curiosos: unos subían á los puntos más elevados; otros, conocedores del terreno, elegían el paraje más cómodo y mejor para presenciar los estragos que debían causar los proyectiles, y no eran solo hombres jóvenes los que arrostraban las intemperies—porque no hay que olvidar que estábamos en Noviembre y en los Pirineos—mujeres de todas

edades, clases y condiciones, algunas llevando de la mano ó en brazos niños pequeños; ancianos, eclesiásticos, todos al apearse de los vehículos caminaban presurosos como si les faltase tiempo para realizar un vivo deseo.

Los caseríos diseminados en la orilla francesa del Bidasoa ofrecían hospedaje á las familias de Irún, que aterradas ante las amenazas del bombardeo y del asalto, habían buscado en ellos un refugio para salvar la vida, ya que no era posible salvar la hacienda. Algunas, sin embargo, habían utilizado carretas de bueyes para librar del riesgo los objetos más queridos ó más preciosos.

El rostro de aquellos desdichados expresaba la pena y el terror, contrastando con los que cerca de ellos aguardaban impacientes las primeras descargas, ó mientras comenzaba la función almorzaban, comían ó merendaban en pleno campo, en los ventorros ó en las fondas.

También Hendaya y Behobía estaban atestados de fugitivos y de curiosos.

Cuatro días duró aquel ir y venir, aquella animación en unos y aquel abatimiento en otros.

Los primeros cañonazos, repitiéndolos el eco de montaña en montaña desde el amanecer del día 4, no dejaron de causar estragos en los edificios de Irún y en los defensores de la villa.

El tiroteo entre los voluntarios y los migueletes acusaba el afán con que deseaban luchar; y estaban tan cerca unos de otros, que se oían las voces con que se denostaban.

—¡Hijos de cura!—gritaban los migueletes.

—¡Sangre vendida!—contestaban furiosos los carlistas.

Y las mujeres de los caseríos, lo mismo las viejas que las mozas, tomaban parte en aquel lamentable concierto de improperios formando coro con los voluntarios contra los migueletes.

—Mi hijo—oí decir á una—está con los primeros que han de entrar en Irún. Que entren y triunfen, aunque maten á mi hijo.

—También yo tengo entre ellos dos hermanos—añadió una moza.—¡Que triunfe la causa, aunque todos perezcan!

—Si perecen, no importa. Los chicos serán grandes, y si todos sucumben, aquí estamos nosotros para dar hombres á las nuevas guerras—afirmó con verdadera fé otra *escacha polita*.

Sus palabras, pronunciadas en un incorrecto castellano para que las comprendieran los muchos curiosos que las rodeaban, me admiraban y me horrorizaban.

Entre tanto, la esplanada del monte en que se habían emplazado los cañones y adonde se llegaba atravesando el río por la *Puntcha*, estaba atestada de carlistas de americana y de señoras y señoritas elegantemente vestidas, que conversaban con los artilleros, acudían á rendir homenaje á D. Carlos, que con su Estado mayor se multiplicaba en todas partes, y observaban los estragos que los proyectiles causaban en Irún.

Muchos de los circunstantes iban provistos de

catalejos ó de gemelos, y aunque de vez en cuando silbaban las balas de los fusiles de los migueletes, que buscaban posiciones favorables para atacar á los artilleros, más tenía todo aquello el aspecto de un simulacro que de un combate verdadero.

Sólo un día presencié aquel doloroso espectáculo; pero más me afligió el que ví en Lastaola donde se hallaba el hospital de sangre.

Todavía no había ingresado en él ningún herido; por las salas con las camas dispuestas para recibir á los desgraciados que necesitasen los auxilios de la ciencia, circulaban señoras y señoritas elegantemente ataviadas, á las que acompañaban médicos militares ú oficiales carlistas, explicando unos y otros las buenas condiciones sanitarias del local, mostrando los botiquines y los instrumentos quirúrgicos. En algunos grupos los candidatos á los lechos vacantes piropeaban á las bellas jóvenes á quienes servían de *ciceroni*.

Al paso oí decir á uno: «Celebraría estar herido si fuese usted la Hermana de la caridad que me asistiese.»

Como en todas partes en aquel período de tiempo la broma, más ó menos atenuada, reinaba también en aquel recinto que debía inspirar respeto, tristeza, compasión. Si se verificaba el asalto, como era de esperar que sucediese de un momento á otro, aquellas camas se llenarían de infelices heridos, los quejidos se mezclarían con las oraciones, algunos espirarían murmurando nombres

queridos, otros sufrirían dolorosas operaciones quirúrgicas. Todo esto era muy serio.

Es seguro que aquellas damas, creyentes, piadosas, habrían sentido al verse allí pena y terror si no las hubiera contagiado al espíritu humorístico que estaba en la atmósfera. Y no dudo de que en lo más hondo de su alma, experimentarían los sentimientos naturales en aquellos instantes; pero era necesario hacer alarde de valentía, desafiar los peligros, y bajo aquella influencia guardaban las lágrimas para sus soledades y mostraban en sus ojos y en sus palabras la alegría que á todos inspiraba la seguridad del próximo triunfo.

Aquel día presencié una escena que mi memoria ha evocado muchas veces al pensar en lo misterioso de las flaquezas humanas.

Cuando más concurrido y animado estaba el hospital de Lastaola, se oyó una voz que dijo:

—S. M. el Rey viene con su Estado Mayor á visitar el hospital.

Instantáneamente abandonaron los médicos y los oficiales á las damas para salir á recibir al soberano. Al mismo tiempo formaron las señoras dos filas desde la puerta de entrada, para ver pasar al Rey y á sus ayudantes.

Los que pertenecíamos al sexo varonil nos colocamos detrás de las señoras; pero antês de relegarme al segundo término, pude observar que las damás jóvenes aún, procuraron situarse en la primera fila y dar algunos toques á su traje y

adornos. Las bondadosas mamás por su parte, se apresuraron á arreglar de un modo artístico los pliegues de la falda de sus hijas, á hacerles en voz baja alguna indicación, y aquellas dos hileras de beldades que no podían presentar más armas que las de sus encantos, mostraron inconsciente aunque vivo deseo de agradar al monarca.

¡Qué cosa tan natural aquella previsión, y meditando un poco, qué cosa tan deleznablemente humana!

Alguno que otro monárquico del tiempo de Calderón, afirmaba que el Rey podía disponer de sus vidas y haciendas; pero no de su honra. Hoy resultaría anticuado quien así pensara. Servir al Rey en todo y por todo, es un honor hasta codiciado, que en los países regidos constitucionalmente extiende sus favores á los ministros responsables y en ocasiones hasta á los porteros mayores de los ministerios.

Ello es, que aquellas excelentes esposas y aquellas buenísimas mamás, cuya mayor dicha era ciertamente ver muy felices á sus hijas, experimentaron la debilidad de desear que agradasen al Rey si se fijaba en ellas, ó por lo menos á los apuestos ayudantes que serían los niños mimados de la Corte al día siguiente del triunfo.

XXXVII

El día 7 enmudecieron de pronto los cañones, y los que aguardaban el momento de dar el asalto

recibieron contraorden. Quedaron arruinados muchos edificios y hubo numerosas víctimas; los generales Loma y Laserna llegaron por distintos lados en socorro de la villa asediada, incendiaron algunos caseríos, porque la guerra no se concibe sin crueldades ni horrores, y ocuparon sin dificultad las formidables posiciones que abandonaron los voluntarios dominados por la más honda desesperación. La alegría se trocó al fin en insuperable tristeza, en doloroso desaliento, y surgió una de las más terribles crisis que atravesó el carlismo durante la tercera y última campaña de las tres que sostuvo en el pasado siglo.

Las fuerzas carlistas se replegaron á Navarra, el Cuartel general se estableció en Vera, y aunque también yo estaba consternado, insistí como última esperanza en que Caso viese de nuevo al Rey.

Fué á Vera y no tardó en volver completamente descorazonado, resuelto á no ocuparse más de los asuntos del carlismo y á tornar á Madrid. Tímida y cariñosamente me insinuaba mi esposa que también nosotros debíamos seguir aquel ejemplo; pero he sido siempre tenaz en mis empeños, y antes de darme por vencido resolví hacer una nueva y última tentativa.

En aquellos instantes de confusión, de duda, de abatimiento, era preciso salvar al menos los dos principios *Dios y Patria*.

Mena acariciaba esta idea con más vehemencia que yo. Publicando en Bayona un periódico, siquiera fuese semanal, podíamos reunir todos los

elementos sanos próximos á dispersarse, y si como entonces temíamos se disolvía el ejército carlista y sus jefes con el Rey y los ministros tenían que refugiarse en Francia, quedaría á salvo la doctrina que juzgábamos base indispensable para la reconstitución del país.

De nuestro modo de pensar eran cuantos en la frontera habían esperado, y ya estaban á punto de perder la esperanza ó la habían perdido.

En nuestra mocedad habíamos tratado Mena y yo como á un buen amigo á Benito Ameztoy, que estudiaba en Madrid creo que leyes. Era uno de los jóvenes vascongados más juiciosos á quienes traté. Pertenecía á una familia cuyos antecesores habían hecho en Méjico una gran fortuna y sus descendientes, y nuestro amigo después por ser hijo único, recibían en España la renta de los bienes que poseían en América, renta que representaba diez ó doce mil duros anuales.

A pesar de tan brillante posición, siempre fué modesto: la caridad absorbía la mayor parte de sus ingresos. En ésto se asemejaba á otro hombre excepcional, guipuzcoano, que durante la guerra vivió en San Juan de Luz con su esposa y una hermana política, recluído en su hogar pues hasta en él tenía capilla y capellán para cumplir sus devociones. Se llamaba D. Juan José Juanmartiñena, poseía una fábrica de tejidos en Rentería y además recibía de América una renta igual ó quizás superior á la de Ameztoy.

Profundamente religioso, su afán constante era

dispensar beneficios. Inspirado por el Evangelio, profesaba la teoría de que el rico no debe ser más que un buen administrador de la riqueza, y destinando para los gastos indispensables de su familia una parte de su renta, relativamente mínima, empleaba el resto en obras caritativas.

Cuando Manterola iba á San Juan de Luz habitaba en su casa, y tanto él como Ameztoy habían contribuído con crecidas sumas á los gastos de la causa carlista.

Sólo dos veces ví á aquel hombre, todo piedad y amor al prójimo, y no olvidaré nunca los ingeniosos medios de que se valió para insinuarme que si algo necesitaba acudiese á él. No necesité lo que de tan buen grado me ofrecía; pero quedé muy reconocido á su generosidad y á su delicadeza.

Y no fué mi abstención porque dispusiera de recursos: contaba sólo con el producto de la revista mensual que enviaba al *Correo de Ultramar:* unos cien francos, y con otros ciento cincuenta que ganaba escribiendo reseñas de la guerra y enviando dibujos ó fotografías á la *Ilustración* de París y cartas de información política al *Diario de Avisos* de Zaragoza. Pero lo indispensable para la vida era poco costoso en San Juan de Luz. La casa amueblada y con todo género de comodidades, que en verano se alquilaba por 15 francos diarios, sólo costaba 5 en el resto del año, y los artículos de primera necesidad eran baratísimos.

Resueltos Mena y yo á intentar aplicar un revulsivo á aquel formidable cuerpo que parecía estenuado y casi vencido, confiamos á Ameztoy nuestro propósito, le aprobó con entusiasmo y se asoció á nosotros dispuesto á á sufragar los gastos del periódico, que debía titularse *La Cruzada Española.*

Cuando adoptamos la resolución que acabo de indicar, tenía el carlismo dos enemigos: uno al lado, otro enfrente. El primero era el más temible y nos aprestábamos á combatirle, haciendo el mayor sacrificio que en política puede hacerse: decir la verdad á los amigos.

«Si los soldados que defienden la causa son admirables—decía uno de los párrafos del primer artículo que debía publicar el periódico—si tienen jefes de probada pericia y de indudable lealtad, si la idea que anima á todos es grande y los encargados de realizarla son dignos de ella, ¿en qué consiste que esa idea y esos hombres hallan obstáculos bastante poderosos para detenerlos en su marcha? ¿En qué consiste que esa guerra que todos lamentamos se prolonga, devasta el país y sacrifica á millares de soldados? ¿En qué consiste que la España que se desangra y se aniquila en las convulsiones del desorden, prefiere soportar tan penosa situación á caer en los brazos que le tiende la España tradicional?»

A estas preguntas contestaba tácitamente el pesimismo de nuestros amigos, por más que no todos se atrevían á declararlo.

«También nosotros somos voluntarios—añadíamos—la pluma en nuestras manos puede en momentos dados equivaler á un fusil en las de aquellos, y los voluntarios hacen fuego sobre sus enemigos siempre que los encuentran. Eso es lo único que queremos hacer nosotros: fuego sobre nuestros enemigos, importándonos menos los de enfrente que los que por torpeza ó por malicia están entre nosotros.»

Tales eran los propósitos que abrigábamos, y aunque los pusilánimes y los *ojalateros* de siempre parecían asustarse y trataban de disuadirnos, no vacilamos en realizarlos.

Por entonces no podía publicarse en Francia un periódico, y eso en plena República, sin un permiso especial del gobierno, sin formalizar un depósito de 3.000 francos para una revista semanal y sin tener un editor responsable. Necesité ir á Pau para arreglar aquel asunto en la prefectura, y el marqués de Nadaillac que era el prefecto, de origen legitimista y muy amable, me dió todo género de facilidades en cuanto dependía de sus atribuciones; pero fué preciso solicitar el permiso gubernamental, que al fin conseguimos.

XXXVIII

En una *villa* de los alrededores de la ciudad cuna de los Borbones, residía doña Margarita que se había trasladado de la Gironda al Bearne para estar más cerca de España; y deseoso de visitarla,

lo que siempre era grato para mí, y de saber el efecto que habían producido en su ánimo los últimos deplorables sucesos de la guerra, aproveché la ocasión de mi viaje á Pau para realizar mi deseo, que anuncié como de costumbre á Teresita Flórez y al mismo tiempo á Estrada.

Este último me escribió que la Señora me esperaba á comer aquel mismo día á las siete, y media hora antes me dirigí en un coche á la *Villa du Midi*. El trayecto era corto y llegué con un cuarto de hora de anticipación.

Me introdujeron en una sala, donde aguardé unos cuantos minutos entreteniéndome en curiosear lo que en ella había. Desde luego fijé mi atención en la chimenea sobre la que aparecían dos bustos admirablemente modelados en los que reconocí á las infantitas doña Blanca y doña Elvira.

Una meridiana que tenía al lado un cajoncito pintado en el que hábía un arbusto de salón, ofrecía cómodo y sibarítico descanso. Sobre una elegante mesa central había un gran libro ricamente encuadernado: quizás un Album de retratos que entonces estaban muy de moda. Adosado á uno de los lienzos de pared se veía un *bureau* de señora con muchos libros en desorden.

Todo revelaba en aquella estancia la habitación predilecta de una amorosa madre, que al reposar junto al arbusto podía contemplar en efigie á sus infantiles vástagos, y de una mujer inteligente y de buen gusto aficionada á la lectura.

No pude continuar la comenzada investigación

que en todo tiempo me ha agradado, no por pueril curiosidad sino deseoso de adivinar un carácter por el medio ambiente de que se rodea, porque entró en la sala Estrada. Me saludó con estudiada corrección; pero al mismo tiempo con marcada frialdad, y disculpó á la Reina que aún tardaría en llegar un cuarto de hora. Entre tanto podíamos charlar un rato, y para que estuviéramos á nuestras anchas, me condujo á un saloncito contiguo.

También había en aquella estancia una chimenea, y colocándose delante de ella en la actitud de un gran señor que se digna conversar con un subalterno, me preguntó de pronto:

—¿Conoce usted á Caso, de quien tanto se ha hablado en estos últimos tiempos por ser autor de un famoso plan de gobierno con que según me han dicho sorprendió al Rey antes de que se verificase el ataque contra Irún?

—Veo que tiene usted poca memoria—insinué, dispuesto á demostrarle que podía hablar con él de igual á igual.

—¿Por qué dice usted eso?—añadió haciendo un esfuerzo para mostrarse amable.

—Porque la última vez que tuve el gusto de ver á usted, le pregunté lo mismo que acaba usted de preguntarme, juzgando que siendo Caso y usted paisanos y quizás condiscípulos, se conocerían. Por cierto que la respuesta de usted fué muy lacónica y mal intencionada: se limitó usted á indicarme que era lástima que hubiese hecho fortuna tan pronto.

Este recuerdo le molestó; pero dominándose y sonriéndose:

—En efecto—me dijo—ahora recuerdo ese detalle, y sigo lamentando lo que entonces lamenté por tratarse de un hombre de talento.

Como nunca he podido poner á mi servicio la diplomacia, expresé la profunda tristeza que me habían producido las impresiones recibidas en la frontera durante el sitio de Irún, y le anuncié que con otros amigos tenía el propósito de publicar en Bayona un periódico para desenmascarar y combatir á los que conducían á la perdición á D. Carlos y á la causa que representaba.

—Peligroso es eso—indicó abandonando la actitud de superioridad y mostrándose conmigo más llano y afectuoso.—Aún espero que renunciará usted á esa aventura.

No pudo continuar aquel diálogo, porque entró en la estancia doña Margarita seguida de Teresita Flórez y de su gentílhombre Vives.

Después de besar su mano; aunque no con la sencillez y la ingenuidad que como ya he dicho antes la caracterizaban, se escusó por haberme chó esperar.

—En el comedor aguardan los que han de acompañarnos á la mesa—añadió; y aceptando el brazo que la ofrecí no sé si faltando á la etiqueta palaciega para mí desconocida, nos dirigimos á una habitación contigua al saloncito, donde se hallaban Juanita Flórez y el bueno y campechano capellán D. Anselmo.

Doña Margarita dispuso que me sentase á su derecha y los demás comensales ocuparon los asientos que les estaban designados.

A pesar de la afabilidad con que la Señora me trataba, noté que había algo de forzado en la bondad con que me dirigía la palabra. Estaba muy nerviosa, preocupada, y bien se conocía que procuraba ocultar el estado de su ánimo intranquilo y receloso.

A la apacible *Villa du Midi* llegaban quizás los ecos de las alegres veladas que se pasaban en el Cuartel Real, y como profesaba verdadera adoración á su augusto esposo, debía sufrir su espíritu.

Las dos angelicales hermanas Teresa y Juanita Flórez eran sin duda confidentes de sus penas, y es seguro que procurarían consolarla. El Padre Anselmo no ignoraría tampoco el estado de su ánimo, y como buen aragonés llamaría pan al pan y vino al vino. Es muy posible que también Estrada conociera las interioridades de aquel hermoso corazón, aunque como pude ver en las pocas veces que hablé con él, tenía todas las condiciones del perfecto cortesano y sólo un Shakespeare, el creador de Yago, podía reproducir las frases que el secretario pronunciaría para disculpar flaquezas y calmar suspicacias.

Si había secreto y le conocían las personas de la intimidad de la Señora, yo no estaba en el caso de ellas, y nada más natural ni más socorrido que hablar de muchas y distintas cosas para desorien-

tar al intruso. Mostrando un buen humor, que resultaba triste por lo que al parecer tenía de artificial, saltaba en la conversación de un tema á otro. Hizo un brillante y justo elogio del cura Barrera que la auxiliaba en las obras de caridad que constituián su más grata ocupación, y como yo había tenido ocasión de conocer hasta donde llegaba la abnegación de aquel eclesiástico activo, enérgico, de una religiosidad verdadera, de una lealtad acrisolada, pequeño de cuerpo pero grande de corazón, asentí á los elogios y pude añadir algunos más.

Después se burló donosa y discretamente de un médico que no nombraré; pero que en efecto merecía la graciosa caricatura hablada de que fué objeto. Refirió que el día anterior había recorrido á pie algunas calles de Pau y que habia experimendo viva satisfacción al verse entre los transeuntes, sobre todo entre las mujeres del pueblo y las señoras, como una de tantas. ¡Cuánto la agradaría hacer en Madrid excursiones como aquella!

Recayó de nuevo la conversación en los carlistas heridos, sobre todo de los pobres, de sus familias; parecía hallar un rayo de alegría su alma, nebulosa si mis sospechas no me engañaban, y expresó que debería publicarse aunque fuese de tarde en tarde un *Boletín* en el que se consignaran los socorros que se repartían, para que viesen en Europa lo que se hacía en favor de los desdichados y aumentasen los donativos.

Insinué que en el *Boletín*, si se realizaba su publi-

cación, debían referirse los actos de heroismo de los voluntarios y la grandeza de alma de las viudas y huérfanos que aceptaban con resignación y hasta con entusiasmo el sacrificio de los seres queridos.

—Eso sería dar carácter político á la caridad—exclamó—y yo odio la política.

—Eso, Señora, sería poner de relieve la abnegación, la virtud—dije yo.—Un humilde voluntario que se sacrifica y sacrifica á los suyos por su Dios, por su Patria y por su Rey, es más digno de que se perpetúen su nombre y sus actos, que los personajes que por móviles menos generosos han triunfado ó sucumbido, y la historia los cita.

Dió este tema lugar á discusión: Juanita Flórez y el Padre Anselmo se pusieron de mi parte; Vives y Teresita opinaron como la Señora, y Estrada con su sonrisa discretamente socarrona, aseguró que unos y otros teníamos razón.

Terminó la comida y pasamos al salón á tomar el café, disponiendo doña Margarita, como tenía por costumbre, que llevasen al Príncipe y á las Infantitas á su presencia.

—Doña Elvira no vendrá—nos dijo.—Ha sido desobediente y la he castigado privándola del rato de expansión que doy á mis hijos, permitiéndoles jugar en el salón antes de acostarlos.

Intercedí por la infantil pecadorcita, y no sin trabajo conseguí su perdón. Doña Margarita y Estrada hablaron rápidamente, sonriéndose ambos. No sé por qué, me molestó aquel aparte.

Las Infantitas y el Príncipe llegaron saltando y brincando, nos saludaron gentilmente y cogiendo cada cual una banqueta y convirtiéndola en caballo, comenzaron á trazar figuras geométricas en todas direcciones, animando á aquellos improvisados corceles y llenando con sus vocecitas y su alegría aquella estancia, mientras tomábamos el café.

Cuando los augustos niños se alejaron, se generalizó la conversación dominando en ella el ingenio y la broma, lo que me recordó las escenas que había presenciado en Lastaola; y celebrando que tanto en el Cuartel Real como en la *Villa du Midi* dominase el buen humor, referí las pintorescas escenas que había presenciado en el aún no estrenado hospital.

—Todo eso es muy español—insinuó Estrada.—Lo mismo en las guerras antiguas que en las modernas, se han jugado la vida nuestros compatriotas riéndose y bromeando.

—Es cierto—contesté—y auguro á nuestra patria un fin alegre: se morirá de risa.

—Toca el piano Vives—dijo doña Margarita para poner terminó á aquel diálogo, que ensombreció un poco el cuadro.

El gentil hombre demostró que también era un buen músico, la Señora se acercó á él elogiándole y ejecutó á su vez sin sentarse una melodía de la *Fille de Mad Angot*, que no terminó porque llegaron D. Bienvenido Comin y un señor Esparza. Nos presentó mutuamente, recibió á los re-

tién llegados con muestras de vivo afecto, sobre todo al primero notabilísimo jurisconsulto aragonés de la cuerda de los Aparisi, Tejado y Navarro, Villoslada; es decir de los neo católicos, que se convirtieron en neo carlistas.

Quizás valía más que todos sus colegas, por que dotado de gran inteligencia, maestro en la ciencia jurídica que como es sabido para todo tiene recursos, con todas las habilidades de los diestros políticos, sabía rebozar aquellas dotes con lo que había en su esencia de aragonés, y si no inspiraba gran simpatía, por lo menos era considerado y temido.

A poco de entrar se acercó á doña Margarita y celebraron un animado diálogo, tratando al parecer asuntos muy interesantes. No duró mucho aquel aparte, y al ver que se separaban me dirigí á donde estaba la Señora, deseando á mi vez confiarla mi propósito de publicar la *Cruzada Española* para llamar al orden á los que se figuraban vivir en Cápua.

Pero se adelantó hacia mí y me dijo:

—Para entretener las veladas solemos jugar á los naipes: tresillo, treinta y una, tute, brisca, lo que se nos ocurre. Nos acompañarás esta noche.

—Gracias señora, pero no juego nunca.

—Lo siento... te distraerías. Lo que es D. Anselmo no perdona por nada del mundo su partidita de tresillo ó de tute.

Y dirigiéndose al excelente eclesiástico:

—Vamos D. Anselmo—le dijo—prepare usted

lo necesario para que nos sentemos á jugar.

Poco después rodeaban una linda mesita de juego la Reina, el Capellán, Comin y Teresita.

Me convencí de que la Señora evitaba los apartes conmigo, y no dudé de que algo la habían insinuado desfavorable á mí. Se mostraba amable; pero no ingenua y confiada como en las anteriores entrevistas.

Insinué á Juanita Florez mi extrañeza por la actitud de la Señora para conmigo, y lo triste que se presentaba á mis ojos el porvenir de la causa que nos interesaba. Era buena, inteligente y sobre todo afectuosa. Disculpó á la Reina asegurándome que me tenía en gran estimación, y como yo se mostró pesimista respecto del porvenir.

Me pareció que Estrada quería decirme algo, y dejando el grupo de los jugadores y el que formaron Juanita, Vives y Esparza, me dirigí á uno de los ángulos del salón.

Estrada se acercó á mí. Deseaba, en efecto, borrar la mala impresión que había causado en mi ánimo cuanto veía, que ni sabía ni quería ocultar, y aproveché la ocasión para desahogar la indignación que me causaba la apatía que notaba en él y su indiferencia ante lo que pasaba en el Cuartel Real. Me confesó que no servía para luchar, que la esperiencia le había demostrado que en los palacios eran peligrosas las iniciativas; y como el general Elío, según recordará el lector, añadió que lo que era lógico que sucediese, sucedía á pesar de la voluntad de los hombres.

Lamentó de nuevo que la notoriedad que había alcanzado Caso se prestase á las censuras de las personas de absoluta probidad; pero prodigándole elogios al mismo tiempo. Al oirle se me acabó la paciencia, y aunque dominándome para que mis palabras no se oyeran por los circunstantes, le dije cuanto pensaba sobre su equívoca conducta, reducida á pasar la vida con las mayores comodidadades, á encerrarse en un esteril egoismo, á no hacer nada y á estorbar que otros hicieran.

Temeroso de no poder contenerme añadí: «Ahorame voy para no volver más» y acercándome á doña Margarita la pedi su venia para retirarme, lo que no dejó de sorprenderla lo mismo que á los circunstantes, que algo se habían apercibido de mi animado diálogo con Estrada.

Salí precipitadamente del salón; Estrada me siguió y como si nada hubiera pasado poco antes entre los dos, me dijo:

—Siento que se marche usted así, sin haber podido hablar con la Señora. Por lo demás estimaré á usted que diga á Caso que venga á verme. Hablaremos. ¡Quien sabe! Yo le hago justicia.

En la antesala podía hablarle con más claridad, y me disponía á hacerlo cuando llegó Teresita Florez.

—No se vaya usted—me dijo.—La Señora se lo ruega. Deseaba haber hablado con usted y no le ha sido posible por las visitas. También usted se propondría comunicarla algo importante.

—No—contesté.—Solo he venido á ofrecerla

mis respetos aprovechando la ocasión de haber tenido que ver al marqués de Nadaillac. Si alguna vez me necesita, siempre estaré á sus órdenes.

—Quédese usted—añadió—Estrada.

—No—insistí.—Me he convencido de que me falta la confianza de la Reina, y aunque seré para ella lo que siempre ha sido, no volveré á molestarla.

Teresita me tendió la mano que estreché con sincero afecto y saliendo precipitadamente del vestíbulo me dirigí á la puerta, monté en el coche y partí profundamente disgustado.

Al día siguiente recibí una carta de Estrada en la que disculpaba á la Señora, ofendiéndola y ofendiéndome, aunque sin intención; pero poco discretamente. Había llegado á noticia de la Reina, me indicaba, no sabía por quién, que me proponía publicar un periódico, y había temido—así lo refería su secretario—que la pidiese fondos para sostenerle. Peregrina invención, que estoy seguro de que ni siquiera pasó por la mente de la Reina.¡Bien sabía había publicado *La Margarita* con mis propios recursos, que jamás había solicitado remuneraciones de ningún género, ni siquiera aquellos honores ficticios que se repartían con tanta profusión en torno de don Carlos.

Lo que sucedía era, que entre unos y otros conspiraban para que no estuvieran al lado de los reyes personas leales y desinteresadas que les dijeran la verdad; y como los príncipes no ven ni oyen más que por los ojos y los oídos de los cor-

tesanos y siempre están temiendo ser traicionados, hubo quien deseó apartarme de la augusta Señora á quien tanto admiraba y estimaba yo por su ingenuo carácter y sus adorables virtudes.

No volví á verla; pero siempre rendí culto á su recuerdo, y hoy que han transcurrido treinta y seis años, repetiría con la misma fe y la misma sinceridad lo que escribí en mi libro *Detrás de las trincheras*, cuando después de describir á la augusta familia añadí: «De aquel cuadro sólo una figura sobrevive en mi espíritu, acentuada con una belleza más: la del sufrimiento, y esa figura es la de doña Margarita.» No borraría hoy una sola palabra de las que dediqué á elogiar sus cualidades.

También ha conservado mi memoria la grata impresión que produjeron en mi ánimo el Príncipe, entonces un niño, hoy un hombre en quien muchos esperan, y las Infantitas, que no han sido lo felices que han debido ser, acaso por faltarles su amorosa madre cuando más la necesitaban.

Mi alma no siente el más insignificante rencor contra los que, sin mis ilusiones, más prácticos que yo y olvidando que lo que se recoge es lo que se siembra, procuraron alejarme de aquel foco de intrigas y de miserias humanas. Hasta agradezco el daño que me causaron, porque me convencieron con su egoismo de lo que con su cariño no pudo convencerme mi amada compañera; es decir, de que no había nacido para ser político y mucho menos para vivir entre cortesanos.

XXXIX

Al regresar á San Juan de Luz poseído de honda tristeza, encontré empeorada la situación. El vulgarísimo refrán de la *harina* y la *mohina*, repitió sus deplorables efectos entre las familias y los individuos á quienes hasta entonces habían unido estrechamente ideas y sentimientos. Los optimistas acusaban á los pesimistas; los amigos de tal general ó de cual ministro, murmuraban de los ministros ó generales que otros ponían por las nubes. Hubo discusiones, algunos amigos dejaron de saludarse, y por lo menos San Juan de Luz era un semillero de disgustos, llegando algunos de los que allí se desesperaban en la inacción á emplear la calumnia, á pesar de asegurar que eran fieles cristianos.

Aquella situación me hacía sufrir; pero mi pobre mujer sufría más que yo, aunque resignada, y deseaba por momentos que me decidiese de una vez á abandonar aquel campo de batalla, en el que aunque los proyectiles se reducían á palabras agrias ó miradas recelosas, no dejaban de hacer daño.

Mi familia no era de las que más padecían en aquel período de descontento, porque no haciendo yo sombra á nadie ni aspirando á empleos ú honores, me limitaba con mis buenos amigos Manterola, Ameztoy y Cancio Mena á desear el bien de todos, incluso el de los que nos eran más hostiles.

Frecuentábamos el agradable trato de los siempre cariñosos condes de Belascoain; el de la familia del bondadoso Gonzalo de Liñán, hermano de la Condesa casado con una hija de aquel famoso gobernador D. Melchor Ordóñez, de quien hablé á su tiempo honrando su memoria. También tratábamos con intimidad á la familia de Mena, cuya esposa simpatizaba tanto con la mía, que llegaron á quererse como hermanas, y era merecedora por su angelical carácter, su clara inteligencia y sus virtudes domésticas, de la aureola de afecto que la rodeaba.

A poco de llegar á San Juan de Luz ingresaron mi hijo Julio, que tenía diez años, en el Colegio de los Hermanos de la Doctrina, y mi hija Rosa, que contaba siete, en el de Hermanas de la misma Orden, y tanto aprovechaban la enseñanza que recibían, que dos meses después hablaban el francés como el español y mostraban una aplicación que nos encantaba á su madre y á mí.

Como siempre me ha sucedido, en mi hogar era dichoso y en él hallaba al mismo tiempo que consuelo para las contrariedades, ánimo para seguir luchando.

Pero la redacción de *La Cruzada Española* se estableció en Bayona, única población en la frontera donde podíamos disponer de una imprenta; casi todos los días tenía que hacer el viaje, que aunque corto era molesto y costoso, y al fin fué necesario trasladarnos á la capital de los Bajos Pirineos.

Difícil era encontrar hospedaje en aquella ciudad; pero al fin alquilé en el barrio de Saint-Esprit próximo á la Estación del ferrocarril, el piso bajo de una casa de la rue Maubeuge, que nos daba derecho á disfrutar de un espacioso jardín situado sobre el túnel que termina en la estación del ferrocarril.

Era su propietaria Mad. Campan, viuda de un célebre médico, mujer que debió ser en su tiempo una belleza, porque contando más de setenta otoños, aún conservaba restos de su pasado, y era además muy activa, de perspicaz inteligencia, de mucha iniciativa y de amenísimo trato.

Precisamente en aquel piso bajo que alquilé, pasó unos cuantos días Sor Patrocinio cuando por el destronamiento de la Reina Isabel se vió obligada á huir de España, y según me indicó madame Campan, el lecho donde dormí mientras fuí su huesped, había tenido el alto honor de ofrecer descanso al llagado cuerpo de la según unos santa célebre, y según otros aprovechada embaucadora.

No me sirvió de beneficio aquella casualidad, porque á los pocos días de habernos instalado en la casa de la rue Maubeuge, me llamó el Comisario de policía para comunicarme por orden de la subprefectura, que se me prohibía permanecer en la frontera. El consul de España no había visto con buenos ojos que el gobierno francés concediese permiso á Mena y á mí para publicar un periódico y pidió que fuésemos expulsados de Bayona.

Esta resolución me causaba gran perjuicio, y decidí encerrarme en mi casa desde donde podía escribir y cuidar de la confección de *La Cruzada española*. Mena enviaría sus artículos desde San Juan de Luz donde podía disfrutar de más libertad, porque el vicecónsul, un Sr. Yáñez muy viejecito, era antiguo amigo suyo y haría la vista gorda. Gracias á este ilegal *modus vivendi* permanecimos eludiendo la internación una corta temporada, hasta que convencido yo de que ni con el periódico ni sin él, se remediaría el temido fracaso, determiné complacer á mi esposa, solicitar indulto si era necesario, renunciar en absoluto á la política y volver á Madrid á pedir á las letras las satisfacciones y el provecho que siempre me habían proporcionado.

Pero el hombre propone y Dios dispone. En aquella ocasión dispuso que una mañana de uno de los primeros días de Marzo, al salir de mi casa resuelto á visitar al cónsul para comunicarle mi resolución, llegase un tren de la frontera y en él entre los viajeros que dejó en Bayona, Rafael Homedes sobrino del general Cabrera.

Nos saludamos, me rogó que le acompañase y celebró nuestro encuentro porque acababa de llegar de España y era yo uno de los primeros á quienes deseaba informar de un asunto de la mayor importancia y trascendencia.

Montamos en una victoria, nos dirigimos al hotel donde solía hospedarse en el que le aguardaba su hermano Manuel, y lo menos dos horas

se nos pasaron sin sentir hablando de las negociaciones entabladas con el general por el gobierno de D. Alfonso XII, á quien había proclamado Rey de España en Sagunto el 1.° de Enero de aquel año 1875 el general Martínez Campos, con la cooperación de los generales Dabán y la parte del ejército que tenían á sus órdenes.

Conocían los hermanos Homedes la situación de mi ánimo: la publicación del periódico de poco podía servir, si es que de algo servía, y como en política la amistad es más convencional que en la vida ordinaria, antes de franquearse conmigo desearon saber de un modo exacto qué opinaba del porvenir reservado á la causa carlista.

Bien sabían que en todo tiempo había considerado al general Cabrera como esencial factor del triunfo, y que mi única esperanza se cifraba en que al fin y al cabo se convencieran hasta sus más encarnizados enemigos de que sin él todo se perdería.

Aquella esperanza se había desvanecido en mi por completo, y no vacilé en confiar á los sobrinos del conde de Morella que habiendo resuelto separarme del partido, aquella misma mañana había salido de mi casa resuelto á presentarme al cónsul para que me facilitase un medio legal de regresar á España.

—Persistiría usted en su propósito—me preguntó Rafael—si el general necesitara de sus servicios para ayudarle en la empresa que ha acometido de restablecer la paz, reconociendo á D. Al-

fonso XII y obteniendo á su vez la legalidad de los principios del carlismo sin el príncipe que ahora los representa.

Sorprendido por aquella revelación y abarcando rápidamente mi imaginación, siempre dispuesta á creer y esperar en lo que me parecía noble, justo y generoso, el efecto que podría producir en España la paz por todos deseada y como base de ella el reconocimiento de los principios tradicionales con la jefatura de Cabrera; es decir, la que yo juzgaba entonces definitiva reconciliación de los que habían empleado en aniquilar á la patria las energías y la abnegación con que habrían podido engrandecerla, no pude ocultar el entusiasmo que aquella noticia despertó en mí.

—¿Podemos contar con usted?—insistió Rafael.

—En absoluto—respondí.

Manuel Homedes, que era de los dos sobrinos del general el que más me había tratado y mejor me conocía:

—Confirma usted—me dijo—lo que esperaba, y desde este momento, unidos por las mismas aspiraciones, ni debemos ni queremos tener secretos para usted.

Entonces Rafael, después de referir á su hermano que había celebrado en Madrid una importante conferencia con Cánovas del Castillo, y de anunciarle que aquella misma tarde saldría para París á fin de enterar minuciosamente al conde de Morella de lo pactado; para darme prueba de la confianza que en mí tenía me confió cómo habían

comenzado aquellas negociaciones próximas á obtener un resultado satisfactorio.

A medida que la República española caminaba de fracaso en fracaso, por los motivos que la historia, la crónica y la misma novela, han referido hasta la saciedad, los vividores de la política, tanto los que aceptaron las consecuencias de la revolución de Septiembre como los que más ó menos ostensiblemente se habían adherido al carlismo en concepto de tabla salvadora después del naufragio de sus planes, sus cábalas, sus ambiciones y sus intereses, encontraron en el genial caudillo de las tropas republicanas el sable de que estaban acostumbrados á esperarlo todo, y antes de que las tropas se pronunciaran en Sagunto, aunque con más entusiasmo después, unos y otros aceptaron con júbilo la Restauración y este rápido cambio, preciso es reconocerlo, quitó al carlismo una gran parte de su fuerza moral.

Pero D. Alfonso, en quien doña Isabel había abdicado sus derechos al trono de España, si no por su iniciativa, que no he podido saber á ciencia cierta si la desgracia como decían sus partidarios había sido para él una gran maestra, al menos por la de sus consejeros, más avisados que los que condujeron á D. Carlos en su marcha hacia el trono, mientras conspiraban sus partidarios dió algunos pasos que favorecieron en alto grado sus aspiraciones.

Fué uno de ellos visitar al general Cabrera poco tiempo antes de ser proclamado en Sagunto. Con

la llaneza y la ingenuidad que eran al parecer el distintivo de su carácter, tal vez por personal curiosidad ó hábilmente aconsejado, en un viaje que hizo á Londres manifestó deseo de conocer personalmente al Conde de Morella, que al fin y al cabo era uno de los más importantes personajes de la Historia de la España contemporánea.

Con más talento que vanidad, cosa poco común en los príncipes y menos aún en los llamados por la prioridad de su nacimiento á ser reyes; en vez de hacer llegar su pretensión de un modo inderecto á oídos del general, para que al menos por cortesía se apresurase á pedirle audiencia, juzgó más natural, más diplomático y en último término más digno de la grandeza del pretendiente de una corona, comunicar directa y noblemente su deseo de saludar á un militar, que aunque adversario, era una celebridad, no solo nacional sino europea.

Tanto el deseo como el modo de realizarle, sorprendieron á Cabrera predisponiéndole en favor del joven príncipe, que había sido brillante alumno de la Escuela Teresiana de Viena, excelente camarada de sus condiscípulos, y de quien había oído decir á algunos de sus profesores, amigos suyos, que se hacía querer por su clara inteligencia, su aplicación, su natural bondad, la sencillez de su trato y la noble resignación que mostraba en el destierro.

No tardó en celebrarse aquella entrevista. Don Alfonso acompañado de su secretario particular

D. Guillermo Morphy, aquel condiscípulo mío del Instituto de segunda Enseñanza de Almería, á quien confirió su Rey y Señor poco después de ser reintegrado en el trono el título de Conde, y con quien siempre conservé una amistad bastante sincera generalmente, aunque en ocasiones un tanto palaciega por su parte; D. Alfonso, repito, se presentó en Wentworth, residencia habitual del general y fué recibido por éste con todos los honores debidos á su jerarquía.

La Llana hizo á Morphy los honores de la casa mientras que el Conde de Morella y el joven rey, todavía pretendiente, permanecieron en el gran salón celebrando una conferencia que duró cerca de una hora y fué muy grata para el anciano guerrillero.

Formó Cabrera una opinión muy ventajosa de la inteligencia de D. Alfonso, quien guardando la consideración que siempre debe inspirar la ancianidad á la juventud, la importancia adquirida á la heredada, inauguró aquel interesante diálogo, ignorado entonces y que por circunstancias especiales puedo ser el primero que le hace público, lamentando la crítica y dolorosa situación á que había llegado España, primero por la Revolución y después por la guerra. Ante aquel cuadro que le entristecía más que le aterraba, porque era joven y tenía fe en el porvenir, lo esencial, lo más necesario, lo más apremiante era la paz; y como había oído decir á personas respetables que tenían motivo para conocer la actitud del general, que

no estaba conforme con la marcha política y militar del partido en que era la indiscutible primera figura, había juzgado un deber y atendido á un vehemente deseo, dar el primer paso en favor de los ideales que en aquellos momentos á los dos animaban, ir á estrechar la mano del Conde de Morella, respetando como respetaba sus creencias, sus principios políticos y sus compromisos históricos.

Hay que reconocer que aquella misteriosa escena entre un joven que había sufrido en el destierro las consecuencias de culpas ajenas y que si ambicionaba recuperar el trono de sus mayores había en su deseo, no sólo entusiasmo juvenil sino algo de caballeresco, porque no en vano había nacido en tierra española, y un anciano cuyas proezas habían sido asombro hasta de sus enemigos, poseído también de un meditado amor á su patria, más acentuado y vehemente cuanto más próximo se hallaba á verle extinguirse con su vida, merecía ser conocida y perpetuarse como una de las más hermosas situaciones del drama humano.

¡Qué gloria para el mozo y el viejo, que coincidían en el deseo de realizar la paz, después de siete años de una constante y desastrosa lucha entre ideas é intereses, en la que parecían haberse agotado todas las energías de la nación!

Pero quizás debían hacer algo más que restaurans la paz que el país anhelaba. Las masas populares estaban divididas en dos grupos que po-

dían calificarse de clásicos: uno de ellos tenía por ideal la libertad á la francesa; es decir, la libertad tal como la definieron y practicaron los hombres de la Revolución. El ideal de la otra era la libertad á la española, la libertad tradicional.

Aunque maleada, todavía conservaba la primera en el fondo restos de su pasado; y si los adversarios transformaban el odio que había producido tres dolorosas guerras civiles en amor á la patria, aun conservando sus respectivas tradiciones, en un reinado sinceramente liberal á la inglesa, cuya política fuese el desarrollo de la riqueza del país bajo la base de la más perfecta moralidad podía abrirse el corazón á la esperanza.

El general, que oía sorprendido y admirado aquellos propósitos, más de un hombre de edad madura que de un joven, habló á su vez expresando que no veía para el final de su vida nada más digno ni glorioso, que contribuir á la paz y dejar al partido carlista en condiciones de regenerar á España, prefiriendo lo sustantivo á lo abjetivo.

En tan buen terreno las mútuas aspiraciones del joven príncipe y del veterano general, ahondaron más en el asunto, esbozaron pactos, y en aquella entrevista puede décirse que comenzaron las negociaciones que se desarrollaron y ultimaron como uno de los primeros actos políticos de la Restauración.

Algún tiempo después oí referir al mismo general los pormenores de aquella entrevista, con tan-

to acierto ideada y con tanta sinceridad ó por lo menos habilidad realizada, de que me habló Rafael Homedes.

Como un detalle, que aunque parezca nimio no deja de tener importancia, llamó la atención del Conde de Morella que el joven príncipe prescindiera de la costumbre que los individuos de la familia Real tenían de tutear á todas las personas que á ellas se acercaban. No se paraban en barras los reyes, y como es natural los príncipes y los infantes seguían su ejemplo.

En los antiguos tiempos en que señores y vasallos se tuteaban, significando afecto esta forma del trato; en que los escuderos hablaban á sus amos con una franqueza que rayaba en descoco, se comprendía la regia familiaridad.

Por otra parte, cuando el monarca era á la vez señor y padre de sus vasallos, se explicaba el tuteo. Pero desde que el tratamiento de Majestad para los reyes y de Alteza para los demás miembros de la familia Real marcaron las diferentes jerarquías y clases, el tratamiento implicaba servidumbre y el tuteo poderío.

D. Alfonso XII abolió aquella costumbre, que puso en caricatura Marcos Zapata cuando, si no recuerdo mal, fué presentado en París á la Reina de los tristes destinos en una Exposición de Bellas Artes.

Doña Isabel, que en el fondo era muy campechana; es decir, muy española, había oído celebrar al aplaudido autor de *La capilla de Lanuza*

y de la popular zarzuela *El anillo de hierro* y le acogió con la llaneza que la caracterizaba al serla presentado. Sencilla y afectuosamente le dijo:

—¿Con que tú eres Zapata, á quien tanto he oído elogiar?

—Sí, señora.

—Celebro conocerte... ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?—exclamó el poeta con el desparpajo baturro de que nunca ha podido desprenderse.

Claro es que allí terminó la escena, que asombró é indignó á algunos de los circunstantes, sin perjuicio de que después refirieran y celebraran una gracia, que en buena ley no puede calificarse más que de una falta de urbanidad.

Cabrera había censurado muchas veces, sobre todo á los nietos de Carlos V; es decir á D. Carlos y á su hermano D. Alfonso, que tuteasen á cuantos acudían á visitarlos, ya fuesen eclesiásticos, generales encanecidos ó personas de posición política, que sin ser carlistas tenían ocasión de saludarlos.

Esto pasó con el famoso Cascajares, cuando en calidad de agente de Sagasta, de Prim y de otros revolucionarios, trató de buscar en D. Carlos y en sus partidarios recursos para llevar á cabo la Revolución, que al fin triunfó en Septiembre de 1868.

Le ofrecían, si les auxiliaba para realizar sus proyectos; es decir, si los carlistas se unían á ellos para destronar á doña Isabel, colocarle en el trono siempre que el país por medio de un plebiscito

confirmase el deseo de los que buscaban su apoyo.

Ya sabían lo que ofrecían aquellos jugadores de ventaja en política.

D. Carlos fué con Marichalar, su duque de Alagón ó su duque de Sexto á comunicar á Cabrera la proposición de los liberales y como éstos representados por Cascajares y Sagasta debían celebrar una entrevista con el general y ver después al duque de Madrid, preguntó el joven príncipe al anciano caudillo:

—¿Cómo les hablaré, de *tú* ó de *usted?*

—Cosa es esa—respondió el general según le oí referir—que ya debían haber enseñado á V. A., pues es de educación. En primer lugar V. A. no es Rey, y aunque lo fuera, esos caballeros no le reconocerían como tal. Además aun siendo Rey, debería V. A. hablar de *usted* á sus súbditos.

Sabido es que lo que buscaban los conspiradores era la influencia y la colosal fortuna que se atribuía al conde de Morella; fortuna que no era colosal y que en todo caso pertenecía á su esposa. Cuando se percataron de que Cabrera conoció el juego, se alejaron sin despedirse de D. Carlos ni por cortesía.

XL

Poniendo punto á esta digresión y reanudando mi anterior relato, añadiré que las confidencias que me hicieron los sobrinos del general abrieron á mi imaginación nuevos, dilatados y fecun-

dos horizontes, y relegando al olvido una vez más las pequeñeces y miserias humanas, surgieron en mi ánimo nuevas y risueñas esperanzas.

Auxiliar aquella empresa, aunque fuera en el puesto más humilde, me pareció una inesperada ocasión de realizar el ideal que me había impulsado á trocar mi apacible vida y mi grata labor en la agitación y en la penuria á que me había condenado mi intromisión en la política.

Me enteré de que Cabrera contaba con Caso, á quien había conocido y explorado; con algunos de los antiguos generales de los que siempre habían sido sus amigos; de que las negociaciones inauguradas en Londres por D. Alfonso, continuadas por el agente diplomático de España en Inglaterra D. Rafael Merry del Val y dirigidas por Cánovas del Castillo desde que presidió el primer gobierno de la Restauración, habían llegado á establecer una inteligencia cuyos resultados prácticos debían consignarse en una proposición dirigida al general Cabrera por los plenipotenciarios del gobierno de D. Alfonso XII, á la que el general respondería aceptando las bases del convenio que había de contribuir á la paz y al reconocimiento del carlismo transformado en alfonsismo, como partido legal de la monarquía restaurada; es decir, operando una especie de transfusión de sangre sana y vigorosa en un cuerpo enfermizo y extenuado.

Según me indicaron los hermanos Homedes, el general se había trasladado á París al mismo tiem-

po que el Sr. Merry del Val, para ultimar allí las negociaciones comenzadas en Londres.

Rafael Homedes había elegido, de acuerdo con su tío, al notable abogado y antiguo publicista don Francisco Pareja de Alarcón, para que con sus vastos conocimientos jurídicos, su experiencia política y su reconocida probidad, asesorase al general quien, como más adelante veremos, antes de tomar una resolución se valía de hábiles medios, directos unas veces, indirectos otras, para no ser engañado, porque era naturalmente receloso, y para no engañar contra su voluntad, porque era esencialmente cristiano.

El Sr. Pareja de Alarcón llegaría de un momento á otro á Bayona para seguir el viaje á París con Manuel Homedes y ser presentado al general.

También era esperado en la capital de Francia el opulentísimo marqués de Manzanedo, autorizado por el gobierno para allanar, en compañía y de acuerdo con el Sr. Merry del Val, las dificultades que pudieran entorpecer ó aplazar la realización del propósito que á una y otra parte animaban.

El general, con quien en un viaje que hice á París en Febrero de aquel mismo año había conferenciado extensamente identificándome con él y logrando inspirarle afecto y confianza, había juzgado que mis servicios podían serle útiles, no todavía para intervenir en las negociaciones que se tramitaban; pero sí para redactar cartas y hacer la propaganda periodística que se considerase necesaria. Encargó á sus sobrinos que explorasen

mi ánimo y que me propusieran el cargo de auxiliar suyo con la remuneración que fijase: esto último, teniendo en cuenta que no yo disponía de más recursos que los que me proporcionaban mis tareas literarias.

Acepté en principio la proposición y convinimos en que me pondría en camino lo más pronto que me fuera posible.

Antes de emprender el viaje debía confiar á mis amigos Mena y Ameztoy la resolución que había tomado, renunciar á mi intervención en *La Cruzada Española,* rendir cuentas de la administración del periódico que estaba á mi cargo; y como no podía saber con exactitud cuando regresaría á Bayona, necesitaba dejar á mi familia los recursos indispensables para las diarias atenciones de la vida.

Sin explicar á mis amigos el verdadero motivo de mi resolución, porque era un secreto que no me pertenecía, me limité á manifestarles que habiendo perdido en absoluto la esperanza de que los mal dirigidos elementos del carlismo consiguiesen el triunfo que merecían, había resuelto dejar de ser carlista; pero antes de regresar á Madrid me proponía hacer un viaje á París, donde á la sazón se hallaba el general Cabrera, enterarme de sus proyectos, seguirle si los juzgaba dignos y fecundos para el bien de la causa, ó abandonar para siempre la política.

Ameztoy trató de disuadirme, porque si bien reconocía que D. Carlos y sus auxiliares habían

fracasado, nada esperaba de Cabrera, quien por su contacto con los ingleses protestantes había dejado de ser un ferviente católico. En su concepto sufriría yo un nuevo desengaño. Mena sintió que no perseveráse en el plan que nos había estimulado á publicar el periódico; pero comprendía mi determinación y no dudaba de que nuestra antigua é íntima amistad subsistiría siempre.

Rendí cuentas, quedé en completa libertad de acción, comuniqué mi propósito á la para mí siempre querida familia del conde de Belascoain, escribí confidencialmente en el mismo sentido á mi noble y cariñoso amigo que estaba con el Cuartel Real, en *La Cruzada Española* apareció una declaración firmada por mí anunciando que me separaba de la redacción, y elevé á manos de don Carlos una carta que publiqué íntegra en mi libro *Detrás de las trincheras*, de la que voy á reproducir algunos párrafos.

«Señor—decía yo:—Poco soy y poco valgo; pero aun considerándome como el último voluntario, ya que por mi voluntad he servido á Vuestra Majestad, cumple á mi lealtad exponer los motivos que me obligan á dejar de ser carlista, sin que por eso se extinga en mí la fé que me ha alentado á consagrarme en estos últimos años á la defensa de los principios que están escritos en la bandera de tan heroico partido.

»Podría alejarme como vine: poco significa uno que se va, y mucho menos cuando el que se ausenta no es un hombre importante. Pero yo que

he dado pruebas de desinteresada adhesión, que nunca he hecho una profesión de la política y que ante todo estimo mi honra, deseo y creo deber explicar mi conducta, para que nadie tenga el derecho de pensar que he cometido una ingratitud; deseo y creo deber despedirme, para que no se pueda acusarme de falta de educación.

. . . .

»Varias veces he tenido el honor de hablar á V. M. Siempre he confesado que ajeno á la política, venía al campo carlista sin tradición, sin historia, porque sus principios me parecían salvadores, sus soldados heróicos y sus masas la mejor, quizás la única base para la regeneración de España.

»Sigo creyendo que los principios son salvadores, los soldados heroicos y las masas la única esperanza del país. Más diré, señor; estudiando á fondo el partido, he llegado á tener hasta las preocupaciones de los viejos carlistas, y desde el principio he hecho causa común con ellos.

»En mis escritos, en mis conversaciones, siempre he ensalzado á esos hombres admirables; y cuando por un exceso de bondad se me ha querido confiar algún cargo; cuando, honrándome más de lo que merecía, se juzgó que podría desempeñar cerca de V. M. las funciones de secretario, decliné esta honra recordando que había llegado de los últimos y que de los últimos debía ser para todo.

. . . .

»Amigos verdaderos he hallado en los más influyentes personajes carlistas; mi único afán ha sido la unión de todos los elementos, porque creía que el consejo y la lealtad de los viejos y el ardor y la actividad de los nuevos, podían alcanzar el triunfo.

»Siempre que mis servicios han parecido útiles he acudido solícito á prestarlos, y no hay seguramente quien con verdad pueda decir que he buscado ni recibido galardón de ningún género.

»He hecho cuanto he podido, he sacrificado cuanto tenía: poco es... no tenía más.

»Un día se dignó V. M. indicarme que nada le había pedido y que deseaba mostrarme su benevolencia.—No deseo, señor, más que el triunfo de la causa—contesté—y vivir á su sombra de mi trabajo. Pero si algo tuviera que pedir, pediría á V. M. un cargo que jamás se ha conocido en los palacios: el de *amigo del Rey*. Es decir, señor, me gustaría poder ver á V. M. de cuando en cuando, indicarle ocasiones de hacer bien y decirle la verdad de cuanto ocurriera en el país.—En efecto—se dignó responder V. M.—es lo que más necesitan los Reyes.

»Perdone V. M. que al despedirme desempeñe una vez siquiera ese cargo que anhelaba, fijando la atención de V. M. en los párrafos que copio del libro que al terminar la Guerra de los siete años escribió el profundo pensador y ardiente partidario de la causa carlista, D. Jaime Balmes.

. . . .

Copiaba los elocuentes párrafos que el inolvidable filósofo escribió en sus *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, página 180 de la edición de sus obras de 1863, y concluía diciendo:

»Fije V. M. la atención en los anteriores párrafos y en la situación actual del ejército y del carlismo.

»Por mi parte, veo que mis esfuerzos son débiles é inútiles; presiento una catástrofe; mi conciencia no me permite consentir sacrificios que creo estériles, y quiero ser leal hasta para decir á V. M. con respeto, pero con convicción, que por ese camino no puedo ni debo seguir á V. M.

»Vine por mi voluntad: por mi voluntad me marcho. No cambio de ideas: he perdido esperanzas.

»Que Dios ilumine á V. M. y le inspire el mejor medio de devolver la paz y la ventura á nuestra pobre España».

¡Amigo del Rey! Necesita el lector ser piadoso para no calificar más que de candidez mi pretensión. Bien querrían los reyes tener amigos sinceros y leales; pero no es posible, porque los amigos de esta clase dicen la verdad á los que verdaderamente quieren, y en los palacios, según la Historia enseña, no ha entrado la verdad más que bajo el aspecto de una traición cortesana ó de una rebelión popular.

A pesar mío, juzgándome político seguía siendo novelista. Aquí pondría fin á aquella desdichada novela vivida, si no despertarán interés los per-

sonajes que en ella figuraron y los sucesos en que tomaron parte.

Solo por este motivo, proseguiré el relato de mi peregrinación por el desierto.

XLI

El día 4 de Marzo salí de Bayona, llegué á París en las primeras horas de la mañana del siguiente y á cosa de las once me dirigí al *Hotel Mirabeau*, rue de la Paix, donde habitaba el conde de Morella.

Cuando llegué estaba en cama, molestado por sus habituales achaques; pero el doctor que le asistia le encontró mejorado, le permitió levantarse y pude pasar un buen rato á su lado después de haber conferenciado largamente con Tobar, el subsecretario, cumplido caballero, descendiente de una aristocrática y adinerada familia extremeña, de cuarenta á cuarenta y cinco años de edad, muy correcto, muy servicial, muy adicto al general y de toda su confianza.

Mientras que esperé la llegada del médico para saber si podía conferenciar con el enfermo ó tenía que aplazar la deseada entrevista, Tobar informado de mi adhesión á los proyectos que en aquellos instantes preocupaban al general, fué espansivo y afectuoso conmigo.

Sin perjuicio de lo que el Conde de Morella me indicase respecto de las funciones que debería desempeñar, se anticipó á insinuarme que en mi

calidad de periodista, la parte principal de mi labor consistiría en redactar artículos, correspondencias y noticias para algunos periódicos de Londres, París, Madrid y Barcelona, á fin de explicar la significación del trascendental acto próximo á realizarse y evitar que extraviasen la opinión los que tenían interés en extraviarla.

Después amplió los pormenores que me habían referido los hermanos Homedes, añadió algunos nuevos y me ofreció una buena amistad.

El general, que como me dijo cuando al dejar el lecho entró en el saloncito donde estábamos, era una flor de la maravilla, tan pronto estenuado y casi agonizante, como fuerte, animoso y capaz de repetir sus antiguas proezas, dió algunos encargos á Tobar, quedamos solos y me habló con la viveza peculiar de su carácter, apuntando ideas que brotaban en tropel de sus labios, frases que se sucedían enredándose unas con otras; porque era tal la rapidez con que pensaba, sentía y hablaba, que obligaba para comprenderle á una atención absoluta, casi á una adivinación.

Creo haber dicho en anteriores páginas que su voz, sus ojos, sus músculos, sus manos, todo su sér se ponía en movimiento cuando hablaba, á pesar de lo cual decía ó mejor aún improvisaba muchas cosas muy buenas, todas razonables, poniendo siempre el dedo en la llaga, sin ocultar nada pero expresando hasta las más acerbas censuras con tal corrección, ingenuidad y energía, que no había más remedio que escucharle, admi-

rarle, reconocer el fondo de justicia que había en sus conceptos y temerle y quererle á la vez.

Como si no hubiera sufrido un acceso de fiebre la noche anterior, como si su salud fuese completa, considerándome enterado por su sobrino Rafael, que llegó antes que yo á París, confirmó la resolución que había tenido que adoptar; y aunque por el modesto cargo que había sido llamado á desempeñar á su lado, no estaba en el caso de explicarme su conducta, me la explicó esforzando los argumentos, como quien no está convencido del todo y quiere convencerse con ayuda de la aquiesciencia de quien le oye.

Creí comprender que en aquellos momentos sostenía su espíritu una terrible lucha; pero ni él mismo se daba cuenta de lo que le pasaba, ni quería dársela.

Tenía por costumbre, y lo hacía consciente é inconscientemente á la vez, consultar sobre todo cuanto le preocupaba no solo á los doctos, sino á los ignorantes; lo mismo á las personas de importancia que á las de más humilde condición.

En la guerra, un simple soldado, un labrador, una mujer del pueblo, según me dijo en nuestras conversaciones, interrogados por él con una maña exclusivamente suya, no estudiada sino improvisada, le habían sugerido ideas y resoluciones que le prestaron servicios utilísimos.

Así es que al confiarme sus planes, en apariencia como una amable concesión que me hacía, no era tal su propósito. Me estudiaba, lo que era na-

tural siendo como iba á ser auxiliar suyo, y en mi actitud y en mis palabras quería averiguar si al aprobar su conducta me inspiraban la lisonja ó la lealtad.

—Debe usted considerar—le dije—lo que se propone realizar, como el mayor sacrificio que ha hecho en su vida; pero se impone y hay que aceptarle.

—¡Eso! ¡eso!—exclamó con vehemencia.—¡Usted me comprende!

Y á continuación añadió:

—Esa idea hay que propagarla, hay que grabarla en las inteligencias y en los corazones: ahora en periódicos ajenos, pronto en un periódico que será mío, que será nuestro, de nuestros amigos; un periódico que ha de ser el mejor que hasta ahora se ha publicado en España. No he hablado de este proyecto más que con mis sobrinos y con Caso, de quien sé que es usted amigo y hasta colaborador en el plan que el desdichado príncipe no ha sabido apreciar y que con algunas modificaciones podría dar excelentes resultados para la gobernación de un Estado. Cuando me explicó, su proyecto, aun agradándome como me agradó, le hice objecciones, le contradije. Para conocer á un hombre, lo más eficaz y seguro es contradecirle: ni la vanidad, ni la soberbia, ni siquiera el amor propio se contienen. Esta prueba que hice con Caso, me persuadió de que es un hombre que vale; pero malo para enemigo. El amor propio le domina, por más que su fondo es noble y

creo que llegaremos á ser buenos amigos; sobre todo si logra dominar su ambición. El proyecto del periódico que deseo publicar en Madrid le ha entusiasmado. Querría influir en su marcha, dominar, y eso no puede ser. Dispondremos del capital necesario, crearemos una sociedad con pocos accionistas, se nombrará un Consejo que inspire la política que deba desarrollar la publicación. Pero de todo esto hablaremos más despacio. Estará usted cansado del viaje, váyase á descansar. Mañana deben llegar mi sobrino Manuel y el Sr. Pareja de Alarcón. Estos días nos reuniremos aquí por las tardes. Trace usted un plan de la propaganda periódica que debe hacerse; por las mañanas venga usted de once á doce para que nos pongamos de acuerdo, después escribe usted lo que convengamos, y en estos días, que han de ser de muchas cavilaciones y de mucho trabajo, daremos cima á la primera parte de las negociaciones que están en curso.

Me dispuse á alejarme, y levantándose del sofá que ocupaba se acercó á mí, que estaba ya en la puerta y me dijo:

—Tobar tiene orden de facilitar á usted los recursos que necesite. Usted fijará los honorarios que desee percibir.

Le di gracias, salí y un instante después volvió á llamarme y añadió:

—Sería conveniente que se hospedara usted en este mismo hotel. Tobar y Rafael tienen cuartos en los pisos altos que no son muy caros. También

se hospeda aquí el representante del gobierno señor Merry del Val, y ya he encargado que reserven habitaciones para el señor Pareja de Alarcón y para mi sobrino Manuel. Procuraré que me enseñen los cuartos de que le he hablado, y si son aceptables dispondré que destinen uno para usted. Mañana lo sabremos y podrá usted resolver.

Refiero estos nimios detalles, porque eran característicos de Cabrera. Más se preocupaba de sus auxiliares, de sus servidores que de sí propio. Mientras hizo la guerra, antes de examinar su alojamiento se ocupaba del de sus soldados, y comía del mismo rancho destinado á su gente. Hasta que todos estaban alimentados y alojados del mejor modo posible, no comía ni descansaba. Y como aquellas atenciones, aquellos cuidados eran sinceros, los voluntarios que militaban á sus órdenes, le adoraban y sacrificaban gustosos su vida por el triunfo y la gloria de su jefe.

Mi primera conferencia con el general desde que entré á su servicio, me dejó grata impresión. No había duda: era un hombre excepcional.

El lector recordará que tenía yo antiguas relaciones en París y sobre todo un amigo, un verdadero amigo: Carlos Bannelier. Manteníamos asidua correspondencia, existía entre los dos una intimidad fraternal y como siempre que iba á la capital de Francia fuí á verle, le hablé de mis propósitos, de mi situación cerca del general Cabrera, y pronto veremos la parte que indirectamente tomó

en el transcendental suceso que en breve debía realizarse.

XLII

Al día siguiente cumplí la orden recibida el anterior y encontré al general muy animado. Habían llegado por la mañana Manuel Homedes y el señor Pareja de Alarcón. También se hallaba en París el marqués de Manzanedo, y en la reunión que debía celebrarse por la tarde, se leerían las bases del convenio concertado entre el gobierno de D. Alfonso XII y el conde de Morella, acto que debía preceder al término de tan importante negociación.

Había apuntado yo algunas indicaciones respecto de la propaganda que debería hacerse, las sometí al general y convinimos en que en la primera reunión que se celebrase serían examinadas y discutidas.

Llegó Rafael Homedes y me anunció que había citado en un *restaurant* del Pasaje de los Príncipes á su antiguo amigo Robert Mitchel, uno de los principales redactores del periódico *Le Soir*, á quien deseaba presentarme para que á su vez me pusiera en relaciones con los directores de dos ó tres diarios de los más importantes de París.

Almorzaríamos en amigable compañía y la experiencia periodística de Mitchel y su influencia, podrían sernos muy útiles.

El programa se cumplió; conocí á Robert Mit-

chel, tipo clásico del periodista de aquel tiempo, cuya labor se limitaba á un rato de charla en la redacción comentando las últimas noticias de política menuda y á escribir un artículo de los que se llamaban de fondo, aunque en realidad casi siempre eran de forma.

En la reunión que se celebró por la tarde convinimos en que yo escribiría en francés los artículos, cartas y noticias que el general y sus asesores acordasen publicar; en que Mitchel los examinaría; en que los originales destinados á la prensa española serían sometidos á la aprobación del pequeño cónclave que rodeaba al general, y como buenos y legítimos españoles divagamos bastante. La sesión, que á lo sumo debió ocuparnos media hora, duró cuatro muy largas.

Como era de esperar, pues para algo le habían buscado y conducido á París, el bueno de Pareja de Alarcón quiso justificar su presencia, y en cierto modo hasta presidir y dirigir los debates.

Nada más opuesto que su modo de ser al del general, que no podía soportar con calma que se mezclase y barajase la religión con la política, lo divino con lo humano, cosa que Pareja de Alarcón practicaba, según unos porque le tenía cuenta; pero yo, menos malicioso, pensé que obedecía al medio ambiente en que siempre había vivido.

De habérsele ocurrido la idea que me comunicó el industrial de quien hablé á su tiempo, habría propuesto al conde de Morella cuando le insinuó que se proponía fundar un periódico en Madrid,

lo de las indulgencias como aliciente á los suscriptores.

El general, que no sabía ocultar sus impresiones, censuró á los que aderezaban los manjares más picantes con salsa religiosa, é invocando las palabras del Redentor: «á Dios lo que es de Dios y al César lo del César», aseguró que por haber olvidado tan saludable precepto, se habían malogrado los heroicos esfuerzos del carlismo.

Acto contínuo, bastante excitado y como si sintiera vivo deseo de justificar su separación de D. Carlos, refirió con vehemencia y como á borbotones detalles de las veces que le había visto y conferenciado con él. No los repetiré, porque resultarían terribles, no tanto para el príncipe como para sus educadores, maestros y servidores.

Profundamente emocionado y asomando algunas lágrimas á sus ojos, evocó los sacrificios de los caudillos y de los voluntarios, la sangre inútil derramada por amor á unos príncipes que no habían sabido agradecer aquellos holocaustos, entregándose á cortesanos que les habían explotado y perdido.

Era aquella la historia de los aspirantes á tronos hallándose en el destierro; historia que por desdicha se repite en todos los tiempos y en todos los países.

Tanto se exacerbó, que nos alarmó, le calmamos del mejor modo que nos fué posible y nos despedimos de él para que se tranquilizase.

XLIV

El conde de Morella manifestó deseo de que me enterase yo de las bases del convenio que debía celebrar con el Gobierno y le expusiera con absoluta libertad lo que de ellas opinase.

Me extrañó que me dispensara aquelia distinción, porque al fin y al cabo no era yo más que un modesto auxiliar suyo, sin experiencia en negocios como el que le preocupaba; pero ya que tanta fué su bondad, después de leer con el mayor detenimiento aquellas anodinas bases, le manifesté que todo lo consignado en el escrito era vago, y que el gobierno no contraía un compromiso explícito en favor de las ideas, limitándose á ofrecer algo, aunque no mucho, á las personas.

—No dejo de opinar como usted —me insinuó—pero esas bases han sido acordadas en Madrid por mi sobrino Rafael y el Sr. Pareja de Alarcón, y aunque en mis conferencias con el Sr. Merry del Val he pedido no sólo lo que usted echa de menos, sino bastante más, y se lo he recordado del mismo modo que al duque de Santoña, que también representa al gobierno, uno y otro me han asegurado que en esta clase de documentos no pueden detallarse ciertas cosas. «El espíritu que domina en el proyecto de convenio —han añadido— es el sacrificio de una y otra parte en aras de la paz, que es lo más urgente: al cesar la lucha, al

abrazarse fraternalmente los enemigos, claro está que se imponen la equidad y la generosidad.» Esta tarde nos reuniremos de nuevo, examinaremos el convenio, le discutiremos; y para acabar cuanto antes esta negociación que me preocupa y me sume en un mar de temores, confusiones, dudas y esperanzas, nos leerá el Sr. Pareja de Alarcón la respuesta que debo dar á la comunicación que acompaña á las bases, cuya redacción le he encargado.

Verdaderamente estaba inquieto, nervioso. No era para menos el paso que iba á dar.

Por la tarde se leyó de nuevo el proyecto de arreglo—así le calificó el Gobierno.—El general, que quería decir muchas cosas á un tiempo, formuló sus recelos, y el Sr. Pareja, que había colaborado en aquella obra, la defendió á capa y espada afirmando la buena fé del Rey y del Gobierno.

Rafael Homedes que era un brillante ingeniero de minas perspicaz y de un claro talento, había oido á Cánovas, y sabido es que un político tan hábil como el jefe del primer gobierno de la Restauración, era capaz de fascinar con su dialéctica á los más avisados ingenieros.

Como es de presumir, no tomé parte en aquel debate.

—¿No se le ocurre á usted ninguna objeción?—me preguntó el general.

—Carezco de autoridad para terciar en este debate—contesté.

—Yo le autorizo á usted para que emita francamente su parecer.

—En ese caso, solo haré una breve observación: la redacción de las bases es tan vaga, tan ambigua, que según sean interpretadas podrán producir el efecto deseado por el general, que es quien hace un verdadero sacrificio, ó servir únicamente para que el Gobierno obtenga la paz sin comprometerse más que lo preciso. En mi concepto, este documento debía ser algo análogo al famoso compromiso de Caspe.

El Sr. Pareja me interrumpió alegando que el Gobierno de Madrid obraba con la más completa lealtad, que D. Alfonso era el primero en reconocer la importancia del sacrificio que hacía el general, y que la menor indicación en el sentido que yo expresaba, era inferir una ofensa al joven monarca y á su gobierno.

Tobar, que como ví después, deseaba que el pacto se celebrase, y Rafael Homedes, que aunque no lo revelaba estaba cansado de hablar sobre aquel asunto, se pusieron de parte de Pareja de Alarcón, y únicamente aceptaron una sencilla insinuación que hice. Al tratarse del régimen excepcional de las Provincias vascongadas, que debía continuar en las mismas condiciones que antes de comenzar la guerra, se había olvidado incluir á Navarra.

No dudamos de que se subsanaría la omisión, y pasamos á oir la minuta redactada por el señor Pareja de la comunicación que debía dirigir el

general á los representantes del Gobierno al aceptar las bases propuestas.

Desde luego me sorprendió que sacara de uno de los bolsillos interiores de su levita una especie de cuaderno, compuesto al parecer de cuatro ó cinco pliegos de papel de oficio. Me había figurado que sería suficiente para aquella respuesta una simple cuartilla; pero me equivoqué de medio á medio.

El jurisconsulto, olvidando que quien hablaba era un genial guerrillero, redactó un alegato en el que se citaban leyes antiguas y modernas, todo para explicar por qué razón el conde de Morella reconocía como Rey de España á D. Alfonso XII.

Media hora lo menos duró la lectura en medio del más profundo silencio, no sin que fulgurase en el rostro del general la impaciencia y en el de los demás circunstantes la extrañeza y el cansancio.

Cuando el Sr. Pareja terminó la lectura en medio de una atmósfera glacial, sorprendido por nuestra actitud y quizás en su fuero interno pesaroso porque no nos apresuramos á aplaudirle y felicitarle, preguntó:

—¿Qué les parece á ustedes mi trabajo?

—Escritos como el que acaba usted de leer—dijo vivamente el general—no pueden juzgarse á la ligera. Ya es tarde: mañana volveremos á reunirnos, habremos meditado y podremos emitir un juicio definitivo.

Levantándose se despidió de nosotros y cada

cual escurrió el bulto del mejor modo que le fué posible. Fuí de los primeros en desaparecer de la escena, porque no juzgué prudente expresar lo que pensaba y temí no poder callarlo.

¡Un general, un guerrillero haciendo gala de erudición jurídica! Lo más extraño es que quien había redactado aquel documento era un hombre de superior talento, de mucho mundo y de gran sabiduría. Lo único que no sabía era identificarse con Cabrera y hablar como él podía y debía hablar. En este caso un modesto artista podía ser más útil que un hombre de ciencia.

Pensando en la magna obra del consejero áulico, al retirarme al cuarto que por indicación del general ocupaba ya en el hotel Mirabeau, me acosté deseoso de dormir; pero me fué imposible. Bullían en mi cerebro las escasas pero enérgicas, sentidas y vibrantes palabras que debía dirigir un hombre como el general á los representantes del gobierno al hacer el sacrificio de su historia en aras de la paz y del bien de sus correligionarios.

Mortificado por aquella obsesión, encendí una bujía, me levanté, escribí en el primer papel que hallé á mano las breves pero intencionadas declaraciones que debía firmar el conde de Morella, me acosté de nuevo y apaciguados mis nervios, no tardé en dormirme.

Serían las ocho de la mañana siguiente cuando me despertaron unos discretos golpecitos dados en la puerta de mi cuarto. No estaba cerrada con

llave ni con pasador, pronuncié el consabido *entrez* y se apareció ante mi vista Rafael Homedes.

—El general—me dijo—no ha podido pegar los ojos en toda la noche. A las siete me ha llamado y por su orden vengo á preguntar á usted qué opinión ha formado del escrito que Pareja de Alarcón nos leyó ayer tarde. Tobar y yo le hemos expuesto lo que sobre el particular pensamos; pero no se lo digo á usted hasta saber su opinión.

—Mi opinión puede usted verla escrita en el papel que hay sobre esa mesa—le insinué desde la cama, donde aún permanecía.

Se apresuró á leer las veinte ó treinta líneas por mí escritas la noche anterior y con la calma y frialdad de su carácter, más británico que español, exclamó:

—Estamos de acuerdo—el general debe leer lo que ha escrito usted.

—De ningún modo—interrumpí.—No puedo ni debo dar lecciones á nadie y mucho menos á un hombre de la ilustración y autoridad del señor Pareja.

—Estoy seguro de que cuando refiera al general lo que usted piensa y lo que ha escrito, salvará esos escrúpulos.

Nos separamos prometiendo yo, en vista de su insistencia, leer al Conde de Morella cuando fuera oportuno mi oficioso escrito, y poco después uno de los camareros del hotel me anunció que el general deseaba verme,

Cuando acudí, acababan de llegar Pareja de Alarcón, Tobar y Rafael Homedes.

—He meditado mucho esta noche—dijo Cabrera—sobre el proyecto de mi respuesta al gobierno, redactada por el Sr. Pareja y me parece muy superior á lo que puede esperarse de un ignorante como yo. Es además demasiado extensa. Quédense ustedes aquí, vuelvan á leerla y discútanla con el detenimiento que requiere.

—Acompañaré á usted...—insinué yo, deseando evitarme un mal rato.

—No; deseo que también emita usted su opinión—y acentuando sus palabras y dirigiéndose á Pareja, añadió:

—Nombela es de toda mi confianza y no solo le autorizo para que haga las observaciones que juzgue oportunas, sino que se lo ruego y recordando que soy ante todo militar, si es necesario se lo ordeno y mando.

Acto contínuo desapareció, y el bondadoso señor Pareja sacó de nuevo el alegato para leerle.

—No se moleste usted—le dijo Rafael—creo que todos recordamos bien ese importante escrito. Lo que procede es que cada cual exprese su opinión con la mayor lealtad. La mía es que careciendo el general de los conocimientos jurídicos que revela el documento, no es así como debe hablar á los representantes del Gobierno.

—Mi parecer es idéntico al que acabamos de oir—insinuó Tobar.

—Por mi parte, estoy de acuerdo con las opinio-

nes que se han emitido—dije yo—y como la ignorancia es audaz, ha de perdonarme el Sr. Pareja que me haya atrevido, no á enmendarle la plana, lo que sería una impertinencia de mi parte, si no á redactar la respuesta del general con la sencillez que en mi concepto debe emplear en el caso de que se trata.

—Léala usted, que no por eso he de ofenderme—dijo sonriéndose el Sr. Pareja.

Leí mi borrador, le aprobó Tobar, y Rafael exclamó:

—A mi me parece bien.

—A mí lo mismo—añadió Pareja de Alarcón; pero para decir eso, no ha debido solicitarse mi concurso. Bastaba el novelista cuya improvisación acabamos de oir.

—La vida Sr. Pareja—protesté—no es más que una novela; cada persona tiene su modo especial de ser y de hablar, y lo importante es que los que la vean y la oigan, la conozcan sin vacilar.

—No hablemos más sobre el asunto. Puesto que creen ustedes que esas pocas líneas son suficientes, la Historia juzgará.—¿Conoce el general esa minuta?—insinuó, como dando á entender que de acuerdo con él le habíamos jugado una mala partida.

—No la conoce—dije yo algo amoscado.

—Como ha indicado que tomase usted parte en la discusión...

—Soy un leal servidor suyo, un buen amigo, y me favorece más de lo que merezco. Un católico

tan ferviente como usted, no debe ser malicioso.

—Voy á llamar al general—dijo Homedes para poner término á aquel diálogo, que parecía próximo á convertirse en reyerta—y no tardó en volver.

Pareja se apresuró á referir al Conde de Morella lo que había sucedido, no sin tratar de zaherirme al elogiarme, y el general le interrumpió diciéndome:

—Lea usted ese escrito de que con tanto elogio habla el Sr. Pareja.

Obedecí su orden, y conmovido exclamó:

—Así es como yo puedo y debo hablar.

Fué aprobado mi borrador, y cuando nos disponíamos á alejarnos:

—Quédese usted un momento—me dijo el general.

Me quedé, y entonces con su natural llaneza añadió:

—Me ha agradado en extremo lo que ha escrito usted, y como necesito dirigir un manifiesto al partido carlista, va usted á redactarle también. No le diré cómo: usted me ha comprendido, parece que está usted dentro de mí. En adelante cuanto tenga que decir, usted lo escribirá y desde ahora y para la negociación que nos ocupa, no será usted mi auxiliar, sino mi secretario. Recibirá usted mensualmente 500 francos por sus honorarios. Los gastos extraordinarios, los viajes, serán también de cuenta mía. Si no le basta á usted lo que le ofrezco, pídame lo que quiera. Mi deseo es que

permanezca usted á mi lado, por lo menos hasta el momento en que regrese á Londres.

Acepté agradecido aquella muestra de aprecio, y á partir de aquel momento disfruté de la más completa confianza del general.

XLIII

El lector á quien interese enterarse detalladamente de los pormenores del pacto celebrado entre el Conde de Morella y el Gobierno de D. Alfonso XII, así como de los manifiestos dirigidos por al primero al *Partido carlista*, que redacté yo, y á *La Nación*, que redactó Caso, encontrará una amplia información en mi tantas veces citado libro *Detrás de las trincheras.*

Allí vera, que á pesar de mi inexperiencia no me equivoqué al juzgar, tímidamente al principio y después con la natural energía de quien es víctima de una habil intriga política, lo que podían esperar el general, sus amigos y el partído carlista.

Aquí me limitaré á referir los pormenores del acto solemne de la firma del convenio, las peripecias que surgieron y sobre todo, que es lo que más interés puede ofrecer, cuanto ocurrió, más en la vida íntima que en la pública del general, mientras permanecí á su lado ó sea hasta el 1.° de Septiembre de 1875.

El día 10 de Marzo acordaron los emisarios del Gobierno y el general, que en el siguiente, á las

dos de la tarde, se verificasen la solemne lectura del *proyecto de arreglo* y el acto más solemne aún de la firma de aquel documento que debía pasar á la Historia.

Asistiríamos á tan importante sesión como testigos, el Sr. Pareja de Alarcón, Caso, los hermanos Homedes, Tobar y yo.

Al mismo tiempo que las proposiciones presentadas por el Marqués de Manzanedo y el Sr. Merry del Val y la respuesta del Conde de Morella, aceptándolas, se leerían los manifiestos que el general debía dirigir al *Partido carlista* y á *La Nación*.

Se acercaba el momento supremo, y no extrañará que el antiguo y animoso guerrillero se mostrase intranquilo, nervioso, azorado: á menudo declaraba que prefería tomar parte en cien combates á tener que resolver un asunto político.

La situación en que se hallaba no era para menos. La firma que debía estampar sobre el papel, si se conseguía la pacificación y la inmensa fuerza del carlismo era reconocida y pasaba á ser en vez de una constante amenaza un factor importante en el nuevo reinado, como era su deseo, podía ser para él un triunfo glorioso; pero si el sacrificio quedaba limitado á un acto personal de sumisión, sería un fracaso que anularía su influencia, su prestigio, su historia.

Parecía satisfecho de los manifiestos que habíamos redactado Caso y yo; aseguraba que nos habíamos identificado con él, que expresadas sus

aspiraciones en aquellos documentos, sus intenciones quedarían á salvo sucediera lo que sucediese; pero en medio de la lucha que agitaba su espíritu, del mar de confusiones en el que tan pronto se sentía vencedor como vencido, se explica y se comprende la tortura que sufría.

Me pidió que antes de retirarme á descansar entrase en su habitación. Estaría solo y deseaba que le leyese de nuevo los manifiestos por si faltaba ó sobraba algo en ellos.

A cosa de las nueve llegué á su cuarto y le encontré con un libro en la mano que al verme dejó sobre un velador. Era un Devocionario. Durante aquellos días de zozobra, observé que empleaba algunos ratos en lecturas piadosas, cesando en ellas cuando alguien entraba en su aposento y procurando ocultar aquellos libros en los que sin duda buscaba inspiración y fortaleza.

Oyó con la mayor atención la lectura que hice de los manifiestos, los encontró una vez más de su gusto, y al despedirme de él me tendió la mano, exclamando:

—¡Qué día el de mañana! Le deseo y le temo.

Su mano estaba ardorosa.

—Dios que penetra en la conciencia de los hombres—le dije—le juzgará á usted, y ese juicio es el único que debe preocuparle.

Al siguiente día dispuso que en un saloncito del hotel próximo á las habitaciones que ocupaba, se colocase en el centro una mesa con recado de escribir rodeada de sillones para que tomasen asien-

to en ellos los que debían asistir á la solemne sesión.

Según su costumbre, examinó con minuciosidad la colocación de los muebles, la escribanía y el papel, sin perdonar un solo detalle. Con aquella agitación exterior, ocultaba la interior de su espíritu.

A las dos en punto estábamos rennidos en el salón los que debíamos asistir al acto. El Sr. Merry del Val á quien se había indicado la omisión de que hablé, entregó al general un telegrama del Presidente del Consejo de Ministros autorizando á los representantes á añadir el nombre de Navarra, que por error involuntario se había omitido, al designar las Provincias Vascongadas, y tomando todos asiento, leyó el Sr. Merry del Val la comunicación al conde de Morella de los representantes del gobierno y las bases del convenio. El Sr. Pareja de Alarcón leyó á su vez la respuesta del general.

Cuando terminó la lectura, el conde de Morella se levantó de su asiento precipitadamente, se acercó á la mesa, tomó asiento, le dí una pluma y al mismo tiempo que firmaba, balbuceó, ó para hablar con más propiedad musitó: «¡Me pesa! ¡Me pesa!», palabras que sólo yo pude oir, porque estaba en aquel momento á su lado.

Acto continuo pronunciaron sentidas palabras el marqués de Manzanedo y Merry del Val; los dos sucesivamente le abrazaron con efusión y to-

dos presenciamos aquella escena hondamente emocionados.

—He hecho cuanto he podido hacer por mi patria y por mis amigos—dijo el general muy conmovido.—Mi conciencia está tranquila: que me juzgue la Historia.

Como comprenderá el lector, se comentó aquel importantísimo suceso, todos hablaron más ó menos, el general tomó asiento de nuevo queriendo mostrarse animado, pero sin poder ocultar su emoción, y después de unos cuantos minutos de animada conversación leí yo por su orden los manifiestos, que con más ó menos sinceridad, fueron muy elogiados.

La sesión duró escasamente hora y media. Los representantes del gobierno recogieron el deseado documento con la firma del protagonista de aquel solemne acto, se despidieron para telegrafiar al gobierno el éxito que habían obtenido sus negociaciones, y el general, manifestándonos que se sentía muy cansado, se retiró á su habitación.

Antes le pedí su venia para conservar la escribanía y la pluma con que había firmado, y competentemente autorizado aboné al dueño del hotel el importe de aquel recado de escribir y le conservo. Su valor era escaso y su mérito insignificante: una pequeña bandeja de cristal blanco con dos huecos, uno para el tintero y otro para la salvadera que cubrían sencillas tapaderas de cobre. La pluma era más sencilla aún.

Cuando cansado y quizás triste, se alejó el gene-

ral, nos anunció Rafael Homedes que su tío le había encargado que nos invitase en su nombre á comer en el *restaurant Richer*, que era entonces el más elegante y distinguido de París. Asistimos al banquete los que rodeábamos al general, el periodista Robert Mitchel, y como los manjares fueron suculentos y los vinos de primera calidad sin que faltase el famoso champagne de la *Veuve Clicot*, pudimos figurarnos que nos sonreía la más completa felicidad. Hasta el bueno y respetable Sr. Pareja de Alarcón se animó. Fuí yo la única nota discordante en aquel concierto de alegría, porque no he sido nunca gastrónomo y mucho menos bebedor y mi estómago no logró anular á mi cerebro. En medio del regocijo de contribuir por lo menos á la pacificación de España, que experimentaban mis compañeros de festín, no podía dejar de considerar la importancia del acto que aquella tarde se había realizado y de abrigar temores de que se malograra el gran sacrificio que había hecho el conde de Morella.

Desde el *restaurant* aristocrático nos dirigimos al Teatro de la Gran Opera, ocupando un palco que había adquirido Rafael Homedes para que el día fuese completo, y á la una de la noche nos retiramos al hotel.

XLIV

No por haberse ultimado la negociación cesaron las entrevistas de los representantes del gobierno

y el general, á las que asistíamos sus allegados y particularmente yo en mi calidad de secretario.

Como era de suponer, no se había efectuado el pacto entre el general y el Gobierno para que permaneciese secreto. Cuando dió á conocer á los negociadores los manifiestos que se proponía dirigir al Partido carlista y á la Nación, les anunció su propósito de publicarlos, lo mismo que las bases del Convenio, y no solo encontraron natural y legítimo aquel deseo, sino que le aplaudieron.

El Conde de Morella juzgó que en mi calidad de publicista debía encargarme de buscar una imprenta de confianza, ajustar el precio de la impresión del Convenio, que era el documento que más urgía, corregir las pruebas y darle la publicidad necesaria.

Durante los tres años que residí en París cuando fuí por primera vez á aquella capital, visité los más acreditados establecimientos tipográficos; pero no fiándome de mis recuerdos busqué á mi buen amigo Carlos Bannelier para que, enterado del delicado asunto de que se trataba, me indicase la imprenta que pudiera ofrecer mayores garantías de discreción y de perfección en el trabajo.

Ya he referido que los impresores parisienses eran en aquel tiempo poco menos que potentados: vivían en hoteles, tenían carruajes, servidumbre con librea y poseían pingüe fortuna. Entonces era limitado por la ley el número de imprentas

en París, constituían un privilegio y ésto explica la brillante posición de sus dueños.

En aquella época, la más amplia, mejor montada y dirigida imprenta de París, era la de monsieur Chaix, rue Bergere. En ella se imprimían las *Guías oficiales* de los ferrocarriles, la documentación de las Compañías ferroviarias, y esto por sí solo representaba un trabajo importantísimo.

Para el buen orden interior del establecimiento estaban divididos los operarios en secciones.

Era aquella quizás la única imprenta en que no se componían ni tiraban diarios políticos. Sólo algunas revistas salían de aquella casa, en la que seguramente pasaban de 500 los operarios que en ella trabajaban diariamente.

Cada sección tenía un jefe ó *prote*, que en España llamaríamos *regente*, y en una de las más reducidas se componía la *Revue Musicale*, antigua y acreditada publicación de la célebre casa editorial de música Brandus y Compañia, de la que Bannelier era redactor en jefe desde hacía muchos años.

Enterado de la misión que me había confiado el general Cabrera, me recomendó con el interés que nuestra antigua y buena amistad exigía al regente de la sección en donde se componía la citada revista, y lo primero que le encargué fué el mayor secreto respecto del documento que debían componer é imprimir. Sólo un operario y de la mayor confianza, debía encargarse de la composi-

ción, sin permitirle sacar pruebas hasta que fuese yo á corregirlas.

El regente me aseguró que mis indicaciones serían completamente atendidas, y quedamos en que al día siguiente iría yo á corregir las pruebas.

Así lo hice; el operario, que desconocía el español y que por consiguiente no pudo enterarse del contenido del original que había compuesto, sacó por duplicado pruebas, que guardé para corregir unas y enseñar las otras al general y reiteréal regente de aquella sección las recomendaciones que le había hecho el día anterior.

Cuando llegué al hotel estaban con el general los señores Marqués de Manzanedo y Merry del Val; referí en su presencia las precauciones que había tomado, mostré las pruebas y aprobaron cuanto había hecho para cumplir las órdenes recibidas.

Volví al día siguiente á la imprenta con las pruebas corregidas, anuncié que al anochecer iría de nuevo á ver si habían hecho bien las correcciones, y después de comer tranquilamente fuí como de costumbre á ponerme á las órdenes del general.

Al entrar en el saloncito donde recibía, me extrañó hallar á aquellas horas en su compañía á todos los que le prestábamos servicio y á los señores Marqués de Manzanedo y Merry del Val. Todos parecían muy preocupados y el general me indicó al verme, que estaban esperándome.

Los representantes del Gobierno, que habían

comunicado á Madrid el propósito del Conde de Morella de publicar las bases del Convenio, habían recibido un telegrama cifrado del Presidente del Consejo de Ministros, prohibiendo en absoluto la publicación de dicho documento.

—Vaya usted inmediatamente á la imprenta, recoja el Convenio, las pruebas, y que inutilicen el molde en presencia de usted—me dijo Cabrera.

Sin perder tiempo torné á la imprenta, referí al regente que se había renunciado á la impresión de aquel original que recogí, sin olvidarme de las pruebas, destruí yo mismo el molde convirtiéndole en *pastel*, como se dice en el *caló* tipográfico, y regresé al hotel donde me esperaban impacientes.

XLV

Aquella noche publicó *El Univers*, periódico ultramontano y por tanto enemigo de Cabrera, el Convenio que el Gobierno de Madrid quería á toda costa que permaneciese en el más absoluto secreto.

La consternación que se apoderó del Marqués, de Merry del Val y de Cabrera, nos invadió á todos. Ni un solo instante dudó el general de mi lealtad, y hasta es posible, aunque no lo manifestó, que pasado el primer momento se alegrase en el fondo de lo que había ocurrido.

Rafael Homedes y yo fuimos inmediatamente á la imprenta, pedimos explicaciones al regente, que

se limitó á manifestar su sorpresa primero, su sentimiento después, defendiéndose del mejor modo que pudo, y acabó por declarar que era imposible en una imprenta pública evitar lo que había sucedido.

Como era natural, aunque el regente no nos lo confesó, de todo lo que se componía é imprimía en el establecimiento, daban diariamente nota los jefes de las secciones á Mr. Chaix.

Recordará el lector que cuando yo buscaba anuncios en París para el periódico que se proponía publicar Ríos Rosas, traté con una casa cuya razón social era Saavedra y Compañía. Creo que también dije que el director de aquella Agencia de publicidad, era un antiguo carlista llamado Algarra.

Pues bien, Algarra era amigo de Mr. Chaix, y precisamente en la mañana del día 15 de Marzo uno y otro pasearon á caballo por el Bois de Boulogne. El segundo dijo al primero que en su imprenta estaban componiendo para imprimirle un documento firmado por el general Cabrera.

Algarra le rogó con el mayor interés que le proporcionase lo más pronto que pudiera una prueba de la composición que despertaba su curiosidad; Mr. Chaix se apresuró á complacerle y por la noche apareció el Convenio en *El Univers*. El famoso diario de Mr. Veuillot logró proporcionarse un triunfo, uno de esos triunfos que tanto estiman los periodistas de pura raza.

Estos detalles no pude saberlos hasta que trans-

currridos algunos años los refirió á mi amigo Bannelier el regente de la imprenta de monsieur Chaix.

Aquella indiscreción mortificó al gobierno de España, porque descubría lo que Cánovas deseaba ocultar á toda costa; pero la cosa no tenía remedio, y cuando un mes después le acusó un diputado en el Congreso de haber pactado con los carlistas para obtener la paz por medio de una abdicación, se limitó á decir, en primer término respecto de la publicación del Convenio que alguien allegado á Cabrera había cometido un abuso de confianza, y después que las bases que se censuraban carecían de valor hasta que apareciesen en la *Gaceta* y aún no habían aparecido.

Bien pudo verse entonces que el hábil político, por sí ó inspirado por otro político más hábil que él, quizás Posada Herrera, había tendido un lazo al conde de Morella.

De esto hablaré más adelante, aunque no mucho; porque no es cosa extraordinaria en política que los profesionales de ella tiendan hábiles lazos á los más aguerridos é inteligentes generales, en los que caen aunque sean consumados maestros de táctica y estrategia militares.

El general debió proclamar muy alto que el pacto se había hecho para que le conociera el país, y protestar enérgicamente contra el silencio de que el gobierno quería rodearle.

Algo le insinué en este sentido; pero sin dejar de comprender el malévolo espíritu que animaba

al gobierno, repitió otra de las teorías que recordaba á menudo:

—El éxito que he alcanzado en las campañas que he dirigido durante la guerra—me dijo—ha consistido en que no he empeñado combates hasta hallarme en terreno firme con la seguridad de no verme obligado á retroceder. Las retiradas forzosas son siempre un fracaso. Ahora bien, no se me oculta que no es firme el terreno en que me encuentro. Cánovas, más hábil que yo, me ha atraído á él. He obrado de buena fe, y no han hecho conmigo lo mismo. Estoy entre dos fuegos y no puedo avanzar ni retroceder. Si lucho contra el gobierno, dificulto la paz y dejo abandonados á mis amigos. Si protesto y me retiro á mi hogar, sucederá lo mismo. La buena fe no excusa las torpezas. No me queda más recurso que contribuir á la paz y favorecer á los que me ayuden á realizarla: sólo una parte de mi propósito.

No me conformaba yo con aquella resignación, y Caso en las cartas que escribía al general opinaba que debía tomar una actitud enérgica. Pero Pareja de Alarcón por una parte y por otra Merry del Val, en quien no había más remedio que reconocer cualidades excepcionales de diplomático, dulcificaban las asperezas del gobierno, alegando que necesitaba defenderse de sus adversarios.

En el Congreso no podía aparecer supeditado al general; pero en el fondo, por su propio interés tenía de grado ó fuerza que marchar de acuerdo con Cabrera.

Tan bien pintaban la situación, que cuando después de alguna de àquellas conferencias veía yo al general, le hallaba más tranquilo, más amansado. Sabían muy bien limar las garras al *tígre del Maestrazgo*.

XLVI

Los hermanos Homedes se mostraban contemporizadores; pero al mismo tiempo trabajaban cerca de los jefes carlistas que tenían influencia, para que la empleasen con sus amigos todavía en armas.

A pesar del misterio en que deseaba el gobierno envolver las gestiones que se hacían, como el conde de Morella necesitaba explicar su conducta á sus amigos, á sus enemigos dentro del carlismo, y sobre todo al país, resolvió que se imprimieran sus manifiestos y como es de presumir me confió también aquella tarea.

En la imprenta de los hermanos De Murgues, una de las más importantes de París establecida en la rue J. J. Rousseau, se compusieron é imprimieron aquellos documentos.

De cada manifiesto se hizo una tirada de 100.000 ejemplares; desde París se enviaron á numerosos periódicos de Europa y América, que se apresuraron á reproducirlos; los restantes se remitieron á Bayona á Manuel Homedes, y como los diarios y revistas que habían favorecido la causa de don Carlos atacaron rudamente al á Cabrera mismo

tiempo que publicaban la exoneración de que había sido objeto por parte de D. Carlos, resolvió contestar á las acusaciones calumniosas de sus enemigos.

También me encomendó la redacción de la respuesta que dió al decreto del duque de Madrid privándole de los títulos, grados y honores que había alcanzado en las pasadas guerras.

Tobar partió á Londres en busca de documentos que el general censervaba en su archivo y que podían servir para desvirtuar los ataques que le dirigían, justificando con pruebas febacientes los motivos que había tenido para separarse de don Carlos y por consiguiente del carlismo.

Aquellos documentos servirían á Caso para escribir un libro, que algunos meses después escribió con el título de *La cuestión Cabrera*, del que se hizo en Madrid una tirada de 20.000 ejemplares, que circularon por España y el extranjero, despertando viva curiosidad y no menos vivo interés en el público.

XLVII

Tanto porque en París nada podía hacerse en favor de la paz, como porque el gobierno de Madrid juzgaba que la presencia del general en la frontera activaría la pacificación, que era lo que más interesaba á D. Alfonso XII y á sus ministros, dispuso el general trasladarse á Biarritz.

El día 18 de Marzo abandonó la capital de Fran-

cia acompañado de los señores Merry del Val, Pareja y Rafael Homedes y yo me quedé en París para ultimar algunos asuntos y recoger los retra· fotográficos del general que destinaba á los representantes del gobierno y á los que le habíamos acompañado en aquel trance, seguramente el más penoso de su vida. Antes de abandonar á París, fuí á despedirme del Marqués de Molins, que era á la sazón embajador de España en Francia.

No había tenido ocasión de tratarle en Madrid; pero en aquellos momentos era el conde de Morella una esperanza para los todavía llamados moderados, que empezaban á llamarse conservadores, que carecían de arraigo en las clases populares del país y que veían el cielo abierto si Cabrera, aunque se erigiese en jefe del partido en que militaban, les llevaba la gran masa del carlismo.

Cánovas no era santo de su devoción: había contemporizado con la Revolución, se había captado la voluntad del joven rey y sobre todo era gobierno, cosa que no perdonan los que desean serlo y no lo son.

El Marqués de Molins, que había sido ministro de Marina, estaba entre dos aguas, y mostró gran afecto á Cabrera durante las negociaciones.

Cuando fuí á saludarle, estuvo muy afectuoso conmigo, habló más al literato que al político; pero en un momento de expansión me dijo:

—El Conde de Morella puede, si quiere, ser el

amo de España, siempre que lleve á la legalidad al partido carlista.

Otros moderados que no habían hallado calor en la Restauración, conspiraban ya para que doña Isabel revocase su abdicación.

Pero sobre esto habría mucho que hablar y no es del caso.

XLVIII

Terminados todos mis quehaceres, salí de París el 22; llegué á Bayona al día siguiente, donde encontré en mi hogar como siempre la verdadera dicha, y dos después me sorprendió la visita del general, á quien acompañaban Merry del Val, el cónsul de España y Rafael Homedes.

Según me manifestó el primero, deseaba conocer á mi esposa y á mis hijos, y los que con él iban quisieron también honrar mi humilde albergue.

Con ellos fuí al hotel donde habitaba Manuel Homedes, se evacuaron los asuntos que habían motivado el viaje del general, y al despedirnos me rogó que me trasladase cuanto antes á Biarritz.

Aquel mismo día llegó Robert Mitchel, que se proponía ir á Madrid, donde seguramente esperaba que el gobierno premiase los servicios que había prestado en su periódico la *Soir*. Advertido de su llegada por un telegrama, fuí á recibirle,

pasó la noche en Bayona, y al día siguiente nos dirigimos á Biarritz.

El general y los señores Merry del Val y Pareja se habían instalado en el hotel de Inglaterra. Rafael Homedes permaneció algunos días en Bayona, donde estaba su hermano, y los dos eligieron á unos cuantos oficiales de los que se habían adherido al Convenio, para que se trasladasen á Biarritz en cuanto los llamasen á prestar servicios de oficina á las órdenes del general.

Ordenó éste que en el hotel pusieran á su disposión un amplio cuarto, que se convirtió en escritorio, y cuando llegó Tobar con los documentos que había ido á buscar á Londres y que después examinó Caso, para elegir los que pudiera utilizar, los inteligentes militares designados por los hermanos Homedes, se dedicaron á copiarlos, operación que duró dos meses largos.

La Condesa de Morella llegó también desde Londres á Biarritz acompañada y servida por Tobar y una camarista de toda su confianza, y el hotel de Inglaterra fué nuestro cuartel general, hasta que emprendimos varias excursiones, siempre por la frontera, el Conde y la Condesa de Morella, su antiguo secretario La Llana, Manuel Homedes y yo.

Como tenía que ver al general diariamente por mañana y tarde, y el viaje desde Bayona á Biarritz, ida y vuelta, era molesto, resolví residir con mi familia en la última de las citadas poblaciones.

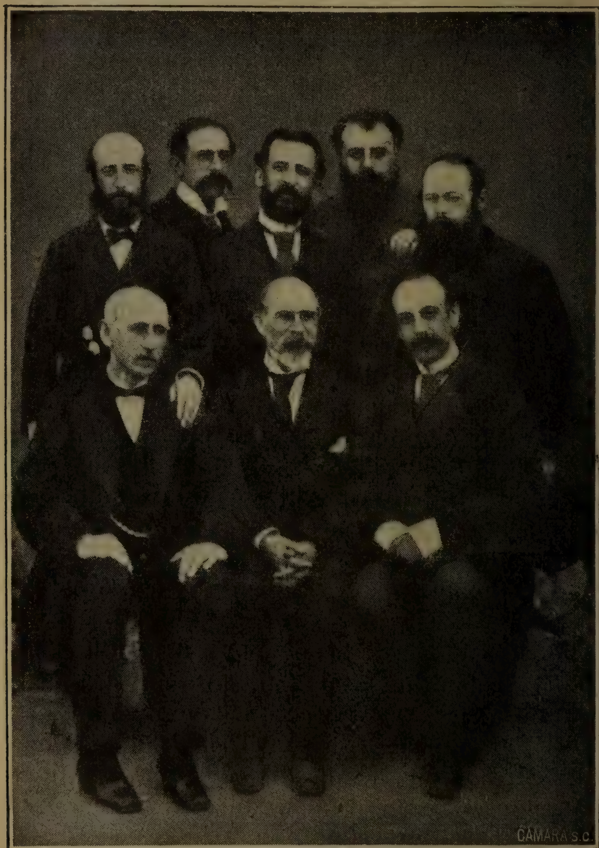
Todavía no era Biarritz más que estación veraniega, y por consiguiente los hospedajes no eran caros más que en los meses de Julio, Agosto y Septiembre. Con este motivo, pude alquilar en ocho francos diarios una cómoda y bonita casa amueblada, que dejé al finalizar Junio, porque desde el siguiente mes se elevó su precio á treinta francos, y me trasladé á un piso bajo de la rue Neuve, núm. 5, donde con más modestia, pero muy á gusto, pasó mi familia el Verano de 1875.

Era dueño de aquella casa y habitaba en un edificio anexo con su esposa y sus tres hijas, un Mr. Silhouette, á quien los antiguos aficionados á Biarrizt, recordarán seguramente. Había formado y cuidaba con el mayor esmero el *acuarium* que no sé si aún subsistirá; pero que entonces era uno de los atractivos predilectos de las niños que veraneaban con sus respectivas familias en la aristocrática playa.

Mr. Silhouette, antiguo marino mercante, de mediana estatura pero muy corpulento, gozaba enseñando su obra á los niños y á los adultos, refiriendo sus aventuras de marino, y mostrándose el hombre más amable y campechano del mundo.

Su esposa, más joven que él, de gran inteligencia, instruida, muy mujer de su casa y amantísima madre, congenió con nosotros y llegamos á estimarnos sinceramente.

Aunque después de terminada la guerra seguimos pasando la mayor parte de los veranos en San Juan de Luz, no dejábamos de ir á Bia-



El general Cabrera y sus auxiliares en 1875.

rritz á visitar á aquellos buenos amigos, y á ver la modesta casita de la rue Neuve, donde acaricié los más novelescos proyectos en favor del porvenir de mi patria, olvidándome del mío y del de mi familia, que eran los que debían haberme preocupado.

Poco después de instalarse el general en Biarritz, el Vizconde de Casa Tabares, gran aficionado á la fotografía—y en aquel tiempo eran escasos los que ahora constituyen legión—deseó hacer un grupo fotográfico de los que habíamos tomado parte en el solemne acto de la firma del Convenio.

Faltaban para que todos figuraran en él, el Marqués de Manzanedo, que se había quedado en París y Caso que residía en Bayona. Como Robert Mitchell se hallaba en Biarritz y había prestado importantes servicios periodísticos al general, se acordó que formase en el grupo, que á título de curiosidad reproduzco en la página anterior.

De los tres retratos que aparecen sentados en primer término, el del centro es el del general que tiene á su derecha á D. Francisco Pareja de Alarcón y á su izquierda á D. Rafael Merry del Val. De pie, en primer termino, de izquierda á derecha del lector, figuran D. Juan de Dios Tobar, D. Rafael y D. Manuel Homedes, el periodista francés Robert Mitchel, que aunque no asistió al acto de la firma del Convenio, era entusiasta amigo del Conde de Morella, y mi humilde persona.

Viendo en el grupo el retrato de Cabrera, pue-

de formarse una idea de su carácter y seguramente se reconocerá que al trazar su bosquejo no he exagerado; pero mejor se apreciarán la energía y al mismo tiempo la ingenua bondad que le caracterizaban, en el busto que también reproduciré más adelante al lado del de la Condesa de Morella, cuya admiración y adoración al famoso caudillo son y serán en todo tiempo legendarias.

XLIX

El general era madrugador, y desde las ocho á las diez y media permanecía yo con él, abriendo el correo, despachando lo más urgente y examinando la situación de nuestros asuntos, que unos días le parecía insoportable y otros más llevadera.

Después, con arreglo á la costumbre inglesa, se vestía de etiqueta para asistir al almuerzo con su señora en el *restaurant* del hotel, y al terminar se deteníau un rato en el jardín conversando con sus compañeros de hospedaje franceses, ingleses y españoles.

De dos á cuatro, entonces con levita, recibía el general las visitas de Merry del Val, de Pareja, del Cónsul, de los generales carlistas sus amigos de siempre que acudían de diversos puntos de la frontera á informarse de la marcha de los negocios que á todos interesaban, y de los que solicitaban ser recibidos y ofrecían garantías de adhesión á su persona, porque se habían recibido anónimos amenazadores y se sabía que los encarnizados

enemigos del general, por fanatismo unos, por su cuenta y razón otros, conspiraban contra su vida.

Como sucede en casos semejantes al de que se trata, el gobierno francés había enviado desde París á un agente de policía de los más inteligentes y activos, con la única misión de velar por la seguridad de Cabrera. Le acompañó discretamente en su viaje á Biarritz, y en esta población no le perdía de vista. Bajo distintos aspectos, cuando menos le esperábamos se nos aparecía en los paseos que dábamos por la playa ó por las carreteras, y si, lo que rara vez sucedía, algún desconocido se acercaba á nosotros para formular alguna pregunta, ó lo que era más raro para implorar una limosna, instantáneamente se acercaba el guardián, deteniéndose como para encender un cigarro ó empleando alguna otra de las muchas tretas de que era pródigo su magín, para saber á qué atenerse; pero cuando el que nos había parado era un pordiosero, le decía algo que no oíamos y el pobre diablo desaparecía á paso redoblado.

Desempeñaba admirablemente su cometido, se informaba con minuciosidad de la vida y milagros de los que procedentes de España, de la frontera y hasta del interior de Francia llegaban á Biarritz; denunciaba á la gendarmería á los que le parecían sospechosos, y mientras el general permaneció en la aristocrática playa vasco francesa y durante las excursiones que hizo después, fué nuestra sombra.

Casi todos los días me buscaba por ser yo el encargado de entenderme con él; me comunicaba cuanto sabía, y en muchas ocasiones sabía más que nosotros de cuanto pasaba en los círculos carlistas de Bayona, San Juan de Luz, Hendaya y hasta en el país vasco-navarro.

Por fortuna los anónimos y los rumores de proyectadas venganzas, que llegaban á nuestra noticia, no pasaban de deseos.

Sólo ocurrió que un día se presentaron en el hotel de Inglaterra dos hombres mal trajeados y de aspecto poco tranquilizador, manifestando que necesitaban ver al general para comunicarle noticias que le interesaban en extremo; y aunque según las órdenes que tenían los domésticos del hotel, les dijeron que no recibía, insistieron tanto que informado el general de su insistencia, me encargó que me enterase de quiénes eran y de lo que deseaban.

Al mismo tiempo que llegué al vestíbulo del hotel para hablar con los desconocidos, ví á nuestro agente en la puerta, y antes de que me acercase á los dos hombres, dos gendarmes se encararon con ellos y les pidieron los documentos indispensables para su identificación.

No hablaban ni comprendían el francés, y me ví obligado á explicarles lo que los gendarmes exigían de ellos.

No les agradó aquella pretensión: carecían de pasaportes, y me dijeron que eran carlistas que se habían retirado de las filas para adherirse al

general Cabrera y que deseando verle y hallándose sin recursos, acudían á implorar su caridad.

Los gendarmes resolvieron conducirlos á la alcaldía y me rogaron que los acompañase para servir de intérprete en el interrogatorio de que debían ser objeto.

Para no llamar la atención dije á los gendarmes que llevasen á los desconocidos á la alcaldía, adonde iría yo poco después; referí al general lo sucedido, y no tardé en asistir al interrogatorio.

Dispuso el alcalde que aquellos hombres de mal aspecto fueran registrados minuciosamente, y en poder de uno de ellos se encontró un revólver de pequeñas dimensiones. El otro llevaba en uno de los bolsillos del pecho del burdo y astroso chaquetón que vestía, un puñal de cortas dimensiones. Los que habían declarado que careciendo de recursos se proponían pedir socorro al general, poseían en monedas de oro, plata y cobre muy cerca de 300 francos.

No pudiendo explicar la contradicción en que habían incurrido, quedaron presos, y al día siguiente fueron conducidos por los gendarmes á Bayona, donde según supimos mucho después, se logró averiguar que habían formado parte de la facción en Cataluña y habían entrado en Francia por el Valle de Aran.

Sus propósitos al desear con tanta insistencia ver al general, no pudieron saberse con exactitud; pero fácilmente se adivina que no eran nada piadosos.

Fué aquél el único incidente desagradable que ocurrió mientras el general permaneció en las poblaciones de la frontera, donde se juzgó que podía ser útil su presencia; y aun en aquel caso, nuestro guardián como se ha visto, no faltó á su deber.

L

En las horas matinales que pasaba con el general, era ingenuo conmigo, no me ocultaba sus dudas, sus temores, sus esperanzas, su indignación ó su resignación y yo, con el debido respeto, pero alentado por su bondad, le confiaba mis impresiones, mis juicios, más pesimistas que optimistas, y parecía animarse cuando le insinuaba que debía insistir en el propósito que le había movido á reconocer á D. Alfonso.

Desde Madrid, á donde fué para gestionar que la *Gaceta* publicase las bases del Convenio, escribía Rafael Homedes que se había convencido de que Cánovas no obraba con la buena fé que hasta por propia conveniencia debía esperarse de él; pero al mismo tiempo reconocía que no habiéndose realizado la paz *ipso facto*, había perdido mucha fuerza el general, y en su concepto, era necesario contemporizar con el gobierno.

Caso, que también estaba en Madrid, á donde había ido para ocuparse de los preparativos del periódico que Cabrera insistía en publicar, escribía en el mismo sentido que Rafael respecto de

la actitud del gobierno; peró opinaba que el general debía protestar enérgicamente, imponerse y colocarse en una situación airosa, si al fin se malograba su sacrificio.

Este parecer, muy de acuerdo con el mío, era el que agradaba y enardecía al Conde de Morella; pero sus más íntimos allegados, temerosos sin duda de que se alterase su salud ó por otros motivos que no estoy en el caso de examinar, eran más partidarios del *dejarse llevar*, que del *alto ahí* de la famosa y socorrida gramática parda.

De todos modos, debía el general dirigir una queja razonada, amable y diplomática en la forma; pero que sirviera al gobierno para enterarse de que se conocía su juego. Al fin, después de muchas dudas y vacilaciones, me mandó redactarla.

Aprobó el borrador que hice; pero según su costumbre en asuntos de pluma, consultó con sus sobrinos y con el Sr. Pareja, que echaron agua al vino, y por último con el Sr. Merry del Val, quien apagó los fuegos anunciando que D. Alfonso había dispuesto que uno de sus ayudantes se trasladase á Biarritz para entregar en propia mano al Conde de Morella un autógrafo contestando muy cariñosamente á su adhesión.

Esto último ocurrió el 1.º de Mayo.

Ante aquella muestra de consideración, la queja resultaba inoportuna y hubo el indispensable compás de espera.

El 5 del mismo mes, llegó el ayudante que fué el

coronel D. Emilio Gutiérrez; el general le recibió con todo género de atenciones y dió un banquete en su honor.

El distinguido emisario hizo los mayores elogios del gran guerrillero, aseguró que el Rey consideraba su adhesión como una de sus mayores satisfacciones, de sus patrióticas esperanzas y se brindó por la paz y la concordia de los españoles, por la prosperidad del nuevo reinado, por la vida del legendario caudillo: lo de siempre. Pero las sombras disiparon pronto aquel rayo de sol. Ni la *Gaceta* publicaba el Convenio, ni siquiera el decreto reconociendo al general sus grados, títulos y honores de que le había despojado D. Carlos, ni se creó la Junta clasificadora á que se refería una de las bases del Convenio.

En su autógrafo se dirigía D. Alfonso al *Conde de Morella*: á esto se reducía todo lo conseguido mes y medio después de haber reconocido el general la legalidad vígente en España.

El mes de Mayo transcurrió sin que se adelantase un solo paso. Las presentaciones de jefes y oficiales carlistas al general ó á sus agentes, aumentaban de un modo considerable; se les facilitaban recursos para que se trasladasen á Madrid, siendo el Marqués de Manzanedo quien los proporcionaba por medio de D. Manuel Homedes ó de agentes de este establecidos en varios puntos de la frontera, y los que llegaban á la Corte, eran enviados á un depósito que se creó en Avila mientras resolvía el gobierno el destino que debía

darles, no haciendo Cánovas del Castillo más que aplazar el cumplimiento de lo pactado.

Si refiriese lo que pasaba diariamente en la intimidad del general, tendría que repetir hasta la saciedad la misma narración. Por las mañanas, las cartas que Caso enviaba desde Madrid, las que algunos antiguos carlistas leales amigos de Cabrera le dirigían impulsándole á tomar una resolución enérgica, y mis respetuosas insinuaciones, lo que constituía la verdadera atmósfera en que respiraba á sus anchas, le estimulaban á ser lo que había sido siempre: hombre de acción, de genio, de resoluciones inesperadas y siempre de éxito seguro.

Entonces me mandaba escribir protestas, amenazas que se encontraba dispuesto á realizar; pero como era necesario ponerlas en limpio para darlas curso, se quedaban en borrador hasta el día siguiente, y cuando este día llegaba renovaba su cantilena de que había sido Cánovas más listo que él, de que no pisaba terreno firme, de que era preciso armarse de paciencia y por último de que en aras de la paz debía sacrificar cuanto había sido, cuanto era y cuanto podía ser.

Recordaba yo la famosa oda á la *Música* del célebre poeta inglés Dryden, en la que para demostrar la influencia del divino arte, presenta á un músico impresionando á su capricho al terrible emperador Alejandro Magno. Tan pronto le enfurece como le calma; del odio le lleva al amor, de la crueldad á la misericordia.

Eran entonces dos influencias musicales las que

impresionaban al Conde de Morella: la mía, modestísima melodía en tono mayor, persistente y que hablaba á cuanto había de varonil y de genial en su alma, y la del no menos persistente concertante, aunque en tono menor, que le cantaban su amante esposa, que como es natural, dada la edad y las dolencias de su marido, deseaba apartarle de las luchas que se vería obligado á sostener si iba á Madrid, formaba y capitaneaba un partido político, cuando más reposo necesitaba; sus sobrinos que más ingenieros que políticos, se conformaban con lo que habían conseguido; el gran artista Sr. Merry del Val que deseaba ver coronada su obra y el bueno del Sr. Pareja, que no tardó en perder la gracia del general, cuando como eficaz remedio para la pacificación y cuando más desesperado estaba, le propuso como el más adecuado remedio que dirigiera mensajes al Episcopado solicitando su cooperación.

Lo que lograban mis romanzas matinales, lo destruía el concertante del centro del día, de las tardes y de las veladas familiares.

Pero un día fué mi triunfo más duradero: aprobó el general una comunicación dirigida al jefe del gobierno, verdadero capítulo de fundadas quejas que redacté por su orden y aquella vez sin consultar á nadie, por inspiración propia, dispuso que partiera yo sin pérdida de tiempo á Madrid, presentase el escrito al presidente del Consejo, y le hablase además en su nombre, para lo que me autorizó por escrito.

Además me encargó que conferenciase con Caso acerca de la fundación del periódico, idea que también sufría altas y bajas.

Temeroso de que las influencias de siempre malograran aquella resolución, que en mi consustalcial candidez política juzgaba eficaz, arreglé las cosas para salir por la tarde en el tren de Pau, donde esperaba hallar á Huesca el conductor del cabriolé portador del correo, para repetir el viaje que con él hice al ir á recibir á mi familia.

La noche fué una verdadera noche primaveral, apacible, deliciosa y al día siguiente en las primeras horas de la mañana me dejó en la línea fronteriza el ómnibus que tomé en Bedoux al apearme del carricoche del correo de Pau.

No llevaba más equipaje que una maletilla de mano, y como desde la Muga hasta Canfranc el camino era largo para recorrerle á pie y sobre todo peligroso para los que no le conocían bien, me senté en la parte de Francia sobre un ribazo cubierto de césped, esperando que alguno de los tragineros de Canfranc pasaría con mulas de retorno y me sería facil y poco costoso llegar con alguna comodidad hasta Jaca, donde podía proseguir mi viaje en la diligencia que diariamente salía de aquella villa para Huesca.

LI

Tan natural y sencillo deseo pudo costarme caro. Al cabo de una hora larga, apareció en la

carretera francesa montado en una mula y llevando á otra del ronzal, un hombre con todo el aspecto de un labrador, arriero, contrabandista, ó las tres cosas á la vez, del alto Aragón.

Al pasar cerca de mí me dió los buenos días en francés y como le contesté en castellano se detuvo:

—¿Es usted español?—me preguntó.

—Para lo que usted guste mandar—le dije.—Aquí estoy esperando á ver si algún arriero ó traficante que vaya á Jaca quiere alquilarme una caballería. Si á usted pudiera convenirle...

—Soy de Canfranc—añadió—y allá me propongo ir con la ayuda de Dios. Si usted quiere, hasta Canfranc puedo llevarle en la mula que va de vacío; pero sin más interés que el de hacer un favor á un compatriota. Y poniendo la cara fosca, añadió: eso si no es usted carlista, porque si lo es, como aún pisa usted tierra de Francia le respetaré; pero en caso de serlo, si pisa usted tierra de Espana, será otra cosa. En la pasada guerra mataron los carlistas á mi padre, juré vengarle y no á traición, que eso no lo hace nunca un aragonés, sino en buena lid, he jurado matar al primer carlista con quien tropiece ó morir á sus manos si tal es la voluntad divina.

En buena ley, ya no era yo entonces carlista; pero lo había sido, llevaba en mi cartera el documento firmado por Cabrera y antes de contestar á la pregunta de mi desconocido interlocutor, vacilé.

Siempre he odiado la mentira, aunque he lle-

gado á persuadirme de que sin ella; es decir, solo con la verdad, sería imposible vivir; pero el instinto de conservación y lo inoportuno y esteril en aquel momento de una confidencia á un desconocido, me estimularon á imitar al bueno del Apostol San Pedro cuando formuló en el pretorio de Pilatos su famosa negativa.

—¡Yo carlista!—exclamé.—Puede usted estar seguro de que no lo soy y también de que no formo parte de ningún partido politico. Soy artista, artista músico...

El buen hombre me interrumpió y con la expresión en el rostro de una agradable sorpresa:

—Cuánto me alegro—dijo.—La música es mi elemento, lo que más me entusiasma. Traiga usted esa maleta para que no le moleste, monte en ese otro mulo, déjese llevar por él, que es muy seguro, y charlando y hasta cantando, sí, señor, cantando, porque en toda la comarca saben que nadie se las puede echar conmigo á cantar, sobre todo cosas de iglesia, llegaremos sin sentir á Canfranc y después Dios dirá.

Como se ve, sin querer estuve inspirado al presentarme á mi interlocutor como artista músico.

Monté en el mulo libre, mi compañero y favorecedor, que según me indicó se llamaba Lapetra, desplegó con ingenua locuacidad sus conocimientos musicales, que como es de presumir aplaudí asegurándole que sabía más de notas que muchos maestros; y para que me convenciese de que su fama no era usurpada, cantó en plena carretera

una misa entera y no olvidó salves, letanías, vísperas, completas y motetes... Para él no tenía secretos el Canto llano.

Poseía una preciosa voz de tenor, pasando de las notas de pecho á las de falsete con maravillosa facilidad; su privilegiada garganta le permitía *fiorituras* que parecían gorjeos y aseguro que le oía con delicia en medio de aquel paisaje abrupto, siguiendo el borde de abismos que aterraban, atravesando tétricos desfiladeros bajo un cielo espléndido en una hermosa mañana de Primavera.

No encontramos alma viviente durante el trayecto, y como mi compañero observaba que le escuchaba con la mayor atención, porque como ya he dicho la música ha sido siempre mi mejor inspiración y uno de mis mayores deleites espirituales, lucía gozoso su habilidad sin fatigarse. Estoy seguro de que mis sinceros elogios le proporcionaron una satisfacción mucho mayor que la que experimentaba al elevar en el templo sus cantos al Altísimo.

Llegamos á Canfranc, nos apeamos, le tendí la mano, la estrechó con efusión y me dijo:

—Ya he visto que es usted inteligente en menesteres de canto. Ahora va usted á descansar en mi casa como si fuera la suya, almorzaremos con la familia y ya procuraré que siga usted el viaje con las mayores conveniencias posibles.

Una mujer robusta y muy simpática, que como él si no rayaba en los cincuenta estaba próxima á ellos, y una joven de diez y seis ó diez y ocho

años, con la doble belleza de las facciones juveniles y de una completa salud, salieron al encuentro del campesino *virtuoso*, y no faltaron en aquel cuadro tres ó cuatro zagalones que completaban la familia.

Me trataron á cuerpo de rey; después del almuerzo para que viera que también libaba aquel ruiseñor campestre en las flores de lo profano, cogió la guitarra, cantó una jota, acompañó á su hija y discípula que con preciosa voz y delicado estilo me pareció cantando digna hija de su padre; al jolgorio acudieron algunos vecinos y asistiendo á la improvisada fiesta pasé más de dos horas sin acordarme para nada de las miserias de la política que había dejado en la frontera é iba á encontrar de nuevo en la Villa y Corte.

Cuando le rogué que me indicase lo que le debía por los servicios que me había prestado:

—Calle usted, hombre de Dios—me dijo.—Nada me debe. Si entre los dos hay alguno que deba, ese soy yo, que no olvidaré nunca la mañana que hemos pasado en amor y compañía. Además aún no he terminado de cumplir mis deberes hospitalarios. El mismo mulo que le ha traído á usted á Canfranc va á llevarle hasta Jaca y uno de mis criados le acompañará.

Sabido es como las gastan los aragoneses cuando forman un empeño y no tuve más remedio que aceptar sus agasajos.

Muchas veces he recordado con placer aquella mañana en que oí muy bien interpretados los cán-

ticos religiosos, que tan dulces emociones me han proporcionado siempre. No volví á ver al cantor; pero he deseado sinceramente su felicidad.

LII

El mismo día en que llegué á Madrid celebré una conferencia con el Presidente del Consejo de ministros á quien conocí personalmente, como recordará el lector, por mediación de mi buen amigo Chico de Guzmán cuando tratamos de la compra-venta de la *Gaceta popular*.

Admiraba su talento y su probidad. Era uno de los excepcionales políticos inmaculados; suplía con su superior inteligencia, su varonil carácter y una habilidad que podría calificarse de arte, las marrullerías y demás excesos indispensables en todo político para luchar, defenderse y triunfar.

Ningún hombre de Estado de los de su época fué más soberbio que él y al mismo tiempo más llano. Su llaneza traspasaba á veces los límites de lo posible en el trato de gentes.

He conocido á varios secretarios suyos, todos personas ilustradas porque no podía aguantar á los ignorantes ó torpes, y todos en el seno de la confianza aseguraban que no había medio de soportar sus exigencias, sus caprichos y ni siquiera sus familiaridades.

A pesar de su miopía y del mal estado de sus ojos, siempre tiernos, auxiliado por los lentes que no abandonaba un solo instante, apenas veía á

una persona amiga ó desconocida, adivinaba sus intenciones y tomaba la actitud que el caso requería, con más tendencia ál despotismo que á la bondad. Hasta cuando estaba de buen talante, lo que no era frecuente, sus chistes eran siempre sangrientos, aunque cultos.

En la corta entrevista que celebré con él, hizo grandes elogios de Cabrera; pero en su concepto había pasado algo de moda. Los carlistas, dado su prestigio, debían haberse agrupado en torno suyo, depuesto las armas, reconocido á D. Alfonso; y todo ésto, en el espacio de dos ó tres semanas, de un mes á lo sumo, habría justificado las concesiones hechas en las bases del Convenio: el gobierno podía haberlas cumplido con aplauso del país. Las cumpliría, vaya si las cumpliría; pero necesitaba ir muy despacio, con mucha parsimonia. Cada suceso favorable á la paz facilitaría al gobierno los medios de poner de manifiesto su buena voluntad. Todo se andaría, el Convenio aparecería en la *Gaceta* con oportunidad, y el reconocimiento de los grados y títulos del general se haría público también oportunamente. Saber esperar y aprovechar el tiempo, era la ciencia de la política y de todo en la vida.

Lo primero que hice al presentarme á Cánovas fué entregarle la comunicación del general; pero no la leyó, la dejó sobre su mesa. Se enteraría de ella con el mayor interés cuando le dejasen un momento tranquilo y enviaría la respuesta por conducto de Merry del Val.

Lo que importaba á unos y á otros, era que terminase la guerra. En cuanto esto sucediera, ya vería el general...

No saqué más en limpio.

También hablé con Caso, que nada esperaba del general; pero creía que debía presentarse inmediatamente en Madrid, visitar á D. Alfonso, protestar ante él de la conducta de sus ministros, estrechar lazos de compañerismo con los generales en boga, á cuyos ojos conservaba el prestigio de sus hazañas, organizar un partido conservador, ponerse al frente de él, procurar que Espartero, que aún vivía, reorganizase á su vez el partido liberal del que era jefe nato y reforzadas y robustas las dos grandes agrupaciones, podría D. Alfonso contar con dos sólidos y bien caracterizados instrumentos de gobierno.

Pero no se ocultaba Caso que su aspiración no pasaba de ser un sueño.

—El general—me dijo—siguiendo sus propios impulsos sería capaz de renovar en el ocaso de su vida las proezas que le hicieron célebre en su mocedad. Pero no está solo en el mundo, tiene una esposa que le adora y él admira, hijos, sobrinos, y éstos como es muy justo, desean que se cuide.

Hablamos también del periódico: no quería Caso que fuese el general su único propietario, deseaba compartir con él la propiedad y que yo regresase definitivamente á Madrid para auxiliarle en los trabajos preparatorios y encargarme después de la dirección interior de la publicación.

De todo esto debía hablar al general, y comunicar á Caso á la mayor brevedad el resultado de mis gestiones.

Después de dar un abrazo á mi padre y á mis hermanas y de resolver otros varios asuntos particulares, torné á Biarritz por el inevitable camino de Canfranc, sin que me ocurriese algo digno de ser contado, y encontré al general decidido á emprender varias excursiones para celebrar conferencias con algunos jefes que no querían ser vistos en donde todas las miradas convergían á Cabrera.

LIII

La primera excursión que hicimos fué á Bagneres de Bigorre, deteniéndonos un día antes en Pau.

Acompañamos á los Condes de Morella el antiguo secretario Sr. La Llana, el teniente coronel de artillería Sr. Juárez de Negrón que se acogió al Convenio y fué nombrado ayudante del general y yo. Esta excursión fué más higiénica que política, y aparte de los comentarios á que daba lugar la situación del general, cada día más dificil y dudosa, puede decirse que pasamos unos cuantos días de descanso y hasta de asueto, porque los diversos paisajes del Pirineo son amenos, interesantes, pintorescos y como el general era aficionado á andar y á admirar cuanto de bello ofrece la Naturaleza, nos estimulaba á dar largos paseos.

El anciano La Llana se quedaba acompañando á la Condesa, que le trataba con verdadero afecto y tenía en él absoluta confianza, lo que se explica al recordar que durante veinte años había sido único inteligente y fiel secretario del general.

Nada he dicho hasta ahora de la Condesa de Morella y no por ser esposa del genial guerrillero, sino por sus propias cualidades merece especial y honrosa mención.

Corría muy valida desde hacía algunos años la leyenda de que joven, bella y poseedora de una inmensa fortuna, habían llegado á su noticia las proezas de Cabrera y tanto sus actos generosos como sus crueldades durante la guerra, la habían entusiasmado de tal modo que al saber que el célebre caudillo de las huestes carlistas catalanas, terminada la segunda guerra civil en 1848, se refugió en Londres, procuró conocerle. El resultado de aquel deseo, cosa muy natural en una inglesa tocada de romanticismo, fué la unión que ofreció á entrambos contrayentes la más completa felicidad.

Cabrera era ya Capitán Ceneral, Marqués del Ter, Conde de Morella; rodeaba su nombre una aureola compuesta de admiración y horror, estaba en el mejor período de la vida, era un hombre arrogante, sus ojos revelaba á la vez un alma noble, buena, afectuosa y enérgica, contraste que le hacía interesante.

Lá pobreza del emigrado vencido, se trocó para él en opulencia, y el episodio novelesco de

su boda aumentó su celebridad y su prestigio. Se hablaba de la pasión que había inspirado, de la inmensa riqueza de su consorte que parecía gozarse en que rodearan todo género de satisfacciones y de comodidades al que tantos trabajos y tantas penalidades había sufrido.

Sobre este canevás bordó la imaginación de cuantos se enteraban del fausto suceso todo linaje de anécdotas; se admiraba la suerte del general; se hablaba del palacio en donde habitaba, de los caballos y carruajes que tenía á su disposición, de la magnificencia del castillo de Wentwort donde habitaba, de los auxilios que prestaba á sus hermanos de armas, de las visitas que le hacían los magnates de la Gran Bretaña y los personajes políticos y militares de Europa, del respeto con que le trataban las familias reales obligadas á vivir en el destierro, y muchos de los carlistas vencidos pero no desesperanzados, estaban seguros de que algún día los millones del general, armándoles de nuevo, conquistarían el trono de España para su legítimo Rey.

Muchos creían que la generala pertenecía á una de las más aristocráticas familias de Inglaterra; pero no estaban en lo cierto. Había nacido en el seno de una familia de la clase media á la que una importante industria, establecida y desarrollada por dos ó tres generaciones de sus antepasados, había enriquecido colocándola en una situación de las más prósperas. La fortuna, el prestigio, la notoriedad y la importancia, proporcio-

naron á los padres de la que con tanto entusiasmo entregó su mano al conde de Morella, una posición en la que sólo podían envidiar los timbres de rancia nobleza de los más aristocráticos lores.

Pero pertenecían á la no menos respetable y respetada aristocracia de los grandes agricultores, de los grandes industriales de Inglaterra, y además los felices esposos podían ostentar los títulos concedidos á Cabrera por D. Carlos, porque aunque el rey pretendiente carecía de autoridad legal al concederlos, la popularidad del caudillo, sus extraordinarias cualidades, sus proezas y hasta el horror que algunos de los actos que se le atribuían despertaban, bastaban para confirmar las mercedes de que había sido objeto, y Europa entera las sancionó otorgándole los títulos de Marqués del Ter, de Conde de Morella y la jerarquía de capitán general, ó sea príncipe de la milicia.

La aristocracia inglesa consideró, pues, como pertenecientes á su clase á los nuevos esposos, por más que sólo adquirieron legitimidad en España sus títulos y preminencias, cuando se firmó en París el Convenio que les dió validez.

Al tener ocasión de tratar de cerca á los condes de Morella, el tiempo no había entibiado el acendrado amor que se profesaban. Cabrera amaba sinceramente á su esposa y ésta vivía consagrada á rodearle de cuidados, de ternura, de admiración. Se comprende que procurase á toda costa evitarle los disgustos que le proporcionaba la conducta

del gobierno español, que juzgase terminada su misión militar y política y que desease regresar con él á Londres para que en su apacible y feliz hogar acabase lo más tarde posible su vida, adormecido sobre sus laureles.

LIV

Como es de suponer, no satisfizo al general el resultado de mi viaje. La única noticia satisfactoria, para la Condesa, fué la seguridad que me dió Cánovas de que la sería concedida la Banda de Damas nobles de María Luisa, gracia que no dejaba de halagarla y que por lo mismo fué también del agrado de su esposo.

Al regresar de mi viaje á España se hallaban los Condes de Morella con sus acompañantes en Bagneres de Bigorre, y allí pasamos dos semanas tranquila y apaciblemente.

Cuando decidieron volver á Biarritz, como desdichadamente disponíamos de tiempo, nos detuvimos en Lourdes. Aunque muy visitadas la basílica y la gruta por piadosos peregrinos y enfermos ávidos de curar sus dolencias milagrosamente, no era la patria de Bernardetta ni sombra de lo que es en la actualidad por la magnificencia de sus hoteles y de sus edificios y el fabuloso número de las peregrinaciones que se suceden y dan á aquel, antiguamente mísero paraje, una grandiosa animación.

La Condesa, que aunque era protestante respe-

taba las creencias de su marido porque era muy devota de las suyas, admiró sinceramente el fervor religioso de los peregrinos.

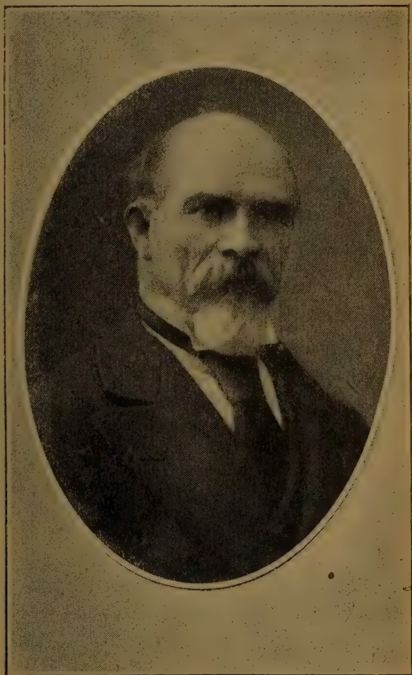


La Condesa de Morella.

Parte del día siguiente la pasamos en Tarbes, donde visitamos las magníficas caballerizas del célebre financiero y hombre político Mr. Fould y las *Haras* del gobierno.

Al poco tiempo de instalarnos de nuevo en Biarritz, regresó á Londres la Condesa á instancias del general, con la promesa de que pronto se reunirían en la capital de la Gran Bretaña, y la amante esposa partió tranquila, porque quedó en Biarritz el antiguo secretario La

Llana. Con este motivo siguieron en actividad las dos influencias musicales de que hablé antes, pareciendo que el concertante, aunque con un sólo intérprete, ganaba el terreno que perdía la romanza, á juzgar por lo que el general me dijo en uno de los escasos apartes que podíamos aprovechar.



El Conde de Morella.

Con todo género de miramientos, le insinué que su actitud pasiva se prolongaba demasiado y que era objeto de contínuas murmuraciones no solo de los carlistas, sino de los moderados, que se habían figurado que sería para ellos un nuevo Narvaez.

—Poco me importa que hablen mal de mí—me

dijo.—Cuanto hago y pueda hacer en adelante será para Dios. De los hombres estoy completamente desengañado. Cuando la tristeza se apodera de mí, entro en un templo á las horas en que suelen estar solitarios, permanezco allí un buen rato á solas con mi conciencia y salgo tranquilo y hasta contento.

Como se ve, buscaba consuelo á su fracaso político en la exacerbación del sentimiento religioso, y esto que sin duda era laudable, revelaba en él postración, desaliento. Sólo de vez en cuando surgía en su ánimo la indignación que sentía y procuraba ocultar; pero no tardaba en resignarse.

—Me han engañado—decía.—Cánovas y sus agentes han sido más diestros que yo. No he debido hacer lo que he hecho.

El Cónsul de España en Bayona, que seguramente estaba enterado de la opinión que merecía el Conde de Morella al gobierno, solía decir dándose tono:

—Cabrera, como enemigo, era y seguiría siendo un peligro si Cánovas no le hubiera desarmado. Como adicto, no es valor cotizable en la Bolsa de la política.

¡Triste verdad; pero verdad al fin en aquellos momentos!

LV

Jacinto Ruiz, que veraneaba con su numerosa y para él queridísima familia en su preciosa *villa*

Julienne de Biarritz, deseó conocer y tratar á Cabrera, le presenté á él, fué simpático al general, su conversación siempre interesante y amena le cautivaba y pasaba ratos muy agradables en su compañía.

Conocía á fondo á los hombres políticos de todos los partidos, refería anécdotas sabrosas de la vida íntima de los moderados, los ultramontanos, los radicales y á muchos de ellos había sacado de apuros con su ingénita generosidad. Por entonces no era Cánovas santo de su devoción; creía que era mejor política enaltecer al general que desprestigiarle é inutilizarle, y tenía razón.

Por lo curiosa y útil para la historia de la comedia política, voy á reproducir una de las anécdotas que le oí referir en una de sus animadas conversaciones con el general.

Se encontraron un día en casa de Jacinto Ruiz el Marqués de Albaida y Castelar. El primero era un furibundo republicano federal y el segundo gobernaba la naciente república.

El Marqués de Albaida acababa de llegar de París y Castelar le dijo:

—Ya habrá usted visto cuánto ha agradado al gobierno francés la campaña que venimos realizando. Lo único que condenan nuestros amigos de allende el Pirineo, es nuestro federalismo.

—Vaya una noticia fresca—interrumpió el Marqués con su genial desenvoltura.—También yo le condeno y eso que paso por ser el más federal de todos los federales. Pero sin el federalismo, en

vez de haber traído al Congreso 80 diputados, habríamos tenido que contentarnos con 8, y gracias.

Lo que pasa entre los bastidores del teatro político, es á veces más elocuente que las más inspiradas obras que se representan en el escenario de tan inmoral coliseo.

LVI

Por conducto de mi amigo D. Francisco Dumont, que trataba con la mayor intimidad á don Alejandro de Castro, entonces ministro de Estado, escribí á este importante hombre político una extensa y detallada carta examinando la situación del país en aquellos momentos, tal como se me aparecía después de la adhesión del general Cabrera al Rey D. Alfonso XII.

Con este motivo mostró deseo de hablar conmigo; y para complacerle, después de confiar al general el paso que había dado, torné de nuevo á la Villa y Corte.

Lo molesto del viaje por tierra, me decidió á embarcarme en Bayona con rumbo á Santander para trasladarme á Madrid desde la activa y floreciente ciudad montañesa.

Muy de mañana nos embarcamos los pasajeros, y cuando esperábamos de un momento á otro emprender la marcha, nos anunció el capitán del vapor que no había medio de atravesar la barra sin peligro, por efecto de una avería que había sufrido la máquina del buque.

—Los que no se conformen con esta resolución —añadió—pueden volver á tierra, dirigirse á la oficina donde han tomado los billetes y allí les devolverán su importe.

De los numerosos pasajeros, sólo dos resolvimos emprender el viaje por tierra. ¡Estaba de Dios que volviese á ver los peñascos y los derrumbaderos del camino de Canfranc!

Una lancha nos llevó al muelle y recuperamos el importe de los billetes. El que iba á ser mi compañero de viaje, era el general D. Eugenio Gaminde, director general de Carabineros, porque á pesar de haber sido uno de los más furibundos revolucionarios, se había desengañado, aceptó la restauración de la monarquía y en el reparto de prebendas le tocó la Dirección antes citada.

Conocía su nombre, porque había alcanzado mucha notoriedad; pero no había tenido ocasión de tratarle. Era muy simpático, muy llano, muy afable; revelaba gran inteligencia, amenizaba su conversación con frases ingeniosas, con oportunos cuentos, y cuando correspondiendo á su cordialidad le dije quién era y el cargo que desempeñaba cerca de Cabrera, no tardamos en considerarnos como buenos amigos.

Los dos teníamos prisa en llegar á Madrid y acordamos aprovechar el primer tren que saliera de Bayona para Pau. En esta población alquilaríamos un carruaje que nos llevase á Urdox, y como en Jaca, plaza fuerte, había un gobernador militar, se le telegrafió para que á la caída de la

tarde del día siguiente, enviase á la muga, frontera franco española, tres mulos con un arriero de confianza.

La suerte me deparó un inesperado y bajo todos conceptos excelente compañero de viaje. Siempre he tenido suerte como caminante.

Nada añadiría á este relato, si no hubiera tenido ocasión de apreciar el agradabilísimo carácter del general Gaminde y su gran habilidad culinaria.

El gobernador militar envió á la frontera tres amaestrados mulos con el correspondiente muletero, á dos de sus ayudantes y á cuatro carabineros con sus cabalgaduras para que se pusieran á las órdenes del general.

Estábamos en pleno verano y antes de que oscureciese teníamos hora y media de luz, tiempo suficiente para llegar á Canfranc.

Resolvió el general Gaminde que pasáramos la noche en la posada del pueblo, los ayudantes cenaron con nosotros, los subalternos hicieron otro tanto en la amplia cocina, y convinimos en continuar la caminata al día siguiente á las seis de la mañana.

La carretera desde Jaca á la muga, que estaba terminándose cuando realicé mi anterior viaje, llegaba ya á Canfranc y el coche, que pocos días antes había comenzado á recorrer el trayecto, si no recuerdo mal, era propiedad de Fidel Lapetra, el famoso cantor á quien tantos favores debí; pero no estaba entonces en el pueblo y casi me alegré, porque un artista músico que en el espa-

cio de tres ó cuatro semanas pasaba dos veces por un camino tan molesto, podía ser sospechoso ó por lo menos considerado como un músico de la legua.

Aunque salimos de Canfranc á las seis de la mañana, acudieron á cumplimentar al general el teniente que mandaba las fuerzas de Carabineros que vigilaban la frontera y el administrador de la Aduana, que si no recuerdo mal tampoco esta vez, se llamaba Pagés.

Los mulos y el muletero, que eran de Canfranc, allí se quedaron, y en el nuevo coche emprendimos la marcha escoltados por los ayudantes y los carabineros que habían ido á recibirnos.

La mañana fué deliciosa; sin ningún contratiempo llegamos á Jaca á las nueve, y en la puerta que debíamos franquear estaban esperando á su jefe superior, el brigadier D. Manuel Montero gobernador de la plaza, el coronel Cabanes y algunos oficiales de la guarnición.

Participé de los plácemes y agasajos ofrecidos al general: el brigadier se empeñó en que aplazásemos la continuación del viaje hasta el siguiente día; obsequió á Gaminde y á mí por ende, con un almuerzo y una comida suculentos, y el tiempo transcurrió rápida y agradablemente.

Según lo acordado, el 8 de Agosto á las tres de la madrugada emprendimos el viaje á Huesca en una victoria que nos proporcionó el brigadier Montero, y aunque nos sirvieron un desayuno antes de partir, al llegar á Murillo á cosa de las

diez, fué preciso ofrecer un refuerzo al estómago.

El general, que tan afectuoso se mostraba conmigo, me anunció que sabía hacer unas sopas de ajo que entre sus compañeros de armas habian adquirido celebridad, y en la posada de Murillo pidió los ingredientes necesarios para confeccionar las famosas sopas. En medio de la curiosidad de los circunstantes, con su llaneza y su gracejo naturales, desempeñó las prosaicas funciones de cocinero, y en efecto el plato improvisado resultó sabrosísimo.

En el resto del viaje acabó de cautivarme aquel hombre de tan discreto y culto buen humor, á pesar del mal de piedra que sufría. Según me refirió, había estado en unos baños que gozaban de fama para la curación de su enfermedad, arrostrando las molestias del viaje á Francia para ver si se mejoraba; pero no había hallado alivio.

No se le ocultaba el peligro que le amenazaba, y aquel valiente soldado que tantas veces se había jugado la vida, en un momento de expansión y al mismo tiempo que asomaban furtivas lágrimas á sus ojos, me dijo:

—Si siento morir es por mi esposa, por mi hija, por mi hijo á quienes verá usted en la estación de Madrid, porque irán á abrazarme. ¡Soy tan feliz con ellos!

A las dos de la tarde llegamos sin novedad á Huesca. El general, deseoso de evitar molestias á las autoridades militares, rogó al brigadier Mon-

tero que no telegrafiase su viaje; comimos en la fonda sin que fuese reconocido, dimos un vistazo á la ciudad y á las cinco montamos en el tren que debía conducirnos á Zaragoza.

En la estación de la invicta ciudad me sorprendió agradablemente mi buen amigo Calixto Ariño, á quien había escrito su corresponsal de Bayona que yo debía pasar por Zaragoza sin detenerme más que para cambiar de tren.

Me llevó una copiosa merienda; con la efusión que era peculiar de su vehemente carácter me abrazó; saludó con no menos vehemencia al general Gaminde, buscó al jefe de la estación, le rogó que nos pusiera un reservado y gracias á su cariñosa gestión y seguramente á la importancia del viajero á quien por mi buena suerte acompañaba, disfrutamos de todo género de comodidades desde Zaragoza á Madrid, á donde llegamos á las ocho de la mañana y conocí á la simpática familia del general.

Quedamos en vernos con frecuencia cuando yo regresase definitivamente á la Corte; pero este propósito no llegó á realizarse. No volví á ver á mi inolvidable compañero de viaje, que como temía, no tardó en sucumbir.

Diez días permanecí en Madrid, contando dos que pasé en el Real Sitio de San Ildefonso. No supe cómo habían podido descubrir mi paradero los jefes y oficiales carlistas que se habían acogido al Convenio y estaban en la Corte esperando que el gobierno les designase la suerte que les reser-

vaba; pero es lo cierto que me buscaron y me encontraron.

Como es de presumir estaban intranquilos, recelosos, se habían percatado de la dificil y triste situación en que la habilidad política de Cánovas había colocado á Cabrera, y en su mayoría se mostraban indignados, furiosos, atreviéndose algunos á censurar al general por su conducta pasiva y anunciando otros, los más díscolos, que estaban decididos á pedirle daños y perjuicios, porque no se cumplía lo que les prometió el Convenio autorizado con su firma.

Procuré calmar su justa indignación, les anuncié que el Conde de Morella me había encargado que recomendase al Presidente del Consejo en su nombre y con la mayor eficacia á los que le habían secundado, y no me dejaron á sol ni á sombra mientras permanecí en Madrid.

El principal objeto de mi viaje era conferenciar con D. Alejandro de Castro y con el caballeroso Marqués de Gramosa, que debía organizar en la Villa y Corte un centro civil de personas importantes que secundasen la obra comenzada por el general Cabrera; empresa que con su gran perspicacia consideró irrealizable y desistió de ella.

Las dudas, los temores, el desaliento que había dejado en la frontera, salieron á mi encuentro y mi entrevista con el jefe del gobierno no alteró aquel estado de desanimación y de zozobra.

Cánovas continuó elogiando al general, encomiando su patriotismo, asegurando que con la de-

bida oportunidad cumpliría lo pactado. Tenía noticia de que nos proponíamos publicar un periódico, que en su opinión podría ser muy importante, inspirado por el general Cabrera.

En cuanto á los militares adheridos al Convenio, había resuelto que se trasladasen á Avila donde formarían un depósito y serían atendidos en lo posible hasta que hubiera medio de ir colocándolos en el ejército.

Ofreció que muy pronto aparecerían en la *Gaceta* los Reales decretos reconociendo al general sus títulos nobiliarios, y me encargó que visitase á Primo de Rivera, Ministro de la guerra, para que me enterara del estado en que se hallaba el expediente del reconocimiento del alto grado de Capitán general de los ejércitos españoles en favor del conde de Morella. No recordaba bien qué dificultades habían surgido; pero se allanarían, ¡vaya si se allanarían!

El bravo y simpático general Primo de Rivera me recibió muy cortésmente, encomió el genio militar de Cabrera, con su natural gracejo indicó que era lástima que hombres como él envejeciesen, y al fin con gran habilidad me insinuó, encareciéndome la mayor reserva, que el expediente estaba detenido porque alquien allegado al célebre guerrillero había indicado que el reconocimiento del grado de Capitán general debía tener efecto retroactivo, considerando á Cabrera como tal príncipe de la milicia desde la fecha en que le otorgó la merced D. Carlos VI, y abonándole

los sueldos devengados desde entonces: cerca de treinta anualidades.

—No he podido creer que haya formulado tal deseo el general—añadió—le juzgo oficiosidad de alguno de esos funestos parientes ó amigos que todos tenemos para desdicha nuestra; pero es preciso aclarar ese punto, y usted que volverá en breve á la frontera, debe aclararle.

—Desde luego aseguro—dije al ministro—que esa pretensión no ha existido ni un instante en el ánimo del general. Antes por el contrario, su intención ha sido siempre renunciar al sueldo. En cuanto yo regrese á la frontera, recibirá usted un telegrama confirmando lo que le he manifestado.

Y así sucedió, como no podía menos de suceder.

Mi conferencia con D. Alejandro de Castro me demostró que aquel hombre de Estado, que pertenecía á la raza de los Talleyrand y los Metternich, estaba sinceramente animado de la mejor voluntad respecto de Cabrera y sus amigos; pero no era posible ir más de prisa en los propósitos que le animaban, porque el gobierno tenía enfrente á los antiguos moderados y á los radicales, resueltos á dificultar sus aspiraciones que eran consolidar la restauración monárquica y rodear á D. Alfonso del mayor prestigio, para que pudiera ser un verdadero regenerador de la patria.

A esto se redujo el resultado de las dos entrevistas que celebré con él, la primera en Madrid que fué interrumpida por apremiantes exigencias del servicio, y la segunda en la Granja, donde es-

taba de jornada y á donde me rogó que fuese al día siguiente para terminar la comenzada conferencia.

En la segunda parte, me insinuó que había agradecido mi extensa carta, me favoreció con unos cuantos amables piropos y me ofreció su valimiento para que obtuviese una posición que premiara los servicios que al lado de Cabrera había prestado al gobierno.

Agradecí su espontánea oferta; pero le aseguré que no solicitaría ni aceptaría cargo alguno oficial.

—Creo—le dije—que los hombres pueden modificar sus opiniones, cambiarlas radicalmente, porque la experiencia disipa ilusiones y subsana errores; pero lo que no juzgo justo y menos delicado, es que esos cambios los utilice en su provecho quien los realiza.

Elogió mi teoría, que calificó de excepcional, y seguramente me compadeció en su fuero interno. Con semejante modo de pensar, poco ó nada podía prometerme.

Pero estaba resuelto á no pedir al gobierno gracia alguna. Ante el temor de no recuperar fácilmente lo que había perdido al emigrar, retoñó en mi ánimo el antiguo deseo de conseguir la creación en el Conservatorio de Música y declamación de la cátedra que tanto me había preocupado, y bien comprenderá el lector que en aquellas circunstancias habría sido fácil para mí ver satisfecha mi aspiración; pero mi incurable quijotismo

no me permitía aprovechar aquella migaja del festín.

Antes de emprender el viaje de regreso á la frontera, celebré con mi antiguo amigo el ya Conde de Morphy, una larga y sustanciosa conferencia.

Después de tributar entusiastas elogios á las en su concepto excepcionales cualidades de D. Alfonso, me aseguró que el principal propósito del joven monarca era cambiar completa y radicalmente el espíritu del país. Iría poco á poco quitando importancia á lo que hasta entonces se había calificado de política, dándosela á la educación é instrucción de todas las clases sociales, á la cultura, á la industria, al comercio, á las ciencias, las letras y las artes.

El bello ideal del monarca era transformar á España, hacer que entrase de lleno en el concierto europeo, asemejarse más á Carlos III que á los demás reyes de la dinastía que representaba, y lograr de este modo que el progreso intelectual y moral reemplazase á las intrigas políticas y financieras, á las discordias civiles; en una palabra, al lamentable atraso en que después de la gloriosa guerra de la Independencia había vivido España.

Aquellos propósitos que el Conde de Morphy me comunicaba con una sinceridad y una convicción profundas renovaron, aunque no con el primitivo entusiasmo, mis perdidas ilusiones.

Pronto ampliaré los pormenores de este que

llamaré epílogo de mi peregrinación por el campo de la política.

Algo hablamos en aquella entrevista del general Cabrera y no le oculté la poca formalidad, por no decir perfidia, de que era víctima; pero no insistí mucho, porque conociendo al Conde de Morella cuyos sentimientos monárquicos, aun innominados, estaban muy arraigados en su alma, temí que le desagradase lo que podía parecer una queja.

El secretario de D. Alfonso me aseguró que el joven monarca profesaba gran afecto al general y me anunció que deseando enviarle su retrato con dedicatoria autógrafa, aprovecharía mi regreso á la frontera para que fuese portador de él.

LVII

El 19 de Agosto salí de Madrid y por el inevitable camino de Canfranc me dirigí á Toulouse, donde se hallaba el Conde de Morella con su antiguo secretario La Llana y su ayudante Juarez de Negrón.

Lo más satisfactorio que pude comunicarle fué los propósitos del joven rey que me confió su secretario. También le satisfizo el retrato de don Alfonso, porque le estimaba muy sinceramente.

Como siempre, durante aquel período de lucha, tan pronto parecía resuelto á ir á Madrid y entrar de nuevo en la vida activa, como á retirarse á Londres y no volver á ocuparse para nada ni de

D. Carlos, ni de D. Alfonso, ni de su gobierno, ni siquiera del carlismo.

Este último propósito era el dominante en él, y perdida en mi ánimo toda esperanza de que su sacrificio redundase en provecho del partido carlista, le manifesté que siéndole ya inútiles mis servicios, convenía á mis intereses particulares regresar á Madrid con mi familia.

Después de una larga conferencia, en la que manifestó más pena por la situación en que yo quedaba que por la suya propia, me dejó en completa libertad.

—Regrese usted á España—me dijo—si tal es su deseo y su conveniencia; pero le ruego que por lo menos durante dos meses continúe desempeñando el cargo de secretario particular mío. En este tiempo necesito en Madrid una persona de confianza que me informe de cuanto ocurra y pueda interesarme, que desempeñe las comisiones políticas ó particulares que le encargue. De este modo, además de mostrarme que la adhesión de usted no me falta, si tarda Caso en obtener permiso para el proyectado periódico ó no se consigue, con los honorarios que de mí reciba aumentará usted sus propios recursos.

—Mi propósito—añadió afectuosamente después de una breve pausa—ha sido proporcionar á usted una situación desahogada, independiente, digna de las condiciones que usted posee y de la lealtad conque me ha servido, por lo que mientras viva, conservaré á usted el más sincero afecto.

Permanecí en Toulouse organizando los documentos y cartas que se habían recibido durante mi ausencia, los que llegaron en los cuatro días que estuve al lado del general, y en aquel breve espacio de tiempo continuaron las fluctuaciones. Daba pena ver á un hombre de la energía y de la historia del general bajo el peso de un doloroso desengaño exacerbado por un secreto remordimiento, sosteniendo una terrible lucha íntima.

Comprendía que una retirada silenciosa destruiría la leyenda de su carácter y entonces pensaba que debía ir á Madrid, protestar ante el rey y ante el país de la conducta del gobierno; pero no tardaba en conformarse con su triste suerte.

Su antiguo secretario La Llana, cada día más enfermo y abatido, le recordaba que debía pensar en su salud, en la Condesa, que deseaba su regreso á Londres, en lo estéril que era en política el combate entre la lealtad y la perfidia, y este lenguaje de la razón, de la conveniencia, hasta estoy por decir del instinto de conversación, triunfaba al fin.

No pudiendo detenerme, porque había escrito á mi esposa que preparase lo necesario para nuestro viaje á Madrid, celebramos la fiesta de San Ramón el 30, y anuncié al general que el 1.° de Septiembre me trasladaría desde Biarritz á Pau con mi familia y que dos ó tres días después saldríamos por Canfranc para Zaragoza y Madrid.

Me dió su retrato para D. Alfonso, nos despedimos, me abrazó cariñosamente, me reiteró sus

ofertas, y en la madrugada del 31 abandoné, no sin profunda pena, al gran caudillo.

En la mañana del 1.° de Septiembre salí con mi mujer y mis hijos de Biarritz; nos detuvimos una hora en San Juan de Luz para despedirnos, no sin tristeza, de los condes de Belascoain á los que tanto afecto y atenciones debíamos, de otras familias amigas y proseguimos el viaje hasta Pau.

Decidí detenerme un par de días en aquella interesante ciudad para que mi mujer y mis hijos visitasen el *Chateau*, cuna de la dinastía de los Borbones, y admirasen los hermosos paisajes de los alrededores, sobre todo el célebre *Pic du Midi*.

Al regresar á nuestro hospedaje en la tarde del día 2 nos sorprendió la presencia del general Cabrera y de su ayudante Juárez de Negrón, que habían recorrido algunos hoteles para buscarme.

Al volver á Biarritz, suponiendo que aún estaría yo en Pau, quiso darme un nuevo abrazo, despedirse de mi mujer y para realizar aquel deseo, que agradecimos, se había detenido en la capital del Bearne.

LVIII

Fué aquella inesperada entrevista la última que celebramos, y al estrechar su mano con efusión y con veneración, no pude menos de admirar una vez más á aquel hombre excepcional que en el crepúsculo triste y sombrío de su vida, derrotado, vencido, ofrecía á mis ojos una grandeza moral

insuperable, sacrificando á la paz y á los afectos íntimos de su alma los timbres de su gloria, su carácter enérgico y hasta su porvenir histórico.

En aquel momento recordé rápidamente cuanto me había referido de su pasado en nuestras excursiones por las carreteras de Biarritz á la Negresse, á Bayona, á Bidart, Guetary, los rasgos de su genial carácter, cuanto constituía lo extraordinario de sus campañas ingeniosas y bárbaras, de sus admirables intuiciones.

El giro de la narración de mis recuerdos, superior como sucede siempre á la voluntad del escritor, me ha impedido relatar, como ofrecí, sus sencillas y afectuosas confidencias; pero citaré siquiera sea someramente alguna de las más importantes poco conocida, y algunos rasgos de sus inspiraciones estratégicas.

Cabrera, que adoraba á su madre, accedió á sus ruegos y entró en el seminario de Tortosa para seguir la carrera eclesiástica. Pronto se convenció de que no había nacido para consagrarse á la cura de almas, y obedeciendo á su carácter impulsivo, tanto por la repulsión que sentía á los estudios y á la severa y un tanto hipócrita disciplina del Seminario, como por los disgustos que continuamente surgían entre él y su padrastro, resolvió abandonar el Seminario, abandonar su hogar á pesar del entrañable cariño que le inspiraban su madre y sus hermanos, y buscar un porvenir en la guerra civil que en aquel tiempo asolaba á España.

—No podía darme cuenta—me dijo—de lo que significaban los carlistas y los cristinos. En mi casa donde todos eran muy religiosos, oía decir que los primeros defendían la Religión y los derechos á la corona de D. Carlos, que los segundos, luchaban por sostener en el trono á la hija primogénita de Fernando VII; pero en los momentos en que tomé la resolución de alejarme de mi casa y buscarme la vida como Dios me diese á entender, no podía yo saber si era cristino ó carlista, tenía ansia de ver mundo, de correr aventuras; mi carácter inquieto, luchador, ávido de emociones me empujaba, y en honor de la verdad al verme á alguna distancia de Tortosa, en el campo, solitario, sin conciencia de lo que me convenía hacer, tomé rápidamente una resolución.

Las partidas carlistas y los destacamentos de los soldados cristinos recorrían la comarca; sostenían escaramuzas, á veces combates formales, pero ignoraba donde hallaría á unos ó á otros de los combatientes.

Saqué un pañuelo de aquellos de seda de gran tamaño que se usaban entonces y desplegándole al aire decidí seguir en línea recta el derrotero que marcase, resuelto á incorporarme á las fuerzas que primero encontrase en mi marcha.

Cumplí mi propósito y no tardé en hallar una partida carlista en la que ingresé como soldado raso. El aire, agitando el pañuelo, decidió de mi suerte y fué la mejor que podía convenir á mi temperamento. En el ejército regular no habrían

tardado en fusilarme. En las partidas, mis facul ades y mis rebeldías encontraron la ocasión de manifestarse en las diarias luchas contra el enemigo y muy pronto me capté el afecto de mis compañeros.»

Como yo había leído la historia de su vida militar, y cuantos la lean no podrán menos de asombrarse ante lo inesperado y extraordinario de sus actos, le preguntaba á qué habían obedecido y con su natural ingenuidad me decía que sólo habían obedecido á inspiraciones del momento, á corazonadas. Le parecía entonces natural y sencillo lo que ejecutaba, y después ha seguido pensando que todo en él fué siempre sencillo y espontáneo. Aprovechaba las circunstancias, lo que ideaba lo realizaba inmediatamente y todo le salía bien porque tenía suerte.

La acción que se denominó de los *almendros* fué una prueba de lo que aseguraba. Necesitaba abrirse paso y una fuerte columna del ejército liberal se lo impedía. Los voluntarios que en aquel trance tenía á sus órdenes eran pocos para vencer al enemigo, y sin embargo necesitaba arrollar á la columna para no perecer con los suyos.

Empezaba á anochecer y de pronto observó que á alguna distancia había un bosque de olivos y de almendros, los últimos en flor. Su imaginación vió en aquellos árboles algo parecido á una numerosa partida de carlistas con boinas blancas y acto contínuo mandó á un oficial de su confianza que con unos cuantos soldados de caballería fuese á

escape al punto en donde estaban los olivos y los almendros y ejecutase la orden reservada que le dió.

Como el tiempo apremiaba reunió á sus voluntarios y les dijo:—«O nos abrimos paso y escarmentamos al enemigo ó si tardamos en ir á su encuentro nos aniquila. Son muchos y somos pocos; pero espero un considerable refuerzo. A pesar de la oscuridad podéis ver desde aquí las boinas blancas de nuestros hermanos. Oigo el ruido de los caballos de los que vienen á recibir órdenes. Seguidme, pocos tiros para no gastar municiones, en cuanto estemos cerca de los cristinos á la bayoneta, y con los refuerzos que no tardarán en llegar será definitivo el triunfo. Animo, muchachos. ¡A ellos!

Y enarbolando el garrote que era su arma predilecta, avanzó resuelto seguido de los voluntarios; sorprendieron al enemigo que conociendo las escasas fuerzas con que contaba Cabrera estaba seguro de coparle y apoderarse del terrible caudillo en cuanto acabase de anochecer, y tal fué el denuedo de los voluntarios que después de causar á los cristinos numerosas bajas los pusieron en fuga. Cabrera pudo evitar una funesta derrota y pasar como deseaba á reunirse con otras partídas que le esperaban.

—¿Y el refuerzo?—preguntaron algunos á su jefe.

—¿Lo habéis necesitado?—contestó.

No terminaré esta narración sin revelar al lec-

tor lo que me confió cuando le pregunté cómo teniendo tan buen corazón y siendo tan generoso como era, había fusilado á los prisioneros liberales que estaban en su poder cuando supo que el inhumano general Nogueras había fusilado á su madre y encarcelado á sus hermanas.

Entre los prisioneros había dos ó tres señoras, algunos caballeros distinguidos y Cabrera los trataba con todo género de consideraciones. En las marchas y contramarchas procuraba ofrecerles todas las comodidades posibles; en los pueblos los hospedaba en las mejores casas, comían en su compañía y las sobremesas eran muy agradables porque Cabrera las animaba con su trato cordial y su conversación, siempre amena é interesante.

—¡Ah!—respondió á mi pregunta.—Créame usted, entonces maldije la guerra, no ya entre hermanos sino entre seres extraños y de distinta nacionalidad. Después he seguido maldiciéndola; pero entonces ante el infame crimen cometido á sangre fría por el más tenaz de mis enemigos, ante la idea del martirio infligido á mi adorada madre, la sed de venganza se apoderó de mí con tal violencia que me cegué y sacrifiqué á mis pacíficos prisioneros, sin perdonar á las indefensas mujeres. Destruir, matar fué mi único afán y durante mucho tiempo, hasta que volvió á mi espíritu la resignación cristiana, fuí una verdedara fiera.

—Lo comprendo y hasta lo justifico—insinué—porque no todos podemos ser santos ni mucho me-

nos imitar á Jesús; pero ¿cómo no perdonó usted á aquellas pobres mujeres, que según cuentan imploraron su piedad.

—No, no podía perdonar; pero en la noche del día en que dicté su sentencia de muerte no logré dormir un solo instante. Veía á mi madre resignada, aconsejándome que perdonase á sus verdugos. De ningún modo, en mi corazón no había más que odio, deseo de exterminar á los que me perseguían y ansiaban apoderarse de mí y exterminarme á su vez. Las pobres señoras que sin culpa iban á pagar el sacrificio impuesto á mi madre, me inspiraba en algunos momentos compasión. Podía y debía librarlas de la muerte. Pero de ningún modo. Vacilaba y hasta lloraba, no me avergüenzo al recordarlo. Me calificaba de cruel, de desalmado. Al amanecer, la piedad se apoderó de mi ánimo. Llamé á uno de mis ayudantes decidido á salvar la vida de las señoras y de los que no eran militares; pero al verle sentí de nuevo la sed de venganza y me limité á decirle: «Que fusilen inmediatamente á los que están en capilla, y vuelva usted á anunciarme que mi orden se ha cumplido.» ¡Cuánto he sufrido después durante los periodos de calma y de prosperidad de mi vida! Durante algún tiempo hice horrores: no sabía lo que hacía. Tuvo razón el novelista que me calificó de Tigre del Maestrazgo.

Cánovas pudo vanagloriarse de haber limado las garras de aquel tigre.

Hay que reconocer, aunque sea con indignación

y sentimiento, que la política no tiene entrañas y en muchas ocasiones ni siquiera vergüenza.

LIX

El día 3 de Septiembre salimos de Pau. Para que mi familia disfrutara del precioso paisaje de las orillas de la Gave y al mismo tiempo de las comodidades que no podía ofrecer una diligencia, alquilé nn *landau* y el viaje desde la capital del Bearne hasta Oloron fué un agradabilísimo paseo.

La idea de volver á España, de abrazar á la no olvidada y siempre querida abuelita, al excesivamente bondadoso abuelo, encantaba á mis hijos.

En medio de las interesantes transformaciones que ofrecía el camino que recorríamos y de la satisfacción, reservada en mi esposa, expansiva en mis hijos, no podía yo dejar de pensar en el triste final de la empresa que con tanto entusiasmo y tan buena fe había acometido.

Las esperanzas que habían hecho concebir los panegiristas de D. Carlos se habían evaporado; el numeroso y aguerrido ejército que tantos y tan gloriosos triunfos parciales había alcanzado se desmembraba por momentos, y todo hacía creer que desaparecería en breve, no quebrantado en su fuerza física, pero sí en su fuerza moral; no vencido, pero sí desengañado. Al cabo de ocho años de agitación, de sacrificios, de abnegación, todo se malograba, no sin asombro de los generales y los soldados de la monarquía restaurada.

Mi situación personal me preocupaba y me afligía, pero más me afligía y me preocupaba la de los voluntarios carlistas.

Algunos de éstos se hallaban en Oloron cuando pasamos por aquella ciudad y en la carretera nos cruzamos con otros. ¡Daba lástima verlos!

El carruaje que alquilamos en Pau nos condujo hasta Saint-Port, donde empezaba la carretera española. Había un coche esperando viajeros, en el que dos ocupaban ya asiento: D. Manuel Torrecilla, diputado á Cortes según nos indicó, y su señora, que regresaban de los baños de Aguas Buenas. Emprendimos la marcha con el propósito de cenar y dormir en Canfranc; pero no pudimos realizarle porque apenas tomamos posesión de los cuartos que nos destinaron en la posada y nos disponíamos á saborear la cena, corrió la voz de que una numerosa partida carlista se dirigía á Canfranc, donde seguramente pernoctaría, y esto nos decidió á continuar el viaje.

Montamos de nuevo en el coche, entramos en Jaca á las dos de la madrugada, descansamos hasta las seis, hora en que salía la diligencia para Huesca y sin el menor contratiempo, llegamos á Zaragoza á las ocho de la noche.

Nos esperaban en la estación nuestro tío el médico militar jubilado á quien dí á conocer al principio de este libro, su hermana nuestra querida madre, y nos dirigimos á la casa donde habitaban, calle de Espartero, núm. 3, disfrutando todos de verdadera satisfacción.

Algo diré más adelante de aquella familia de la que formábamos parte. En su compañía quedaron mi mujer y mis hijos mientras que yo iba á Madrid á buscar casa para que al llegar á la Corte pudieran hospedarse sin necesidad de pasar algún tiempo en un hotel.

El mismo día en que llegué me encaminé al barrio de Salamanca y encontré un cómodo y no muy caro piso tercero en la calle de Jorge Juan, núm. 5. Le alquilé, dispuse que se trasladasen al nuevo domicilio los muebles y los libros que amablemente nos habían guardado Casto de Miguel y Jubera, y cuando terminaron aquellas operaciones preparatorias, vino mi familia á reunirse conmigo.

Tenía de nuevo un hogar y no me faltaba la energía suficiente para empezar también de nuevo á reconstituir la modesta posición que dos años antes había abandonado por completo; pero embargaba mi ánimo una profunda tristeza.

Las noticias que publicaban los periódicos eran dolorosas para mí: Cabrera regresaba á Londres; el ejército carlista se deshacía por momentos; los voluntarios abandonaban las armas, volvían á sus hogares ó se refugiaban en la frontera. La inmensa fuerza del carslimo se extinguía como por encanto y el gobierno se gozaba en su obra.

Pronto terminaría la guerra sin haberle costado grandes sacrificios; y sin embargo, Cánovas no político, sino Cánovas pensador, filósofo moralista, había escrito unas páginas admirables de jus-

ticia y de verdad en el prólogo de un libro dedicado al estudio del país vasco-navarro.

«Sabed—decía (1)—los que tanto hablais del reino de las ideas y de la soberanía de los principios sobre las cosas reales, que esos enemigos vuestros—los carlistas—son también hombres de ideas: gente que, de veras y no de burlas, antepone su convicción, su fe religiosa, á todo material interés y á todos los sentimientos mundanos. Sin poder ganar nada, que ya no tuvieran ó no les ofreciérais vosotros con larga mano, vedlos ahí exponiéndolo todo por una idea, hasta sus privilegios históricos. Si sois sinceramente de los que aman las ideas y no los intereses que con frecuencia ellas disfrazan, debiérais respetar, ya que no admirar, sentimientos y principios que tales sacrificios inspiran.

»Pero ¿á qué cansarme—añadía—en persuadir de tales cosas á los que no tienen hecha el alma á alimentos espirituales y morales? Lo que importa es que la incredulidad sepa, á lo menos, que no anda ella sola por el mundo; que hay quien ve ó piensa todavía, lo que ellos ni piensan ni quieren ver por los oscuros caminos de la vida; que los que semejantes convicciones abrigan, son también legítima parte del Estado, y que los hay entre esos creyentes capaces de exigir y quizá de lograr con las armas en la mano, el respeto

(1) Prólogo al libro sobre el país vascongado, del señor Rodríguez Ferrer.

debido á su fe. Tarde es ¡ay! para que se aprenda todo esto, porque gran parte del mal está ya hecho, y lo que más era de temer, imprudentemente se ha provocado y realizado al fin, que es la guerra civil dentro y fuera de las provincias vascas.»

Lástima fué que quien pensaba de este modo como filósofo, como moralista y hasta como político, no aprovechase como jefe del Gobierno la ocasión propicia que se le presentó de conseguir que las masas que profesaban las ideas que tanto entusiasmo le producían y condensaba entonces el general Cabrera, simbolizasen el alma de la patria en el nuevo reinado de Alfonso XII.

LVIII

Aquí debería poner fin á estos recuerdos, y quizás habría sido mejor terminarlos en el libro anterior, porque sensible y doloroso es en su mayor parte cuanto he referido en el presente.

Al regresar de la emigración, contaba yo treinta y nueve años, algunos más de los que constituyen la mitad del período normal de una existencia; y si las dichas y las desventuras de un mozo que marcha en busca de un porvenir, interesan aunque se trate del más insignificante de los seres humanos, las que se experimentan en la edad madura carecen de interés.

Por otra parte, cuantos alcanzan una edad avanzada, saben que los recuerdos de la niñez y de la

juventud se conservan en la memoria con mayor precisión y lucidez que los que al declinar la existencia van marcando el cansancio y el desaliento.

Vencido en la lucha; sin odios, rencores, ni siquiera despecho; obligado á reconstruir la posición que perdí al tomar parte activa en la política; resuelto á conservar en el fondo de mi alma la fe en las ideas ya que la había perdido en las personas, pero también á no utilizar para mi medro las propicias circunstancias en que me hallaba, sólo á grandes rasgos referiré en el séptimo y último libro de estas memorias, las peripecias favorables unas, adversas otras hasta el punto de colocarme en peores condiciones que cuando en París coincidieron el eclipse del Sol y el de mis últimos recursos, que son la historia de mi vida durante los diez años que tardé en realizar mi aspiración constante de buscar, cultivando exclusivamente las letras, el bienestar de mi familia, el porvenir de mis hijos y una vejez desahogada y tranquila.





LIBRO ÚLTIMO

1876 á 1912.

I

Previsor fué el general Cabrera al disponer que continuase siendo su secretario particular desde la Villa y Corte, porque los encargos y comisiones que me confió, en su mayoría de su personal interés, y las visitas que me veía obligado á recibir, y pagar, de los numerosos cabreristas militares y civiles que habían acudido á Madrid, me privaban del tiempo indispensable para atender á otros trabajos.

Mi deseo y mi esperanza de apartarme para siempre de la política, sufrieron un compás de espera que se prolongó más de lo que convenía á mis intereses.

Los antiguos moderados, que más ó menos ostensiblemente habían buscado un *refugium peccatorum* en el carlismo, al recuperar el trono D. Alfonso esperaron alguna participación en el nuevo festín; pero al verse preteridos, volvieron los ojos á la antigua soberana y aspiraron, sin que en prin

cipio fuese rechazada su aspiración, á que la Señora de los tristes destinos anulase la abdicación de sus derechos en favor de su hijo.

Los que perseguían aquel propósito, consideraban á Cabrera como el más poderoso instrumento para obtener el triunfo de sus aspiraciones, y esperaban que la falaz conducta del gobierno impulsaría al general á favorecerlas y realizarlas, siquiera fuese por despecho.

No conocían al conde de Morella los que abrigaban aquella ilusión. No en Octubre y Noviembre de 1875, sino en Marzo del mismo año cuando se ultimaban las negociaciones para el Convenio celebrado al fin, se dieron algunos pasos cerca del general para explorar su ánimo, y el resultado de aquella tentativa debió haberles persuadido de lo inútil de su pretensión. Sin embargo, no se desanimaron.

El primer ministerio de D. Alfonso constaba de elementos heterogéneos: algunos de los revolucionarios, los más templados al parecer, formaban parte de él; pero también había entre ellos dos ó tres moderados, que convertidos en conservadores liberales, no estaban curados del todo de la nostalgia de su antigua filiación.

Cuando solicitó Caso el permiso necesario para publicar el proyectado periódico, que debía titularse *La Paz*, existían ya en el gobierno síntomas de disidencias y antagonismos.

Cánovas era un jefe absoluto; á pesar de su espíritu liberal, teóricamente liberal, no admitía con-

tradiciones, y ante las rebeldías, por modestas que fueran, se convertía en un perfecto déspota.

Era difícil convivir con él y no todos se conformaban con ser esclavos, aunque sus grillos fuesen de oro.

El parecer del gobierno se dividió, aunque tímidamente, ante la solución que debía darse á la pretensión de Caso, que representaba á Cabrera, de publicar un periódico que desde luego era de suponer que contaría con dinero abundante y que podía introducir perturbaciones quizás graves en la marcha que había emprendido Cánovas para consolidar su obra.

Más de dos meses habían transcurrido desde que se presentó la instancia al Gobierno civil, que la envió como es de presumir al Ministerio de la Gobernación, y ni nos concedían ni nos negaban el permiso

Extraoficialmente supimos que se iba á resolver la petición en sentido favorable; después nos enteramos de que habían surgido nuevos obstáculos; más tarde llegó á nuestra noticia que unos ministros opinaban que negarla suponía miedo, en tanto que otros pensaban que dada la actitud en que se había colocado Cabrera, la concesión produciría molestas complicaciones.

Al fin fué rotunda y terminantemente negado el permiso: el proyecto de publicar *La Paz* no pasó de proyecto. La guerra terminó sin desdoro para los vencidos, porque el noble y generoso Martínez Campos supo honrarlos como merecían,

y el general Cabrera, no queriendo ser una nota discordante en aquel concierto de plácemes y satisfacciones, decidió regresar á Londres y aguardar allí triste y solitario el fin de sus días y el fallo de la historia.

II

El año 1875, tan lleno de ilusiones, de esperanzas y al mismo tiempo tan agitado para mí, terminó, como indico al final del precedente libro, ofreciéndome tristes desengaños y dejándome en una situación análoga á la en que me encontré al regresar de París, cuando cesaron mis relaciones con Ríos Rosas.

Las secretarías, que tanto me agradaban, me eran adversas.

Para atender á mi deseo y á mi necesidad de trabajar, juzgué que podía ser un buen negocio editorial y al mismo tiempo una buena obra, la publicación de una revista semanal enciclopédica, como algunas que en Londres y en París gozaban de gran crédito, destinadas á lectores que muy atareados durante los días de labor, deseaban en los feriados enterarse de cuanto acaecía en las esferas de la actividad política, económica y social. En Francia realizaba aquella necesidad intelectual el *Courrier du Dimanche*, que contaba con un crecido número de suscriptores; pero en Inglaterra, donde se considera que el tiempo es oro, las revistas análogas duplicaban y triplicaban el éxito de la francesa.

Me olvidé de que precisamente lo que más sobraba y sigue sobrando en nuestro país es el tiempo y que *matarle*, sea como sea, es poco menos que una necesidad nacional. Pero sin percatarme de este otro axioma, inmediatamente puse manos á la obra; durante el mes de Enero de 1876 se preparó la propaganda y el día 6 del mes siguiente apareció el número primero de *La Semana*, que fué considerado por los del oficio como un modelo de confección.

Constaba de cuatro páginas semejantes á las de los periódicos de mayor tamaño, y en ellas bajo la rúbrica de semanas *religiosa*, *política*, *social*, *científica, literaria*, *teatral, artística*, *agrícola*, *industrial*, *comercial*, *financiera*, etc., escritores especialistas, todos de merecida reputación, informaban á los lectores de cuanto particular y generalmente podía interesarles.

La revista era una novedad, sólo costaba la suscripción dos pesetas el trimestre, su utilidad era notoria y esperé que la propaganda realizada daría un resultado satisfactorio.

Me equivoqué de medio á medio, y al aparecer el número tercero, resolví poner término á la publicación.

Neutralizó aquel fracaso el éxito que alcanzó otro proyecto que confié á D. Manuel María Santana y que aceptó de muy buen grado.

El inteligente é infatigable propietario de *La Correspondencia*, había hecho varias tentativas para neutralizar con una nutrida suscripción en Madrid,

las frecuentes bajas que sufría la venta del periódico; pero todas habían sido infructuosas. Conocedor de su deseo, juzgué que si destinaba en la edición de la mañana de *La Correspondencia* la cuarta parte de cada pliego á un nuevo periódico que podía titularse *Diario de las familias*, utilizando el resto de la composición y la plana de anuncios y dando un carácter de amenidad y utilidad á aquel ingerto, digámoslo así, realizaría á muy poca costa sus aspiraciones el siempre afortunado periodista.

Mi proposición le pareció bien, quedamos de acuerdo hasta en los más minuciosos pormenores, por cada suscripción me daría un tanto equitativo en vez de un sueldo fijo, y según la costumbre tan generalizada en nuestro país, dejamos para el *mañana* tradicional la redacción y la firma de un contrato que formalizase nuestro convenio.

Por de pronto me limité á buscar la colaboración de Castillo y Soriano, cuyo flexible ingenio le ha servido en todo tiempo para espigar en el vasto campo de la literatura saliendo airoso en sus empeños, la de Ossorio y Bernard, siempre inteligente, laborioso, amable, y el día 23 de Enero de 1876 sorprendió *La Correspondencia* matinal al público con la novedad del microscópico aditamento.

El éxito que alcanzó *La Correspondencia* llevando en brazos al *Diario de las familias*, fué superior á lo que podíamos presumir. A fines de Febrero habían ingresado en las listas más de seis mil suscriptores y todo me hizo suponer, que al

menos durante algún tiempo, podría atender con holgura á mis obligaciones.

Tampoco se realizó esta esperanza. Santana no recordaba las bases de nuestro convenio verbal, me asignó un sueldo, el mayor que hasta entonces había pagado á los redactores de su popular periódico; pero como con él apenas podía cubrir lo que importaba la colaboración que me era necesaria, al finalizar el segundo mes me ví obligado á renunciar á aquella *prebenda*.

No por eso dejamos de ser buenos amigos el ya opulento periodista y yo: con Santana no había medio de incomodarse. ¡Era tan andaluz, tan simpático!

Pero yo necesitaba ganar dinero, á Castillo y Soriano le pasaba otro tanto y en poco tiempo enjaretamos dos ó tres comedias en un acto que se representaron en el teatro Martín y un apropósito cómico titulado *La Fiesta de San Isidro*, que gracias á Gabriel Castilla, director de la compañía que actuaba en el teatro de la Comedia y á la genial Balbina Valverde, alcanzó buen éxito y se representó no sólo en el período de las fiestas, sino hasta mediados de Junio.

Un mes antes de que terminase la temporada, escribimos una comedia en dos actos y en verso titulada *El sombrero del ministro*, que también tuvo suerte, y con el producto de las representaciones de las indicadas obras y la cesión que hicimos de su propiedad á la antigua casa editorial de D. Alonso Gullón, que ya pertenecía á su hijo

político D. Florencio Fiscowich, pude nivelar mi presupuesto doméstico. Buena falta me hacía, porque á la sazón contaba cuatro hijos, nacido el último en Abril de 1876, y la educación de los mayores y el sostenimiento decoroso de mi familia, me obligaban á emprender en la esfera literaria todo género de trabajos.

Existía entonces junto á la verja de los jardines del Buen Retiro, al principio de la calle de árboles del Prado que conduce directamente al Dos de Mayo, un teatro construído á la ligera que se denominó *Teatro Felipe*, no recuerdo si porque costeó su endeble fábrica el popular Ducazcal ó como un homenaje á las generales simpatías de que disfrutaba el antiguo jefe de la partida de la Porra, que fué también durante algunos años empresario del teatro Español.

En aquel coliseo al aire libre, que en todas las funciones, ya por horas, se llenaba de espectadores, alcanzó gran éxito una zarzuela titulada *¡A los toros!* escrita por Ricardo de la Vega, el gran discípulo de D. Ramón de la Cruz, á quien si no en la cantidad, aventajó en la calidad de sus sainetes.

Castillo y Soriano, en aquella época mi asiduo colaborador, y yo, escribimos en algunas horas otra zarzuela titulada *¡De los toros!*, que como es de suponer no agradó tanto al público como la de Ricardo de la Vega. Se va á los toros con entusiasmo, se vuelve de los toros con desaliento. Pero nuestra improvisada zarzuela se representó

muchas veces y dió dinero, como se dice en el *caló* que se habla entre bastidores.

El teatro y el periodismo me proporcionaron los medios de vivir, no siempre con holgura, hasta que en 1878 mejoró y en cierto modo se normalizó mi situación económica.

III

Carlos Frontaura, que en su popular *Cascabel* había condenado y ridiculizado con su peculiar gracejo la empleomanía, tuvo ocasión de conocer á Cánovas, que según le dijo había pasado buenos ratos leyendo sus originales y graciosos artículos, y aunque el festivo escritor era en la vida íntima el hombre más silencioso y taciturno de su tiempo, el político y el enemigo de los políticos congeniaron y el primero ofreció al segundo un gobierno civil que aceptó.

Con este motivo resolvió Frontaura vender la propiedad del *Cascabel,* que aunque había decaído mucho, conservaba todavía una numerosa clientela.

En Febrero de 1876 me propuso la adquisición del popular semanario en condiciones no muy ventajosas, porque tendría que servir más de 3.000 suscripciones de año que había cobrado, y si el cambio de redacción aminoraba la venta, el comprador corría el riesgo de perder una importante cantidad en el primer año.

Veía yo por entonces con frecuencia á D. Jacin-

to María Ruiz, que se mostraba dispuesto á auxiliarme para realizar el proyecto que le sometí y le pareció bien, de un periódico de información. Cuando le enteré de la proposición de Frontaura me estimuló á aceptarla. El crédito de aquel semanario podía servirme para dar malos ratos á algunos políticos; la forma festiva era más eficaz que la seria y pretenciosa de los diarios, y ¿qué podía suceder? que no alcanzasen los ingresos á cubrir los gastos. Eso no debía arredrarme; deseoso de favorecerme, me ayudaría á sufragar las pérdidas.

Adquirí la propiedad del *Cascabel*, y con la colaboración de Castillo y Soriano y de Manuel Jorreto, que por entonces había alcanzado alguna fama como poeta y como dibujante, continué la publicación del festivo semanario; pero ni mi modo de ser ni mi estilo eran los de Frontaura, y como por otra parte sus asíduos lectores no habían visto con buenos ojos que quien tanto había censurado á los presupuestívoros aceptase un lugar en el festín del presupuesto, la venta bajó considerablemente y en Abril de 1877 resolvimos Castillo y yo poner término á la publicación; pero Jorreto se ofreció á continuarla, le cedimos graciosamente aquella propiedad que no nos había proporcionado más que disgustos, y no dándome por vencido á pesar de mis fracasos periodísticos, dediqué mi actividad á un nuevo proyecto que al fin se realizó, como en breve verán los lectores, con el concurso de hombres importantes.

IV

No puedo recordar cómo ni en qué circunstancias conocí á un joven de claro y perspicaz talento, de carácter en apariencia enérgico, audaz con discreción y ambicioso con gran cautela. Se llamaba Francisco de Paula Enciso, era secretario particular del Conde de Heredia Spínola, á la sazón gobernador civil de Madrid, y tan bien desempeñaba sus difíciles funciones, que su jefe le estimaba muy de veras y había depositado en él toda su confianza.

Dotado con muchas de las cualidades necesarias para ser un perfecto político, no había cultivado más que someramente su natural ingenio. Conocía algunos de mis trabajos literarios, se aficionó á mí, me fué simpático y aceptó con entusiasmo el plan de un nuevo periódico que me habían inspirado mis por entonces frecuentes entrevistas con el Conde de Morphy.

Novelista antes que todo, con más imaginación que reflexión á pesar de los años y de los recientes desengaños que había sufrido, oía con deleite á mi antiguo condiscípulo los propósitos, que ya he indicado, del joven rey.

Para realizarlos era preciso un esfuerzo supremo. Nada podría hacerse en beneficio de la transformación del país que deseaba el monarca, mientras que los partidos políticos luchasen y los periódicos de diversas opiniones agitasen al país.

Se imponía la formación de un gobierno que ejerciese temporalmente una dictadura, enérgica contra todo lo que significase política, favorable al desarrollo de los intereses morales, intelectuales y económicos de la patria, y creíamos que presidido por Martínez Campos, debían formar parte de él acreditados especialistas, sin carácter político y de absoluta moralidad.

Como mi plan obedecía á un deseo muy generalizado, tanto en las clases víctimas de la política, como en bastantes personas que se preocupaban de la cosa pública, el secretario del gobernador creyó no sólo conveniente, sino posible su realización y con su característica actividad se asoció á mí para ponerle en práctica.

Era amigo de un militar, entonces de reemplazo, D. Celestino Unanua, que había tomado parte en la campaña de Cuba á las órdenes del general don Manuel Cassola, con quien había regresado á la Península después de la paz del Zanjón, disfrutando de su más absoluta confianza y mereciéndola, porque era un navarro en toda regla.

Enciso y él se veían á menudo, mi consocio le comunicó nuestro plan y deseó dar cuenta de él al general Cassola cuya superior inteligencia era reconocida y admirada, y á quien Martínez Campos había distinguido considerándole como un importante colaborador en la empresa militar y política que puso término á la guerra de Cuba. Si aprobaba nuestro proyecto, su realización sería fácil porque con su influencia lograría vencer los es-

escrúpulos que seguramente alegaría Martínez Campos para no aceptar la dictadura base de nuestro plan.

No tardó el general Cassola en contestar á la detallada carta que le escribí de acuerdo con Unanua y Enciso, aprobando el pensamiento en principio, indicando algunas modificaciones para su desarrollo é invitándome á conferenciar sobre el particular.

Como Enciso y yo habíamos convenido en que el periódico que deseábamos publicar fuese propiedad de una sociedad comanditaria, desde luego suscribió Unanua diez acciones; D. Jacinto María Ruiz á quien confié nuestro propósito, leí la carta de Cassola y enteré del resultado de las conferencias que con él había celebrado, suscribió otras diez.

Algunos amigos particulares tomaron para complacerme dos, cuatro ó cinco cada uno; Enciso colocó á su vez acciones en la misma proporción que yo y con las liberadas que nos correspondían como iniciadores del pensamiento, se completó el cupo de las que debían representar el capital social.

Entre los accionistas que proporcionó Enciso figuraba como suscriptor, también de diez participaciones, un joven que según me indicó mi consocio había terminado la carrera de leyes, poseía una importante fortuna y pensaba interesarse en la marcha política del país.

Nuestro plan le agradó, fué presentado por Una-

nua al general Cassola, conversó ámpliamente con él y se mostró decidido á contribuir á que el periódico realizase sus fines con el capital reunido ó sólo con su auxilio si la sociedad comanditaria llegaba á disolverse.

Enciso me puso en relaciones con él, tuve pronto ocasión de conocer á fondo su clara y perspicaz inteligencia, y lo que más valía, su alma nobilísima y generosa. Acababa de entrar en posesión de una fortuna considerable, y no solo no le envanecía su brillante posición, sino que caracterizaban su trato la bondad, la sinceridad, la ingenuidad unidas á una seriedad austera y al mismo tiempo amable. Su nombre era D. José de la Presilla.

Llano y sencillo sin incurrir en la familiaridad, era difícil llegar á su corazón; pero los que llegaban después de un minucioso y discreto examen, podían estar seguros de vivir en él mientras no perdiesen las cualidades que les habían servido para ganar aquel puesto, no solo de honor sino de amor.

Más de treinta y cinco años han transcurrido desde que estreché por primera vez la mano del joven cuyo bosquejo moral acabo de trazar, y desde entonces ni la más leve sombra ha empañado la sincera amistad que nos ofrecimos. Durante este tiempo ha figurado en el no muy numeroso grupo de los hombres políticos de absoluta probidad, de constante lealtad á sus creencias. Sin más ambición que la de ser útil á su patria, no solicitó al

tos cargos, sólo aceptó el de Presidente de la Diputación provincial de Madrid, y como diputado á Cortes, senador electivo y en la actualidad senador vitalicio, ha estado siempre al lado del orden, de la verdadera libertad, de la más severa justicia, pudiendo asegurarse que tanto sus correligionarios como los adversarios de sus ideas políticas, han sido leales, cariñosos amigos suyos y admiradores de su recto espíritu y de su inagotable generosidad.

En la empresa que acometimos con su activo y eficaz auxilio, desplegó las cualidades y virtudes que le he reconocido y reconocerán cuantas personas le han tratado.

Más adelante recordaré algunos pormenores de nuestras no interrumpidas y siempre cordialísimas relaciones: ahora juzgo oportuno y hasta interesante dedicar algunas líneas á la *Gaceta Universal*, que así se tituló el periódico destinado á contribuir á la formación de un gobierno dictatorial presidido por Martínez Campos.

V

La sociedad comanditaria se constituyó en uno de los primeros días de Junio de 1878 en el hotel que habitaba D. Jacinto María Ruiz en la calle de Villanueva. En aquella junta á la que asistieron la mayor parte de los accionistas, fué discutido y aprobado el reglamento que debía regirla, se fijó el plan político que el director del periódico

debía desarrollar; me designaron para este cargo, más por mi expericiencia periodística que por mis condiciones de político, y el nuevo diario apareció poco después, encargándose mi consocio Enciso de la dirección económica.

El primer contratiempo que salió á nuestro encuentro fué la resuelta y obstinada negativa de Martínez Campos. ¿Él, dictador? ¡Jamás! Daría su vida por la patria, por el rey: todo menos sacrificar su amor á la libertad, todo menos lo que significase dictadura.

Al saber que el general Cassola, que tanta influencia ejercía en su ánimo, no logró convencerle, sentimos gran desaliento; pero no podíamos prescindir de realizar nuestro propósito, si no con el hombre que nos parecía indispensable, al menos con las ideas que juzgábamos salvadoras y fecundas.

Transcurrieron unos cuantos meses, en los que el periódico ganó amigos y suscriptores entre los que pensaban que, en efecto, importaba más el desarrollo de los intereses morales y materiales del país, que las maquinaciones políticas, y seguimos juzgando con independencia los actos del gobierno; pero nos faltaba el hombre que encarnase nuestra aspiración, y surgieron disidencias entre los accionistas.

No he de revelar lo que pasó en el seno de la última junta que celebró la sociedad comanditaria á instancia mía para renunciar el cargo que desempeñaba. Me habían trazado un plan y no era

posible realizarle; los que mayor número de acciones poseían no estaban de acuerdo entre sí, cada cual deseaba que el periódico defendiese lo que suponía más oportuno, y convencido de que para continuar en mi puesto necesitaba perseguir un fin político, resuelto á apartarme en absoluto de la política, insistí en mi renuncia. Unanua adquirió las acciones que sus propietarios le cedieron, y la *Gaceta Universal* fué poco á poco identificándose con el partido liberal que dirigía Sagasta.

No recuerdo cuándo cesó de publicarse aquel periódico, al que dió importancia la creencia de que era su inspirador el general Cassola; pero sabido es que más tarde, cuando se reconoció lo mucho que valía, fué ministro de la Guerra en una situación liberal y demostró su competencia como militar y como estadista.

Lástima grande fué que en el período mejor de la vida falleciese aquel hombre de genio á quien todo sonreía, y que con su talento y su prestigio habría podido prestar importantes servicios á su patria. Una estátua perpetúa su memoria en los jardines del barrio de Argüelles; pero en la esfera de la política activa, donde la ingratitud vive y prospera, se ha olvidado su nombre, uno de los más gloriosos del pasado siglo.

Antes y después de cesar la publicación de la *Gaceta Universal*, continuó la política su marcha triunfal aumentando los sacrificios de los contribuyentes, haciendo caso omiso de la ley

cuando lo juzgaba necesario á sus fines; y como los reyes constitucionales son adulados, lisonjeados y hasta endiosados mientras contemporizan con los políticos influyententes y con los cortesanos aprovechados, los buenos deseos del joven monarca fueron aplazándose, difuminándose Su boda con la adorable reina Mercedes, que tan simpática fué á los monarquicos españoles, absorvió la atención de D. Alfonso, á quien la prematura muerte de su amada esposa causó honda pena; y como también poco después la razón de Estado le obligó á contraer nuevas nupcias, lo definitivo quedó relegado al famoso *mañana* provisional que nunca llega, los laudables propósitos que tanto entusiasmaban al Conde de Morphy, contagiándome su entusiasmo, se limitaron al *modus vivendi* tradicional, á las intrigas políticas, á los negocios financieros, al turno pacífico con su cuenta y razón de los dos clásicos partidos, y á las alegres fiestas que organizaba de vez en cuando en su magnífica y solitaria posesión de Algete el Duque de Sexto, á quien según contaban los palaciegos, no miraba con buenos ojos la augusta esposa del monarca. Hay enfermedades que no tienen remedio: la que padece nuestro país es una de ellas.

VI

En todo tiempo ha sido en España imposible ó por lo menos muy difícil, vivir exclusivamente del producto de las letras. Los más ilustres lite-

ratos, lo mismo que los más modestos, han necesitado pedir al presupuesto de la nación ó á la protección de los magnates, el pan de cada día. Martínez de la Rosa, Hartzenbusch, Rubí, García Gutiérrez, Espronceda, Campoamor, Ayala, cuantos cultivaron las letras, con raras excepciones, han necesitado buscar en la política, en la administración oficial ó particular, unos la base principal de su subsistencia y otros el medio de aumentar sus comodidades ó de realizar sus aspiraciones de grandeza.

Campoamor, admirado y protegido por los moderados, inauguró sus funciones administrativas como jefe político de una provincia en la que encontró la fortuna y la felicidad. Conoció á la que fué su amante compañera, realizó una boda á la vez de inclinación y de conveniencia, y aseguraba que con sus versos no había ganado un céntimo. Era rico y regalaba á los editores sus *Doloras*, sus *Poemas*, cuanto producía su peregrino ingenio. Le sonreía la dicha, su buen humor era inalterable, y si desempeñó altos cargos, si fué en varias legislaturas diputado... por Romero Robledo, como él decía con su jovial y encantador escepticismo, más fué por compromisos políticos que por voluntad.

Eusebio Blasco, cuyo prodigioso ingenio le permitía libar en todos los géneros literarios y producir sabrosas mieles, á pesar de ganar mucho dinero con sus comedias, con sus originales periódicos, como *El Garbanzo*, con sus novelas y hasta

con sus versos, tuvo necesidad de libar también en el presupuesto.

Recuerdo que durante algún tiempo hubo un aficionado á editor que contrató con él comprarle al año la propiedad de dos comedias en tres actos, dándole por cada una mil duros, y era tal la facilidad con que Blasco escribía sus obras teatrales, por lo general sin previo plan, al azar de lo que saliera y siempre salía bien, que en ocho, en quince días á lo más, si otras ocupaciones no se lo estorbaban, escribía una preciosa comedia que lograba siempre éxito.

No le bastaban aquellos ingresos para vivir con el lujo y la magnificencia que necesitaba, porque era un aristócrata que de tener las rentas del famoso Duque de Osuna, habría eclipsado á aquel legendario magnate.

Fué un modelo de hijos, un modelo de esposos y un modelo de padres. Aunque por mi carácter retraído vivía poco entre mis compañeros de oficio, de los que nunca fuí camarada como ya he dicho en otra ocasión, puedo afirmar que cumplió con la más absoluta probidad sus deberes familiares, sin que le dominara ningún vicio, correcto siempre en su trato, naturalmente generoso y trabajador incansable.

Pero no era cosa rara en él quedarse sin un céntimo á los pocos días de haber cobrado sumas crecidas. Tenía la manía de las grandezas, caprichos costosos por poseer objetos de lujo, de arte; le agradaba vivir á lo príncipe y cuando empeza-

ron á estar de moda los *grooms* con sus vistosas libreas, fué uno de los primeros que utilizaron aquellos elegantes servidores.

El dinero se evaporaba en sus manos; con la misma facilidad daba á sus amigos apurados, como pedía á sus amigos que disfrutaban de prosperidad.

Podría referir muchas anécdotas que le caracterizarían. Sólo contaré una.

En un día de apuros encontró en la calle á Constantino Gil, uno de los poetas humoristas y autores cómicos más aplaudido y festejado del pasado siglo, que pertenecía á una ilustre familia, era poseedor de una pingüe fortuna que ha sabido conservar y que además de hombre de peregrino ingenio, podía ser considerado como modelo de orden y de probidad.

—Celebro encontrarte—le dijo Blasco.—He agotado mis recursos y hasta mañana ó pasado no estaré en fondos. Vas á prestarme cinco duros que necesito indispensablemente.

—Con mucho gusto—contestó Constantino dándole una de aquellas monedas de oro que entonces corrían, y que corrieron tanto que las generaciones que se han sucedido en los últimos treinta años, ni siquiera de vista las conocen.

Siguieron juntos charla que te charla, y en el escaparate de la *Dalia Azul*, que estaba por aquel tiempo en la Carrera de San Jerónimo, vió Eusebio Blasco un bastón que le entusiasmó.

—¡Qué precioso!—exclamó—¡y qué original! ¡y

qué elegante! Vamos á preguntar por gusto cuánto cuesta.

El bastón valía cinco duros y le compró. Poco después encontraron los dos amigos á Antonio Vico, el inolvidable y genial actor.

—Qué bonito es el bastón que llevas—dijo á Blasco.

—¿De veras te gusta?

—Mucho.

—Pues te lo regalo.

—Y yo le acepto como un grato recuerdo de tu amistad y tu buen gusto.

Con la mayor tranquilidad del mundo se quedó sin dinero y sin bastón.

No extrañó á nadie que necesitara pedir á Romero Robledo un empleo. Le obtuvo en la Dirección general de Correos, y por cierto que un día nos encontramos en la escalera del edificio de la calle de Carretas, que después de haber dado albergue á la Imprenta Nacional, se transformó en Dirección de Comunicaciones.

El subía y yo bajaba.

—Me alegro de este encuentro—me dijo.—¿Sabes por dónde se va al despacho del habilitado?

—Me extraña que lo ignores—contesté.—¿No te han nombrado oficial de Correos?

—Sí; pero como no vengo más que una vez al mes á cobrar la paga, se me olvida el camino y siempre tengo que preguntar.

Después se fué á París, donde no tardó en escribir el francés como el más correcto parisién; fué

redactor de *Fígaro*, vivió con el esplendor que necesitaba, y al fin, cansado y enfermo, aunque siempre animoso y siempre con ingenio lozano, volvió á Madrid donde todavía encontró admiradores; pero no el bienestar que de haber sabido conservar lo mucho que había ganado, le habría permitido pasar una apacible vejez con su familia á la que adoraba y de la que era adorado.

VII

No todos los que necesitaron del presupuesto, como funcionarios modestos si no eran políticos ó si lo eran como funcionarios de alta jerarquía: directores, subsecretarios ministros ó diplomáticos, poseían la fortuna de Campoamor ó la prodigiosa fecundidad literaria de Blasco.

Sólo los novelistas populares como Fernández y González, Escrich, Ortega y Frías, Parreño, Tárrago; todos los que como yo, en Madrid y Barcena cultivaron las entregas, ganaron durante algunos años crecidas sumas. Entonces y después; es decir desde que empezaron á cobrarse los derechos de las representaciones teatrales, los autores dramáticos han sido los únicos que han podido vivir con holgura y hasta con esplendidez, de los productos de su ingenio unos y de los de su habilidad otros, observándose que las ganancias de los primeros han sido y siguen siendo inferiores á las de los segundos.

En cuanto al periodismo, que al convertirse en

industrial ha proporcionado á algunos fundadores de periódicos importantes fortunas, no ha sido en todo tiempo más que *pane lucrando* para los que podrían llamarse jornaleros de la prensa. Actualmente hay algunos que cobran sueldos de importancia; pero se da el caso de modestos periodistas, que conversando todos los días con ministros, diputados, senadores, generales, magistrados, y disfrutando el privilegio de interrogar á estos prohombres con familiaridad y hasta con impertinencia, ganan poco más y á veces menos que un buen oficial albañil ó un hábil oficial carpintero.

Aquellos tiempos y lo mismo los actuales, no fueron ni son favorables á los que aspiran á vivir sólo de labor literaria.

VIII

Cuando me ví obligado á abandonar la dirección de la *Gaceta Universal*, quedaron reducidos mis haberes á los cien francos mensuales del *Correo de Ultramar*, que no me faltaron hasta que cesó su publicación, y á los veinte ó veinticinco duros, también mensuales, que me pagaba el *Diario de Avisos* de Zaragoza por las *Cartas del Domingo* que le envié durante algunos años. Necesitaba por tanto nuevos recursos, siendo encontrarlos cosa difícil, como acabo de indicar, y no cesé de buscarlos.

Escribí para la *Ilustración* que publicaba en Barcelona el editor Luis Tasso y para otro perió-

dico, también ilustrado, de mi antiguo editor Manini. Con la colaboración de Castillo y Soriano, que no era por entonces más afortunado que yo, escribí una zarzuela en tres actos titulada *Los barrios bajos*, que se representó en Febrero de 1878 en el teatro de Apolo. Era empresario y director de escena el popular Arderíus, que con su natural talento y su aprovechada experiencia en asuntos teatrales, aclimató en España el género bufo que tanto auge disfrutaba en Francia, lo que le proporcionó muchos éxitos y una buena fortuna, que supo conservar al retirarse antes de que le retirasen, como decía con su serio é imperturbable gracejo á los que lamentaban su acertada resolución.

Aun á riesgo de incurrir en una nueva digresión, voy á dedicar algunas líneas á aquel genial artista.

Ninguno con más arte y podría decirse con más relativa dignidad, ha mantenido durante muchos años la hilaridad del público, que después de reir las gracias del actor cuando estaba en escena, fuera del teatro le consideraba, le respetaba y le quería sinceramente.

Le conocí cuando fuí alumno del Conservatorio, porque entonces tomaba parte como yo en la representación de comedias caseras. Era hijo de una actriz que gozó de mucha boga, María Bardán, y cuantos le tratamos como compañeros, lo mismo que después autores, actores, sus amigos particulares y el público, admirábamos la natural

seriedad con que decía los más sabrosos é intencionados chistes y la formalidad con que ejecutaba los actos más original y atrevidamente cómicos.

No recuerdo qué obra se representaba con gran éxito en el teatro Español en la temporada del año 1851 á 52, probablemente sería *Isabel la Católica*, de Rubí; ello es que todas las noches se llenaba el clásico coliseo, y en una de ellas, hallándonos con Arderíus varios mozalbetes, sobre poco más ó menos de su edad, en el saloncillo del teatro de Variedades, de cuya compañía formaba parte su madre, manifestó uno de los circunstantes vivo deseo de asistir al espectáculo que tanto llamaba la atención.

Todos los que allí estábamos coincidimos en la misma aspiración y Arderíus exclamó:

—¿Por qué no os dais ese gustazo?

—Porque no tenemos entrada en ese teatro, ni tampoco dinero para comprarla.

—Si tanto es vuestro empeño, mañana podreis realizarle. Os convido desde ahora á ver esa función.

—¿A todos?—preguntó uno.

—A todos los presentes y más que vengan. Cada uno de vosotros puede traer un compañero.

—¿De veras?

—Como lo oís.

Y hablaba con tal formalidad, con tal aplomo, que no había más remedio que creerle.

—Mañana á las ocho en punto—añadió—os es-

pero en la puerta del café de Venecia. Allí nos reuniremos, contaré los que seais y cumpliré lo prometido. Por supuesto que no os ofrezco más que la entrada en el teatro: una vez dentro, os arreglareis como podais para ver la función.

Quedamos de acuerdo, en la siguiente noche á la hora señalada acudimos á la cita y llegamos á la puerta del Teatro Español al mismo tiempo que pugnaban por abrirse paso numerosos espectadores. Todo auguraba un lleno completo.

Arderíus, que iba delante de nosotros, nos dijo con la mayor formalidad para que lo oyeran los empleados que recibían los billetes:

—Vayan ustedes entrando con mucho orden, y dirigiéndose á los empleados del teatro, añadió:

—Pueden ustedes ir contándolos.

Supusieron los que guardaban la puerta que al final les entregaría los billetes, y uno de ellos contó en alta voz á los que iban entrando y se confundían con el público.

Creíamos que, en efecto, tenía Arderíus las entradas, y hasta que nos reunimos en uno de los pasillos durante el primer entreacto, no nos enteramos del desenlace de aquella escena tan ingeniosa como picaresca.

Cuando pasó el último de los diez y ocho convidados, se registró Arderíus los bolsillos como para buscar los billetes y exclamó de pronto:

—¡Pícara memoria! Ahora recuerdo que lleva los billetes uno de los amigos que ha pasado. Voy á buscarle y los traeré en seguida.

Sin hacer caso de las reclamaciones que formuló el empleado, se escabulló entre la gente que seguía afluyendo, y todos vimos la función sin que nuestro anfitrión gastase más que su habitual imperturbabilidad.

Siempre fuimos buenos amigos, y cuando le hablé de la zarzuela *Los barrios bajos*, le agradó el asunto y deseoso de complacerme si le era posible, me pidió el manuscrito para leerle en seguida. Dos ó tres días después fuimos Castillo y yo á saber su opinión y nos dijo que aceptaba la obra y la pondría en escena en cuanto un músico de su confianza escribiese la partitura.

Entonces le anunciamos que no habíamos olvidado aquel importante detalle y que juzgando que Federico Chueca era el compositor más á propósito para enriquecer el libro con su genial inspiración, habíamos solicitado su concurso y el de su indispensable colaborador Joaquín Valverde. Habían leído la obra, la habían encontrado de su gusto y habían escrito una buena parte de los números de que debía constar la partitura.

No le agradó que nos hubiéramos anticipado á él en la elección de músico. Conocía la maestría y la formalidad de Valverde, y había oído hablar de las genialidades de Chueca; pero esto no bastaba: necesitaba oir lo que habían escrito los dos compositores.

Nos citó en el teatro para el día siguiente después de los ensayos y acudimos con Chueca, que tocó en el piano las piezas que había terminado,

todas ellas originales, chispeantesy bien armonizadas; porque aunque los músicos aseguraban que ignoraba la técnica del divino arte, suplía esta deficiencia Joaquín Valverde, hermano de la inolvidable Balbina, quien sin carecer de inspiración, era un perfecto maestro compositor.

Mi antigua y siempre buena amistad con la célebre actriz, me proporcionó ocasión de conocer á su hermano, y como además de ser un excelente músico era un cumplido caballero, fuimos buenos amigos. Cuando escribimos Castillo y yo los *Barrios bajos* y le propusimos que compusiera la música, accedió á nuestro ruego á condición de que fuera Chueca su colaborador.

Nos presentó al entonces popular director de la orquesta que amenizaba los entreactos de las comedias y zarzuelas que con tanto éxito se representaban en el Teatro de Variedades; el asunto de la zarzuela le entusiasmó, lo que se comprendía dadas sus aficiones á los cantares madrileños y á la chulapería que por entonces estaba muy en boga, y sin cuidarse de la suerte que alcanzaría la zarzuela, él y Valverde pusieron manos á la obra.

Si no recuerdo mal, Federico Chueca estudiaba Medicina cuando Vallés, Luján y Riquelme acreditaron el teatro de la calle de la Magdalena, del que era asíduo concurrente.

Con más vocación para manejar la batuta que el bisturí, se encariñó con aquellos verdaderos artistas que han dejado recuerdos indelebles en las tradiciones del arte escénico, y con los valses, pol-

kas, tangos y habaneras que formaban el repertorio de su reducida orquesta desde que decidió trocar la medicina por la música, se granjeó la simpatía de los espectadores, y aunque en efecto como él reconocía sabía poco de la ciencia musical, le bastaba y aun le sobraba el genio necesario para ser un compositor inspirado y original.

Antes que él, Gaztambide y Oudrid habían obtenido grandes triunfos, gozado justa fama; y sin embargo, sabían muy poco de armonía musical y menos aún de armonía social. Gaztambide, que no tenía buena salud, fué quizás por esto más déspota que amable y Oudrid, aunque más amable que déspota, tampoco fué hombre de muchos amigos.

A la entrevista con Arderíus, para que conociera las piezas que había ya terminadas, asistió también Valverde, aunque llegó más tarde que nosotros.

Chueca tocaba al mismo tiempo que cantaba, y Arderíus siempre serio, no pudo menos de desarrugar el ceño y de aprobar con la parsimonia de los empresarios de teatros que conocen el oficio, los números musicales que brotaban del piano y de la garganta de Chueca.

Desde el primer momento se rompió el hielo. Al levantarse el telón aparecían en una taberna el protagonista de la obra, un manolo de Lavapiés liberal por los cuatro costados de los que Narváez había enviado en cuerdas á las Filipinas ó á las Marianas, y al regresar á su adorado Madrid resuelto á seguir luchando por la libertad, se reunía

con sus antiguos camaradas para hablar mal del gobierno y echar unas copas.

Con tal motivo, cantaban unas *panaderas* de una chulapería sentimental en extremo simpática.

El recién llegado expresaba sus penas, sus esperanzas, y sus camaradas después de apurar los vasos del mosto, daban palmadas sobre la mesa al mismo tiempo que entonaban el estribillo de aquel canto popular, muy semejante á la tarantela napolitana.

Chueca, con la franqueza que le era peculiar, nos dijo á Castillo y á mí que no le gustaba la letra del estribillo y que había improvisado otra que era la que más convenía á la situación.

El joven maestro no se paraba en barras: bien lo demostró con el célebre tango de la *Probe chica* de *La Gran Vía* que tanta fama dió al inovidable Felipe Pérez y González, y puso en boca de los amigos del recién llegado los siguientes versos, que reproduzco para que se vea cómo las gastaba el genial y simpático compositor.

Los manolos decían después de apurar un trago:

«Sirve el vino *pa* alumbrar,
y mejor que el gas y el sol
alumbrarían Madrid
lamparillas de Chinchón.
El que bebe tres copas
y no da un tropezón,
al andar por las calles
pué servir de farol.»

Más peinada y congruente que esta descabella-

da letra, era la de los autores del libro; pero primero Arderíus, luego los actores y por último el público, aplaudieron y hasta saborearon aquel engendro, cuya superioridad reconocimos también Castillo y yo. Todos tenían razón, porque se la dió el éxito.

En varios de los números de la obra fué reemplazada la letra primitiva por la que improvisó Chueca, y hay que reconocer que las enmiendas del achulapado maestro acentuaron el carácter de la zarzuela.

En su representación se distinguió el por aquellos tiempos indispensable Rossell, convertido en un cesante que resultó delicioso gracias á sus siempre chistosas excentricidades.

No recuerdo ya quienes fueron las actrices que desempeñaron el papel de la protagonista, que era una cigarrera, y el de una billetera de las loterías baratas que abundaban entonces destinadas á fines más ó menos benéficos. Lo que sí recuerdo, es que la cigarrera jugó á la empresa una mala pasada. Después del ensayo general, que se celebró la víspera del día señalado para la primera representación, en vez de irse á su casa con su madre, que la esperaba, se escapó en un coche con un agente de bolsa y obligó á la empresa á aplazar unos cuantos días el estreno de la obra.

Arderíus, que como todos los empresarios tenía autores predilectos, pidió á Chueca y Valverde que aceptasen la colaboración del maestro Rogel, director de orquesta del teatro, y no hubo más

remedio que compartir el éxito ó el fracaso con el intruso, que no dejaba de ser un buen músico del género bufo.

Encariñado Arderíus con la obra, la puso en escena con todo el lujo y propiedad de detalles que exigía, á pesar de lo cual no logró el éxito que la empresa se prometía y los autores deseábamos. Se representó veinte veces, los derechos de autor produjeron unos cuantos miles de reales; pero mi problema económico no se resolvió á mi satisfacción.

Un hogar necesita una base segura para atender á las necesidades más apremiantes de la vida, y yo carecía de esa base que siempre había buscado. Agrada á algunos caminar por sendas desconocidas esperando fortunas y arrostrando desastres inesperados: también así se vive, ayunando unas veces, proporcionándose otras festines. Este sistema es funesto para la familia, que necesita que la tranquilidad material mantenga la espiritual, y yo aspiraba á una posición modesta, pero basada en el orden, en la continuidad.

No me faltaba nunca lo más indispensable, y mi querida compañera era una admirable administradora; pero en el período de tiempo á que vengo refiriéndome no favorecía la suerte mi actividad, y como mis intentos periodísticos fracasaban y mis tentativas teatrales solo me proporcionaban recursos eventuales, no muy copiosos, á cambio de tener que soportar las pequeñeces y miserias

de las interioridades del teatro, no menos antipáticas para mí que las de los bastidores de la política, resolví sacrificar en aras del deber mi resolución de no ser funcionario público.

IX

Por aquel tiempo, la Diputación de Vizcaya queriendo honrar á Antonio de Trueba, hijo predilecto del solar vizcaíno, le nombró cronista con un sueldo suficiente para asegurarle una vejez tranquila, sin apuros, y Badajoz dispensó merced igual á Vicente Barrantes.

Carecía yo de los méritos que adornaban al adorable *Antón el de los Cantares* y al poeta de las baladas; pero si la benevolencia los suplía, podía la Diputación provincial de Madrid dispensarme un señalado favor nombrándome cronista con un sueldo que sin ser excesivo me ofreciese la tranquilidad que tanto ansiaba.

Mis escrúpulos, que no podía vencer á pesar de estar convencido de que eran un sacrificio inútil y objeto de censura ó de burlas por los que no pensaban como yo, es decir los más, me impulsaron á no buscar para realizar mi proyecto á los prohombres á quienes había tratado en calidad de secretario de Cabrera, sino á amigos particulares.

Nadie estaba en mejores condiciones que el gobernador civil de Madrid para hablar á los diputados provinciales en favor de mi aspiración. Con-

tinuaba desempeñando aquel cargo el Conde de Heredia Spínola, à quien fuí presentado por su secretario particular, Enciso, cuando proyectamos publicar la *Gaceta Universal*. Sabía yo que éramos algo parientes, parientes muy lejanos. D. Luis Martos y Potestád, que así se llamaba el gobernador, era primo carnal de la madre de Josefa Nombela á quien yo llamaba tía y de quien hablé en uno de los anteriores libros. Pero en sus mocedades, gallardo militar de modesta fortuna, se enamoró de una joven de la más rancia nobleza, hija de los Condes de Casa Tilly, la inspiró una verdadera pasión y contra la voluntad de su familia, pero con la más firme resolución de la interesada, la sacó depositada. Cumplidos los requisitos de la ley recibieron la bendición nupcial y los padres, como sucede siempre, perdonaron, alegrándose más tarde de lo sucedido, porque pudieron convencerse de que aquel enlace contribuyó por todos conceptos á la felicidad de la hija amada.

Cuando le conocí me preguntó con su natural llaneza si tenía parentesco con Pepita Nombela, á quien tanto él como la Condesa su esposa estimaban por sus virtudes y su angelical carácter, y cuando contesté afirmativamente á su pregunta, manifestó complacencia y me ofreció una buena amistad.

Juzgué que tendría gusto en favorecer mi propósito de ser nombrado cronista de la Diputación de Madrid, le rogué que se interesase por mí,

prometió apoyar mi pretensión y cumplió su promesa.

Con el auxilio de otros buenos amigos, conseguí que el diputado de filiación liberal D. Ramón Larroca á quien fuí muy recomendado, sometiese á la Diputación una proposición firmada por individuos de todas las fracciones, para que se crease el cargo de cronista con el sueldo de 4 000 pesetas anuales y se me confiriese. La moción fué aprobada por unanimidad en 22 de Noviembre de 1878, al día siguiente se firmó el título que me envió el Conde de Heredia Spínola y ví satisfecho el mayor de mis deseos, porque en la esfera de mis aficiones literarias y pudiendo prestar algunos servicios á la provincia en cuyo seno había nacido, contaría en adelante con lo más necesario para atender á mis obligaciones.

No he olvidado ni he dejado de agradecer el favor que me dispensaron los diputados provinciales de aquel tiempo, que además me acogieron afectuosamente.

Cuando supliqué al secretario de la corporación que me designase una mesa para consultar los documentos que pidiese al archivo:

—Usted no debe considerarse como un empleado—me dijo—si desea usted hacer algo para el desempeño de su cargo, trabaje en su casa. Aquí no debe usted venir más que á fin de mes á cobrar, y cuando tenga gusto en visitarnos.

Creía yo por el contrario que mi deber era asistir á las sesiones, tomar apuntes para mis cróni-

cas, examinar los documentos que pudieran servirme para la historia de la corporación que con el mejor deseo me proponía escribir, y á algunos de los diputados les parecía laudable mi propósito; pero otros le miraban con indiferencia y entre estos últimos figuraba el Presidente D. Dionisio López Roberts, mi antiguo director en el *Diario Español*, que entonces ostentaba el título de Conde de la Romera.

Como hasta que empezase á regir un nuevo presupuesto, no había consignada en el vigente la cantidad indispensable para abonarme mis honorarios, aunque apenas fuí nombrado tomé posesión de mi cargo, pasaron dos ó tres meses sin que pudiera percibirlos. Oportunamente me abonarían las mensualidades devengadas, pero hasta entonces mi situación continuó siendo precaria, agoté mis recursos y contando como contaba con un sueldo, que no podía cobrar, llegaron mis apuros al último extremo.

Hubiera podido contraer un préstamo usurario como los que contraen los empleados en sus conflictos económicos; pero preferí acudir á uno de mis mejores amigos, á quien no nombro porque aunque hace algunos años que pasó á mejor vida, era tan delicado que estoy seguro de que ofendería su memoria si recordase nombrándole el favor que con tanto gusto me dispensó.

Pequeña fué la cantidad que de él solicité: me habría dado con toda su alma cuanto poseía. Gracias á él, después de una corta aunque penosa pe-

regrinación por el desierto, pude llegar á la tierra de promisión.

X

A pesar de mis gestiones, no conseguí hospedaje en la Diputación. El archivero Sr. Molina, muy amable y deferente conmigo, me proporcionó en el departamento de su dirección la reducida esquina de una amplia mesa, en la que trabajaban algunos empleados, para que registrase los legajos que necesitaba examinar.

Una circunstancia que no debo olvidar me facilitó la ocasión de prestar un servicio de alguna importancia.

Proyectaba la Diputación desde hacía tiempo construir con todos los adelantos modernos un hospital que reemplazase al de San Juan de Dios, reducido para las necesidades á que debía atender y además ruinoso. El producto de la venta del solar que ocupaba, debía aplicarse á la construcción del nuevo edificio; pero había surgido una dificultad, al parecer insuperable.

El terreno que ocupaba, según aparecía en la escritura de donación, debía pasar á los donantes ó á sus herederos por cláusula de reversión, en cuanto se aplicase á otros usos que al de hospital de enfermedades infecciosas.

La Comisión de Beneficencia había consultado á los letrados de la Diputación, y en vista de la citada escritura y de otros antecedentes que obra-

ban en el negociado, opinaron que desde el momento en que el hospital desapareciese no había medio de evitár la reversión.

Los diputados provinciales no se conformaban con perder la importante suma que representaba el área del hospital, y creyeron que debían buscarse en el archivo todos los datos concernientes á la fundación del benéfico establecimiento. Se imponía la necesidad de una investigación histórica muy detallada, y me encomendaron esta tarea, que inauguré leyendo con detenimiento la escritura de la fundación.

Desde luego noté que al describir el terreno donado, se marcaba un espacio comprendido desde la iglesia de San Sebastián, recientemente construída en la época de la donación (1552), donde había existido desde tiempo inmemorial una ermita bajo la misma advocación. Desde aquel punto de partida, seguía por la actual calle de Atocha, que entonces abría paso por una amplia vereda al Monasterio del mismo nombre, teniendo á la izquierda las magníficas y famosas huertas que ocupaban el espacio en que después se trazaron las calles del León, de las Huertas, del Amor de Dios, de San Juan hoy de Moratín y otras más de aquel barrio, y á la derecha en el perímetro que ocupan actualmente las calles de las Urosas, Cañizares, Cabeza, Olmo, Olivar y las demás de aquella parte de Madrid, los extensos y famosos jardines de las casas de Haro, de los Muertos, de doña Esperanza y doña Esperancilla, convertidos actual-

mente en las calles antes citadas y las de los nombres de las dos damas, célebres en aquel tiempo. A la izquierda de aquellos jardines había otra vereda que conducía á los Yesares y después á Vallecas, recorriendo el espacio en que actualmente se halla la calle de la Magdalena y atravesando la de Santa Isabel, el actual Hospital General, que entonces estaba en la calle del Prado próximo al convento de Santa Catalina, y la estación del ferrocarril del Mediodía.

Las dos veredas que abrían paso al Monasterio de Atocha y á Vallecas, trazaban las líneas divisorias laterales del solar donado, formando un rectángulo con las líneas que le cerraban desde la iglesia de San Sebastián al espacio que hoy ocupa la calle de la Cabeza y desde la del León hasta la mitad lo menos de la calle de Santa Isabel.

Como observarán los que conozcan esa parte de Madrid, la demarcación consignada en la escritura de los caritativos D. Hernando de Somonte y doña Catalina Reinoso su esposa, no es la que forma el solar actual del hospital de San Juan de Dios, puesto que el punto de partida era la iglesia de San Sebastián.

La donación se hizo á favor de un hermano hospitalario, ya anciano, llamado Antón Martín, que había prestado caritativos servicios al mismo San Juan de Dios en Granada, en donde como es sabido el santo doctor creó el primer hospital para la curación de las enfermedades infecciosas y la Orden, que extendida á Madrid, ha dispensado tan

tos beneficios á los enfermos y á la higiene.

El primer edificio que con las limosnas que obtuvo construyó Antón Martín en el solar donado, fué el que se conoció con su nombre en el comienzo de la calle de Santa Isabel á la izquierda. Allí estableció veinte camas, vivió con los auxiliares á quienes instruyó, y comenzó á prestar benéficos servicios. Natural era que tratándose de un hospital para curar afecciones contagiosas, le situase á la mayor distancia de la población, que entonces, todavía amurallada, terminaba en la Puerta del Sol, verdaderamente puerta y no plaza como ahora, separando el recinto de Madrid por aquel lado la muralla que por la acera de la derecha de la calle de Carretas, la plaza del Angel y la calle de Relatores, torciendo á la derecha llegaba hasta la Puerta de la Latina, que se hallaba en donde hoy comienza la plaza de la Cebada.

Y si como presumí, el primer hospital de San Juan de Dios se había construído en la parte del terreno donado más alejada de la población, podía afirmarse con fundamento que las casas que se fabricaron en las calles de Atocha, Magdalena y las demás antes citadas á la derecha de San Sebastián, ocuparon el terreno de la donación que era el reversible, siendo sólo mil y pico de pies los que del hospital correspondían á la reversión, en cuyo caso podía la Diputación enagenar con perfecto derecho el resto del área ocupada por el hospital.

Todos estos datos que he procurado reseñar en

pocas líneas, me costaron muchos meses de investigaciones en los archivos de la Diputación, del Ministerio de Gracia y Justicia y del Ayuntamiento; pero logré deslindar el terreno donado y el que quedaba libre de la cláusula de reversión.

Faltaba averiguar cómo había adquirido el hospital el vasto espacio donde había establecido sus dependencias y la iglesia á donde fué trasladada la imagen de la Virgen del Amor de Dios venerada antes en la calle que aún conserva este nombre.

Siempre me ha favorecido la suerte en esta clase de investigaciones y no tardé en encontrar una escritura, en virtud de la cual un testamentario de doña Catalina Reinoso viuda de Somonte vendió al Hospital general unos terrenos de que con su difunto marido había sido dueña, que desde el límite de la donación hecha en favor, de Antón Martín, seguían hasta la calle del Tinte actualmente de Fernan Núñez, teniendo por linderos á derecha é izquierda las veredas ó caminos de Vallecas y del Monasterio de Atocha.

El Hospital general había sido pues dueño de la mayor parte del solar donde se edificó el Hospital de San Juan de Dios, ¿pero cómo había edificado sus dependencias en un terreno que no era de su propiedad?

Busqué la solución de este problema, y no sin bastante trabajo y tiempo encontré otra escritura, de la que resultaba que Antón Martín había adquirido el terreno que poseía el Hospital general, pa-

gándole con dos Juros. No había duda, al menos para mí, de que la Diputación poseedora del hospital de San Juan de Dios, era dueña perfecta del solar, con excepción de una parcela insignificante; pero mi tarea histórica tenía que supeditarse al dictamen de los letrados á quienes se sometieron el informe que redacté, los documentos que me habían servido para fundar mis afirmaciones, un plano de Madrid en la época en que se verificó la donación del terreno y los pormenores de la fundación del primer rudimentario hospital que se edificó.

Del minucioso y competente examen de los letrados, resultó la confirmación de mis suposiciones: la autoridad jurídica de la Diputación, afirmó el derecho de ésta para enagenar el terreno donde estuvo el hospital, que como puede ver el curioso lector, continúa siendo solar,sin que la provincia haya podido aprovechar el producto de su venta, porque si no estoy mal informado, la curia eclesiástica alegó derechos que originaron un pleito, que aún sigue perezosamente trámites y más trámites, que no se sabe como terminará, siendo lo único cierto que en uno de los parajes más céntricos de Madrid hay un ámplio terreno improductivo con detrimento de los intereses de la provincia y del ornato público.

La Diputación destinó una de sus sesiones á la lectura de mi informe, que fué bondadosamente encomiado, y yo dí por bien empleados los trabajos y los malos ratos que pasé en dos ó tres de los

varios archivos que visité, por la deficiente organización de algunos de ellos.

No recuerdo cual fué el que no pude examinar, porque se hallaba en un sótano del Ministerio de Gracia y Justicia formando los legajos hacinados un verdadero promontorio. Es posible que á pesar de los años transcurridos, se halle en el mismo sitio sirviendo de festín á los mamíferos roedores aficionados á los papeles viejos.

XI

Poco más de dos años desempeñé mis funciones de cronista con sueldo. En Marzo de 1880 falleció el hermano de nuestra madre, que residía en Zaragoza; sus ahorros depositados en el Banco de España, después de un abintestato que no duró mucho gracias al acierto y actividad que desplegó mi amigo D. Isidro Liesa abogado y entonces redactor del *Diario de Avisos* de la invicta ciudad y actualmente fiscal de la Audiencia de Lérida, pasaron legalmente á su hermana, y como aquella herencia, de la que muy en breve referiré algunos pormenores mejoró nuestra posición, y además la Agencia literaria que fundé y de la que también diré algo, fué muy productiva, manifesté á la Diputación que habiendo cesado la causa que me había obligado á ser gravoso á mi provincia, renunciaba al sueldo conservando si tal era la voluntad de la Diputación el honroso cargo que me había conferido.

Como es de suponer, aceptó mi renuncia con amables elogios por mi desinterés y me confirmó en el cargo; pero fuí con menos frecuencia al palacio de la calle de Santiago, nuevas elecciones crearon nuevos diputados, y ocupaciones y tareas perentorias me apartaron por completo de aquel organismo administrativo y también político. Otro escritor en condiciones análogas á las mías solicitó la plaza, fué nombrado cronista con sueldo sin que se me comunicase mi relevo y me di por relevado, quedándome la satisfacción de que no había sido infructuosa mi labor.

Había ofrecido escribir la historia de la Diputación, y al efecto reuní muchos é importantes datos, entre otros los referentes á los ingresos y los gastos durante las épocas en que había funcionado, sobre poco más ó menos como funcionaba entonces y creo que sigue funcionando. Los sacrificios pecuniarios de los municipios y los demás recursos que afluían á la tesorería provincial, no bastaban á dotar los servicios como habría sido de desear, y recordando el famoso *peor es meneallo* de Sancho, puse el refrán en práctica.

Recuerdo que una tarde al salir del archivo, donde había pasado algunas horas registrando legajos, encontré al paso á D. Pablo el portero mayor, hombre ya de edad, muy amable, con mucho mundo y que me había tomado verdadero afecto.

—Que gana tiene usted—me dijo—de devanarse los sesos y de perder el tiempo con los papelotes.

—No lo crea usted—contesté—los papelotes, como usted los llama, enseñan mucho. Sin ir más lejos, hoy mismo he leido un documento muy curioso.

Cuando el general Riego llegó á Madrid triunfante y decidido á restablecer la Constitución; como sucede siempre por regla general, los funcionarios de todas las clases y categorías que gritaban al parecer con convicción ¡Viva el Rey absoluto! gritaron ¡Viva Riego!, y se fabricaron en su honor arcos de triunfo con follaje y percalina.

Todavía no era la Diputación una rueda importante de la máquina adminisirativa: empezó á serlo con el triunfo de los liberales; pero había como ahora una comisión ejecutiva, que juzgó oportuno erigir un arco al héroe, de quien dijo una viejecita al ver que le aplaudían y oir que le aclamaban: «Así entró Jesucristo en Jerusalém y le crucificaron.» Mi madre refería habérselo oído decir.

En una de las sesiones plenas se dió cuenta del gasto ocasionado por el homenaje, y la corporación no le aprobó.

—Si los individuos de la Comisión han querido festejar á Riego—dijo uno de los circunstantes—allá ellos. La Provincia no debe pagar los entusiasmos de sus representantes. Los que hayan encargado el arco que le paguen. Y según el documento á que me refería, no tuvieron más remedio que abonar los mil reales de vellón que había costado el agasajo.

—¡Mil reales!—insinuó el portero con su habi-

tual sorna.—Sobre poco más ó menos, eso es lo que ahora se gasta al mes en azucarillos.

Cuando indiqué al Presidente que renunciaba á escribir la historia de la corporación, porque tenía que modificar mucho la verdad para que de los datos que apuntase no resultara una narración desfavorable:

—Déjese usted de historias—me dijo algo amostazado—cobre usted su sueldo y no se preocupe de más.

Sin los conocimientos indispensables para formar un juicio autorizado, pensé entonces y pienso ahora, que en tanto que no exista la autonomía económica, las Diputaciones provinciales son un tornillo más en la máquina opresora de la centralización que nuestros hombres de gobierno copiaron de la administración francesa. Se conciben en el País vascongado y en Navarra: en las demás provincias debilitan cuando no anulan á los Municipios, se preocupan más de la política que de la administración, son productoras de mayorías parlamentarias y constituyen un plantel de Diputados á Cortes ó de Senadores ministeriales. Gran parte de los políticos han comenzado su carrera en las Diputaciones: allí se han amaestrado, han aprendido á ser gobernadores con todas las habilidades del oficio, y por sus pasos contados han llegado, si sus facultades se lo han permitido, á los más altos puestos del Estado.

El régimen parlamentario las necesita; el régimen municipal, que es el genuinamente español

aun en los tiempos de los reyes absolutos, las considera no sólo inútiles sino perjudiciales.

Repito esta apreciación mía que carece de autoridad; pero ya he indicado que aunque he perdido muchas creencias y muchas ilusiones, sigo siendo regionalista, municipalista diría de mejor grado, y espero morir deseando á mi patria la realización del vulgar proverbio fecundo para el bien: *Cada uno en su casa y Dios en la de todos.*

Mientras estuve en activo servicio, casi todos los domingos de doce á una dí conferencias en el Hospicio á los asilados. Asistían á aquellas sesiones de vulgarización científica y literaria, el director del establecimiento, los profesores, los maestros y alguna que otra vez uno ó dos amables diputados. Como es de presumir, procuraba dar la mayor amenidad á los asuntos que trataba, y los infelices niños y mozalbetes á quienes destinaba mi labor, parecían estimar aquella enseñanza rebozada con datos curiosos, anécdotas y hasta chascarrillos relacionados con las artes y oficios que aprendían.

Fué para mí grata tarea, y si no recuerdo mal, la continuaron algunos de los profesores de primeras letras; pero no duró mucho á los asilados aquel manjar intelectual dominguero. No se puede atender á todo, aunque haya quien opine que la cultura es artículo de primera necesidad.

XII

Antes de normalizar mi situación económica

fueron tantos y tan diversos los trabajos que emprendí, en su mayoría sin inmediato y positivo resultado, que á pesar de mi robusta naturaleza sufrí en Junio de 1877 un ataque cerebral, única enfermedad de alguna importancia que he padecido durante mi vida. Afortunadamente para mí, acudió pronto el remedio y cuatro días de reposo y un par de semanas de convalecencia, bastaron á restablecer mi salud.

Entre las tareas á que aludo, acometí dos con verdadera fé por juzgar que podía con ellas contribuir á la cultura del país y asegurarme un porvenir ventajoso. Fueron éstas el plan de la *Gaceta agrícola* que sacó á concurso el Ministerio de Fomento, y el de la *Biblioteca popular* destinada á vulgarizar los conocimientos útiles en forma amena é interesante. Algo dije sobre esta *Biblioteca* en uno de los anteriores libros al hablar del resultado de las gestiones que cerca de los reyes doña Isabel y D. Francisco de Asís hicimos Marco y yo para que auxiliasen la publicación de la revista *España literaria*.

Dedicaré unos cuantos párrafos á los dos citados proyectos.

Siendo ministro de Fomento el Conde de Toreno y director de Instrucción pública D. José de Cárdenas, ideó éste, creo que inspirado por el Vizconde de las Almenas, la publicación semanal de una *Gaceta agrícola*, que llamada á ilustrar á los agricultores españoles, á divulgar los progresos realizados en las labores que exige la explotación de

la tierra, debía tener por suscriptores forzosos á todos los Municipios de España.

La *Gaceta* en cuestión, bien dirigida y bien administrada, podía atender á una necesidad intelectual y ser al mismo tiempo un negocio editorial de importancia. Hay en España unos nueve mil Ayuntamientos y aunque la suscripción anual no costase más que cuatro ó cinco duros, quien triunfase en el concurso podía ofrecer una magnífica y completa revista y obtener un 40 ó un 50 por 100 de beneficio.

Mi antiguo y siempre buen amigo Manuel Ginés Hernández, dueño de una de las mejores imprentas de Madrid, que sus sucesores han conservado á la misma altura en que él la colocó, me propuso que formulase un plan del periódico que debía salir á concurso, para presentarle al Ministerio como proyecto de los dos, asociados para realizarle.

Estudié el asunto con el mayor detenimiento y presentamos un proyecto que no dejó de preocupar á los concursantes que pudieron enterarse de él.

No es un secreto para los que corren mundo, más ó menos de prisa, que concursos, subastas, oposiciones y demás medios de conseguir posición, fortuna, negocios, etc., cuando se anuncian con todos los menesteres y adminículos de la probidad, suelen tener un vicio de origen: el de estar amañados para que triunfe el candidato de los que dirigen el tinglado ó el que á última hora disponga de más influencia que el predilecto.

El concurso de la *Gaceta agrícola* no fué excepción de la regla general. Cuando de un momento á otro esperaba el resultado, sin dar oídos á las murmuraciones, me buscó Ginés Hernández:

—Un personaje político—me insinuó—que tiene interés por uno de los que han hecho proposiciones como nosotros, me ha llamado y me ha dicho que nuestro proyecto es el mejor de todos; pero que no obtendremos la concesión si no me asocio á su protegido, siendo éste el editor y yo el impresor. Como puede usted imaginar—añadió mi amigo—me he negado rotundamente á este contubernio, y siendo nuestro proyecto el mejor, según confiesan nuestros adversarios, debemos defenderle á toda costa.

—Perderemos el tiempo—objeté yo.—Es demasiado importante el negocio de que se trata para disputárselo á un político influyente. Agradezco la consideración que quiere usted guardarme; pero le aconsejo que acepte la proposición.

Al fin y al cabo la aceptó, imprimió la *Gaceta agrícola* mientras duró, porque creo que hace algunos años cesó de publicarse, y todo salió á medida del deseo del político influyente y de su buen amigo el director de Instrucción pública.

Ginés Hernández se aficionó algo á la política conservadora; hubo quien juzgando que también los reyes deben disfrutar de ascensos, creyó que el joven monarca que entonces ocupaba el trono debía ser emperador y seguramente sin su anuencia, se asoció á mi ex-socio para publicar un perió-

dico titulado *El Imperio,* del que sólo vió la luz un número que apenas circuló, porque el gobierno le prohibió en absoluto.

Sólo tres ó cuatro horas tuve en mi poder un ejemplar de aquel periódico que aspiraba á transformar al rey en emperador y al reino en Imperio, porque su impresor, que me lo había regalado, me pidió su devolución. No debía quedar rastro de aquel, según Cánovas del Castillo, descabellado propósito.

XIII

También defraudó mis esperanzas la *Biblioteca popular española*, á pesar de su utilidad, de su baratura y de la gran propaganda que hice de ella.

Después de la orgía política en que vivió España durante seis años, deseaba el país buscar por otros derroteros la paz y la prosperidad. En los primeros años de su reinado se mostró Alfonso XII, como ya referí, resuelto á cambiar la faz de España, y aunque tan buenas y plausibles intenciones no pudieron realizarse, hubo una reacción en favor de la cultura, y la olvidada ó poco menos Sociedad económica matritense de amigos del país recuperó su antiguo prestigio é ingresaron en ella en calidad de socios algunos jóvenes de los que por entonces brillaban. El secretario del Rey fue uno de ellos y por indicación suya entré también á formar parte de la antigua y en otro tiempo necesaria é ilustre corporación.

Figuraban y bullían en primer término dos jóvenes de gran talento, de incesante actividad, simpáticos y llamados á disfrutar de un porvenir brillante: Alberto Bosch, ingeniero civil á quien Romero Robledo, que sabía elegir á sus auxiliares, hizo ministro de Fomento y después fué famoso alcalde de Madrid, y Moreno Pozo, médico incipiente entonces, que ganó en reñidas oposiciones una Cátedra en el Colegio de San Carlos, adquirió justa fama por sus arriesgadas y felices operaciones quirúrgicas, y que dotado de gran talento, pero falto de carácter, sufrió muchos disgustos en su vida íntima y fué inicuamente asesinado por un acreedor, no suyo que en todos sus actos fué siempre un cumplido caballero, sino de una persona de su familia.

Pero entre todos los socios, en su mayoría de relevantes méritos, al que más estimé y admiré fué á D. Melitón Martín, que entonces gozaba de gran reputación como ingeniero por las atrevidas y magníficas obras del ferrocarril del Noroeste, cuya ejecución ideó y dirigió; pero que no fué estimado en su justo valer por sus contemporáneos como filósofo, pensador, escritor, en una palabra, como polígrafo porque las humanas letras no tenían secreto alguno para él.

A fines de 1876 publicó su admirable é interesante *Conato de clasificación de los conocimientos humanos en el siglo* XIX, luminoso faro para llegar pronto y por el camino más directo al mayor grado de cultura.

Mi plan al anunciar la *Biblioteca popular* fué vulgarizar los conocimientos que el gran pensador había inventariado, en forma de breves y amenas novelas relacionando en ellas la ciencia con la vida.

Después hablaré con el debido detenimiento del hombre ilustre á quien me refiero y de su obra, la más moral y civilizadora del siglo en que vivió. Mi proyectada publicación debía poner al alcance de todas las inteligencias, sin sacrificio pecuniario, las nociones más necesarias á la vida ética, intelectual y material.

Al mes deberían aparecer dos tomos, cada uno costaría cincuenta céntimos, y temeroso de no poder por mí solo dar cima á mi propósito, juzgué que no sería difícil hallar cien personas que suscribiesen 50 ejemplares de cada tomo para regalarlos á los que no pudieran adquirirlos.

El lector recordará cuál fué el resultado de aquella empresa. Un elegante álbum fué presentado á la familia real, á los ministros, á las más elevadas clases sociales, para que enterándose del proyecto, suscribiesen el número de ejemplares que tuvieran á bien. S. M. el Rey se suscribió por dos ejemplares, y como es de presumir los ministros, aun deseando el éxito de mi propósito como D. Manuel Silvela que era ministro de Estado, no pudieron adquirir más que uno.

Por el procedimiento del álbum, al que acompañaba una carta mía solicitando el concurso de los que se interesaran por la cultura del país, ape

nas llegaron á un centenar los ejemplares suscritos.

Fué este otro fracaso; pero menos denigrante para mí que para los que en próspera posición y siendo muy cristianos, se olvidaron de que no solo de pan vive el hombre, como dijo Jesús.

XIV

Era yo impenitente.

Poco después de la derrota que acabo de referir, porque como comprenderá el lector renuncié en absoluto á mi proyecto, recordando mis ensueños de adolescente respecto del teatro, pensé que una revista mensual que informase á los actores y á los aficionados á las representaciones escénicas de cuanto con ellas se relaciona, sería de su agrado.

Debía ser una enciclopedia del arte teatral, formar cada número un cuaderno de sesenta y cuatro ó más páginas en 4.°, con las ilustraciones que exigiese el texto, y no costar más que una peseta.

Era de suponer que entre actores y aficionados podrían reunirse trescientos ó cuatrocientos suscriptores: no pecaba de ambicioso, pero no me proponía realizar un negocio editorial, sino contribuir á la cultura, bastante descuidada, de una clase social útil é interesante. Ni siquiera á cincuenta llegaron. Cuatro ó cinco actores de primera fila, entre los que figuraban Rafael Calvo,

Emilio Mario y Balbina Valverde, una docena entre alumnos del Conservatorio, racionistas y partes de por medio de los teatros que funcionaban y otra docena escasa de aficionados á los espectáculos teatrales, completaron la lista de suscriptores.

Publiqué tres números y renuncié á desperdiciar margaritas.

Vico, el gran artista, que por entonces estaba en todo su apogeo, me dijo un día que nos encontramos en la calle del Príncipe:

—No sé quién me ha indicado que publica usted una revista titulada *El Teatro*. No la he visto; pero estoy seguro de que perderá usted tiempo y dinero.

—No sucedería eso—contesté—si los actores que figuran en primer término hubieran dado ejemplo suscribiéndose á mi revista.

—En primer lugar nos falta tiempo para leer. Gracias á que ojeemos las gacetillas que nos dedican los periódicos diarios. Nos levantamos tarde; la lectura de las obras que debemos representar y los ensayos, ocupan la mayor parte del día; por la noche. la función. Ya sé que el saber no ocupa lugar; pero lo que nos interesa es saber los papeles que nos confían, obtener buenas contratas, ganar dinero si somos empresarios: ésto es lo indispensable, lo demás es supérfluo.

Algo han variado los tiempos, aunque no muchos. Pero entonces la inmensa mayoría de los astros masculinos y femeninos de la escena, pen-

saban como Vico. Romea, Rafael Calvo, Emilio Mario y Sánchez de León, principiante por entonces, constituían la excepción.

No detallo las secciones de que constó mi revista *El Teatro*, porque de los muertos no se habla más que para elogiarlos y no he de ser yo quien haga el panegírico de mis proyectos periodísticos. Entre los del oficio adquirí fama de ser un gran proyectista; pero al mismo tiempo aseguraban que me faltaba constancia para realizar mis proyectos. Así es que apenas comenzaba una publicación, decían mis compañeros: «Es una buena idea y está bien presentada; pero morirá en flor.»

Conquisté fama de voluble, de caprichoso, de inconsecuente.

Así se juzga siempre. Mi inconsecuencia, mi veleidad eran, por el el contrario, resignación y previsión. No alcanzaba éxito una idea; pues no llegaba con oportunidad ó no había yo sabido expresarla y ante el fracaso me resignaba sin caer en el desaliento. Si mi idea era aceptada, pero necesitaba tiempo su desarrollo y carecía de los recursos necesarios para sostener con holgura el período de su gestación, antes de contraer deudas prefería malograrla.

Era cosa sabida: mis tentativas fracasarían siempre, lo que no disgustaba del todo á algunos de los que suponían á *priori* que mis proyectos podían ser de éxito seguro.

Hasta en mi hogar eran motivo de pesadumbre

mis propósitos de acometer nuevas publicaciones periodísticas. Mi amada compañera, que había visto lo infructuoso de mis esperanzas, de mis trabajos, los disgustos que mis empresas me acarreaban, no se oponía á ellas: ya he dicho cuan buena era para mí; pero me recordaba lo que yo olvidaba impulsado por mi constante afán de adquirir una situación que me permitiera ofrecer un bienestar duradero á mi familia.

La perseverancia, no apasionada sino inteligente y juiciosa, logra lo que pretende y esto ha conseguido al fin la mía, como más adelante verá el lector.

XV

Otro proyecto relacionado con el periodismo, pero que no exigía capital y no ofrecía por tanto riesgo alguno, me ofreció un resultado en extremo satisfactorio.

Nilo Fabra, aquel hombre de superior inteligencia, de actividad inextinguible y á la vez literato muy notable, fué el creador en España de una Agencia telegráfica como las de Havas y Reuter en el extranjero. Muy pronto utilizaron sus siempre interesantes noticias los periódicos de Madrid y de provincias, y los extranjeros respecto de los sucesos que acaecían en España. A los telegramas acompañaban correspondencias políticas y financieras y su Agencia logró celebridad y pingües rendimientos.

Fabra era artista y comerciante: como el idioma catalán, que es el primero que había hablado, sirve para encantar con las poesías de Balaguer y de Bartrina y para enriquecer con el ingenio financiero de los López, los Güells y los Vidales, Fabra en correcto castellano escribió preciosos cuentos y con su inteligente trabajo industrial, comercial y político, se labró una fortuna.

Fuimos buenos amigos, y como en mí, aunque en pequeña dosis había algo de lo que en él abundaba, pensé que proporcionar original literario por un precio módico á los periódicos de provincias, podía ser útil para ellos y lucrativo para mí.

Por entonces, á las prensas autográficas que habían servido á Santana para las correspondencias políticas y financieras que precedieron á su periódico popular, reemplazaban los hectógrafos, si no con ventaja, por lo menos con economía. Con estos sencillos aparatos, que después se han perfeccionado, podían obtenerse treinta ó cuarenta buenas copias de las matrices que servían de base á la operación.

Adquirí un hectógrafo, con el título de *Ecos de Madrid* escribí uno de aquellos ariículos que aprendí á confeccionar en París refiriendo cuanto de interesante y pintoresco ocurría en la Villa y Corte, y ofrecí á los periódicos de las provincias de la Península y á los de las de Ultramar que aún poseíamos, un servicio semanal de cartas como la que envié de muestra, por un precio mensual

que oscilaba entre 10 y 40 pesetas, según la importancia de las poblaciones.

Firmaba aquellas revistas con mi nombre, y como ofrecer á los lectores un artículo literario cada semana por tan pequeño sacrificio pecuniario, agradó á muchos propietarios de periódicos provincianos, casi á vuelta de correo aceptaron mi proposición veinte, que no tardaron en ser cuarenta; y esta tarea que me ocupaba una ó dos horas cada semana y cuatro ó cinco á un escribiente para sacar las copias, me producía 800 pesetas mensuales.

A los *Ecos de Madrid* añadí en breve un artículo de *Conocimientos útiles* y otro de *Modas*, también semanales, hice combinaciones favorables á los periódicos y la *Agencia literaria internacional*, que así la llamé, llegó á producir de 1.200 á 1.500 pesetas al mes.

Nuevas agencias siguieron posteriormente el ejemplo de la mía y ofrecieron á la prensa provinciana, además de revistas de Madrid y de modas, cuentos, novelas y otros originales literarios y científicos, muchos de ellos con grabados cuyos clichés remitían con las cuartillas.

Mi colaboración en numerosos periódicos me agradaba, no sólo por las utilidades que me proporcionaba, sino por estar en constante comunicación con el público. Cuando se ha vivido muchos años en contacto con lectores cuya estimación ó por lo menos atención se ha logrado, se establece entre ellos y el escritor una especie de

amistad, que á pesar de ser anónima es en extremo agradable y sobre todo sincera. Si la casualidad junta al lector y al escritor, los dos experimentan una satisfacción noble é intensa. El lector se ha acostumbrado á las ideas, al estilo, á las ingenuidades del escritor; ha llegado á quererle, á considerarle como un amigo y al encontrarle, al estrechar su mano le parece que es un antiguo conocido. El escritor agradece el afecto que le ha profesado, hasta entonces para él desconocido, y en un instante los dos se identifican. En estos afectos entran varios ingredientes, llamémoslos así, que al mezclarse producen un néctar que quien le ha saboreado desea repetir las libaciones y sufre cuando le faltan.

En medio de la paz y el silencio en que vivo desde hace algunos años, porque á cierta edad se cesa de vivir en plena actividad y sólo se disfruta una supervivencia que debe ser discreta, á menudo me entristece el recuerdo del contacto espiritual ya perdido que mantuve durante muchos años con amigos innominados y desconocidos.

XVI

El día 5 de Marzo de 1880 recibí una carta de la madre de mi esposa rogándome que sin pérdida de tiempo fuese á Zaragoza en donde residía con su hermano, cuya salud estaba muy quebrantada. Se había agravado, consideraba próximo su fin y deseaba verme.

Me puse en camino aquella misma noche, á la mañana siguiente muy temprano llegué á la ciudad invicta y encontré al enfermo levantado porque era muy animoso, y seguro de que acudiría á su llamamiento, deseaba aprovechar los instantes de tregua que le dejaba su dolencia para conversar conmigo.

Me recibió muy afectuosamente, cosa extraña en él porque era más reservado que expansivo. Sólo se animaba para censurar acremente la desastrosa conducta del Gobierno de la metrópoli respecto de los cubanos, augurando lo que al fin sucedió, ó para murmurar contra los usos y costumbres de la moderna sociedad que contrastaban con los de sus buenos tiempos.

Su enfermedad, una asma adquirida en la Habana que se había hecho crónica, le producía con frecuencia rudos y dolorosos ataques. Antes de los períodos de la exacerbación de su mal todo le irritaba: solo después de vencida la crisis que parecía próxima á ahogarle, se tranquilizaba su espíritu, era amable, bondadoso, parecía aspirar á que le perdonasen sus murmuraciones, sus intransigencias, su exaltacién morbosa. Entonces era lo que había sido siempre: un hombre bueno, justo, probo, fiel cumplidor de sus deberes, capaz de los mayores sacrificios; un alma llena de abnegación y de bondad.

Al consignar en el Libro IV de estos recuerdos algunos datos biográficos de Augusto Ferrán, referí que su madre con tres hermanos más, dos hem-

bras y un varón, quedó huérfana cuando contaba diez y siete ó diez y ocho años.

Pertenecieron aquellos desvalidos adolescentes á la familia de los Forniés, una de las más importantes y acaudaladas de la provincia de Teruel. El mayorazgo residía en Alcañiz donde radicaban la mayor parte de sus bienes; otro de sus hermanos había seguido la carrera eclesiástica, y el menor al casarse había emparentado con la familia de los Suñén, también acaudalada, y se había establecido en Pallaruelo.

Cuando este último, dominado por el juego y esclavo de la usura como tantos otros labradores ricos y ociosos de España, quedó arruinado, sobrevivió poco á su ruina. No tardó su esposa en seguirle al sepulcro, y los huérfanos dirigidos por la hermana mayor se trasladaron á Zaragoza donde apuraron el escaso producto de la venta de los muebles y enseres de la casa solariega, que como las demás fincas, quedó en poder de los usureros.

Una familia de menestrales dió hospedaje á la mayor de las hermanas, á la segunda y al varón. La menor fué amparada por su tío D. Juan Francisco Forniés y vivió en su compañía muy querida y agasajada hasta que se trasladó á Madrid para auxiliar á los padres de Ferrán en el procedimiento que exigía la fabricación de los marcos dorados y que debía permanecer secreto.

Cuando la mayor de los tres hermanos se casó y se fué á vivir á Madrid, quedaron en Zaragoza la segunda llamada Agustina que contaba diez y seis

años y el varón Francisco de Asís, que tenía doce y había sido admitido gratuitamente en los Escolapios para cursar el latín y las demás asignaturas que por aquel tiempo constituían la segunda enseñanza.

Para que pudiera dedicarse por completo al estudio, aceptó su hermana los más humildes y mal remunerados trabajos femeniles, y con el producto de su labor y lo que de vez en cuando recibía de Madrid, pudo el inteligente, aplicado y juicioso joven cursar la medicina, revalidarse é ingresar en la Sanidad militar con destino á Cuba donde permaneció treinta y ocho años prestando servicios en un regimiento primero y después en el Hospital, hasta llegar al empleo de Médico primero.

En cuanto le fué posible, señaló una pensión á su hermana Agustina que por él había sacrificado los mejores años de su vida, y se consagró al ejercicio de su profesión con una asiduidad, una inteligencia y un acierto que le valieron el aprecio de sus jefes, distinciones honoríficas y lo que él más estimaba, el cariño de los pobres soldados.

Desde el primer momento se propuso para que nada faltase á sus hermanas, ahorrar cuanto pudiera de su sueldo. Lo más indispensable á fin de realizar aquel designio era permanecer soltero, y se resignó á cumplir lo que consideraba un deber.

A poco de llegar á la Habana conoció á un joven catalán llamade D. José Torralbas, que había ido á la capital de Cuba en busca de fortuna después

de terminar la carrera de Farmacia, y los dos inauguraron una amistad que duró mientras vivieron.

Ambos profesaban acendrado cariño á la patria; pero ante todo rendían pleito homenaje á la justicia y censuraban en sus coloquios la conducta que observaban los Capitanes generales, verdaderos vireyes, pero no constitucionales como la monarquía á que servían, sino absolutos y mejor aún tiránicos; conducta que como consecuencia inmediata imitaban los funcionarios de todos géneros permitiendo y amparando la explotación que realizaban algunos comerciantes é industriales españoles, especialmente los catalanes, con detrimento de los legítimos intereses de los naturales del país.

Torralbas fué en breve propietario de una de las farmacias más importantes de la Habana, y hombre de perspicaz inteligencia, de nobles sentimientos y de gran actividad, á poco de llegar á la capital de Cuba dedicó diariamente los ratos de que podía disponer á consignar en un cuaderno cuanto de importancia en el orden social, político y financiero presenciaba ó llegaba á su noticia, juzgando los actos y las personas con la mas completa libertad, porque su único objeto era anotar lo que pasaba y le parecía digno de ser recordado y comentado, sin esperanza de que nadie leyera sus apuntes.

Nada más sincero, más verídico, ni más imparcial que lo que Torralbas escribía en el que podría llamar su libro de memorias.

Nuestro tío Francisco y él estaban siempre de acuerdo, y cuando el primero pidió la jubilación y se separaron prosiguieron conversando por escrito. Las estensas epístolas que recibía de sa amigo, continuando en ellas sus memorias, me las daba á leer cuando vivía en nuestra compañía ó me las guardaba con el mismo propósito para que las saborease cuando, como sucedía la mayor parte de los veranos, al final de nuestra estancia en las montañas de Navarra ó en San Juan de Luz, íbamos á pasar una corta temporada en Zaragoza.

En 1876 resolvió Torralbas emprender el viaje á la madre patria, tan grato y tan triste, que los que van á América y allí arraigan, proyectan y realizan si pueden, cuando se creen próximos al término de su vida.

El amigo de nuestro tío, por sus ideas y sentimientos se consideraba cubano; pero aún tenía parientes en Sitges su pueblo natal, su corazón era español, y considerando que dada su edad no contaria muchas Navidades, vino á España, desembarcó en Barcelona, visitó á sus parientes y queriendo despedirse también de su gran amigo, al dirigirse á Madrid se detuvo en Zaragoza. Pasó unos días en la corte, y antes de regresar á sus lares me regaló el abultado cuaderno que contenía las memorias de que antes he hablado.

—Lea usted estos apuntes—me dijo—y si de algo le sirven aproveche los datos que contienen.

La lectura de aquellas impresiones me interesó y acentuó más y más en mi espíritu el filibusteris-

mo platónico con que me contagiaron los portorriqueños á quienes conocí en casa de la viuda de Santa Coloma.

Diez ó doce años antes de la insensata guerra con los Estados Unidos, fuí una tarde á visitar á la esposa y la hija mayor de mi antiguo y siempre querido amigo Alejandro Chao, poseedor en la Habana de un establecimiento tipográfico y de una librería de los más importantes de la Isla. Su compañera, una de esas arrogantes mujeres que produce Santiago de Cuba, unía á su belleza escultural una inteligencia superior. Su hija, Blanca, era por todos conceptos digna de su madre, y como ya nos conocíamos y nos estimábamos, hablamos con completa sinceridad. Sin embargo, al ocuparnos de la aflictiva situación de Cuba con motivo de la guerra, que á pesar de la paz del Zanjón existía latente en el país, temerosas de ofender lo que consideraban mi patriotismo, expresaban con timidez sus opiniones. No oculté la mía: antes por el contrario la expresé sin ambajes ni rodeos, con la más completa sinceridad.

—¿Se atreve usted á pensar así?—me preguntó la hija de mi amigo con sorpresa y asombro.

Si los que por la cuenta que les tenía entonaban la *Marcha de Cádiz* me hubieran oído, me habrían calificado de mal español. Los malos españoles eran ellos, como se vió después y consignará la Historia cuando pueda ser imparcial. Aún es algo pronto para esto: todavía viven en la prosperidad muchos de los que después de sacrificar

á los cubanos, sacrificaron además en favor de sus intereses los de la madre patria.

Esta digresión ha interrumpido mi relato respecto de nuestro tío D. Francisco Forniés, y voy á terminarle.

No había creído necesario otorgar testamento, porque con arreglo á la legislación aragonesa su hermana era su única heredera forzosa; pero para no afligirla deseaba hablar conmigo de algunos pormenores relacionados con su última voluntad.

Poseía una maleta comprada en Nueva York en una excursión que hizo á la populosa ciudad norteamericana, en la que guardaba documentos concernientes á su carrera y á los empleos que había desempeñado, su hoja de servicios, el resguardo del depósito de sus ahorros en el Banco de España y una cantidad en metálico; pero como era imposible abrirla desconociendo el secreto de su cerradura, me le dió á conocer.

Ni sus palabras ni sus actos demostraban la emoción que debía experimentar, sabiendo sobre poco más ó menos como en su calidad de médico sabía, el tiempo de que podía disponer para dejar arreglados sus asuntos.

Terminada aquella conferencia sin que se realizase su temor de que la interrumpiese la disnea que le amenazaba, me dejó en libertad mientras descansaba un poco para adquirir fuerzas y sentarse á la mesa con nosotros, por última vez según afirmó.

Consiguió su propósito, mostrándose animado

para no afligirnos; de sobremesa habló de sus recuerdos, me dió saludables consejos para conservar la felicidad que me ofrecía mi hogar, y fatigado por el esfuerzo que había hecho se retiró á su cuarto, no tardando en sufrir el ataque que temía.

Después de una lucha terrible, porque se asfixiaba por momentos, al anochecer descansó para siempre.

Al día siguiente fué sepultado en el cementerio de Torrero, y pasado el novenario regresé á Madrid con nuestra madre y la antigua criada, que permaneció á nuestro lado hasta su fallecimiento.

El abintestato terminó pronto, la heredera entró en posesión del capital depositado en el Banco: diez y seis mil duros si no recuerdo mal, y tomó una resolución que en honra suya deseo consignar.

—Antes de abandonaros para siempre—nos insinuó—deseo que disfruteis con la alegría de verme á vuestro lado lo que de todos modos habríais de poseer con la pena de nuestra eterna separación. Me basta vuestro cariño y veros dichosos. No sabría qué hacer con ese dinero: vosotros le emplеareis á vuestro gusto.

Pocos son los padres que aun queriendo entrañablemente á sus hijos, se desprenden en vida de sus bienes, que para la mayoría de los míseros seres humanos representan un prestigio y en cierto modo garantizan una interesada consideración.

Nuestra madre no necesitaba esta arma defensiva, y buscó una pura y noble satisfacción dándo-

nos una prueba más de su generoso desprendimiento.

Repartió la herencia entre su hijo, que por entonces hacía poco que se había casado, y su hija mi esposa, con cuyo motivo disfrutamos de la tranquilidad de los que cuentan con reservas para contrarrestar las sorpresas desagradables de la vida.

XVII

Como dicen los jugadores, hay rachas buenas y rachas malas. Unas y otras nos favorecen ó nos molestan durante algún tiempo, obedeciendo tal vez á leyes que desconocemos y atribuimos á la veleidosa fortuna.

Favorable para mí en aquel tiempo, me proporcionó la gran satisfacción de poder ser útil á algunos compañeros. El *Correo de Ultramar* de París, resolvió mejorar sus condiciones literarias y me encargó que le proporcionase la colaboración de los escritores españoles más reputados y de verdadero mérito.

El *Correo de Ultramar* era un semanario ilustrado de un tamaño parecido al de la *Ilustracion Española y Americana*, con tres columnas en cada página, y sus propietarios me autorizaron á abonar tres duros por columna.

Solicité trabajos de los que en mi concepto realizarían cumplidamente la aspiración de los editores parisienses, entre los que recuerdo á Euse-

bio Blasco, á Javier Ugarte que comenzaba á demostrar la flexible, admirable y privilegiada inteligencia que le ha permitido brillar en todos los géneros literarios lo mismo que en las ciencias morales y políticas, á Fernández Bremón, Castillo y Soriano, Antonio Cortón, Antonio Sánchez Pérez, Fernando Soldevilla, Conrado Solsona, Enrique Sepúlveda.

Corrió la voz, y me ví favorecido por frecuentes visitas de numerosos literatos amigos míos unos, conocidos otros por su reputación, y mientras se publicó el *Correo de Ultramar* adquirí artículos por valor de más de veinte mil pesetas, que se repartieron equitativamente entre los que por entonces cultivaban las letras.

Disfruté de un período parecido al que me proporcionó la publicación en *La Epoca* de mis *Retratos á la pluma.*

¡Bienaventurados los que pueden dispensar favores, porque mientras los dispensan tienen el gusto de ver caras risueñas, de oir protestas de afecto y de aparecer ante los favorecidos con méritos, no siempre reales y positivos, sino forjados por una gratitud circunstancial.

Claro es que constituyen la excepción de esta regla los amigos que lo son de verdad, lo mismo en los días prósperos que en los adversos.

De aquel tiempo me quedaron unos cuantos, pocos en verdad; pero que no han cesado de darme pruebas de leal y desinteresado afecto.

Sabido es que en el capítulo de la amistad, co-

mo en el de la gratitud y más aún en el del amor, hay sus grados como en la temperatura. De celebrar es que no se les haya aplicado un termómetro, porque sus alteraciones aumentarían los malos ratos que á pesar de las piadosas mentiras nos proporcionan el trato social y también por desdicha el trato íntimo.

Sobre este tema habría mucho que hablar. Los amigos, por ejemplo, son como las monedas: los hay que valen lo que las legendarias peluconas ó las inaccesibles monedillas de oro, que se guardan con devoción para los grandes apuros, y los hay que en escala descendente llegan hasta el humilde perro chico, sin que falten en las de plata y en las de calderilla, monedas falsas que conviene emplear lo más pronto posible para saber á qué atenernos.

Entre los papeles que dejó mi buen padre, encontré un documento muy curioso. Era la lista de los amigos que había tenido, clasificados en dos grupos: el de las onzas y las monedillas con arreglo á mi símil, y el de la plata y la calderilla. Más de doscientos nombres aparecían en aquel memorandum. En el primer grupo sólo figuraban cinco; en el segundo los demás, con breves notas que recordaban ingratitudes, deslealtades, miserias humanas en fin.

No he incurrido en la debilidad de formar una lista análoga; pero bien puedo asegurar que no he sido más afortunado que él: tres ó cuatro *in utroque félix*, media docena de monedillas de oro,

una escasa de monedas de plata, mucha calderilla, y entre las últimas dos clases, algunas piezas falsas. A esto se ha reducido mi capital en amigos; pero en mi vida íntima he tenido más suerte: todo en ella ha sido oro.

Siempre he creído y creo todavía, que una amistad verdadera es el supremo goce de la vida espiritual, y si me he detenido á conmemorar desengaños y desdichas innominados, no es para desahogar rencores que si han existido en mi alma han durado poco y los he olvidado pronto, sino para lamentar que el mísero egoísmo nos prive de otros goces nobles, puros, intensos, que harían de la vida un Paraíso como el que, también por egoismo, perdieron nuestros primeros padres.

Siempre que he podido dispensar un favor, ofrecer una emoción grata, prestar un servicio, he experimentado gran satisfacción y no he esperado ni deseado recopensa. Me habría agradado la reciprocidad; pero he visto que para algunos seres es superior el gusto de hacer daño al de hacer bien. ¡Tanto peor para ellos! Por mi parte he tenido la dicha de saber perdonar y poder olvidar.

XVIII

En las situaciones prósperas ó adversa que atravesé desde 1877 hasta el final de 1882, no me faltaron las satisfacciones que proporciona el trato con personas de gran inteligencia y de gran corazón, figurando en primer término entre las

últimas D. Melitón Martín, cuya labor intelectual es la más vasta, la más completa, la más civilizadora y la más generosa de cuantas en España produjo el siglo XIX.

La mayor parte de los problemas científicos que desde hace tiempo van planteando y resolviendo los más perspicaces y sabios pensadores, fueron por él resueltos y planteados, en sus libros teóricamente y prácticamente en las importantes obras de ingeniería que dirigió y realizó.

Al lado de los tanteos, no siempre afortunados, que marcaron el rumbo de los progresos durante la segunda mitad del siglo anterior, D. Melitón Martín, sin dudas ni vacilaciones, disipó las sombras que en gran parte envolvían en nuestro país al saber humano.

Agradaba la media luz á los que gracias á ella podían brillar, y á su vez rodearon de sombras la labor que ponía de relieve la insuficiencia de los que pasaban por astros y creían de buena fé que lo eran.

En mis *Retratos á la pluma* figura el de D. Melitón Martín; sencillo bosquejo, porque cuando le tracé conocía de su obra lo suficiente para admirarla; pero no toda ella en su maravillosa magnitud.

Nació en Segovia en Marzo de 1820 y á los ocho años fué á Londres con su familia, porque su padre, afamado médico y diputado á Cortes, de ideas liberales, perseguido por los absolutistas, se vió precisado á emigrar. Al volver á España en

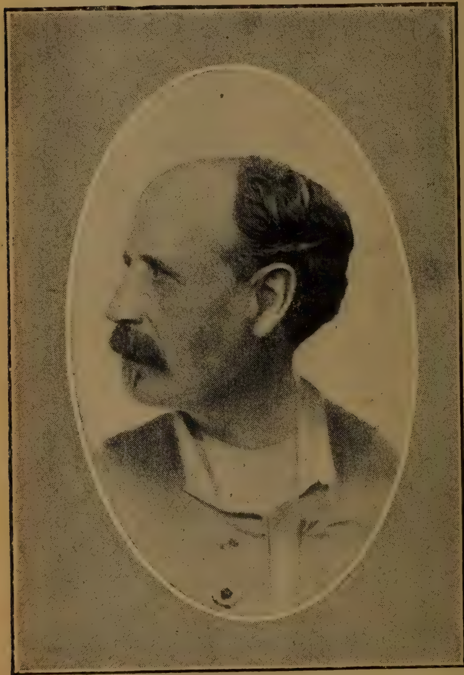
1840, cuando contaba veinte años, había terminado con gran brillantez la carrera de ingeniero civil, y tornaba á su patria con el noble deseo de utilizar en su servicio la ciencia que había adquirido en el país clásico de la ingeniería.

Inútil fué cuanto intentó para que previo el más rigoroso examen le reconociesen en España el título de ingeniero que había ganado gloriosamente en Inglaterra. Si quería ser ingeniero español, necesitaba empezar la carrera y seguirla año trás año, con profesores en aquel tiempo muy inferiores á los que le habían enseñado en Londres y á los que podía enseñar mejor que aprender de ellos.

No se avino á tan odiosa exigencia, y aunque todavía no había contagiado á Europa la América del Norte con el no menos odioso *boycotage*, los escasos prohombres que monopolizaban la ciencia por ser tuertos en país de ciegos, procuraron hacer el vacío en torno del inteligente y animoso joven, que á pesar de la modestia con que se presentó á los que podían favorecer sus justas pretensiones, fué desahuciado por el *Non posumus* de la apacible y generalmente bien aprovechada rutina.

Ante la resistencia pasiva, no hosca sino farisaicamente amable, habría desmayado un alma de temple menos fuerte que la de D. Melitón Martín; pero si sus taimados enemigos pudieron evitar que el impresionable público intelectual de España, que á veces exalta y hasta diviniza á nulidades, se tomase el trabajo de examinar y juz-

gar por sí mismo sus libros; aunque con regateos, se vieron obligados á reconocer que las obras que ideó, dirigió y realizó en calidad de ingeniero, le otorgaban por derecho propio el primer puesto entre los españoles, igualándole á los más notables y afamados del extranjero.



D. Melitón Martín.

Elogiaban su poderosa inteligencia en las conversaciones particulares, aunque insinuando que era lástima que su carácter fuese despreocupado y atrevido, sin cortapisa ni freno que coartase sus audaces vuelos, lo que no era verdad; pero pro-

curaban poner sordina á los elogios que le tributaban los que sabían y querían hacerle justicia.

Cuando en 1882 ingresó en la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, porque dados su prestigio y los grandes servicios prestados al país, no podía ser preterido por más tiempo, leyó en el solemne acto de su recepción un discurso que fué considerado «como síntesis de todas sus producciones científico-literarias, como su testamento intelectual y moral».

En su discurso demostraba la apremiante necesidad de refundir en una sola ciencia los conocimientos indispensables á la actividad humana, ciencia á la que daba el nombre de *ponología*, y justificaba su deseo con argumentos tan nuevos, tan originales, tan convincentes, que calificado con exactitud, no solo fué su testamento, sino la más completa manifestación de su maravillosa inteligencia: su retrato intelectual.

En cuanto á su retrato moral, él mismo le trazó al completar su última voluntad con las siguientes líneas:

«He vivido oscuramente como obrero—decía—y quiero salir oscuramente de la escena. Nada de esquelas, un sencillo anuncio diciendo: Melitón Martín ha fallecido; sin título alguno, porque jamás he apetecido otro que el de obrero de buena voluntad. Un ataud sencillo, modesto; un traje de campo ó de trabajo por mortaja; el carro menos ostentoso, un nicho cualquiera, nada de pompas fúnebres, nada. Lo que habría de gastarse en sa-

tisfacer la vanidad, gástese en socorrer á los desgraciados »

En el discurso á que he aludido antes y en este codicilo, aparecen de cuerpo entero el pensador y el hombre.

Mi sincera admiración á su insuperable talento y al noble, justo y enérgico carácter que hacían un espíritu excepcional del suyo; la asiduidad con que buscaba las ocasiones de leer sus obras y escuchar sus elocuentes palabras seguro de aprender siempre algo nuevo, grandioso, sorprendente, lo mismo en la esfera de la ciencia que en la del arte, me ganaron su afecto porque comprendía la sinceridad del que yo le profesaba con verdadera devoción.

Encarnación de la ciencia de la actividad humana, de la *ponología* cuyos cimientos dejó en su vasta obra intelectual, fué además en la vida íntima padre amantísimo y gran educador de sus hijos, como lo fué también de los obreros que trabajaron á sus órdenes bajo su dirección.

Cuando necesitaba todas sus energías para la lucha que se veía obligado á sostener con la ignorancia y la malevolencia, perdió á su amada compañera, quedando en su triste hogar cinco niñas y dos niños, á los que atendió con adoración y educó con magistral esmero desarrollando los gérmenes de las felices facultades que revelaban.

Las niñas se convirtieron en interesantes señoritas de superior inteligencia, de una cultura poco

generalizada por entonces en España, con todos los conocimientos indispensables para gobernar una casa, con todos los atractivos para brillar en la buena sociedad, y no tardaron en ser solicitadas por aspirantes capaces de comprenderlas y estimarlas en lo mucho que valían siendo además dignos de ellas por sus condiciones personales que les han permitido hacer brillante carrera.

La mayor de las hijas de D. Melitón Martín fué esposa del genial literato y por tantos conceptos simpático y hasta admirable Juan Valero de Tornos.

Otra de ellas unió su vida á la del inteligente, correcto y bondadoso D. José María Quirós, constante y fidelísimo auxiliar de su padre político.

Otra contrajo matrimonio con el reputado médico D. Rogelio de la Rionda, modelo de esposos y de caballeros.

Menos afortunada que sus hermanas fué, la que unida á D Siro Ramos, brillante ingeniero á quien su padre político consideró como el primero de sus auxiliares, quedó viuda en el mejor período de la vida, cuando todo la auguraba la más completa felicidad.

La menor de las cinco ha sido y es la digna compañera del distinguido jurisconsulto y hombre político D. Pablo Martínez Pardo, que cuando escribo estas líneas desempeña el alto cargo de Ministro del Tribunal de Cuentas.

Todos los hijos políticos de D. Melitón le admi-

raron y le profesaron sincero y entusiasta cariño.

Cuando la casualidad me reune con los que aún viven, consagramos fervorosos elogios al ilustre ausente á quien ni ellos ni yo cesamos de admirar y querer, seguros de que antes de que se cumplan los noventa años que al escribir su biografía indiqué que tardaría en dar fruto la semilla sembrada por el gran pensador, habrá quien después de estudiar sus obras y meditar sobre su inmensa y trascendental labor, revele al mundo que en la segunda mitad del siglo XIX hubo en España quien anticipándose á los progresos realizados por las nuevas generaciones, resolvió los problemas científicos, económicos, sociales, literarios y artísticos de más importancia y trascendencia.

Quiso, como hemos visto, condensar todas las ciencias físicas y morales en una sola; engrandeció y dignificó el trabajo en la historia alegórica que de él hizo y publicó con el título de *Ponos*, demostrando que la misión del sér humano es trabajar primero con el cuerpo y después con el espíritu, afirmando que la labor humana no pue. de menos de ser física, intelectual y sentimental á la vez.

Para divulgar tan saludables ideas dió también á luz la *Leyenda del trabajo* (1).

(1) He aquí la lista de los libros y opúsculos escritos y publicados por D. Melitón Martín: *Cuatro palabras á los consumidores de gas, Las hormigas y el Universo, Carta á los mineros, Carta al Ministro de Fomento, El sistema mé-*

No es posible en las pocas páginas que en mis recuerdos puedo dedicarle, trazar con la amplitud que requiere la historia de D. Melitón Martín, y mucho menos explicar la inmensa aunque todavía para España misteriosa influencia que ejerció en el progreso humano y muy especialmente en el de nuestra nación.

En medio de las íntimas satisfacciones que producían en su ánimo su fecunda actividad y el reflejo de amor y de ventura que desde los hogares de sus hijas llegaba al suyo, sufrió la inmensa pena de perder al mayor de sus hijos varones, Melitón, á los veintidos años de edad, cuando por sus disposiciones parecía llamado á continuar la obra de su ilustre padre.

Siempre que podía disponer de algún tiempo le visitaba, y como era en extremo bondadoso, procuraba que nuestros diálogos fuesen más literarios que científicos. No era yo hombre de ciencia, y en cambio él era un verdadero artista.

Un día me confió que en su mocedad había escrito un drama, no habiendo reincidido no por falta de amor á aquella labor literaria, sino por falta de tiempo.

---

trico decimal, *Ponos* (1864), *La leyenda del trabajo* (1870), *La cartilla del trabajo* (1870), *Filosofía del sentido común*, (1872), *Las huelgas, sus causas y su remedio* (1875), *La imaginación* (1877), *Le travail humain son analyse, ses lois et son evolution* (1878). Además es una de sus más interesantes y admirables obras, el cuadro sinóptico que tituló *Conato de clasificación de los conocimientos humanos del siglo XIX.*

Trabajo me costó que me leyera aquella obra dramática, de la que según me indicó ni á sus hijos había hablado; pero insistí tanto y estaba él tan seguro de la devoción que me inspiraba, que al fin una tarde y como quien incurre en una debilidad, me dió á conocer aquella obra que oí con creciente interés y me pareció sencillamente admirable.

No puedo recordar su título; pero lo que no he olvidado es que produjo en mi ánimo una intensa emoción. Los tres actos de que constaba el drama, se desarrollaban en el hogar de una modesta familia de labradores durante uno de los períodos más críticos de la guerra de la Independencia. En la acción aparecían sintetizados en los personajes el amor á la patria, el anhelo de vencer á los usurpadores, el sacrificio de los más nobles y puros sentimientos del alma. La grandiosa epopeya palpitaba en aquellas escenas llenas de vida y de sinceridad, y sin aparato teatral, sin combates, se percibían y adivinaban en aquel ambiente honrado y tranquilo, los terribles y dolorosos episodios de la guerra.

La obra estaba escrita en una prosa sencilla, natural, sin los ardides de la oratoria; pero con el calor necesario para dar vida á los caracteres y relieve á las situaciones.

Nadie habría creído que era la obra de un principiante, porque en ella había logrado vencer la casi insuperable dificultad de reflejar en el seno de una humilde familia de campesinos, el gran-

dioso poema de nuestra guerra contra las huestes del excepcional Napoleón.

—Gestione usted su representación—le dije.

—¿Para qué? Es una pobre florecilla del jardín de mi juventud—contestó.—Hasta ahora me ha faltado valor para destruirla. Pero algún día que esté de mal humor la destruiré.

Y debió realizar este propósito, porque he preguntado á los que tuvieron ocasión de examinar sus papeles después de su muerte, y ni hallaron entre ellos el drama, ni de él tenían la menor noticia.

D. Melitón Martín falleció el 14 de Septiembre de 1886 á los sesenta y seis años de edad, y su fama se perpetúa y aumenta á medida que el espíritu investigador de la presente época conoce su maravillosa labor como ingeniero y percibe los destellos que de su insuperable inteligencia dejó en sus libros. Guardados estos últimos con esmero en las Bibliotecas bien organizadas, llegará un día en que un escritor avisado admire en ellos el alma privilegiada de su autor, en que pueda ser juzgado por la posteridad como debió serlo por sus contemporáneos, y entonces se reproducirán sus obras, se multiplicarán las ediciones de ellas, se vulgarizarán, y su inmortal autor será considerado al fin como una de las más legítimas glorias, no solo de España, sino del mundo civilizado.

XIX

Al citar los nombres, ya olvidados con harta injusticia, de los cronistas que brillaron en la segunda mitad del pasado siglo, omití el de *Fernán-Flor*, no por olvido, sino por considerar su producción literaria de mayor importancia.

Isidoro Fernández Flórez, que acreditó é ilustró los seudónimos el *Lunático* y *Fernán Flor*, fué un pensador, un sociólogo, un político, un literato y un artista, formando con tan diversas y preciosas cualidades el prototipo del periodista moderno, admirable además por el aticismo de su espíritu crítico.

Se han coleccionado algunas de sus obras. Todas las que escribió deberían añadirse á las publicadas. Ni una sola debe condenarse al olvido.

Tuvo muchos admiradores, cuantos leían sus siempre ingeniosos é interesantes artículos; pero preciso es reconocer también que tuvo pocos amigos. Era voluntarioso, dominador, sobre todo dominador. De raza aristocrática, su corrección y su finura eran exquisitas; pero en todas estas cualidades faltaba calor. La forma característica de sus afectos era la más pulcra cortesía, bajo la que se percibían un elegante indiferentismo, un enfermizo espíritu autoritario y una absorción muy semejante á la de las mujeres coquetas, porque tenía algo de femenil.

La Academia Española le admitió en su seno,

rindiendo en su persona un homenaje al periodismo y honrando al mismo tiempo al literato. Pero disfrutó poco de un triunfo que no solicitó, y que aceptó con el indiferentismo íntimo y la superficial urbanidad que le caracterizaban.

Fué un solitario en medio de numerosos amigos, que le querían sinceramente á pesar de su ingénita frialdad.

Dadas sus condiciones no podía someterse á tutelas, y siendo un verdadero niño mimado en *El Imparcial* fué, según refirieron los mejor enterados, el iniciador de la actitud revolucionaria en que se colocaron los redactores y empleados de la administración del popular diario ante su propietario y director; actitud que originó la creación de *El Liberal*. Sólo quedó al lado de Gasset el activo é inteligente periodista D. Andrés Mellado, que después hizo una brillante carrera.

Los revolucionarios, llamémoslos así, publicaron el primer número de su nuevo periódico el 31 de Mayo de 1879, fundando una empresa los que pudieron adquirir más ó menos número de participaciones. Fernández Flórez fué uno de los primeros accionistas.

El Liberal, que alcanzó gran éxito, no tardó en ser un magnífico negocio editorial. Desde el primer momento contó con la colaboración de D. Angel Castro y Blanc, verdadero y no superado maestro en el arte de encerrar en breves, intencionados y correctos párrafos las ideas más trascendentales, los temas más profundos, los ataques más

crueles y decisivos, porque prescindiendo de la ampulosidad, de la hojarasca, de la trasnochada y pueril elocuencia de los artículos de fondo en uso hasta entoces, sabía afinar la puntería, dar en el blanco, y todo esto con un ingenio, con una maestría que cautivaban á los lectores y atemorizaban á los que eran objeto de sus censuras, escritas siempre con guante blanco.

Gran parte del rápido triunfo del nuevo periódico se debió á Castro y Blanc, que ya había inaugurado en el *Imparcial* el nuevo y eficaz procedimiento que eternizará su fama en la historia del periodísmo español.

En el mes de Diciembre del mismo año en que apareció *El Liberal*, inauguré en calidad de colaborador una sección titulada *Visitas retrospectivas* cuyo objeto tenía algo de piadoso.

«Las celebridades que pasan—decía yo—después de haber brillado en el zenit tienen crepúsculos más ó menos largos pero siempre bellos y he sentido deseo de contemplarlos».

Mis visitas eran, pues, un homenaje á los ilustres escritores que ancianos y achacosos vivían, si no completamente olvidados, en el mayor abandono de los que iban ocupando las vacantes.

No pude publicar más que las reseñas de dos visitas que hice, á Hartzenbusch una y á García Gutiérrez la otra, porque surgieron desidencias entre los accionistas de *El Liberal*, los que triunfaron creyeron oportuno prescindir de mi colaboración, y cuando por efecto de otra disidencia volvieron al

poder mis amigos, digámoslo así, colaboré de nuevo aunque de tarde en tarde. Entonces fué cuando publiqué con el título de *Una copa de Ginebra*, la reseña de la última llamarada del poderoso genio del gran humanista y célebre critico Manuel de la Revilla.

Veraneábamos en el Escorial, y algunas tardes paseábamos juntos. Me admiraban la intensidad y la novedad de sus juicios; su carácter afable me encantaba, no hacía alarde de sus grandes méritos, era sencillísimo, ingénuo, aunque intransigente con los que combatían sus creencias.

No era aficionado á las corridas de toros, yo tampoco y una tarde en que la población del Real sitio acudió casi en totalidad á una corrida, quedamos los dos solos en el café de Miranda.

En el artículo que publicó *El Liberal* y forma parte de mis *Retratos á la pluma*, referí la interesante escena en que fué protagonista. Con verdad pude afirmar, después de oirle durante tres horas expresar con avasalladora elocuencia sus ideas literarias, artísticas, filosóficas y políticas, que aquella tarde asistí al grandioso crepúsculo de su genio, á su muerte intelectual.

Desde el café le acompañé á su casa, porque se sintió enfermo. Tuvo que guardar cama y sin darse cuenta de su estado vivió tres días; pero su prodigiosa inteligencia acabó de brillar con las últimas palabras de su discurso en el Café de Miranda del Real Sitio de San Lorenzo.

XX

En el mes de Septiembre de 1880 llegó á Madrid D. Víctor Mariñosa que en Zaragoza donde había dirigido un Banco de crédito alcanzó fama de financiero inteligente y honrado. Dotado de una viva imaginación que no le impedía sino que le ayudaba á resolver los más arduos problemas mercantiles, concibió el vasto proyecto de unificar y amortizar la Deuda española, convirtiendo en un sólo signo de crédito nacional los diversos valores que la constituían.

Este plausible deseo había preocupado á algunos ministros de Hacienda: la dificultad consistía en los medios de realizar tan conveniente como complicada aspiración, y Mariñosa había hallado el más fácil, más práctico y más provechoso, según afirmaba.

No puedo recordar con todos sus detalles el plan por él preconizado, ni hace al caso, porque mi único objeto al recordar el Banco de la Riqueza pública, es solo referir que su iniciador gran amigo de Calixto Ariño y lector bondadoso de las *Cartas del domingo* que enviaba yo al *Diario de Avisos* de Zaragoza, al trasladarse á Madrid para celebrar conferencias sobre su magno proyecto con el ministro de Hacienda, que era el famoso Camacho, y plantearle, quiso conocerme y utilizar mis servicios para la redacción de los documentos que necesitase el fomento de su empresa.

Ariño nos puso en relaciones, simpatizamos y aunque alegué mi absoluta falta de competeneia en asuntos financieros, al designar las personas de reconocida autoridad que debían constituir el Consejo de Administración del nuevo Banco, se obstinó en otorgarme el cargo de Secretario. Mi excusa no era admisible: para redactar actas y comunicaciones, no era necesario ser un economista, bastaba ser escritor.

Se decía por entonces que la poderosa Compañía de Jesús, considerando como un magnífico y seguro negocio el propósito del Banco en cuestión, había resuelto adquirir la mayor parte de las acciones que debían emitirse, representada por dos ó tres de los personajes que estaban llamados á formar el Consejo cuando fuese constituída legalmente la empresa.

Si esto era ó no verdad, declaro que aunque funcionaba como secretario no estaba en el secreto. De todos modos, si hubo los propósitos que se indicaban, no se realizaron; el Banco de la Riqueza pública se constituyó por escritura en toda regla y formaron parte del Consejo personas de mucho viso, bajo la presidencia de mi antiguo y siempre querido amigo el Conde de Belascoain.

Poniendo en juego la actividad y el entusiasmo que aplicaba á cuanto emprendía, organizó las oficinas con las comodidades que exigían las secciones de que debía constar la administración, eligió con el buen gusto y la elegancia en él peculiares el mobiliario y adorno de la Sala de Juntas,

de la Dirección del Consejo, del despacho del Director administrativo y de las secretarías de las dos Direcciones.

En breve tiempo y siempre mejorando, pasó el Banco del piso principal del núm. 76 de la calle Mayor al amplio piso también principal del número 6 de la Plaza del Angel y por último quedó instalado en el edificio que construyeron los banqueros Guilhou en la calle del Caballero de Gracia para sus oficinas bancarias, con sótanos *ad hoc* para guardar los caudales que debían ingresar y que me apresuro á indicar que no ingresaron. Después se convirtió aquel edificio en el Hotel de Roma que ann subsiste, y que según parece formará parte de la Gran Vía.

Durante seis ó siete meses funcionó nuestro Banco empleando el tiempo en ensayos. Todos los que prestábamos servicios con sueldo, entre los que figuraban Castillo y Soriano como secretario de la Dirección administrativa, y como tenedor de libros un tal Rivero que á pesar de ser muy joven tenía fama de ser un excelente tenedor de libros, debíamos esperar para percibir los respectivos honorarios á que legalizada la empresa, empezase á realizar su cometido.

Los Consejeros se hallaban en el mismo caso, y el buen Conde de Belascoain que había sacrificado la mayor parte de su fortuna en la aventura carlista que habíamos corrido juntos, mermó abundantemente la que le quedaba, amueblando las dependencias del Banco, costeando las li-

breas de los servidores de escalera abajo y abonándoles sus sueldos.

Mariñosa trabajaba día y noche desarrollando su plan, conferenciando con capitalistas, y no dudando de que á pesar de las dificultades saldría victorioso. Por algo se llamaba Víctor.

Como he dicho, los gastos que se hicieron los anticipó el Conde de Belascoain; á nadie se debía un céntimo, porque los que no cobrábamos los sueldos que nos habían señalado habíamos aceptado la condición de quita y espera, á pesar de lo cual no faltaban enemigos á Mariñosa y á los Consejeros.

Como siempre sucede, los que no habían obtenido las *prevendas condicionales* de que disfrutábamos unos cuantos, recurrieron á la miserable calumnia.

Estando yo una tarde á cosa de las tres en casa del Conde, anunció un criado que un periodista deseaba verle para un asunto del mayor interés. En la tarjeta que entregó el doméstico á su amo aparecían el nombre del periodista y el título del periódico, que para nada hacen al caso y que de todos modos no los revelaría.

Ante aquel anuncio resolví alejarme; pero el Conde me rogó que asistiese á la entrevista.

Poco después se presentó un joven como de veintiocho á treinta años, modestamente vestido y la parecer muy resuelto.

—¿En qué puedo servir á usted?—le pregunto el Conde.

—Yo soy—contestó el periodista—quien vengo

á prestar á usted un servicio, por lo que desearía conferenciar á solas con usted.

—El señor—dijo Belascoain—es mi secretario y como usted comprenderá no tengo secretos para él. Puede usted hablar con absoluta confianza.

—Pues verá usted—añadió el desconocido con el mayor desahogo.—Un compañero de redacción ha dado á la imprenta de mi periódico un artículo en el que se ocupa del Banco de la Riqueza, de cuyo consejo es usted presidente, si no estoy mal informado.

—Esta usted en lo cierto. Prosiga su relato.

—Le ha leído el director y le han sorprendido las acusaciones de que son objeto los directores y consejeros del Banco á que aludo. «Vaya usted á ver al Sr. Presidente, me ha dicho; que se entere de lo que se murmura y pónganse ustedes de acuerdo si, como es de presumir, no quiere que el artículo se publique.

—Venga ese artículo—añadió el Conde con la mayor serenidad; y después de leer la galerada que le presentó el periodista, se acercó á un timbre, apretó el botón y no tardó en presentarse un doméstico.

El periodista y yo le mirábamos. ¿Qué significaba aquella llamada? El periodista que conocía el texto del artículo, debió pensar que trataba de arrojarle de la casa de un modo violento.

Cuando entró el criado le preguntó el Conde:

—¿Han acabada ustedes de almorzar?

—Sí, señor—contestó el fámulo.

—¿Ha quedado algo del almuerzo?

—No, señor—añadió el criado sonriéndose.—Hemos tenido todos buen apetito.

—Puede usted retirarse. Y dirigiéndose al periodista, prosiguió: Lo siento, porque como este artículo que le devuelvo no es más que hambre, le habría dado á usted algún refrigerio con mucho gusto. Compadezco á usted. Por lo demás puede el director del periódico publicar el artículo y como los tribunales castigan la calumnia, con ellos se entenderán él y usted. Y le indicó la puerta.

El artículo no se publicó: era un anzuelo del género de los que por entonces no dejaban de usarse con éxito, porque había muchos peces gordos en el río revuelto, que no se seca nunca.

Los magníficos y quizás provechosos propósitos de Mariñosa no se realizarón; todo se evaporó, y el único recuerdo que me quedó de aquel período de risueñas esperanzas, fué la ocasión que tuve de conocer á Mariano de Cavia. Había venido á la Corte en busca de la notoriedad que con su ingeniosa, discreta y genial pluma no tardó en conquistar, era amigo de Mariñosa, fué á visitarle al Banco, nos presentó, desde entonces fuimos amigos y yo además constante y ferviente admirador suyo.

También recuerdo que no mucho tiempo después de conocernos, sufrió una enfermedad que puso en peligro su vida. Cuando me enteré fuí á verle con frecuencia; conocí á su madre, señora de gran inteligencia, de ingenua bondad, y tam-

bién tuve ocasión de conocer al Dr. Salillas que le asistía en calidad de médico, y á quien he admirado por las excepcionales cualidades que posée: talento, ilustración, energía, probidad, altruismo.

XXI

Continuó favoreciéndome el período de relativa prosperidad. En el verano de 1882 conocí en el Escorial á D. Andrés Vidal y Llimona.

La *Societé de gens de lettres* de París me nombró representante suyo en España, y como Vidal tenía la representación de las casas editoriales de música más importantes de Francia, deseó aprovechar la coincidencia de residir también en el Escorial para entrar en relaciones conmigo.

Nada más facil en aquel Real Sitio, donde todos los que veraneábamos nos conocíamos y nos tratábamos más ó menos superficialmente.

Una tarde nos reunimos á cosa de las cinco y hablando del asunto que nos interesaba se nos pasó el tiempo sin sentir, porque los españoles tratando de negocios desconocemos el laconismo inglés. Nos sorprendió la noche y cuando regresamos á la población eran las once. A Vidal y á mí se nos olvidó que cenábamos á las nueve.

Vidal me acompañó á mi casa donde se hallaba su señora con mi familia, todos muy preocupados por nuestra tardanza. La esposa de mi nuevo amigo se había presentado en mi albergue á la mía, sin conocerla más que de vista, porque teniendo

su marido la llave de la casa en donde habitaban, ni la criada á quien habían dado suelta aquella tarde, ni ella habían podido entrar en su domicilio.

Todos cenamos en el mío en amor y compañía, y no dejó de ser original aquel modo de comenzar unas relaciones que han durado mientras han vivido Vidal y su buenísima señora.

La Mascota, á cuyos editores representaba Vidal en España, había sido arreglada al español por encargo suyo y se había representado con gran éxito en Barcelona. Mi nuevo amigo juzgó que sería buen negocio comprar su propiedad y al mismo tiempo la de *Gileta de Narbona,* las dos operetas del compositor Audrán, y acepté su proposición. Negoció la compra, y después de algunos regateos adquirimos las dos operetas para explotarlas en España y en las repúblicas hispanoamericanas, en la cantidad de veinticuatro mil francos, siendo propietarios Vidal y yo por partes iguales de la música y de la letra.

Para no perjudicar al escritor que había hecho la traducción con licencia de Vidal, pero sin más beneficio que una parte insignificante de los derechos de autor que se cobrasen, le compré por el precio que fijó la propiedad de su traducción.

La compañía del maestro Cereceda estrenó en Madrid *La Mascota* en Diciembre de 1882, y el éxito que alcanzó en la Villa y Corte fué superior al que había obtenido en Barcelona. Durante la temporada que acabó en Abril de 1883 no cesó de representarse. La preciosa, la verdaderamente en-

cantadora música del maestro Audrán, era saludada no solo con aplausos, sino con verdaderas aclamaciones.

Que agradase y que hasta entusiasmase la partitura, no me parecía extraño: lo mismo sucedía en todos los países de Europa en donde había sido representada la opereta, que en París había durado en el cartel más de trescientas noches consecutivas.

Lo que me sorprendió es que al mismo tiempo comprase el público el libreto. En tres años fué necesario hacer diez ediciones de él, de 1.000 ejemplares cada una. Este afán de poseerlos obedecía sin duda al deseo de poder aplicar la letra á la música que los espectadores, que no se cansaban de asistir á las representaciones, habían aprendido á fuerza de oirla.

Cuando adquirí la traducción española del libreto, hice en ella algunas correcciones que me parecieron indispensables, siquiera por *ornato público*.

Había con frecuencia, sobre todo en la letra, palabras y frases que sin el atractivo de la música habrían suscitado protestas y silbidos.

Mi trabajo fué inútil: los actores que habían aprendido sus respectivos papeles con la primera traducción y que con ella habían logrado tan lisonjero éxito, me suplicaron que renunciase á mi propósito de asear algo el diálogo y particularmente de introducir un poquito de sentido común en la letra aplicada á la música.

El éxito alcanzado en Madrid por la *Mascota*, se repitió en las provincias, en Cuba, en Puerto Rico, en Filipinas, y en los seis ó siete años que siguieron al de su estreno, los derechos de representación y la venta de los libretos ascendieron á más de veinticinco mil duros.

La obra quedó de repertorio, siguió produciendo importantes ganancias, y todavía al cabo de treinta años no se ha agotado el filón de esta mina cómico-lírica.

XXII

Como observará el amable lector que haya seguido la narración de mis *Recuerdos*, después de un largo período en el que fluctué entre la adversidad y la fortuna, pareció la última dispuesta á premiar mi perseverancia en buscarla, perseverando á su vez en favorecerme.

¡Cuán lejos estaba de aquel día de suprema angustia que pasé en París; de los dificíles y en ocasiones insuperables problemas económicos que había tenido que resolver en los seis lustros transcurridos desde que necesité aceptar un modesto sueldo en la Compañía del actor Arjona, hasta que el teatro que alivió entonces mi pobreza como aspirante á cómico, me otorgó en concepto de derechos de autor unos cuantos miles de duros!

Difícil es, como en otra ocasión indiqué, adquirir sólo con el trabajo un capital más ó menos crecido; pero más difícil aún es conservarle cualesquiera que sean su origen y cuantía,

¿Qué extraño es que quien ha sufrido privaciones busque compensación al cesar de sufrirlas? Todas las debilidades humanas acosan al que pasa de la escasez á la abundancia, para impulsarle á buscar en las satisfacciones del amor propio, de la vanidad, de los goces materiales ó ideales, el desquite de los afanes no realizados, de las esperanzas frustradas, de las humillaciones soportadas por la pobreza.

En esta lucha son legión los vencidos y pocos los vencedores: no bastan ni la experiencia, ni el temor de perder lo que tanto ha costado ganar. Creo que solo hay una fuerza capaz de detener en la pendiente al que instigado por el amor propio ó seducido por la codicia, arriesga y casi siempre pierde, el capital que ha logrado reunir: esa fuerza es el amor á la familia.

Quien honra y ama á sus padres; quien honra y ama á una esposa, á unos hijos, considera superior á todas las dichas que puede proporcionar el dinero, la de ofrecer á los seres amados la tranquilidad, el bienestar del presente, la seguridad y de ser posible la prosperidad del porvenir.

Desde que pude formarme una idea de las dificultades materiales que en la vida nos salen al encuentro, mi afán, mi codicia si se quiere, fué vencerlas. No renegaba de mi mala suerte, no me deslumbraban las grandezas que mortifican á las pequeñeces, no ambicionaba lo que otros poseían; pero experimentaba como una obsesión, el deseo de llegar á lo que calificaba de mi tierra de pro-

misión; es decir, á tener un hogar en el que no faltase lo indispensable para vivir la vida material y la vida ideal.

Faltaría á la verdad si no confesara que al disponer de medios para satisfacer aspiraciones de la imaginación y más aún para ofrecer á los seres queridos que me rodeaban algo de lo supérfluo de que habían carecido, estuve á punto de imitar siquiera fuese parcamente, á los que en la prosperidad se olvidan de las amarguras de la escasez; pero tenía á mi lado quien cariñosamente me recordase los sinsabores, las asperezas del camino que habíamos recorrido.

Lo que yo poseía no podía calificarse de fortuna, á lo sumo de base para conseguirla; pero de todos modos era difícil emplearla con seguridad y probabilidades de no malograrla.

La razón y la experiencia aconsejan que no se emprendan más negocios que los que se dominan. La unión del capital y de la inteligencia es fecunda y provechosa en principio; pero la práctica ha enseñado que, por regla general, tarde ó temprano el capital esclaviza á la inteligencia ó la inteligencia absorbe al capital. Lo conveniente es, que el capital y la inteligencia estén representados por un solo individuo.

En este concepto, no podía encontrar una esfera de acción favorable á mis conocimientos especiales más que en la industria editorial, en el periodismo que tantos éxitos malogrados y tantas injustificadas derrotas me había producido,

Como es de presumir, incurrí en aquella que podía calificarse de mi peculiar flaqueza.

Referiré con brevedad las dos aventuras que emprendí.

XXIII

El distinguido marino y diplomático D. Melchor Ordóñez, hijo del célebre ex ministro del mismo nombre, fué designado en 1879 por el Gobierno para desempeñar una importante misión en la Indo China, y al regresar á España dos años desués, comenzó á redactar é imprimir la interesante obra que publicó con el título de *Una misión diplomática en la Indo China, descripcion del viaje de la Legación especial de España al imperio de Annam y reino de Siam.*

Deseando completar el texto con abundantes y curiosas ilustraciones, utilizó el fotograbado que por entonces comenzaba á adquirir boga, y montó un rudimentario taller, exclusivamente destinado á surtirle de clichés tipográficos

La magna labor que se impuso escribiendo la obra, corrigiendo las pruebas y organizando las tareas del taller de fotograbado, alteró su salud con tanta intensidad, que necesitó auxilio permanente en la parte material de su labor y también en la intelectual cuando los frecuentes accesos de su enfermedad le obligaban al más absoluto reposo.

Por mediación de un amigo de entrambos, fuí llamado á prestarle la cooperación que necesita-

ba, y un año después, en 1884, quedó terminado el libro del Sr. Ordóñez, quien apenas pudo disfrutar de la legítima notoriedad que con él alcanzó, porque se agravó su enfermedad y falleció joven aún cuando todo hacía esperar que llegaría á las más altas jerarquías de la Armada.

Algunos meses antes, al terminar sus tareas el taller de fotograbado, me le cedió su dueño á ruego mío, y le amplié y completé animado ó mejor dicho alucinado por un proyecto periodístico que acariciaba, de muy difícil realización; tan difícil que han sido necesarios más de veinticinco años para realizarle.

Mi propósito era publicar un diario que completase la información tipográfica con la gráfica: la actualidad ilustrada; un fantástico sueño que hace siete ú ocho años ha dejado de serlo, gracias á los progresos del fotogrado y á la iniciativa, fuerza de voluntad y poderosos recursos de Luca de Tena, fundador de *A B C*.

Aquél propósito mío, irrealizable entonces, es ya de uso y hasta de abuso corriente.

Pronto me convencí de lo ilusorio de mi proyecto, aunque no sin haber gastado en las pruebas bastante tiempo y no poco dinero. Pero si no á un periódico diario, podía mi taller de fotograbado proveer de ilustraciones á una revista semanal y resolví publicar una, discretamente humorística.

Aún no había aparecido el interesante, ameno y culto *Madrid Cómico* que después, bajo la di-

rección de Sinesio Delgado, consiguió grande y merecido éxito. Faltaba algo de lo que con tanta fecundidad y gracejo realizó aquel semanario, y como no todos los periódicos satíricos que se publicaban podían penetrar en los hogares donde convivían la moralidad y el buen humor, decidí publicar la revista semanal *Vida alegre*, título que actualmente parecería pecaminoso y que en aquellos ya lejanos tiempos, no pasaba de ser promesa de discreta y bien educada amenidad.

Busqué y obtuve la genial colaboración de Mariano de Cavia, de Luis Taboada, de Eduardo del Palacio; Cilla y Pons ilustraron la publicación con sus intencionados y correctos dibujos; reproduje los más ingeniosos y humorísticos que contenían las revistas similares de Francia y Alemania, y con tan valiosos elementos llegó la revista á contar en breve de seis á siete mil suscriptores, lo que en aquella época fué un verdadero triunfo editorial.

A pesar de su buena suerte, sólo vivió seis meses el periódico. Una desgracia de familia me impulsó á poner fin á la *Vida Alegre*.

Mi hija Laura que, como referí, nació el mismo día en que falleció Becquer, al cumplir trece años sufrió una fiebre adinámica y la debilitó de tal manera que estuvo baldada durante cuatro meses.

Los médicos me aconsejaron que la llevase al campo; de ser posible á una comarca montañosa, y recordando las descripciones del Bierzo que ha-

bía oído al magistrado y poeta D. Pascual Fernández Baeza, decidí pasar el verano de 1884 en Villafranca del Bierzo.

El viaje probó tan bien á mi hija, que habiendo sido necesario llevarla en brazos desde el coche al vagón en la Estación del Norte, al dejar en Toral de los Vados el tren que seguía hasta la Coruña, para tomar el ramal que debía trasladarnos á Villafranca, se sintió con fuerzas para efectuar el cambio de vagones sin más apoyo que el de mi brazo.

Su mejoría nos pareció milagrosa, y se acentuó de tal modo, que á los quince días de nuestra estancia en Villafranca se hallaba, si no completamente restablecida, por lo menos en vías de recuperar la salud.

No había exagerado D. Pascual Baeza: el Bierzo es un paraje encantador, y tanto sus encantos naturales como la sana alimentación, el aire puro de la montaña y la compañía de algunos amables bercianos, que fueron después buenos amigos nuestros, nos ofrecieron un agradabilísimo veraneo.

El director de un colegio de 2.ª enseñanza, que nos proporcionó vivienda en la casa de un Sr. Beberide; D. Joaquín Siso, amabilísimo alcalde; don Demetrio Curiel, abogado de profesión y literato de afición que nos hizo los honores de la simpática villa; el inolvidable, inteligente y bondadoso médico D. Darío Encinas, y algunos más cuyo nombre siento no recordar, contribuyeron con su

afectuoso trato á que conserváramos de Villafranca una impresión simpática, unida á la gratitud que nos inspiró la mejoría de la enfermita.

Desde Villafranca hice con mi hijo Julio una breve excursión á Asturias, permaneciendo dos días en Oviedo y otros dos en Gijón.

El paisaje que pudimos contemplar nos encantó, y mi hijo, que quiso conocer más detalladamente aquella privilegiada provincia, volvió á recorrerla algunos años después, atravesando á pié por curiosidad de *tourista*, el escabroso Puerto de Pajares.

También hicimos un viaje á la Coruña, deseosos de visitar á la ya ilustre escritora doña Emilia Pardo Bazán, á quien tanto mi hijo como yo admirábamos por las excepcionales cualidades de su talento.

Realizamos aquel propósito, y mi hijo fué quien disfrutó de la interesante y agradable conversación de la gran escritora y del amable convite con que quiso obsequiarnos. Yo solo pude saludarla en una corta entrevista, porque una molesta indisposición que me sorprendió durante el viaje, me obligó á permanecer en el hotel donde nos hospedamos. En los dos días que pasamos en la Coruña, apenas pude formarme una idea de aquella importante población; pero realicé mi deseo de conocer personalmente á la insigne autora del *Viaje de novios* y de la *Cuestión palpitante*, y mi hijo, á quien hizo los honores de su casa y de la bella ciudad, conservó siempre de ella un recuer-

do formado y sostenido por la admiración y la simpatía.

Después de realizar aquellas breves y rápidas excursiones, regresamos á Madrid y la convaleciente pasó bien el Invierno; pero al llegar la Primavera se quebrantó de nuevo su salud, y después de una breve y violenta fiebre perniciosa, el día 4 de Mayo de 1885 nos abandonó para siempre.

Esta dolorosa pérdida proyectó una terrible sombra sobre nuestra felicidad. Era la primera gran desdicha que experimentábamos. Los que hayan pasado por un trance análogo, comprenderán lo que callo porque no acertaría á expresarlo.

¿Cómo había de seguir publicando la *Vida Alegre*, quien se hallaba sumido en la más profunda tristeza? Aquella niña, próxima á cumplir los quince años, el más hermoso período de la vida de la mujer; tan buena, tan cariñosa, tan inteligente, mimada por sus hermanos, adorada por su madre, por mí, por la abuelita á quien se asemejaba tanto en lo físico como en lo moral, al dejarnos para siempre parecía haberse llevado la paz y la alegría de nuestra alma.

Renuncié al periódico, malvendí el taller de fotograbado, y durante algún tiempo no acerté á trabajar. Sólo hacía lo indispensable para cumplir mis ineludibles deberes: creí que todo había acabado para mí.

Aún me esperaban nuevas y dolorosas desdi-

chas en medio de la prosperidad material que continuaba favoreciéndome.

Recuerdo que pensando más que en la mía en la honda pena de mi esposa, quise escribir un libro, el *Libro de las madres que pierden á sus hijos*, con el único fin de llevar á su alma el consuelo que no encontraba para la mía.

Mi deseo fué inútil; no acertaba á expresar mis pensamientos; todo me parecía pequeño, ruín, comparado con la magnitud de la pena, y como la esterilidad de mi intento aumentaba mi pesadumbre, renuncié á mi propósito.

Cuantas veces he querido continuar las cuatro ó cinco cuartillas que pude trazar, renovándose la herida mal cerrada, me ha sido imposible realizar mi deseo. Pero el libro que no he logrado escribir, hace falta..., las madres le necesitan, le esperan. Quien le escriba, hará una buena obra que sólo pueden realizar el sentimiento y la imaginación, no el dolor.

El tiempo, que sigue impasible su marcha; la resignación que ofrece la misericordia divina; el trabajo, que indirectamente es el gran consolador de las más intensas penas; el inexorable instinto de conservación que nos domina hasta que la vejez, aunque no siempre, nos ofrece la conformidad, restablecieron en mi vida y en mi hogar la normalidad exterior, dejando en el fondo del alma esa amargura que llega al fin á endulzar los recuerdos, pero sin dejar de ser amarga.

XXIV

El Correo de Ultramar y *La Moda de París* que publicaba la misma empresa, por muerte de su fundador pasaron á ser propiedad de los señores de Mourgues, los impresores de los manifiestos del general Cabrera.

Eran dos hermanos solterones que frisaban en los cincuenta años, ricos pero derrochadores que vivían á lo príncipe.

Como *La Ilustración Española y Americana* y *La Moda Elegante Ilustrada*, que con tanto éxito publicaba en Madrid Abelardo de Carlos, hacían gran competencia en América á los dos periódicos de París antes citados, y al mismo tiempo, como después pudo verse, los de Mourgues perseguían más que un negocio editorial un negocio financiero, juzgaron conveniente la formación de una sociedad anónima que explotase los cuatro periódicos, y por mediación de Nilo Fabra tan conocido y estimado en los círculos plutocráticos y políticos de Francia, propusieron la idea á Abelardo de Carlos.

La semilla cayó en terreno fértil: la sociedad se formó con el título de *Unión de la prensa hispano-americana* y se fijó el capital en cuatro millones y medio de francos, de los que se adjudicaron á *La Ilustración* y *La Moda* de Madrid dos y medio en acciones, y los dos restantes al *Correo de Ultramar* y á *La Moda* de París.

Al hacer las paces las dos empresas rivales, cesó la frialdad de relaciones que existía entre Abelardo de Carlos y yo, y como en el fondo nos estimamos siempre, celebramos que desapareciese el motivo que nos separaba.

En uno de los frecuentes viajes que desde 1883 hasta 1903 hice á París, tuve ocasión de hablar con los de Mourgues y entonces fué cuando uno de ellos me ofreció el cargo de Secretario del Consejo de Administración de la Sociedad. Al referir en el tomo III de esta obra algunos rasgos característicos de los franceses, indiqué la perfidia de los de Mourgues; pero antes de ser víctima de ella adquirí las 50 acciones que me vendieron, indispensables según me aseguraron, para que se me confiriese la tal secretaría.

La Sociedad experimentó grandes pérdidas por la mala administración parisiense, los de Mourgues tuvieron que desaparecer de la escena para evadir la acción de la justicia, la mayor parte de las acciones domiciliadas en París fueron adquiridas por los de Carlos, y antes de que esto sucediera juzgué oportuno vender las mías, perdiendo en cada una 405 francos, porque el comprador que no sin dificultad encontré, me pagó á 100 lo que me había costado 505.

Razón tenían cuantos pensaban que el periodismo que tanto me interesaba, era funesto para mí; pero en aquella ocasión recordé el adagio vulgar que aconseja ir á buscar la capa en donde se ha perdido.

Mientras fuí accionista, y sobre todo cuando como era de esperar desaparecieron *El Correo de Ultramar* y *La Moda de París* para que triunfasen en toda la línea *La Ilustración* y *La Moda Elegante*, estudié las condiciones del último de los dos periódicos, y pensé que debía ampliarse su esfera de acción. Se lo insinué á Abelardo de Carlos, y no sin cierta lógica opinó que puesto que tal como había sido y era agradaba y había contribuído á su fortuna, lo mejor podía ser una vez más enemigo de lo bueno.

No insistí; pero seguí creyendo que la mujer era y es algo más que un encantador artículo de lujo y un dechado de belleza; que debían cultivarse con el mayor interés y esmero su inteligencia y sus sentimientos, desarrollarse su personalidad moral, social, jurídica, y dar á sus atractivos físicos, á su gracia, á su elegancia, la espiritualidad que aumenta los dones de la juventud y puede ofrecer una vejez simpática, respetable y hasta adorable.

Un periódico que realizase la doble misión de engalanar su cuerpo y embellecer su alma, debía ser bien acogido por las señoras, y decidí emprender su publicación.

Pero antes de llegar á esta etapa, la última de mi largo viaje por el mundo, voy á evocar rápidamente algunos recuerdos, que por referirse á sucesos que alcanzaron notoriedad y á personas que han figurado en la esfera del arte, de las letras ó de la política, quizás inspiren interés al lector,

XXV

En el curso de mi narración he citado á escritores, artistas y políticos á quienes conocí y traté, haciendo justicia á sus cualidades y meritos; pero por falta de ocasión he omitido los nombres de algunos no menos dignos de mención, de los que diré algo como tributo á su memoria.

D. Andrés Borrego, que debe ser considerado como el patriarca de la prensa española, aunque nada de patriarca tenía porque fué un solterón impenitente, por su gran talento enriquecido con sólidas lecturas, su certero golpe de vista y su prodigiosa memoria, conquistó pronto la admiración de cuantos á la muerte de Fernando VII empezaban á bullir en el campo de Agramante de la política, y al mismo tiempo que admirado fué temido.

Como publicista y organizador de periódicos, ganó gran fama con *El Español* en las dos épocas de aquel célebre diario, 1834 y 1848; dirigió otros no menos reputados, entre ellos *El Correo Nacional,* al triunfar la revolución en 1854 fué gobernador civil de Madrid, y aunque pudo ser ministro rehusó cuantas ocasiones tuvo de serlo. Más que gobernar, le agradaba juzgar á los gobernantes.

Nadie como él ponía el dedo en la llaga; pero siendo como era un escritor correcto, elocuente, y hasta elegante, ignoraba por completo la orto-

grafía, y no solo la ignoraba, sino que la despreciaba por considerarla inútil y molesta.

—«¿Es necesaria para hablar?—solía decir.—Pues si no lo es para hablar, tampoco debe serlo para escribir.»

Por rara casualidad colocaba con acierto la *b* y la *v*, la *h*, la *x*, y en cuanto á la puntuación hacía caso omiso de ella. ¿Quién se paraba en semejante fruslería?

Afortunadamente había entonces correctores de pruebas que eran perfectos gramáticos, y las cuartillas entregadas á la imprenta en el más completo desaliño, al convertirse en artículos aparecían con todos los perfiles de la más distinguida indumentaria.

Borrego fué toda su vida un bohemio distinguido á quien gustaba vivir á lo grande, pasando con frecuencia, de la prosperidad á la penuria.

Dada su celebridad y mi afición al periodismo, procuré conocerle, lo conseguí, le caí en gracia quizá porque era yo como él un incansable proyectista, y cuando nos veíamos me aseguraba que en cuanto pudiera realizar su deseo de publicar un nuevo periódico, contaría conmigo; pero pasaron muchos años sin que le fuera dado cumplir su oferta. Más de setenta contaba, cuando al verse abandonado por los que había amaestrado y habían hecho con su auxilio brillante carrera, intentó volver á la palestra y fundó un semanario que tituló *La Brújula*. En su concepto la habían perdido los gobernantes, y sin más cooperación

que la mía, publicó unos cuantos números de aquella revista, que sólo consiguió predicar en desierto.

Cánovas del Castillo fué el único de sus discípulos que guardándole fidelidad, le facilitó el medio de pasar una vejez desahogada. Borrego se conformó con el título de Decano de la prensa española, que le correspondía de derecho; se refugió en el Casino, donde era muy considerado, y durante los últimos años de su vida—llegó á los ochenta y nueve—no dejó de ir por tarde y noche á aquel centro aristocrático, donde compartía la antigüedad con D. Manuel María Alvarez, otro octogenario tan fuerte como él y no menos conocido y estimado en los círculos financieros y políticos.

Los dos, próximos á los noventa inviernos, se retiraban del Casino á las doce ó la una; D. Manuel Alvarez subía al tranvía que le dejaba en su magnífica casa del Paseo de Recoletos esquina á la calle del Sauco, hoy de Prim, y D. Andrés Borrego se encaminaba á pie á la calle de Panaderos, que hoy ostenta su nombre, á la modesta casa de huéspedes que habitaba con el recuerdo de sus pasados triunfos.

D. Diego de Coello y Quesada, que había sido redactor del *Español* y como tal discípulo aventajado de Borrego, fué también un periodista consumado, gran organizador y confeccionador de periódicos, cargo este último que igualaba y á veces superaba en importancia al de los redactores de artículos de fondo.

Sólo podía competir con él D. Ignacio José Escobar, otro gran periodista. co propietario de *La Epoca* y único propietario cuando una gran desgracia que sufrió Coello le apartó del periodismo y de la política.

Vivía con su verdaderamente bella y distinguida esposa en el seno de la más selecta y aristocrática sociedad; no tenían más que un hijo en el que resaltaban la distinción y la belleza de su madre, la perspicaz inteligencia de su padre, y si mi memoria no me es infiel, cuando apenas contaba veinte años, una rápida enfermedad le arrebató la vida. Este terrible golpe anonadó á aquella feliz pareja, que se alejó del teatro de sus triunfos.

Algunos años después tornaron á Madrid los afligidos esposos, habitaron el suntuoso piso bajo de la casa de la Carrera de San Jerónimo que forma ángulo con el Salón del Prado, donde vive desde hace mucho tiempo la marquesa de Squilache, figuró de nuevo en la política militante el hábil periodista y fué agraciado con el título de Conde de Coello de Portugal. Desde su fundación imprimió á *La Epoca* con Escobar, después Marqués de Valdeiglesias, el carácter peculiar que distingue al periódico decano de la prensa madrileña, y en los últimos años de su vida desempeñó en Roma el importante cargo de Comisario de la Obra pía de los Santos Lugares.

Cuando después de haber vivido tres años en París regresé á España, me encargó un editor pa-

risiense que escribiese una reseña histórica del periodismo español para incluirla en un gran Diccionario enciclopédico que publicaba; acudí á Coello, y gracias á los copiosos datos que me suministró, pude enviar al editor la más completa información acerca de lo que le interesaba.

Entre los diferentes aspectos de su privilegiado talento, poseía D. Diego de Coello el don de ser amigo de los políticos y financieros que mayor enemistad se profesaban entre sí, y maravillaba su habilidad, tradicional en *La Epoca*, para agradar á amigos y adversarios, favoreciendo al mismo tiempo sus personales intereses.

La antigua diplomacia lo sacrificaba todo á la forma, y á la forma siempre escogida y de una admirable flexibilidad, ha debido *La Epoca* sus constantes triunfos; y si ha sido pecadora, según pretenden los maliciosos, como la pecadora de Campoamor ha conseguido que la perdonen sus pecados, por lo mucho que ha... coqueteado.

Aquel inolvidable cronista que firmó sus siempre amenos é interesantes artículos con el seudónimo *Almaviva*, actual Marqués de Valdeiglesias, ha sabido conservar, dentro de los modernos usos y costumbres, la tradición del periódico que heredó. Por eso sigue siendo *La Epoca* el único diario de España que hay la seguridad de encontrar en el extranjèro, en los palacios de la antigua aristocracia española, en los hoteles de los financieros y en las embajadas y legaciones de Europa, América y hasta de Asia y Oceanía.

D. Antonio Mantilla de los Ríos, que fué también un perfecto director de periódicos, adquirió fama con *La Política,* uno de los mejores diarios de su tiempo. Bien es verdad que le auxiliaban con sus brillante cooperación Navarro y Rodrigo, Núñez de Arce, Pedro Antonio de Alarcón, Tiburcio Rodríguez, Angel Avilés: de lo más granadito del periodismo de aquel tiempo.

Mantilla había sido discípulo de Coello y de Escobar, é hizo honor á sus maestros. Como los periodistas de entonces, obtuvo altos empleos y uno de ellos fué el de gobernador civil de la Habana durante el mando del Duque de la Torre, de quien fué siempe gran amigo y asíduo colaborador.

El legendario Inza, cuya riqueza en chistes sigue aprovechándose según me cuentan, en cafés, cervecerías y bars por las generaciones de literatos que van sucediéndose, dedicó á Mantilla uno de los más ingeniosos y á la vez picarescos epigramas que brotaron de sus labios, algunas veces viperinos. Pero todo se le perdonaba en gracia de su gracia inagotable.

Fué Mantilla lo que los italianos califican de *galantuomo*; correcto y atildado en sus escritos, en su trato, en la confección de su periódico y hasta en el más pulcro aseo, por decirlo así, que aplicaba á la labor periodística de sus colegas.

Por las mañanas no dejaba pasar un solo día sin examinar con minucioso esmero los periódicos que llegaban á la redacción de *La Política,* y acérrimo enemigo de las teorías de Borrego respec-

to de la Gramática, con el lapiz rojo que no abandonaba su diestra, enmendaba sobre las líneas impresas las faltas de prosodia, de síntaxis y sobre todo las de ortografía que hallaba en ellos. Trabajo inútil; pero aquella limpieza intelectual le era necesaria, constituía una manía arraigada en su espíritu.

Daba gran importancia á la amenidad, y mientras fuí redactor literario de la *Política*, me exigía gran esmero en las crónicas madrileñas, revistas de teatros y revistas de París que firmé con los seudónimos *Yo*, *Nadie* y *Mayolif Mayolof*. Me estimuló á hacerme socio del Ateneo, y su afán era que no dejase pasar inadvertido ningún suceso artístico, literario ó social digno de ser comentado, para que no faltase aquel manjar á sus lectores. El distintivo de su carácter fué la pulcritud en todo.

Se creía autoritario y era bondadoso, servicial. Como político fué de lo mejorcito de su tiempo. Quizás para alejarse de las miserias de la política aceptó un alto puesto diplomático. Pocos años después, mucho antes de llegar á la vejez, falleció dejando un buen recuerdo como publicista y como caballero.

A D. Manuel Rancés, Marqués de Casa la Iglesia, y al memorable D. Juan Alvarez de Lorenzazana, rendí el debido homenaje en el tomo II de esta obra. Como indiqué, el primero era esbelto, elegante, de carácter franco, todo corazón y generosidad. Lorenzana, el gran Lorenzana, como

se le llamaba entre los periodistas, no representaba exteriormente lo mucho que valía su espíritu. De mediana estatura, de aspecto enfermizo, toda su vida parecía reconcentrada en sus ojos pequeños pero inteligentes y penetrantes. Cuidaba poco de su aliño: estudiaba constantemente en los libros, en los hombres, y si se hubieran coleccionado sus artículos intencionados, profundos, de un refinado arte que en algunos momentos convertían en florete la pluma, serían seguramente la obra maestra de la literatura política española del pasado siglo.

No era fecundo, pero sí perfecto y hasta primoroso. En el trato social, una constante afabilidad y una sincera modestia, fueron los rasgos dominantes de su carácter.

Los antiguos periódicos no podían prescindir del artículo de fondo y de los sueltos políticos en lugar preferente, y los que más fama adquirían con esta labor, abandonaban pronto el periodismo militante para hacer lo que se llamaba carrera política.

Eran contados los periodistas de profesión: lo contrario de lo que ahora sucede. Algunos, por temperamento, se apartaban de la política activa, conformándose con una posición en la magistratura.

Recuerdo á tres de éstos á quienes profesé admiración por su talento y afecto por su noble carácter: D. Ricardo Molina, que después de haber sido un hábil y concienzudo periodista llegó

en la carrera judicial á Ministro del Tribunal Supremo; D. Isidro Autrán, á quien cité al hablar de los redactores del *Diario Español*, y D. Ricardo de Alzugaray, uno de aquellos navarros que me encariñaron con su país, también malogrado como Autrán, porque sólo llegó á ser fiscal del Supremo en lo mejor de su edad y seguramente habría terminado su carrera presidiendo el alto tribunal.

Mientras fueron periodistas, la ciencia política, jurídica y administrativa resaltó en sus artículos, con los que alcanzaron consideración y respeto. La mayoría de los articulistas de fondo, carecían de fondo; pero manejaban admirablemente la piqueta demoledora, la aguja de marear ó el incensario, según les convenía.

Los que ejercían el *oficio* de periodistas solían estar míseramente retribuídos: no así los pocos que desempeñaban lo que podía considerarse como un sacerdocio. En el escaso número de estos últimos, ocupó lugar preferente D. Juan Mañé y Flaquer, quien durante muchos años dirigió la política del secular *Diario de Barcelona*. Cada semana escribía y publicaba un artículo sobro el asunto de más capital interés para el país. Podía estudiarle, meditar sobre él, escribir despacio sin el apremio de los cajistas, y sus trabajos eran á su vez estudiados y meditados por los gobernantes, en quienes dicho sea de paso hay que reconocer deseo de cumplir los deberes que les impone la alta posición que ocupan. Si los olvidan, es porque

necesitan de todas las potencias de su alma para defenderse de los que aspiran á suplantarlos.

La magna obra del gran publicista español del siglo XIX, del verdaderamente ilustre D. Juan Mañé y Flaquer, perpetuará su nombre y los futuros historiadores no podrán prescindir de examinar sus artículos en la colección del *Diario de Barcelona* y en las obras que publicó y se conservan como joyas en las Bibliotecas importantes.

Era regionalista; los fueros del país vascongado le entusiasmaban y deseaba que Cataluña recuperase los que perdió con motivo de la guerra de Sucesión.

Antes de hacer una afirmación la aquilataba; pero cuando su espíritu se convencía de tener la razón de su parte, por nada del mundo transigía con lo que juzgaba error.

Amante de la patria grande, para engrandecerla más y más perseguía el desarrollo y el perfeccionamiento de la patria chica. Fué también un verdadero ídolo de la inmensa mayoría de los catalanes.

A principio del año 1901, me ví agradable y á la vez tristemente sorprendido con una carta suya, en la que me decía que su edad y sus achaques le obligarían en breve á emprender el último viaje. No quería dejar de despedírse de los amigos á quienes estimaba, y yo tuve la suerte de ser uno de ellos, porque nunca olvidé los favores que me dispensó y esto, dada su aprovechada experiencia, pareciéndole extraño, le estimuló á estimarme.

Su presentimiento se realizó. El 7 de Julio del citado año pasó á mejor vida. Su angelical hija Margarita y su bondadoso hijo político D. Juan Many, se consagraron con verdadero amor á su cuidado, á hacerle gratos en medio de sus dolencias los últimos años de su vida, y cumplieron este deber con la más piadosa devoción.

XXVI

Al mismo tiempo que perseguía el ideal que siempre sirvió de estímulo á mi perseverancia en el trabajo, dedicaba mi actividad mientras me era posible á realizar proyectos que me parecían de interés y utilidad.

Había hecho algunas tentativas, que fracaron, para formar una sociedad coral en Madrid; pero el maestro Llanos, que como compositor y profesor ha dejado tan buen nombre en la historia de la música española, y Felipe Ducazcal, que no dejó de hacer mucho bueno en medio de su vida aventurera, se asociaron á mí, y el primero con su arte y el segundo poniendo á nuestra disposición el teatro Español del que era empresario y cuantos elementos materiales necesitábamos, me ayudaron á conseguir lo que tanto había deseado.

El Orfeón normal de Madrid, como se llamó, hizo una campaña brillante aunque corta, porque más que el artístico dominaba el interés pecuniario entre la mayoría de los que le formaron, se

dividieron, y cada grupo procuró explotar su habilidad como pudo.

Constante en mi antiguo propósito, fuí uno de los seis fundadores y el primer secretario de la Asociación de Escritores y Artistas, que en sus comienzos estuvo á punto de malograrse; pero que al fin consolidó su existencia con intervalos de animación y de decaimiento. Salió triunfante de las crisis porque pasó y ha podido contar en su Haber éxitos grandiosos como el que alcanzó con las fiestas del Centenario de Calderón de la Barca, ideadas y dirigidas por su Presidente D. Antonio Romero Ortíz; con la Exposición literaria y con el Congreso celebrado para solemnizar el cuarto centenario del descubrimiento de América, iniciados y organizados por el inolvidable inspirado poeta D. Gaspar Núñez de Arce, que ha sido el Presidente que más ha favorecido á la Asociación.

Aparte de las brillantes páginas que acabo de citar, poco ha podido hacer en favor de los escritores y artistas.

Mi propósito fué siempre que se asemejase á la *Societé de gens des lettres* de París; pero en España eran escasísimos los escritores de profesión, y mi deseo fué un nuevo ensueño, un error más de los que á pesar mío he cometido; pero siendo como soy el socio más antiguo y más constante, continuaré hasta el último momento profesando cariño á mi equivocación.

De algunas otras colectividades he formado

parte, dos de ellas fundadas por el filántropo puerto riqueño D. Julio Vizcarrondo, quien á pesar de sus sentimientos caritativos, por no ser un perfecto ortodoxo, tuvo necesidad de luchar mucho para dar cima á sus benéficas empresas. Una de ellas fué la *Sociedad abolicionista de la esclavitud*, y otra la *Protectora de los Niños*, que gracias á la actividad, inteligencia y entusiasmo del Duque de Veragua, de D. Fermín Hernández Iglesias, Presidente y Vicepresidente; de D. Manuel de Foronda, vocal muy influyente y del Dr. Tolosa Latour, secretario de quien puede decirse que es su *fac totum,* ha llegado á ser una de las instituciones benéficas más importantes de España.

Desde su fundación fuí vocal del Comité ejecutivo y tesorero durante cinco ó seis años, hasta que en 1903 por tener que pasar algún tiempo en París me ví obligado á renunciar á tan honroso cargo.

He citado al Dr. Tolosa Latour, y aunque su nombre y su inteligente y piadosa obra en favor de la infancia son harto conocidos y estimados, deseo consignar la admiración que me inspiran su fecunda inteligencia y la constancia y el amor con que ha consagrado su vida al estudio de las dolencias infantiles y de los progresos de la higiene en todos los países para mejorar las condiciones de la existencia de los niños. Ha fundado en Chipiona un Sanatorio que puede competir con los mejores del extranjero, y le cuida con el mayor

esmero y cariño, auxiliado por su esposa la inolvidable Elisa Mendoza Tenorio, gloria de la escena española, en la que ocupó el primer puesto entre las más ilustres actrices, cuando terminaron su brillante carrera Matilde Díez y Teodora Lamadrid.

En el año 1894, se reunió en Madrid el Congreso de la Propiedad intelectual, y tomé parte activa en las sesiones, que se celebraron en el nuevo Ateneo. Algo trabajé también en los preparativos que bajo la presidencia del Conde de Belascoain se hicieron por una comisión, que para organizar una Exposición de productos madrileños designó el Ayuntamienio, proyecto que fracasó.

Cuando se estableció el Jurado fuí, no sé si favorecido ó castigado por la suerte, para ser individuo del tribunal popular en el primer año de su existencia. Mi duda nace, de que un pensador, un jurisconsulto, un publicista y un hombre de Estado tan eminente como D. Francisco Silvela, no sólo dedicó algunos de sus florentinos ataques á la nueva institución, sino que para fundamentar sus argumentos consideró como uno de sus capitales defectos que los llamados á examinar los delitos y á negar ó afirmar la delincuencia fuesen elegidos por suerte entre personas completamente ajenas á la administración de la justicia.

No recuerdo bien si en el Congreso ó en uno de sus siempre brillantes y elocuentes artículos periodísticos, citó entre otros el caso mío. ¡Un lite-

rato, un novelista! ¿Qué garantías de acierto podía ofrecer?

Contesté en uno de mis *Ecos de Madrid* á su alusión, hecha con el aticismo que le distinguía, afirmando que el error de los que habían aireado algo la atmósfera enrarecida que se respiraba en los austeros é inmóviles tribunales, consistía en no haber excluído á los abogados de formar parte del Jurado.

D. Francisco Silvela era ante todo y sobre todo abogado; un gran abogado, eso sí, y su inteligencia era tan poderosa, tan amplia que bien podía decirse que llenaba lo que había de espiritual en su ser, hasta tal punto que su corazón desaparecía ante la grandiosidad de su cerebro. No había más remedio que admirarle; pero la admiración que inspiraba era también, tan amplia que absorbía á los demás sentimientos de sus admiradores, como la grandeza intelectual del ilustre hombre público, absorbía á su vez la petulancia elegante, la impertinencia amable, que aparecían en su carácter como ténues sombras de una brillante luz.

Era esencialmente bueno; pero hasta su bondad tenía algo de depresiva para quien la disfrutaba.

Por fortuna, cuando los hombres verdaderamente grandes pasan á mejor vida, solo quedan de ellos en el mundo los destellos de su talento.

También era superior, como en anteriores páginas he consignado, la inteligencia de D. Manuel Silvela; pero aquel hombre excepcional disfrutó

el privilegio de poseer á la vez un gran cerebro y un gran corazón.

No es mi ánimo establecer comparaciones, siempre odiosas; sólo he deseado consignar en las postrimerías de este relato que es á la vez leal expresión de mis sentimientos, que los dos ilustres hermanos me inspiraron admiración: don Francisco respetuosa, D. Manuel respetuosa y cariñosa.

XXVII

La primera dificultad que salió á mi encuentro cuando resolví publicar una revista destinada al bello sexo, fué la de hallar una colaboradora que para dirigir y redactar lo que podía considerarse como parte técnica de la revista, poseyera además de los indispensables conocimientos especiales, delicado gusto, sentimiento artístico y que sin ser literata de profesión, supiera describir con sencillez, propiedad y arte, los modelos de los trajes y accesorios que publicase el periódico.

En aquel tiempo—1887—era más difícil que en el actual encontrar quien desempeñase con la debida perfección y á gusto suyo la tarea á que me refiero.

Las escritoras que por entonces figuraban, no muchas, desdeñaban como cosa vulgar cuanto podía hacerse con la aguja, incompatible con la pluma, por más que alardeaban de ser además de inspiradas poetisas ó románticas novelistas, mujeres de su casa.

Recuerdo que María del Pilar Sinués, que tanto bueno escribió y que por tantos motivos merecía mejor suerte que la que alcanzó en su vida íntima, no podía sufrir las chanzonetas de que las literatas eran blanco lo mismo en España que en los demás países, y cuando iban á visitarla señoras se presentaba á ellas con una labor en la mano, para dar á entender que la habían sorprendido dedicada á tareas femeniles. Es seguro que aquel trabajo, solo comenzado, la duró toda su vida y también es seguro que quedó sin terminar cuando la sorprendió la muerte en medio de la más completa y triste soledad.

De todos modos, era gran injusticia tratar á las literatas con la irónica irreverencia que estaba en uso: en la esfera del arte puede la mujer igualar al hombre y superarle. Hoy nadie niega lo que afirmo; pero hay que reconocer que son excepcionales las que manejan con la misma maestría la pluma y la aguja.

La dificultad, que me parecía insuperable, se resolvió satisfactoriamente con el concurso de mi hija Rosa, que se prestó de buen grado á coadyuvar á la empresa, y no vacilé en acometerla.

Aunque la fundación de un nuevo periódico asustaba á mi esposa y á mis hijos, que estaban ya en edad de comprender lo que significaba para mí el trabajo que me proponía emprender, no vacilaron en auxiliarme, y con la hermosa unión en ideas y sentimientos que reinó siempre en mi hogar, hice los preparativos, fuí á París, con-

traté con los propietarios de los más acreditados periódicos de modas la adquisición de los elementos indispensables para confeccionar la revista tal como la había pensado, y el primer número de *La Ultima Moda* apareció en Madrid al comenzar el año 1888.

El éxito que alcanzó fué extraordinario y rápido. Las señoras vieron desde el primer momento en el periódico, además de lo que contenían los mejores de su género, algo nuevo que interesaba y agradaba á su espíritu; mostraron hacia él una predilección que tenía mucho de afecto, y en el espacio de cuatro ó cinco meses llegó á contar diez mil suscriptoras, que fueron aumentándose en la Península, en las provincias de Ultramar y en las Repúblicas hispano-americanas hasta llegar á veinticuatro mil á los seis años de su aparición.

Después de la impolítica y desastrosa guerra con los Estados Unidos, perdió *La Ultima Moda* unos cuantos millares de suscriptoras en Filipinas, Cuba y Puerto Rico, porque los yanquis hicieron y siguen haciendo taimada y activa guerra á los productos de la industria española en las pseudo repúblicas en que se convirtieron las mal admininistradas y también oprimidas provincias ultramarinas. En cambio en los Estados del Sur y del Centro de América, particularmente en Buenos Aires, Montevideo y también en México, cuenta el periódico con numerosas suscriptoras. Sólo en la República Argentina pasan de cuatro mil.

No es necesario conocer á fondo lo que significa un éxito editorial como el que cito y es notorio, para comprender los beneficios que ha podido proporcionar el que por fin, después de tantos ensayos y de tantos fracasos, concedió á mi perseverancia una sólida, definitiva y próspera situación económica.

Si grato era para mí conseguir después de cuarenta años de incesante trabajo, de agitada lucha, una vejez desahogada y tranquila, mi mayor dicha consistía en haber alcanzado tan deseado bien con la cooperación de los seres queridos que formaban mi hogar.

Las empresas que nacen y viven animadas, no sólo por el legítimo deseo de la remuneración del trabajo, sino inspiradas también en la noble ambición de obtener una fortuna honrada y laboriosamente ganada, poniendo de su parte los que á lograrla contribuyen, además de su actividad el propósito de que su colaboración ofrezca á las personas á ellos unidas la tranquilidad material y la dicha moral, parecen bendecidas por Dios.

La revista resolvió satisfactoriamente el problema que desde la juventud me preocupó y me animó á trabajar con la energía necesaria para resistir las adversidades.

Por de pronto, al contar con recursos suficientes para ensanchar la esfera de acción del periódico, procuré que ofreciese á sus favorecedoras cuanto pudieran desear; monté una imprenta, adquirí máquinas alemanas de las más perfectas

para la impresión de grabados, y resolví reunir en un solo edificio de nueva planta los talleres y mi domicilio particular.

Siempre había deseado mi esposa vivir en casa propia, por modesta que fuese, considerando que nacer, vivir y morir en el mismo albergue, era una de las mayores satisfacciones.

De acuerdo, como en todo, con ella y con mis hijos, dispuse la construcción del hotel donde habito desde 1896 y de las oficinas y talleres en donde se compone, se imprime y se administra *La Ultima Moda*.

XXVIII

En la fortuna como en la adversidad, el ritmo de la existencia fué en mi hogar siempre el mismo. La dicha que sentía nuestra alma, como exclusivamente dimanaba de ella, ni la aumentó ni siquiera la modificó el ventajoso cambio que se había operado en mi situación.

Jamás habíamos experimentado la tentación del lujo: atendíamos á las necesidades del espíritu con preferencia á las de la materia, y estimulados por el ideal que siempre me animó, procurábamos vivir en un ambiente de espiritualidad formado por impresiones y emociones que neutralizaban las vulgaridades y pequeñeces que no hay medio de evitar.

Los años se deslizaban apaciblemente; pocos pero verdaderos amigos nos ofrecían las nobles y

puras satisfacciones de un trato afectuoso, inteligente y desinteresado; la música era nuestra distración predilecta, casi nuestra pasión, y con frecuencia la satisfacían los notables conciertos que se celebraban en el Teatro del Príncipe Alfonso, las óperas que se cantaban en el Teatro Real, las veladas musicales que ofrecía á sus numerosas relaciones el ilustre escultor D. Juan Samsó, otro entusiasta del divino arte, en las que se hacían admirar y aplaudir el reputado maestro compositor Benaiges, organista de la Real Capilla, el correcto, elegante y expresivo pianista primer Premio del Conservatorio de París Emilio Sabater, el amable y genial Guerbós, y algunos cantantes de profesión ó de afición, que se complacían en ser juzgados por el selecto auditorio, en su mayor parte de artistas y literatos, que reunía en su vivienda, minúsculo pero interesante museo de preciosas esculturas y cuadros, el inimitable creador de imágenes de Vírgenes.

En mi casa celebrábamos también improvisadas sesiones musicales, en las que Sabater, Benaiges y algunas veces el profesor de piano de mi hija, D. Carlos Beck, tan admirado por su insuperable maestría como estimado por su carácter sencillo, jovial y bondadoso, interpretaban las sublimes creaciones de los célebres compositores, que aquél otro no menos gran pianista D. Lorenzo Zamora, nos hacía amar y admirar á Becquer y á mí, cuando tristes y desanimados por los efectos de la lucha que sosteníames, íbamos á bus-

car en el divino arte las energías espirituales que necesitábamos para seguir combatiendo contra la adversidad.

Frecuentábamos los teatros donde se rendía culto al arte, y nos interesaba también cuanto de verdadero mérito producían las letras y las artes, lo que nos permitía emplear una buena parte de nuestros solaces en la agradable esfera que ofrece al alma los más intensos y nobles goces.

A estas satisfacciones, se unían las que nos proporcionaban los triunfos universitarios de mi hijo Julio al cursar la carrera de Filosofía y letras, y los que en el albor de su juventud conquistó con los trabajos literarios que publicó en *La Ilustración Española y Americana*, presentado por mi inolvidable y admirado amigo y compañero Fernández Bremón; en la *Díana*, revista que dirigió el inspirado y malogrado poeta Manuel Reina, y más asíduamente como redactor literario en *La Regencia*, que tanta notoriedad dió á su director el ilustre abogado y político D. Joaquín Ruiz Jiménez.

Un hijo bueno, inteligente, aplicado, es uno de los mayores bienes á que pueden aspirar los padres, y le disfrutamos mi esposa y yo, no sólo con el mayor de los nuestros, sino con todos ellos.

Estudiando siempre, devorando libros, haciendo de vez en cuando excursiones á las más interesantes provincias de España, cuyos monumentos, carácter y costumbres deseaba conocer, y auxiliándome en las tareas periodísticas, vivió mi

hijo en nuestra compañía, hasta que en 1897 contrajo matrimonio y creó un hogar tan dichoso como el mío.

Su hermano Emilio nos proporcionaba también análogas satisfacciones. Con feliz aptitud para el arte pictórico, en cuanto terminó la Primera enseñanza asistió al estudio de D. Juan Samsó para aprender el dibujo como sólo los buenos escultores pueden enseñarle, y al ingresar en la Escuela de Bellas Artes para aprender la pintura, continuó siendo discípulo de tan esclarecido maestro en la clase de modelado que desempeñaba en la citada Escuela.

Cuando terminó sus estudios en Madrid, fuí con él á Munich para que los completase en la Academia de Bellas Artes de aquella capital, considerada como la moderna Atenas.

Mi admirado y buen amigo el novelista y crítico de Arte Jacinto Octavio Picón, nos recomendó á un pintor que residía en Munich, á quien había conocido en Madrid donde pasó una temporada encariñado con las cosas de España, que reprodujo en cuadros muy estimados en Alemania.

Eduardo Gabelsberger, que así se llama, fué un excelente consejero de mi hijo.

Cuando llegamos á Munich, en Julio de 1896, se celebraba la Exposición anual de Bellas Artes, y fuimos con Gabelsberger á visitarla y en uno de los salones saludó nuestro acompañante á la Infanta doña Paz, que como es sabido reside en la capital de Baviera.

La Infanta es una escritora cuyo estilo encanta por la sencillez y la ingenuidad, y es además en extremo simpática por su carácter bondadoso. Española ante todo y sobre todo, siempre que tiene ocasión de mostrar al mismo tiempo que su españolismo la nobleza y la generosidad de su corazón, la aprovecha con el mayor gusto y como la cosa más natural del mundo.

Oyó que conversábamos en su idioma predilecto, porque Gabelsberger habla el español perfectamente, y por conducto del gentil hombre que la acompañaba llamó á nuestro amigo, le preguntó si éramos españoles, y al oir una respuesta afirmativa manifestó deseo de saludarnos.

Al saber que mi hijo se proponía permanecer algún tiempo en Munich, identificándose su hermoso corazón con la pena que yo debía sentir y sentía en efecto, por dejarle en un país extraño y tan lejos de la familia, me insinuó que podía regresar tranquilo á España con la seguridad de que haría en obsequio de mi hijo cuanto fuera necesario. Le encargó que la enviase al palacio en donde residía las señas de su alojamiento, que fuese á verla de vez en cuando, que si enfermaba la avisase; en una palabra, nos dió señaladas muestras de su inagotable bondad, y no fueron promesas amables, sino realidades, porque mientras mi hijo permaneció en Munich, cuando tardaba en ir á presentarla sus respetos, á enterarla de sus tareas en la Academia, por las que se interesaba, enviaba á alguno de sus servidores á preguntar por él,

y no me acuerdo en qué festividad de las que en nuestra patria reune á las familias, le invitó á sentarse á su mesa.

Mucho agradecí aquellas deferencias, que revelaban una adorable delicadeza de sentimientos.

Al regresar á España, fué mi hijo discípulo de Emilio Sala, gran dibujante y á la vez gran colorista, cualidades que no siempre poseen en iguales proporciones los pintores. A ellas unía el verdaderamente ilustre artista, una amplia y superior inteligencia, una cultura que hacía su conversación no sólo agradable sino útil, porque había leído mucho, tenía una prodigiosa memoria, y cuanto decía interesaba, instruía y encantaba.

Además era un lector de insuperable maestría y le agradaba leer. ¡Cuántas noches amenizó nuestras veladas leyendo dramas y comedias de nuestro teatro! Sus autores predilectos eran Calderón, Tirso de Molina, Moratín, Bretón de los Herreros, García Gutiérrez y últimamente los hermanos Quintero.

En París fué muy admirado y tuvo una época de gran apogeo. Sus primorosos cuadros se compraban á precios elevados, y habría hecho una fortuna, porque era muy ordenado y muy amante de su familia; pero echaba de menos á España.

Tornó á la patria, y aunque era muy solicitado como retratista, aunque su estudio estaba siempre lleno de discípulos, sólo pudo lograr ir viviendo con alguna holgura y nada más.

Escribió una interesante *Gramática del color*; se

consideró por el Ministro de Instrucción pública D. Amalio Jimeno necesaria la creación de una cátedra en la que se enseñase dicha gramática, y como era natural, fué nombrado para desempeñarla.

El nuevo Casino de Madrid le confió la ornamentación de uno de sus principales salones, y la muerte le sorprendió cuando estaba á punto de terminar aquel trabajo. El gran artista falleció en Abril de 1910.

XXIX

En uno de mis frecuentes viajes á París, hice una rápida excursión por Italia, deteniéndome en Turín, Milán, Venecia, Florencia, Roma, Nápoles y Génova, para volver á Francia por Vintimiglia. Sería pueril hablar de aquellas ciudades tan interesantes y tan ricas en recuerdos históricos y bellezas naturales, que todas las personas ilustradas conocen.

Al llegar á Cette en la madrugada del 10 de Julio, supe que el día anterior había sido asesinado en Lyon el presidente de la República Carnot.

Proseguí mi viaje por Toulouse, Pau, Bayona, y al día siguiente llegué á Irún, donde tuve el gusto de abrazar á mi antiguo y querido amigo Pío Gullón. Celebraba su fiesta y comí en la bonita y elegante *villa* que posee en la población fronteriza, en su *Carlotaenea* que alegraban su esposa, de quien habría que decir para rendir tributo á la verdad,

que poseía todas las cualidades de la perfecta casada que tan bien retrató Fray Luis de León, y su hijo Eduardo, ingeniero de minas, y como hombre político digno continuador de la rectitud y corrección oratoria de su ilustre padre.

Las exigencias de la revista que publicaba, me obligaban á ir con frecuencia á París. Tres veces tuve el gusto de hacer aquellos viajes con mi cada día mejor amigo la Presilla, lo que me permitió conocer en la intimidad, mejor y más á fondo, las cualidades de su clara y perspicaz inteligencia y de su noble corazón.

La última vez que viajamos juntos, pasamos en la capital de la vecina República la que llaman los parisienses *Gran semana*, que es la última de Junio, en la que se celebran las más importantes Carreras de caballos y se adjùdica el *Grand Prix*.

En cuanto terminan las fiestas, los parisienses se dispersan. Presilla y yo nos trasladamos á Vichy, la hermosa y elegante ciudad predilecta de los dispécticos, tan admirablemente descrita por la Pardo Bazan en su novela *El Viaje de novios*.

Permanecimos en Vichy diez ó doce días de regalada ociosidad, y disfrutamos de los muchos atractivos que ofrece á los *touristas* que por fortuna no necesitan más que admirar sus bellezas.

Presilla conoció y estimó á Carlos Bannelier, lo que fué para mí una satisfacción. Aquél, también querido y buen amigo, vió desaparecer la alegría de su hogar con la muerte de su querida compañera, que acaeció en 1886.

En Francia está muy generalizado el culto á la memoria de los muertos. Son los cementerios amplios y bien cuidados jardines y hay la seguridad de encontrar en ellos á muchas personas de todas las clases sociales, que acuden á adornar con coronas y flores, lo mismo los lujosos panteones que las humildes sepulturas.

Bannelier iba todos los domingos al Cementerio de Montparnasse donde yacen los restos de su esposa; renovaba las flores que adornaban el sarcófago, y pasaba la mañana entregado á melancólicas meditaciones.

Cuando iba yo á París en los últimos años del pasado siglo, le acompañaba en aquella piadosa excursión, y eso que no era entonces aficionado á visitar cementerios.

Pensaba que después de cumplir el precepto de la Iglesia de enterrar á los muertos, no quedando de ellos más que su espíritu en nuestra memoria, sólo de su espíritu debíamos preocuparnos.

El Cementerio de Montparnasse, á semejanza de los demás de París, tiene todo el aspecto de un parque con frondosas calles de árboles, y al frecuentarle con mi inolvidable amigo Bannelier, cambié por completo de modo de pensar.

Si es obra de caridad enterrar á los muertos, es obra de piedad y de amor visitarles. En Madrid, sólo el cementerio de Nuestra Señora de la Almudena es el que se asemeja más á los de Francia, Italia, Alemania y Portugal que he tenido ocasión de ver, y en esos sitios de reposo, el follaje, las

flores, el arte representado por la escultura, quitan á la muerte lo que tiene de tétrico, conservando su majestad y su belleza. En el Camposanto de la Almudena yacen los restos de los seres amados que he perdido, y Dios mediante, en él descansarán los míos.

XXX

Durante el período que he reseñado sin orden ni correlación, sufrí pérdidas que aunque temidas y fatalmente esperadas, son siempre dolorosas.

Después del fallecimiento de mi hija, acaecieron en 1887 el de nuestra anciana y amadísima madre y en 1889 el de mi buen padre á los ochenta y cinco años de edad. Mis dos hermanas sucumbieron, en 1893 la mayor y la menor en 1895.

Dos de mis mejores amigos, Alejandro Chao y Dámaso Zabalza fallecieron con corto intervalo de tiempo en 1894. El entierro del último fué una verdadera y espontánea manifestación de duelo, con la que sus numerosas discípulas y particularmente las que habían asistido á la clase de piano que desempeñaba en la Escuela nacional de música y declamación, tributaron á su memoria un homenaje muy entusiasta y muy sinceramente cariñoso.

Siguieron á pié el cortejo fúnebre, llegaron al Cementerio de San Justo jadeantes, llorosas, y sofocando los gemidos que el dolor arrancaba de su pecho, se abrieron paso entre los circunstantes,

arrojaron sobre el féretro los piadosos puñados de tierra y flores, muchas flores, y después de pronunciar entre sollozos frases de eterna despedida que brotaban de su alma, se alejaron silenciosas y tristes. Fué aquel un cuadro conmovedor, que no olvidaré mientras viva.

Como si una voluntad insondable y suprema quisiera recordar á los míseros mortales que en el mundo no son duraderas las dichas, de vez en cuando experimentan las familias más felices períodos como el que acabo de recordar; pero después de la advertencia que nos aparta por algún tiempo de lo contingente para pensar en lo eterno, hay treguas que si no extinguen, al menos calman el dolor y son para el espíritu lo que la Primavera para el campo.

Diez años transcurrieron sin que nos afligiesen nuevas desgracias. En aquel tiempo prosiguió mi hijo Julio su carrera; después de unas brillantes oposiciones ingresó en el Profesorado como catedrático de Retórica y Poética del Instituto de Badajoz y no tardó mucho en ser nombrado director de aquel centro docente.

Algunos años después se crearon cuatro Cátedras de Teoría de la Literatura y de las Artes, salieron á oposición y mi hijo obtuvo una de ellas, que desempeñó primero en la Universidad de Granada y después en la de Salamanca.

Agraciado por el gobierno con una de las pensiones que se conceden á los catedráticos para que amplíen y completen en el extranjero el estu-

dio de las asignaturas que explican, eligió á Portugal, de cuyos progresos en la instrucción pública tenía alguna noción, deseoso al mismo tiempo de conocer á fondo la literatura y el arte lusitanos, casi completamente ignorados en España.

El tomo segundo de la edición póstuma de las obras de mi hijo, que he publicado con el título de *Labor intelectual*, contiene la amplia é interesante *Memoria* de las investigaciones que realizó para desempeñar su cometido.

En Lisboa, en Coimbra, en Oporto ganó con su carácter bondadoso y su amor al estudio, la sincera amistad de los más ilustres profesores y literatos lusitanos, y al regresar á España dió en la Universidad de Salamanca una serie de amenas y no menos interesantes conferencias sobre las letras, las artes y las costumbres portuguesas, que fueron muy celebradas. En 1907 fundó en Madrid una revista titulada *Vida Intelectual*, que adquirió pronto gran popularidad, cosa extraordinaria en este género de publicaciones que en España no suelen alcanzar favor más que de un público selecto poco numeroso, y también escribió un concienzudo y detallado estudio crítico-biográfico de Larra, para la biblioteca de *Autores célebres*, que empecé á publicar bajo su dirección, y que cesó como su revista *Vida Intelectual*, cuando en Julio de 1908 acabó una rápida enfermedad con su existencia.

Como Revilla, como Canalejas (D. Francisco de Paula), como Navarro Ledesma, con los que tanto

parentesco intelectual tenía, sucumbió en el mejor período de la vida, en la plenitud de las facultades de su espíritu.

Dos años antes perdí también á la amada compañera de mi vida, y estas inesperadas y dolorosas desgracias, recordándome de nuevo lo efímero de las dichas humanas, acabaron con la felicidad que á tanta costa había podido conseguir.

En todos los períodos de la vida del sentimiento son crueles las pérdidas de seres tan estrechamente unidos á nuestro corazón como una esposa y un hijo; pero son además inconsolables las penas que producen, cuando se sufren en la vejez, época triste en que se van cerrando los horizontes, se vive sólo de recuerdos y no hay más esperanza que una piadosa muerte.

Ni la palabra ni la pluma pueden expresar la pesadumbre que se siente: el dolor grita ó gime, pero no acierta á hablar y menos á escribir.

Hay que reconocer, para ser justos, que la Providencia, siempre misericordiosa, no rompe de una vez todos los lazos que nos unen á los seres amados: deja algunos, que como al cuerpo un tibio sol de Otoño, ofrecen al alma confortante calor en el Invierno de la vida.

Conservaba mi hogar reflejos de mis pasadas dichas; los ausentes vivían y siguen viviendo en espíritu con nosotros; en vez de ahuyentar su recuerdo le evocamos á cada instante, y este continuo culto á su memoria y la resignación cristiana, son el único consuelo á que puedo aspirar.

—¡Qué solos se quedan los muertos!—dijo Becquer.—¡Qué solos se quedan los vivos de avanzada edad!—pienso yo al ver cómo han ido desapareciendo los seres que han vivido en mi corazón; pero he aceptado con resignación apacible el olvido, la soledad y el silencio que rodean á los que se sobreviven, consolándome la satisfacción de no haber conocido la ociosidad, de haber luchado con la adversidad sin imponerme sacrificios deshonrosos, y de haber contado con suficiente fuerza de voluntad para realizar en gran parte mis aspiraciones.

No hay en la historia que bien podría llamarse en muchos casos novela de mi vida, nada de sorprendente, de extraordinario, ni de trágico, como habrá visto el benévolo lector, y eso que es más difícil y penoso cumplir deberes que eludirlos.

Una vida puede ser comparada con un día, perdido ó aprovechado. Al final de él, que es la hora de la muerte, experimenta el alma el remordimiento ó la satisfacción.

Obrero intelectual, si se me concede este título honroso, pero obrero en suma, puedo al caer la tarde de mi vida sentarme á descansar como el menestral en la puerta de su taller, como el labrador en la de su granja, y en medio del silencio y la quietud que preceden á la noche, recordar la labor realizada contemplando tranquilo y gozoso el melancólico crepúsculo vespertino.

Es el supremo instante del examen general de conciencia, de los dolorosos ó los dulces recuer-

dos: para mí son más los segundos que los primeros.

Ante los bellos celajes que con todos los tonos y matices del arco iris deja el sol en el ocaso al proseguir su reposada y majestuosa marcha, el temor de la eterna noche se trueca en esperanza de un nuevo día también eterno, y se olvidan las amarguras del valle de lágrimas para no pensar más que en la tierra de promisión que ha de ofrecer en realidad cuanto han soñado y deseado en el mundo las almas que no han cesado de creer en Dios.

Esperanzas divinas y recuerdos humanos forman en mi espíritu el crepúsculo de la noche de mi vida. Entre los últimos, acuden á mi mente, ya que los del afecto llenan mi corazón, los que se relacionan con el Arte que tan dulces y bienhechoras emociones me ha otorgado al cultivarle y al admirarle. Con ellos conviven los que evocan cuantas ideas y sentimientos me ha inspirado el bien, no solo el propio sino el ajeno.

En mi imaginación se agolpan sobre todo los más inmediatos, los que marcan la última década del siglo XIX, apareciendo á mi vista en primer término el período de esplendor literario en que nos deleitaban creaciones tan admirables como *La Tribuna* y *Los Pazos de Ulloa* de Emilia Pardo Bazán, *El Enemigo* de Picón, *La Barraca* y *Flor de Mayo* de Blasco Ibáñez, *José* de Palacio Valdés, *Pequeñeces* del Padre Coloma, *Fortunata y Jacinta* y *Angel Guerra* de Pérez Galdós y

Peñas arriba de Pereda, del verdadero gran novelista del pasado siglo.

En el crepúsculo de la centuria á que me refiero, alternaban con los resplandores que proyectaban las citadas obras, los de las del malogrado Manuel Paso, que como Becquer no fué solo poeta sino la misma poesía; de los hermanos Alvarez Quintero, que con *Los Galeotes* y *El Patio*, continuaban la gloriosa historia del teatro español; de Benavente, que con bloques de la cantera de Shakespeare y el espíritu de Aristófanes y de Eurípides á la vez, creaba dándole personalidad lo que podría llamarse el teatro esencialmente humano; de Dicenta, que con sus audacias, sus rebeldías y su cálido estilo, recogía los gemidos y las indignaciones de las clases desheredadas ávidas de justicia y de amor; de Alfredo Calderón, que perdida la fe en lo humano, conservaba un alma hermosa y podía ser calificado de literato de los filósofos y filósofo de los literatos; de Antonio Zozaya, amplia é insuperable inteligencia á la que nada ha negado la ciencia bajo todos sus aspectos, pensador á un tiempo genial y profundo, artista sobre todo; de Federico Balart, crítico también insuperable en acierto y bondad, poeta inspirado; de Gómez de Baquero, sagaz observador, discreto y amable juez de cuanto abarca el espíritu humano; de Mariano de Cavia, de asombrosa cultura y de sutil ingenio; de Ortega y Munilla, fácil, fecundo y elegante narrador; de Valle Inclán, gran conocedor de los misterios del corazón y gran colorista;

José de Roure, que en sus cuentos supo expresar las más abstractas y rápidas emociones del alma, las más profundas y fugaces impresiones de la imaginación; de Flores García, que enamorado del teatro ha formado con su historia y sus leyendas el más completo é interesante estudio de la literatura dramática y del arte escénico; de Antonio Cortón, escritor castizo, ingenuo, espíritu analítico, severo y al mismo tiempo amable crítico de costumbres; de Angel Canivet, que pasó por el mundo como un meteoro, dejando en sus escasos libros los más interesantes secretos de un alma privilegiada; de Luis Taboada, á quien no hay que olvidar, porque con su peculiar y siempre regocijado estilo, enseñaba deleitando y se hacía querer sinceramente, porque en su risa superficial había lágrimas íntimas, y por fin, de los grandes humanistas y politécnicos Joaquín Costa, Benot, Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal, Rodríguez Marín, Giner de los Ríos, Hinojosa, Cossío, Labra, Altamira, Sánchez Moguel, Rodríguez Carracido, Antonio de Valbuena, Unamuno, Pérez de Guzmán, que representarán en todo tiempo la ciencia literaria.

A la vez iban formándose los que en la esfera de la ciencia y del arte debían reemplazar á los que habían terminado su gloriosa carrera, acompañar á los que estaban en todo su apogeo al apuntar la aurora del nuevo siglo, y continuar la brillante historia intelectual de España.

Figuraban en las avanzadas de la nueva legión

los que ya han alcanzado fama como filósofos, sociólogos, economistas, literatos, poetas, entre los que descuellan y deben citarse, incluyendo á los que por desgracia han sucumbido, á Pí y Arsuaga, Azorín, Ramiro de Maeztu, Ortega y Gas set, Pío Baroja, Luis Araquistain, Roberto Castrovido, García Cortés, Argente, Gabriel Maura, Ricardo de León, Pedro de Répide, Julio Cejador, Arturo Reyes, Manuel Bueno, Cristóbal de Castro, López Pinillos, José Francés, Luis Bello, Alberto Insúa, Ramírez Angel, Augusto y Gustavo Vivero, Francisco Villaespesa, Edmundo y Andrés González Blanco, Antonio Palomero, Acebal, Mauricio López Roberts, Martínez Sierra, Magdalena S. Fuentes, Rafael Domenech, Eugenio Noel, Emilio Carrére, Antonio Casero y no recuerdo cuantos más, cuyas obras leo en mis soledades con interés de padre, con cariño de abuelo, admirando la labor de tan brillantes escultores del pensamiento cuando el mármol que emplean está formado con lo más hermoso y más digno del alma, y compadeciendo, sin dejar de admirarlos, á los que sin dejar de ser artistas, emplean piedra artificial, formada con las flaquezas de la bestia humana que tanto agradan á una, no buena sino mala parte de la novísima generación.

El crepúsculo de un día que muere y el de un día que nace, uno y otro con los fulgores de un sol que no se extinguirá jamás, embellecen las postrimerías de mi existencia.

Al terminar este relato íntimo de las vicisitudes

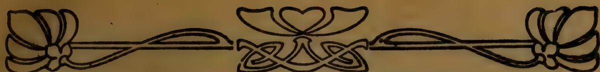
de mi vida, viene á mi memoria la frase que oí á una madre que había perdido á su hija única, niña aún.

«—Era tan cariñosa—decía sollozando al recordarla—que murió dando besos».

¡Hermosa muerte!

Morir querría yo como he vivido cuando las iniquidades no han despertado mis rebeldías: amando lo bueno, admirando lo bello, confiando en la justicia divina, y perdonando y olvidando las miserias humanas que han causado mis pesadumbres.





ERRORES Y ERRATAS

Pag.	Linea.	Dice.	Debe decir.
24	13	de Aja	del señor la Haza
117	21	quito	quitaron
122	11	presciendo	prescindiendo
124	9	en *angélico*	un *angelico*
148	1	un estado	á un estado
153	6	Marticorena	Maritorena
157	25	Vicente	Fermín
161	25	Dos años	Un año
171	15	nosotros	nosotras
173	5	al	el
184	5	Barrera	Barrena
190	21	había	que había
193	30	capital	subprefectura
201	29	restaurans	restaurar
202	22	objetivo	adjetivo
208	3	no yo	yo no
217	14	periódica	periodística
234	26	palabras	frase
244	31	al á Cabrera	á Cabrera al
246	3	retra-	retratos
247	30	la *Soir*	*Le Soir*
251	21	retratos	retratados
251	22	del general	general
268	24	y el	y le
270	28	revelaba	revelaban

Pág.	Linea.	Dice.	Debe decir.
271	12	Wentwort donde habitaba	Wentwort
272	25	Al tener	Al tener yo
291	21	conversación	conservación
293	7	Bidart. Guetary	Bidart-Guetary
297	29	verdadara	verdadera
298	13	inspiraba	inspiraban
321	14	pero sabido es	Sabido es
338	23	por	para
352	3	Repito	Repito que
352	3	que carece	carece
357	25	polígrafo	politéctico
362	16	ofreció	otorgó
395	28	la	al
400	22	letra	letra cantada



*La impresión
de este libro terminó
el 16 de Octubre
de 1912.*

